



# • ATRAPA TU SUEÑO •

SEC

Sandra Estévez Calvar

**ATRAPA TU SUEÑO**

**SANDRA ESTÉVEZ CALVAR**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# 1

Desde niña siempre había querido estudiar turismo. Su madre y el segundo marido regentaban un hotel rural a las afueras del pueblo, y solían viajar mucho a lo largo del año, quedando ella al cuidado de los abuelos maternos, y, cuando regresaban, acostumbraban a traer varios recuerdos de los lugares por los que pasaban y que después iban colgando en las paredes comunes del hotel. Cuando fue haciéndose un poco más mayorcita, les pedía los típicos folletos informativos que se pueden conseguir en las oficinas de turismo. Tenía cajas y cajas llenas de esos panfletos y los iba clasificando según el país o la provincia, si se trataba de España. Fue así como empezó a aficionarse al turismo y decidió sacar el grado en Turismo en la Universidad de A Coruña. Al principio su familia intentó quitarle esa idea de la cabeza argumentando que vivían en un pueblo pequeño de apenas 6000 habitantes, 29 por kilómetro cuadrado, pero ella no abandonó su sueño. Cumplía todos los requisitos exigidos por la prestigiosa escuela:

- Interés por las diversas culturas.
- Empatía y sensibilidad por aspectos sociales.
- Fácil comunicación.
- Dominio de idiomas.
- Iniciativa y creatividad.

La carrera duró cuatro años que para ella pasaron tan rápido que, cuando quiso darse cuenta, tenía la titulación en las manos. Durante ese tiempo, su familia amplió el negocio inaugurando varios hoteles rurales más por los alrededores, y con la expectativa de salir de la comarca hacia otras provincias.

Dos días después de conseguir la licenciatura regresó a casa. Echaba mucho de menos las comidas caseras que le preparaba Hortensia, la cocinera de toda la vida y del primer hotel que había sido fundado por su abuelo materno; además de la persona que la crió, junto a sus abuelos. Esa mujer era todo amor, bondad y simpatía. Cuando la vio entrar por la puerta de la hospitalaria cocina, se abrazó a ella. Había pasado toda su vida elaborando platos para la familia Andrade, y los huéspedes del hotel, y nunca se había preocupado por crear su propia familia, tener hijos, una pareja con la que compartir momentos, la vida en general.



—¡Qué ganas tenía de verte, mi niña! Tus ojos brillan como nunca los había visto —habló la risueña mujer que por aquel entonces rozaba los setenta años.

—Tú siempre me ves con buenos ojos, Hoti. Lo mismo me dijiste cuando vine en Semana Santa —susurró la joven mientras la abrazaba y le daba varios besos en la frente.

—Pamplinas. Te digo que centellean más que nunca. ¿No estarás enamorada? —preguntó, tomando sus manos para mirarla de frente.

—¡Qué no!

Tamara se soltó de su agarre y entró en la cocina. Delante de los fogones estaba Ana, su ayudante de cocina.

—¿Qué vamos a comer hoy? Huele muy bien.

La cocinera veterana se acercó y levantó la tapa de una enorme cacerola.

—Hoy toca callos —aclaró, acercando la nariz para olfatear el agradable olor que ascendía hacia el extractor.

—Ay, Hoti. Va siendo hora de que dejes los fogones y descanses. Ya no tienes cincuenta ni sesenta años y te has ganado la jubilación. ¿No te apetece salir a pasear o acercarte hasta la playa?

—¡Tantas ganas tenéis de verme lejos de aquí! Que si tu madre, que si tu padre, que si la Ana, que si mi hermana que está ingresada en una residencia de ancianos. Pues no. No me siento cansada ni tengo la necesidad de irme de aquí. Todos los días doy mis dos paseítos por los jardines del hotel, leo el periódico y hasta echo la siesta a eso de las cinco. Me gusta lo que hago y soy feliz a vuestro lado —su voz se enterneció al pensar que ellos eran su familia—. Pero si en algún momento molesto solo tenéis que decírmelo y lo entenderé. Ya se lo he dicho también a tu madre.

Tamara la observó con ternura. Tenía arrugas en el rostro, pero menos que otras personas de su edad. Nadie diría que tenía sesenta y nueve años.

—No seas tonta —la abrazó con fuerza—. Tú perteneces a la familia. Nosotros solo nos preocupamos y queremos lo mejor para ti.

La mujer, vestida de forma conservadora, secó las lágrimas y en su rostro apareció una nueva sonrisa.

—Anda, anda, que siempre me haces llorar. Tus hermanas deben estar por

ahí.

El semblante de la chica mudó al instante. Lo menos que quería en aquel momento era encontrarse con sus dos hermanastras; siempre quitaban lo peor de ella cada vez que iniciaban una conversación en la cual solo ellas podían tener la razón.

—No me apetece hablar con ellas. Ni siquiera han ido a mi licenciatura — observó con acritud.

—Chiquilladas. Ya sabes cómo son, pero en el fondo tienen buen corazón. No te rindas y dales otra oportunidad —medió la mujer con hebras de color gris en el cabello intentando adoptar un papel conciliador.

—¿Otra? Ya no recuerdo cuántas van y siempre soy yo la que se rebaja. Encima es verano y tendré que soportar sus comentarios sobre el moreno, las tendencias en ropa, los chicos, bla, bla, bla. A ver si me sale un trabajo. Mañana mismo acudiré al ayuntamiento para averiguar qué debo hacer para poder trabajar en alguna de las oficinas de turismo que hay por la zona y lo mismo haré en los concejos limítrofes al nuestro, y si tengo que alquilar un piso lo hago. Tengo que amortizar estos cuatro años del grado.

—Así me gusta, mi niña. Siempre has sido muy valiente y decidida, igual que tu madre.

Tamara tocó su moflete derecho con afecto y salió de la cocina. Sacaría toda la ropa de las tres maletas que había traído antes del almuerzo y arreglaría su dormitorio.

Las hermanastras de Tami se llamaban Uxía e Iris. Eran gemelas y diez años más jóvenes que ella. Su madre se había casado con el padre de éstas unos años después de fallecer el marido. La progenitora de las jovencitas había entrado en prisión por asesinar a su tía Churruca. Al parecer la anciana poseía mucho dinero y propiedades, y ella era la única sobrina que tenía. La mujer estaba muy bien de salud y apenas necesitaba ayuda, por lo que la sobrina fue suministrándole altas dosis de raticida en las comidas hasta que logró su cometido. La Policía abrió una investigación y la madre de las chicas fue acusada de asesinato cuando ellas apenas tenían tres años. Cuando salió de prisión ni siquiera se molestó en saber de las hijas. Con todo esto, las gemelas nunca aceptaron el nuevo matrimonio de su progenitor.

Cuando se enteraron de que Tamara estaba en casa comenzaron a discutir.

—Ahora que tiene la titulación se creará una diva —expresó Iris, acostada sobre la cama y con el móvil entre las manos.

—No será para tanto. Lo cierto es que se lo ha trabajado, ¿no crees? —opinó la otra mientras doblaba varias piezas de ropa y las guardaba en el cajón de arriba del armario.

—No, no lo creo. Seguro que su madre ha soltado una buena pasta para que se lo dieran. ¿No ves que es una hipócrita? —dijo con desdén.

—A mí tampoco me cae del todo bien, pero paso de romperme la cabeza por ella. ¿Te vienes a la piscina antes de comer? —Uxía había puesto el bikini y llevaba una toalla en las manos.

—Es que siempre se sale con la suya —prosiguió sin perder un segundo y a sabiendas de que eso no era cierto—. ¿Recuerdas el noviete que me robó hace dos años? ¿Y aquella vez que compró el vestido de mis sueños antes que yo? Por no mencionar que es la preferida de todo el personal del hotel. Ella la buena, nosotras las malas —su tono de voz mostraba resentimiento.

—Deja el pasado a un lado y vamos a divertirnos. Esta mañana he visto varios chicos guapos en la piscina—guiñó un ojo y entró en el baño.

Minutos más tarde entraban en la zona de ocio del hotel. En algún punto distante del jardín había dos familias con hijos, pero eran de los que no armaban escándalo. Varias parejas tomaban el sol sobre las tumbonas y cuatro chicos jugaban al voleibol sobre el césped.

Buscaron el mejor sitio que quedaba libre y acomodaron las toallas sobre las tumbonas.

—¿Los has visto? —pronunció Iris, bajando la voz hasta convertirla en un susurro y llevando la melena rubia hacia un lado.

—Sí, son muy guapos, aunque creo que no deben ser españoles —juzgó la hermana.

—Eso es lo de menos. Cuando entren en el agua iré tras ellos —dijo convencida.

—Oye, ¿no eras tú la que tenía novio?

—Realmente no lo tengo. Solo he coqueteado con él, pero no quiero dejar escapar la oportunidad de tirarme a alguno de estos. Nadie se va a enterar —

sonrió con picardía y ajustó la parte de arriba del bikini. Se le habían disparado las hormonas.

—Pues parece un buen chico —expresó la hermana a favor de Hugo.

—Y yo soy una chica que está bien buena, ja, ja, ja. Te estás pareciendo a Tamara. No puedo salir con varios chicos a la vez, no puedo criticar a nadie, no puedo beber alcohol, no puedo tomar drogas. Chica, empiezas a ser muy aburrida y a agobiarme.

Los jóvenes dejaron de jugar y se acercaron a la ducha que había cerca de la piscina. Una vez se mojaron saltaron al agua con premura. Iris se levantó y fue hasta el borde para probar la temperatura con los dedos de los pies.

—¿Está buena? —preguntó con la mejor de sus sonrisas.

Ellos se miraron entre sí.

—Ah, vale. No me entendéis. Da igual —comentó. Saltaba a la vista que eran turistas extranjeros.

Se dirigió a las escaleras y bajó despacio, mirando hacia donde estaban los chicos para ver si la estaban observando, pero no era así. Su hermana analizaba la escena desde la hamaca y pensaba para ella: «¡Qué descarada es! No tiene remedio».

Nadando, poco a poco se fue acercando hasta ellos y, a juzgar por su forma de hablar, dedujo que debían ser de Italia.

—Hola, chicos. Yo soy Iris —se presentó con una sonrisa de oreja a oreja, como la que tenía su madre.

Uno de ellos, posiblemente el que sabía algo más de español, contestó.

—Yo ser Adriano. Él Enzo —señaló hacia el que estaba inmediatamente a su lado—. Piero y Franco —finalizó. Estos dos últimos estaban enfrente.

La rubia dejó escapar una carcajada.

—Así que de vacaciones en España —continuó la rubia, cuya mano derecha seguía aferrada al borde de la piscina, en forma de mariposa.

Ellos no hablaban, solo asentían con la cabeza.

—Aquella de allí es mi hermana Uxía. Ella es la tímida y yo la atrevida —señaló hacia donde estaba la del pelo corto—. Si queréis os enseñamos el pueblo. Es pequeño pero tiene mucho para ver.



Los cuatro jóvenes seguían sin entenderla.

—Nosotras —señaló a su hermana—, en coche —hizo un gesto con las manos como si estuviese conduciendo un vehículo—, poder llevaros a visitar la ciudad —siguió gesticulando.

—Oh, grazie, ma noi solo volere riposare —aclaró el que había hablado anteriormente.

—Está bien. Vosotros os lo perdéis —susurró y abandonó la piscina.

Su hermana la miraba con interés.

—¿Qué habéis estado hablando?

—Nada importante. Me ofrecí como guía turística pero los muy bordes me rechazaron —aclaró algo molesta por no haber conseguido convencerlos.

Su hermana se rió descaradamente.

—¿Acaso te hace gracia? —su rostro permanecía serio.

—Hermana, es que pareces mema. Desde aquí los estuve observando mientras tú te acercabas y en seguida supe que se trataba de dos parejas —las risas continuaron—, y tú intentando ligar con alguno de ellos.

Iris la miró con ferocidad. ¿Eran gais?

—No digas tonterías. Lo que pasa es que estás celosa porque han hablado conmigo y contigo no —contraatacó.

—Mira, mira ahora. Acaban de salir de la piscina y vuelven a las toallas. No ves que están de dos en dos. ¡Qué ingenua has sido! —explicó la de cabellos cortos, incapaz de controlar la risa.

—Ya basta de burlarte. Yo sigo diciendo que son heterosexuales —repuso con obstinación.

—Ya, ya. ¿Y el beso que se están dando ahora es de amigos o de qué?

Uxía se levantó, recogió la toalla y observó la cara de espanto de su gemela.

## 2

Tras pedirle el coche a su madre, a las nueve en punto salió de casa hacia el ayuntamiento. Necesitaba un empleo con urgencia. No podía soportar, ni un día más, las miradas escrutadoras de sus hermanastras, especialmente la de Iris. Ya no era solo envidia. La observaba con odio.

Dejó el currículum dentro de un sobre cerrado a la persona que llevaba ese departamento, y repasó la lista de los ayuntamientos colindantes que tenía pensado visitar, sin renunciar a los últimos vestigios de esperanza de que alguno se dignara en llamarla y hacerle una entrevista.

Al mediodía llegó a casa desanimada. Por lo que le habían adelantado los funcionarios de los diferentes concejos, las plazas ya estaban ocupadas y no tenían pensado crear nuevos puestos.

El marido de su madre, Valentín, se acercó a ella.

—¿Ha habido suerte?

—No lo creo. En todos me han dicho que ya tenían ocupadas las plazas, salvo en uno —aclaró Tami.

—¿Y cuál es ése en el que hay posibilidades? —solicitó saber el hombre.

—El nuestro. No me han dicho absolutamente nada.

—Déjame que hable con alguien que conozco —propuso el padrastro, mejor persona que sus hijas.

—No te molestes, de verdad. Tendré que considerar lo de trabajar en algo que no tenga nada que ver con turismo. Mi consuelo es que no sería la única. Lo importante es trabajar —expuso con dignidad.

—No es ninguna molestia. Me debe varios favores y éste es el momento para decirle que me los devuelva.

Tamara sabía que lo decía de corazón. Una pena que sus hijas no se pareciesen un poco a él. Valentín le dio una palmadita en el hombro y entró en el despacho que tenían en la planta baja. Haría esa llamada porque su hijastra lo merecía.

Durante la comida las dos hermanas intentaban convencer al padre de que las dejara ir al Low Festival de Benidorm, que se celebraría a finales del mes de julio.

—Os dejaría ir encantado si fueseis tan responsables como Tamara y os comprometieseis con los estudios. Ella es un ejemplo para todos —exclamó, calibrando la reacción de las gemelas.

—¿Qué tiene ella que no tengamos nosotras? —reprochó la más protestona.

—No me gusta repetir las cosas, Iris.

Tamara permanecía callada y sin levantar los ojos de la comida. Su madre tampoco se pronunció.

—Siempre Tamara. ¿Acaso es tu hija? —criticó la de la melena larga con aire enfurruñado.

—La considero tan hija como vosotras dos —aclaró. Las dos chicas abrieron las bocas como peces fuera del agua—. Por cierto, Tami. He hablado con esa persona, hace escasos minutos, y se ha comprometido en recibirnos mañana por la mañana en el ayuntamiento. Espero que no tengas ningún compromiso.

—¡De veras! —exclamó la morena muy sorprendida.

—Por supuesto. He quedado con él a las diez en su despacho —reafirmó Valentín.

Las gemelas se miraron entre sí. Odiaban, especialmente Iris, el buen rollo que existía entre su padre y la acogida, como la denominaban ellas.

—¿De qué habláis? —urgió saber una de ellas.

—Tamara está buscando trabajo y yo moví unos hilos para conseguírselo —esclareció. Su mujer dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Apuesto a que eso no lo harías por ninguna de nosotras —rezongó cabreada, con el rostro encendido por la ira y señalando a su hermana con el tenedor. El chico al que le había echado el ojo, trabajaba allí, concretamente en el departamento de cultura.

—No digas tonterías, Iris. Cuando llegue tu momento ya se verá. Ahora es tu hermana la que necesita el empujón. ¿Lo entiendes?

—No. No lo entiendo y te repito que ella no es mi hermana —gritó, levantándose de la mesa arrastrando la silla hacia atrás de forma muy ruidosa.

—¡Iris! —vociferó Valentín, pero la joven ya se había largado de morros.

—Déjala, cari. Es solo un capricho, como muchos otros. Se le pasará —

intervino Violeta, su esposa.

—Lo siento mucho. No quiero que por mi culpa tengas problemas con ella —terció la hermana envidiada que analizaba la reacción de la otra gemela.

—No tienes que disculparte. Ha sido ella, que nunca está conforme con lo que tiene y crea discordia. Menos mal que tú, Uxía, eres diferente a ella —dijo indignado y mirando hacia su otra hija que permanecía en silencio.

—Bueno, apartemos el tema y sigamos comiendo. Ella, cuando tenga hambre, ya sabe dónde está la cocina —finalizó la esposa. No era la primera vez que la gemela armaba un escándalo a la hora de comer y relacionado con los celos.

A la mañana siguiente y después de desayunar, partieron hacia el ayuntamiento. El concejal de cultura fue avisado de que ya estaban allí y los hizo pasar a su despacho. Tras los apretones de manos de rigor, se sentaron frente a él que comenzó a hablarles del considerable incremento de turismo en el pueblo, gracias a la fotografía de un banco que estaba entre las elegidas en la sexta edición del *Earth and Sky Photo Contest on Dark Skies Importance*. Un concurso de prestigio que busca los cielos nocturnos más hermosos del mundo. Su objetivo es la preservación del cielo de la noche como parte de nuestro patrimonio natural.

—¿Dónde ha sido tomada la fotografía? —quiso saber Tamara.

—En los acantilados de Loiba. Según un artículo que he leído en el ABC, el fotógrafo la realizó en agosto de 2014, a las tres de la madrugada. La verdad es que es impresionante. Se ve el cielo limpio y el banco que nuestro vecino, Rafael Prieto, colocó por su cuenta para obtener las mejores vistas desde el acantilado, y en el que un año después un grupo de músicos escoceses garabateó con un rotulador "*the best bank of the world*".

—Bueno, ésa es una gran noticia para el pueblo de Ortigueira, Armando. Que vengan turistas es magnífico para todos. Restaurantes, cafeterías, hoteles. El pueblo necesita un empujón en la economía y creo que debemos aprovecharnos de este aliciente. Cierto es que nosotros, en el hotel rural, hemos notado un incremento en el número de reservas y ahora comprendo todo.

—Ya lo hemos estudiado, se habló con el alcalde y se llevó a pleno. En la

entrada al pueblo vamos a colocar una nueva oficina de turismo —explicó el hombre.

Tamara se alegró al escucharlo. Ojalá ese puesto fuese para ella.

—Ese puesto sería el idóneo para mi hija. Como te dije por teléfono, acabó recientemente la carrera de turismo y le vendría bien un trabajo. Ayer por la mañana dejó su currículum aquí —insinuó Valentín. La chica asintió.

—Lo sé, y es el único que nos ha llegado, lo que significa que vas a ser contratada —abrió la agenda, con una suave cubierta de piel, y buscó entre las fechas—. Pasado mañana hacen entrega de la caseta. Ese mismo día harán la instalación del agua y de la corriente, por lo que... —calló unos instantes y los miró directamente— confío en que podrías comenzar el próximo lunes. ¿Qué te parece la idea?

—Genial, fabulosa —dijo muy ilusionada.

—Al salir habla con mi secretaria. Ella te dirá qué documentación debes traernos antes del lunes para formalizar el contrato. Sabes que vas a tener que trabajar sábados, domingos y festivos —manifestó, retirando las gafas de los ojos y dejándolas sobre la mesa.

—Lo sé y no hay ningún problema —afirmó la joven morena.

El concejal abrió por segunda vez la agenda.

—Estos días he estado pensando que se podía fijar un horario para realizar algo como un tour, una especie de recorrido por los lugares más destacados y con guía, por supuesto.

—La idea es buena, Armando. Mi hija ha hecho el grado de Turismo y está capacitada para ser guía turística, sin contar que ha nacido en este pueblo y conoce las zonas más relevantes y de interés. Me parece estupendo —opinó Suárez.

—Tengo que analizar bien la idea. Podríamos poner un autobús y cobrar una cantidad simbólica para hacer el recorrido. Creo que sería un éxito total porque la gente busca la comodidad y si encima ahorran tiempo, mucho mejor —ojeó el reloj de pulsera y se levantó, dando por finalizada la reunión.

—Muchas gracias por la oportunidad. Haré todo lo posible por no defraudarlos —comentó Tamara.

—Eres hija de Valentín. Confío en tu padre desde que éramos niños. Nunca

me ha fallado y creo que yo a él tampoco. Tengo la sensación de que eres perfeccionista y te gusta el trabajo bien hecho. Sé que lo harás bien —aclaró el concejal mientras miraba hacia ambos.

—Muchas gracias, amigo. Estaremos en contacto —se despidió Suárez con un abrazo.

Mientras la chica hablaba con la secretaria, Valentín salió para atender varias llamadas telefónicas que había rechazado durante la reunión. Una vez anotó todo lo que debía hacer, tomó el ascensor para bajar a la planta 0, donde la esperaba el marido de su madre. Llamarle papá le resultaba violento.

—Estoy muy contenta y feliz gracias a ti —se acercó a él y le regaló un beso en la mejilla.

—Y yo lo estoy por ti, Tamara. Eres obstinada, concienzuda y exigente contigo misma. Te mereces un premio después de estos cuatro años hincando los codos, y, qué mejor regalo que un trabajo en lo que más te gusta —la tomó de la barbilla y dejó caer un beso en su frente.

La chica sonrió con los ojos y siguieron caminando hacia el aparcamiento donde habían dejado el vehículo. Tenía ganas de saltar y gritar que se sentía bien, feliz.



### 3

Había cambiado de ropa en tres ocasiones. Primero escogió un pantalón negro con americana y blusa amarilla, pero tras verse en el espejo decidió que era demasiado formal. No iba a trabajar en una oficina. Después escogió un pantalón corto con una camiseta de flecos verde. Corrió las cortinas de la ventana y vio que el día estaba nublado. Nada de vestidos o pantalones cortos. Al final se decidió por un vestido largo azul marino con una chaqueta blanca por encima.

Estaba ilusionadísima con el trabajo y no quería llegar tarde por lo que desayunó volando y cogió el coche de su madre, que ya se lo había pedido el fin de semana. Si las cosas iban bien se compraría un automóvil de segunda mano al finalizar el mes, una vez hubiera cobrado el primer salario, ¡su primer sueldo!

Había quedado con Armando en el ayuntamiento para recoger los panfletos que habían encargado y la llave de la caseta. Una empresa de limpieza había ido el sábado para limpiarla y cuando entró todavía notó el olor a fresco y especialmente a nuevo.

Abrió la ventana y empezó a organizar los panfletos según la zona. El fin de semana se había desplazado hasta Loiba para ver el famoso banco y había estado estudiando toda la información que el concejal le fue haciendo llegar a través del correo electrónico.

¿Acudirían visitantes y curiosos a lo largo del día? A media mañana se presentó una pareja de mediana edad que acababa de llegar al pueblo, interesándose por los acantilados, el cabo Ortegaleja y la Estaca de Bares. Tamara se giró para localizar el panfleto que decía: "*Ortigueira son mil cosas – puntos de interés*". En él aparecía un pequeño mapa de la costa, los lugares más relevantes e interesantes para visitar, algunos con fotografías, actividades de ocio, así como una guía de los hoteles, restaurantes, turismo rural y albergues de la zona. Tras esa pareja llegaron más turistas y a última hora de la mañana se presentó Armando.

—¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Muchos turistas interesados en conocer nuestro famoso pueblo? —dijo con un tono de humor.

—La verdad es que sí. Aquí tengo la lista con el número de visitantes y las ciudades de donde vienen. Diez personas en total —acabó diciendo.

El concejal cogió el papel que ella le tendió y lo vio por encima.

—No está nada mal para ser el primer día. Todavía queda la tarde —ella emitió un suspiro de satisfacción—. Lo de hacer un tour era en serio y lo vamos a hacer. Este fin de semana lo estuve puliendo. Aquí te dejo un borrador, por si crees que se podría mejorar en algo. El autobús ya lo he conseguido. Echa un ojo especialmente a la ruta que organicé. Puede que haya que cambiar algo. De todas formas, pienso que Loiba es el punto de partida más idóneo por el espacio que tenemos para aparcar el autobús. Al lado colocaremos una caseta como ésta donde estarás tú mientras el bus no arranque. En ésta pondríamos una nota que tales días, la única oficina de turismo que estaría abierta sería la de allí —explicó, muy ilusionado con el proyecto. El verano estaba en su punto culminante y había que aprovecharlo.

—Caray, lo has estudiado al milímetro. Realmente me fascina la idea. Se ve que eres una persona autoexigente y esa cualidad te hace avanzar.

—Con todo, échale un ojo por si a mí se me escapa algo, que seguro que sí. Ya sabemos que la experta en turismo eres tú —subrayó frotando las cuencas de los ojos. Valentín le había comentado que se trataba de una persona que quería el trabajo bien hecho y se preocupaba de que las cosas saliesen bien y siempre en beneficio de los ortigueirenses.

—Descuida. Me pondré con ello siempre que no tenga gente y al llegar a casa. Me hace mucha ilusión el proyecto y que seamos nosotros los que lo llevemos a cabo. Sabes que puedes contar conmigo —dijo con humildad.

—Lo sé y estoy seguro de que va a salir fenomenal —ojeó el reloj—. Ahora coge el bolso, cierra la puerta y a comer.

Ella obedeció. A las tres y media debía estar de regreso.

Las gemelas estaban en las escaleras de entrada con sus teléfonos en mano.

—Hola, chicas —saludó al encontrarse con ellas.

—Hola, Tamara —respondió Uxía.

—¿Y tú por qué coño le hablas a esta pija? —se apresuró a decir con un deje de irritabilidad.

Las otras dos la miraron con sorpresa.

—Porque es de buena educación saludar o devolver los saludos, Iris. Papá

siempre nos lo decía de pequeñas.

—Me parece bien pero no a esta acogida e interesada —exclamó con indignación la de la melena.

—Chicas, ya estamos otra vez. No quiero peleas ni malos rollos, pero me gustaría que me respetaseis, especialmente tú, Iris —declamó la morena.

Uxía entró en la vivienda, dejándolas a solas.

—¿Qué sería de vosotras si tu madre no se hubiese casado con mi padre? —ladró con odio y en un tono burlón.

—¿Perdona? —dijo Tamara, intentando contener el grito y con evidente enfado—, te recuerdo que vosotras vivís en nuestra casa y gracias al negocio de mi familia materna que tan bien dirigen nuestros padres. A ver si metes tu lengua de trapo por el culo —matizó intentando controlar la ira.

—¡Idiota! —podría cortar el acero con la mirada que le lanzó.

Tamara captó el tono jocoso en su voz.

—Mejor me voy a almorzar que, a diferencia de ti, yo sí tengo un empleo y me siento feliz por ello. ¡Amargada, más que amargada! —se había puesto muy tensa y más al ver la mirada iracunda de la gemela.

El viernes lo tenían todo organizado para comenzar con el tour a la semana siguiente. El mismo se haría dos veces por semana, los martes y los jueves, y dos veces al día. El primero a las diez y el segundo a las cinco. El recorrido lo habían dispuesto entre los dos. El autobús arrancaría de Loiba, junto a la oficina de turismo, dirección los acantilados, donde se encontraba el famoso banco con las mejores vistas del mundo. Allí existía espacio suficiente para dejar estacionado el microbús y acercarse hasta los distintos puntos de interés además del reconocido banco, como la *Punta da Pena Furada*, que es una gran roca agujereada y los distintos arenales. Después se acercarían a la Estaca de Bares y visitarían el faro. Seguidamente regresarían a Ortigueira con el fin de visitar el interior del pueblo para luego coger el autobús, una vez más, y acercarse al cabo Ortegaleira, donde había un faro. Una vez hecho todo el recorrido, regresarían a Loiba. En los folletos estaba todo perfectamente indicado con horarios, lugares... Aun así, Tamara preparó un dossier con toda la información interesante de los sitios que visitarían y la iría comentando a través del micro a medida que se iban acercando a los mismos.

Durante el fin de semana e incluso el lunes, a lo largo de todo el día, y todo ello debido a que la página del concejo había sido actualizada con el nuevo servicio que ofrecía la concejalía de cultura, recibió una gran cantidad de llamadas telefónicas interesándose por el tour. Aunque pareciese estresante atender a los visitantes que se presentaban en la caseta al mismo tiempo que las llamadas de teléfono, para ella eso no suponía ningún esfuerzo, malestar ni estrés. Si llegaba gente allí era porque había turismo, si había turismo ella tenía trabajo.

—Hola, Tami —dijo una voz femenina a través de la ventana que estaba abierta.

Ella elevó la cabeza y vio que se trataba de su buena amiga Lía.

—¡Hola! —Se levantó y salió de la caseta—. ¡Cómo está la chica más guapa del pueblo!

—Bien, pero menos peloteo, eh —respondió, abrazándose a ella.

Habían sido amigas desde que iban a preescolar y solo se separaron para hacer las carreras universitarias de sus vidas. Tamara eligió turismo y Lía optó por educación especial.

—¡Jodía, qué guapa te veo! —opinó la recién llegada.

—Gracias, pichurri. Vamos, entra. Te mostraré mi hermoso lugar de trabajo.

Ya en el interior, Lía comprobó que su amiga estaba feliz con el empleo. Sobre la mesa había un pequeño jarrón con flores frescas que había cortado del jardín del hotel. El color azul, su preferido, rondaba por todas partes. Libretas, bolígrafos, su agenda.

—¿No podías ponerlo todo rosa? —dijo irónicamente.

Las dos sonrieron.

—¿Y tú qué tal? Iba a llamarte un día de estos, pero he estado liada organizando los viajes y no sé si sabes que tengo que trabajar sábados y domingos. Bueno, los domingos y festivos solo por la mañana.

—Ahórrate las disculpas. ¿No será que has quedado con algún tío buenorro y te olvidaste de tu buena amiga? —comentó, poniendo cara de pena.

—No seas idiota. Tú más que nadie sabes lo importante que es para mí un trabajo. Lo necesitaba como el aire al respirar. Tengo que irme de casa. No

soporto más a esas dos necias, especialmente a Iris, y para eso preciso un empleo —se la quedó mirando unos segundos—, por no decir que también quiero comprarme un coche, aunque sea de segunda mano.

—Lo sé, loqui. Solo estaba metiéndome contigo —se apoyó en la estantería que estaba a su izquierda y que contenía folletos de otras localidades vecinas—. Entonces, ¿no hay ningún macizo por ahí que te está separando de mí? Ya sabes que soy muy celosa.

—Ojalá hubiese algún tío cachondo interesado en mí, pero, chica, no hay manera.

Una pareja joven se acercó para conseguir información sobre cómo llegar al popular banco y ella les dijo que al día siguiente saldría un bus desde Loiba hacia allí. Les entregó los horarios y el precio.

—¡Qué buena idea lo del autobús! Desde que salió en las noticias, esto es un ir y venir de turistas interesados en conocer el banco y averiguar si es verdad lo de las magníficas vistas. Me han dicho que hay cola para hacerse la foto en el banco —contó la amiga, que se había sentado en una de las sillas frente a Tamara—. Tendré que reservar un día para ver cómo te desenvuelves.

Su amiga la miró fijamente.

—Ni se te ocurra —lanzó una mirada de advertencia.

—Aunque solo sea para chincharte un poco. Sabes que soy muy puñetera.

—No te atreverás, pero si lo haces —calló unos instantes y dejó caer el lápiz sobre la mesa— le diré a Paco que estás colada por él, o a nuestra amiga Cris, que te liaste con su chico el año pasado, en la noche de San Juan.

Lía abrió los ojos ampliamente al escuchar lo último. No tenía ni idea de que su amiga estuviese enterada de aquel rollo de una sola noche, fruto de la ingesta de alcohol.

—No sabía que...

—Os vi por casualidad, pero nunca dije nada —aclaró la guía.

En ese instante llegaron más turistas obligándolas a dejar la conversación para otro momento.

## 4

Ese fin de semana se celebraba la trigésimo tercera edición del *Festival Internacional do Mundo Celta* en Ortigueira. Un festival dedicado a la música folk internacional con 31 años de tradición y declarada Fiesta de Interés Turístico Internacional, comenzando su andadura allá por el año 1978. Habían comprado las entradas tres meses antes y no podían faltar. Lía le había llamado la noche del viernes para recordárselo. Entre los artistas más relevantes que actuarían, estaba Usher's Island, Michael McGoldrick, Óscar Ibáñez, Scott Wood Band, Skerryvore, Harmonica Creams, A Roda o Treixadura. Además de música, se realizaban talleres de empalmetado y afinación, impartido por un maestro de gaita y artesano, se hablaba de los problemas de la gaita, iniciación a zanfona, impartido por un zanfonista compositor, se hacían cursos de fotografía documental en la calle, taller de danza escocesa; para todos había que realizar una solicitud de plaza con anterioridad para poder participar.

Las noches en Ortigueira siempre eran frescas por lo que decidió ponerse unos pantalones anchos de algodón, de tiro bajo y rayas verticales blancas y negras, camiseta floja blanca con flores y zapatillas de deporte. Sobre los hombros llevaba una chaqueta negra y un bolso cruzado. El pelo oscuro lo llevaba recogido en una coleta y se había puesto un maquillaje muy suave.

La amiga la recogió en la puerta de casa. Ésta, iba vestida de forma muy parecida a Tami, solo que el pantalón era vaquero.

—¿Preparada para disfrutar de las gaitas y de los gaiteros? —cuestionó la de los ojos verdes mientras conducía.

—Bueno, no es preciosamente la música que más me encandila, pero la tolero —respondió.

—El año pasado acudieron alrededor de 90.000 personas y este año esperan rebasar esa cifra —explicó la amiga.

—Se concentra muchísima gente, no solo los amantes de ese tipo de música. Nosotras somos dos ejemplos bien claros. El público se involucra intensamente.

—Pues entonces allá vamos. A ver si ligamos un poco que estamos a dos velas y eso no puede ser. ¿Te has depilado?



—¿Qué pregunta es esa! Pues claro que voy depilada —la miró, incrédula y boquiabierta.

—Al parecer ligan más las que no van depiladas —se aclaró la garganta.

—¿No vas depilada? —quiso saber con mucho interés. Su amiga cada vez estaba más loca.

—Tengo pelos en las pierdas más largos que los de la nariz. Con eso te lo digo todo.

Las dos se echaron a reír con la ocurrencia de Lía.

—En serio. Te habrás depilado, nena. Si un tío te ve con hebras en las piernas o en la ingle corre de espanto. Eso te lo aseguro yo —habló con absoluta convicción.

—Eso es como las que se maquillan en exceso para salir. ¡Chica! Algunas parecen el famoso Joker.

Tamara soltó una larga carcajada. Su amiga siempre encontraba algo por lo que reír. Siempre haciendo gala del humor que tanto la caracterizaba.

Tras aparcar en una zona habilitada para el evento localizaron a los demás del grupo. Aquello estaba abarrotado de gente que buscaba el buen rollo. Una vez los tuvieron localizados se acercaron a la barra y pidieron dos cervezas, por supuesto, Estrella Galicia. Había que apostar por los productos de casa.

Por todas partes sonaba música celta y había voluntarios de Protección Civil, policías y guardias civiles, algunos de ellos vestidos de paisano para pasar desapercibidos.

Cuando llevaban más de dos horas en el recinto, a lo lejos escudriñó a sus dos hermanastras. Por supuesto llevaban sus mejores vestidos y tacones de varios centímetros. Fijándose un poco más, logró escrutar al chico que trabajaba en el ayuntamiento, en la misma concejalía que Armando. Alguien le había comentado que estaba saliendo con Iris, aunque a simple vista no vio ningún indicio de que así fuese. Únicamente se percató de que la adolescente estaba muy pendiente de él y procuraba permanecer a su lado, incluso cuando el joven se movía para saludar a alguien.

Los grupos se fueron acercando hasta quedar a menos de diez metros. Al verla, la gemela se aferró al brazo de Hugo como diciendo, "*Es de mi propiedad. Prohibido acercarse*". Tamara no quería más escenitas por lo que agarró a Lía del brazo y buscaron otra zona donde estar más tranquilas y sin

la mirada escrutadora de su hermanastra. En realidad, no tendría por qué irse pero prefería no tenerla cerca.

## 5

El mes de julio fue óptimo para el turismo. El tiempo había ayudado mucho. Ortigueira es la comarca más septentrional de la península ibérica y su clima es oceánico húmedo; es decir, temperaturas suaves durante todo el año cuya media ronda los 14,08°C, pero ese verano estaba siendo más caluroso que de costumbre, y apenas habían caído cuatro gotas. Aliciente que aprovechaban los visitantes y también los comerciantes del pueblo.

Las visitas en autobús estaban siendo todo un éxito. El bus iba siempre completo y, por el momento, no habían tenido ningún percance. La gente era amable y comprensiva, el conductor era cauto en la carretera y Tamara se mostraba atenta con todos los que entraban, aclarándoles cuantas dudas le pudieran surgir.

Una vez cobró el primer salario se acercó a un concesionario de vehículos de ocasión, acompañada de Valentín, que se había ofrecido para ayudarla a elegir. Por supuesto, fueron al negocio donde trabajaba un conocido de Suarez.

Tras ver varios coches y probarlos, la joven se decantó por un Citroën C1 de tres puertas, por ser pequeño, cómodo y consumir poco. Formalizaron la venta y el seguro a través del teléfono para poder llevarse el automóvil en ese mismo momento. Al llegar a casa las gemelas estaban en el sofá, viendo una serie animada. Tamara les enseñó la llave.

—¡Ya tengo coche! —anunció. Sus ojos brillaban de felicidad.

Valentín entró tras ella.

—¿Le has comprado un coche a ésa? —escupió la indomable gemela al tiempo que se levantaba del sofá para encararse con su padre.

—No grites, Iris. Yo no le he comprado nada. Solo la asesoré —respondió a su hija con severidad.

La joven rubia se acercó a la hermanastra queriéndola estrangular.

—Es que no entiendo por qué le dais todo a esta acogida y a nosotras nada —clamó con lágrimas en los ojos y sin aliento.

—¡Ya está bien, Iris! Pareces una niña malcriada. Ya llegará vuestro momento y tu hermana necesita el coche para ir a trabajar —su voz clara adquirió nuevos matices.

—Excusas, siempre excusas. Estoy harta de todos vosotros. Ojalá os pase un tren por encima —voceó con los labios apretados por la brutal ira y los puños muy cerrados—. Si mamá estuviese aquí, no pasaría nada de esto, ni siquiera existirías —juzgó, mirándola fijamente, con aversión.

Tamara permanecía callada junto a la puerta. No alcanzaba a comprender cuál podía ser la razón por la que la odiaba tanto.

—¡Vuelve aquí para disculparte con Tami! —exigió Suarez al ver el lamentable comportamiento de su hija, pero la rubia miró un instante hacia atrás y salió de la estancia con paso airado.

Uxía seguía allí aunque no se había pronunciado. Se levantó para ir tras su hermana.

—¡Y tú qué! —preguntó exasperado.

—A mí no me mires —comentó, elevando los hombros como si con ella no fuese el tema.

Una vez quedaron a solas, la morena se sentó en el sofá y dejó escapar un soplo.

—Siento lo de Iris. Ya no sé qué hacer con ella —declaró el hombre visiblemente afectado por la conducta de su descendiente.

—En cuanto pueda me iré de casa. Es la mejor solución para evitar este tipo de conflictos con ella visto que al parecer yo soy la causa de sus desplantes —aclaró.

—El problema es ella, no tú. Ésta es tu casa, donde has vivido toda la vida. Ella no tiene ningún derecho a reprocharte nada ni a obligarte a huir de tu hogar —manifestó meneando la cabeza.

—Qué te ocurre, cariño.

En ese instante apareció Violeta. Se acercó a Valentín y vio su disgusto.

—He visto un coche desconocido fuera y me imaginé que sería el tuyo. ¿No había un color más modesto? —instó, dado que el vehículo que estaba aparcado en el exterior era de color morado.

—No me amargues más el día, mamá.

—Han tenido otra pelea. Esta vez por el automóvil —explicó Valentín.

—Yo no he tenido nada, mamá. Ha sido ella, que siente envidia hasta del

oxígeno que respiro —parafraseó con cierto enfado.

El matrimonio quedó discutiendo sobre la actitud desafiante de Iris en tanto que Tamara subía a su dormitorio con expresión de no comprender absolutamente nada.

A mediados de agosto Armando se presentó en la caseta a media mañana. No traía buena cara. Ella se fijó que estaba pálido y había perdido peso desde la última vez que habían estado juntos. Se sentó frente a ella y le pidió que cerrara la puerta. No quería que los molestase ningún turista.

—Voy a estar ausente durante un tiempo —dejó las gafas sobre la mesa y frotó los ojos—. Seguramente sea por bastante tiempo. Todo dependerá de cómo acepte mi cuerpo las sesiones de quimioterapia y radioterapia.

Tamara sintió una punzada en el corazón. ¿Tenía cáncer?

—Me han hecho varias pruebas y sí, tengo cáncer de colon, tal y como sospechaba mi médico de cabecera —frunció los labios y meneó la cabeza.

Ella no sabía cómo reaccionar ante tal confidencia. Reconoció que debía ser muy duro admitir que estaba enfermo, pero no de una enfermedad cualquiera, no. Una que en un abrir y cerrar de ojos podría acabar con su vida si no la combatía a tiempo.

—Hoy en día hay muchos avances en el campo de la oncología. Seguro que sale todo bien —fue lo único que se le ocurrió comentar.

—Al parecer está bastante avanzado. Ya veremos —aclaró, sin ninguna emoción en su voz.

La joven experimentó el dolor del hombre en ella misma.

—La cuestión es que vamos a seguir con el autobús hasta que haya demanda. Eso quiere decir que no se acabará en septiembre, aunque todo dependerá de las solicitudes que vayas teniendo.

Ella asintió, con una chispa de satisfacción en los ojos por el trabajo que realizaba. En algún sitio había leído que, cuando el trabajo es un placer la vida es bella, pero cuando nos es impuesto, la vida es una esclavitud.

—Hugo será la persona que quedará en mi puesto. Ya lo conoces —movió la cabeza asintiendo. Además de verlo por el ayuntamiento, lo había visto varias veces con Iris, la última en el Festival. Se rumoreaba que salían juntos.

Otro conflicto más en su haber, una vez la gemela se percatara de que trabajaban codo con codo.

—No hay ningún problema, Armando. Me pondré en contacto con él para estar en coordinación, igual que lo hacía contigo hasta ahora. Tú no te preocupes por el trabajo. Ahora debes relajarte y pensar en la curación — expresó con una sonrisa cálida e intentando mostrar normalidad y no pena en sus palabras.

—De todas formas, tienes mi número. Cualquier duda, pregunta o cuestión que veas que es relevante no lo pienses dos veces y llámame. Si no contesto en el momento, en cuanto me sea posible te devolveré la llamada, pero insisto, no dudes en contactar conmigo —ojeó la agenda para ver si se olvidaba de algo.

—Lo haré —contestó con diplomacia, aunque sabía que no lo iba hacer. Antes se devanaría los sesos, pero no tenía pensado molestarlo. No mientras estuviese enfermo.

—Mañana mismo se pasará por aquí para que lo pongas al corriente de cómo va la agenda de visitas —cerró la agenda y guardó las gafas en el bolsillo delantero de la camisa azul celeste que llevaba.

Se levantaron y se fue. Tamara intuía que con el ánimo a los pies. Al entrar cogió el móvil y llamó a Valentín para comunicárselo. Éste no estaba enterado y quedó en que lo llamaría en unos días para ver cómo se encontraba.

Tras atender a varios curiosos que se acercaron, empezó a anotar los cambios que se producirían desde ese mismo momento y hasta el regreso del concejal de cultura y turismo. ¿Ese tal Hugo sería tan tonto como la gemela? Seguro que sí, acabó pensando. Lo iría descubriendo a partir del día siguiente, cuando la visitase.

Hugo se presentó a primera hora de la mañana pues sabía que los jueves, a las diez, la joven guía salía con el autobús.

Se dieron la mano y se presentó como el sustituto de Armando. La voz del joven era cálida y tenía una sonrisa bastante aduladora.

—Creo que ya nos hemos visto alguna que otra vez —comentó el funcionario que lucía un bonito bronceado.



—Sí. Te he visto en el concejo y también en el festival de Ortigueira. Estabas con mi hermanastra —explicó la chica, adoptando una expresión de desagrado.

—Estaba con Iris y con mucha más gente —aclaró.

Ella no entendió esa respuesta. ¿Se referiría a que no salía con ella? No tenía la suficiente confianza con él como para pedirle que le esclareciese esa última frase. Ya lo averiguaría a través de Lía. Ella siempre lo sabía todo.

—Armando me explicó cómo quedaba todo. Puedo mostrarte la lista de personas que han solicitado nuestro servicio de autobús.

Tami le enseñó la planificación que tenía para los próximos quince días. Por fortuna había lista de espera para hacer el tour por la comarca.

—Veo que esto del recorrido en bus está yendo muy bien. Reconozco que cuando me lo comentó Armando no confié demasiado en el proyecto —admitió—. Te felicito por tu magnífica labor. Varias personas me han dicho que vives tu trabajo y te entregas. Se nota que disfrutas haciendo lo que haces.

—Me gusta mucho. Desde niña he soñado con trabajar en esto —reconoció, aunque sin darle más explicaciones.

—Y tu sueño se ha hecho realidad —expresó con una sonrisa amistosa.

Ella asintió con la mirada. No parecía mala persona. ¿Cómo podía estar con Iris sabiendo lo maléfica que era esa chica? Algo vería en ella que los demás no apreciaban.

Le guiñó un ojo y salió de la caseta. Quedaron de volver a verse el miércoles siguiente con más tiempo.

## 6

El viernes por la noche llamó a su amiga Lía. Después de las tonterías y sandeces de Iris, necesitaba salir, tomar una copa y relajarse, pese a que al día siguiente trabajaría. Ella aceptó encantada. Era de esas personas que siempre estaban cuando las necesitabas. En esta ocasión Tami llevó el coche.

—Y bien. ¿A dónde quieres ir a emborracharte?

—En ningún momento hablé de empinar el codo. Solo vamos a tomar algo y así charlamos, loqui —informó, aunque ya sabía que su amiga lo había dicho de broma.

—Entonces al sitio de siempre.

Tamara asintió con la cabeza. Solo esperaba no encontrarse a las rubias también allí.

Para celebrar que había comprado su primer vehículo pidieron dos cócteles. Mojito de frutilla y albahaca. Mientras conversaban vio a Hugo acercarse. Llevaba una camisa negra y un pantalón blanco. Al verla le lanzó un rápido guiño y se acercó a la barra.

—Niña, te ha guiñado el ojo derecho —susurró Lía con la pajita fucsia entre las manos.

—Y eso qué importa. Será su forma de saludar a las mujeres —le restó importancia.

—¡Ay, qué ingenua eres, Tami! —levantó la pierna derecha para situar el tobillo sobre la rodilla izquierda.

—A qué te refieres, loqui —realmente estaba perdida.

—Pues que si te guiña el ojo izquierdo significa que pasa de ti, pero si lo hace con el derecho, simboliza que está interesado en conocerte o liarse contigo. ¿*Capisci*? —apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cara entre sus manos.

—Ya empezamos con tus supersticiones. De poco importa que lo haga con el derecho si tiene novia —dijo Tami, refiriéndose a su hermanastra.

—¿Estás segura? Hasta donde yo sé, ese tío no sale con nadie. Tiene muchas admiradoras que lo persiguen pero pareja no —reveló.

—¿Acaso no lo viste en el festival con Iris? Ella no se separaba de él, y

vaya miradas que le echaba. Hubo un momento que consiguió intimidarme, te lo juro —reconoció la de los ojos castaños.

—Sigues estando equivocada. Hasta donde yo sé y te puedo decir que sé mucho, no hay nada entre esos dos. Puede que ella lo esté intentando pero no he visto ningún interés en él hacia ella.

—Si por ella fuese se arrojaría a su cuello y le estrujaría hasta su último jugo. Créeme. Es mala, muy mala —opinó. Levantó la mirada de la copa para mirarlo.

—Sí, es una viciosa del sexo, y de otras cosas —reveló.

—Nos está mirando, loqui. ¿No será que está esperando a alguien y como nosotras estamos justo delante de la puerta parece como si nos observase a nosotras cuando no es así?

—Deja de decir tonterías. Te pone nerviosa su presencia, eh. Hay que reconocer que está bien bueno el cabrón —pasó la lengua por los labios de forma escandalosa.

—¡Lía! Compórtate que hay gente mirándonos.

—Qué mala es la envidia, coño.

—Calla que ahora tengo que estar con él mínimo una vez por semana. Mientras no regrese Armando tendré que rendirle cuentas a él —explicó Tami.

—¿Es preponde o qué? —continuó escarbando.

—No. Solo he estado una vez con él, pero me pareció bastante amable y correcto. Tiene una voz sensual y al mirarte con esos ojos verdes sientes que te derrites. No sé. Nunca me había pasado con otro chico. No quiero equivocarme ni quiero hacerme ilusiones. Lo último que me faltaba era tener un lío con él y que al final estuviese con Iris.

—¿Te imaginas la cara que pondría de, "*loca recién escapada del manicomio*", si os pillara juntos? No. Mejor no te lo imagines porque esa hermana tuya sería capaz de arrancarte los ojos de la cara y tirarle una cerilla. Es una lunática.

Ella asintió. Sabía que su hermanastra tenía problemas, y no solo mentales sino relacionados con su adicción.

Una vez acabaron los cócteles abandonaron el local. Hugo seguía dentro,

charlando con otros chicos que estaban en la barra. Cuando iban de camino hacia el coche, vieron, bajo la oscuridad de una galería sin iluminación, a Iris charlando con dos chicos. Tamara se fijó en ellos y supo de quiénes se trataban. Eran dos jóvenes, de no más de veinte años, que se dedicaban al menudeo de sustancias estupefacientes.

—No le digas nada. Es mejor largarse y hacer como que no los vimos — opinó Lía que tiró del brazo derecho de su amiga.

—No puedo cerrar los ojos y hacer que no vi nada. Aunque me trate como una mierda, aunque me deje en evidencia, aunque se ría de mí, no deja de ser mi hermana. Vivimos en la misma casa.

—A veces es mejor girar la cabeza hacia otro lado, Tami. Mira su cara. Está flirteando con ellos.

—Será para que le regalen la mercancía —contestó. Su voz sonó rota.

Meneando la cabeza se liberó del agarre de su amiga y fue hacia ellos. Iris giró la cabeza y vio que se acercaba.

—Qué coño quieres ahora —dijo la rubia cuyos ojos estaban totalmente dilatados.

—Voy a llevarte a casa. Deberías mirarte a un espejo.

—¿Tú, llevarme a mí? —empezó a reír de forma ruidosa, como si le importara un comino lo que dijese la gente que estaba cerca—. Ni hablar. ¿Conoces a mis amigos?

—O te vienes o llamo a tu padre. Elige.

—Tú no eres nadie para llamarlo. Solo eres una acogida, una aprovechada —exclamó, burlándose de su buena fe.

—Mira como lo llamo —sus intenciones eran buenas, no desafiantes.

La gemela sintió que un ataque de histeria se adueñaba de ella.

Buscó el móvil en el bolso y localizó su número. Iris, al ver que iba en serio, se abalanzó sobre la hermanastra. Tiró de sus cabellos hasta conseguir tenerla en el suelo, bajo ella. Lía intentó ayudarle, pero los dos chicos que presenciaban la pelea la apartaron hacia un lado. Entonces fue corriendo hacia el bar de copas y pidió ayuda. En seguida salieron los que estaban dentro, incluido Hugo. Al ver que se trataba de Tamara e Irisapuró el paso para acabar con la pugna. Se estaban haciendo mucho daño.

—Tengamos la fiesta en paz y dejad de comportaros como dos adolescentes —pronunció, agarrando a la de cabellos claros de los brazos para sacarla de encima de su hermanastra.

La rubia estaba rabiosa, fuera de sí como nunca lo había estado. Elevó la cabeza y vio que era Hugo el que intentaba apaciguar la situación. Se miraron a los ojos y en seguida ocultó el rostro bajo el brazo. No quería que la viese en aquel estado.

—Todo es culpa de esa interesada que se está metiendo conmigo —gritó, sollozando.

Hugo observó a la de cabellos oscuros. Tenía un fuerte golpe en el pómulo derecho, el pelo desmelenado y el rostro bastante enrojecido. En cambio, Iris solo estaba despeinada y con los ojos demasiado excitados pero no a causa de la pelea.

—Yo no empecé nada, y lo sabes —exclamó por fin la morena que se había levantado del suelo, quejándose de un lado de la espalda.

—Siempre eres tú, estúpida. Siempre metes la nariz en mis asuntos —en su mirada no había ni una pizca de humanidad. Había perdido las formas.

—Ya está bien de insultos —intervino el chico con una expresión indescifrable en su rostro.

—Tamara dice la verdad. Fue ella la que se arrojó sobre mi amiga, tirándola al suelo. Esos dos estaban también presentes y no lo impidieron —buscó a los dos chicos que a su llegada estaban con la gemela pero ya se habían largado.

—Déjalo, Lía —dijo Tami que en ese instante recogía el bolso del suelo con la intención de irse de allí. Hugo seguía agarrando a la rubia de un brazo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, soltando a Iris y avanzando hacia la más afectada en la disputa.

—No ha sido nada, solo me ha dado unos leñazos —observó, sacándole importancia a lo sucedido.

—Deja que te vea.

Hugo agarró su rostro y observó los ojos. Después recorrió los brazos y las piernas. Una de las rodillas estaba sangrando. La chica también se quejaba de la espalda.

—Ven conmigo. Tengo un botiquín en el coche. Limpiaremos la herida de

esa rodilla y le echaremos Betadine —aclaró, agarrándola de la mano.

—De verdad que estoy bien.

—Haz caso al chaval que sabe lo que dice —intervino Lía que la agarró del otro lado porque veía que iba cojeando.

Iris se los quedó mirando con cara de tonta. Hugo se iba con su hermanastra en vez de quedarse con ella.

—Hugo, yo necesito más ayuda que ella. Creo que me estoy mareando —expresó teatralmente, llevándose una mano a la frente y cerrando los ojos.

Los tres miraron hacia atrás y comprobaron que solo era una mala interpretación, una más en la colección de Iris.

—Deja de actuar y madura, niñata —soltó la amiga.

La rubia frunció los labios. ¿Qué se creía aquella paleta inflada a manteca?

—Hugo, ¿me puedes llevar a casa? Te espero aquí —voceó, pero éste ni miró hacia atrás.

¿Una vez más había ganado la acoplada? Se llevó las manos a la cabeza y arregló el pelo. Aquello no iba a quedarse así. Los dos chicos que antes estaban con ella regresaron y le ofrecieron un porro.

—Tómate esta *trompeta* que tengo aquí preparada para ti —le ofreció uno de ellos.

—¡Me cago en la puta! Me habéis dejado sola con esa loca y encima el tío que me gusta se ha ido con ella y a mí me ha dejado aquí —reclamó mientras daba dos caladas seguidas.

—Ese pavo curra en el ayuntamiento, colega. Conoce a muchos maderos. Es mejor no tener problemas con él —argumentó el más alto, el que le había dado el porro.

—Joder, los amigos se ayudan —susurró la chica, poniéndose a la defensiva.

—Titi, tienes los faros desorbitados. Mejor te llevamos a casa —pronunció el otro al fijarse en el rostro de la chica.

—Unas caladas más y me voy —ella se tronchó de la risa a causa de la sustancia que estaba fumando —. ¿Dónde está mi hermana?

Los otros no tenían ni idea de dónde estaba.

Violeta madrugó, pese a ser sábado. Ella y Valentín habían decidido ir a las Islas Cíes. Habían comprado los billetes por internet el mes anterior. Mientras el marido quedaba en la ducha, ella bajó a la cocina para preparar el desayuno.

Tamara bajó silenciosamente para que nadie la escuchara. Normalmente a las ocho y media de la mañana todos dormían.

Violeta giró la cabeza al escuchar los pasos en las escaleras, pensando que se trataría de Valentín.

—Buenos días, mi princesa —dijo desde la cocina al ver los cabellos oscuros de su hija.

—Hola, mamá —siguió avanzando con la cabeza girada hacia el lado contrario a donde estaba ella. No quería que su familia se enterase de lo de la noche anterior.

—Hay café recién hecho y también tostadas.

—No, gracias. Voy justa de tiempo. Ya desayunaré por allí —se disculpó Tami.

La madre le pareció tan extraño su comportamiento que fue hacia la entrada de casa. La chica tenía la mano en el pomo.

—¡Espera, espera, espera! —susurró tras ella, poniendo una mano sobre su hombro izquierdo para que se girara.

—Tengo prisa, mamá —insistió con la cabeza gacha.

Violeta se puso frente a ella y vio el moratón que tenía en el pómulos, que, aunque había intentado disimularlo con polvos de maquillaje, se notaba la hinchazón.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Con dos dedos elevó su rostro para verlo a la luz.

—No es nada, solo un pequeño golpe —susurró, rebajando la importancia del porrazo.

—Esa respuesta no es válida, señorita. Ahora mismo te sientas allí y me lo cuentas todo —ordenó la madre, como si todavía tuviese diez años.

—Ahora no puedo hablar, mamá. Tengo mucho trabajo y —miró la cara de preocupación de la madre—, no me apetece hablar del tema, ¡vale!

Puso la mano en el pomo de la puerta y la abrió.

—No te preocupes por mí, de verdad. Es una tontería —dijo al cabo.

—A la vuelta hablamos, que, aunque tengas veintiséis años, sigues siendo mi única hija y me preocupo por ti.

La chica asintió con la cabeza y fue directa al garaje. Al final no había podido ocultarle a su madre el golpe de la cara. A ver cómo se las ingeniaba por la noche para no hablar del tema.

Cuando se estaba acercando a la caseta divisó una persona arrimada a la puerta de la misma. El sol matutino no le permitía distinguir de quién se trataba aunque no le dio importancia. Sería un turista madrugador. Sorpresa mayúscula al comprobar que era Hugo, que la saludó con la mano con un gesto de aparente despreocupación.

—Hoy es sábado, ¿no? Deberías estar disfrutando de la cama —comentó ella tras abrir la puerta con llave.

—Me olvidé de sacar la alarma —respondió, dejando escapar un bostezo. En realidad todavía no se había acostado.

¿Sería verdad lo que le estaba contando? Parecía un tipo listo para que se le despistara ese detalle.

La chica abrió las ventanas del habitáculo. Después sacó dos rosas rojas que llevaba en una bolsa de papel y las introdujo en un pequeño jarrón de cristal con agua.

—Se te nota un poquito —habló el joven.

—¿Perdona? —no se había dado cuenta que se refería al cardenal del pómulo. Él le señaló la cara con su mano.

—Menudo pollo me montó mi madre esta mañana al vérmelo —meneó la cabeza al pensar en la cara de asombro de Violeta.

—¿Duele?

—Ya no. Lo peor será al llegar a casa y explicárselo a mi madre. Es de esas personas que pillan una mentira a la primera. Me conoce demasiado y no sé cómo me las voy a apañar para escaquearme.



—Muy sencillo. Diciéndole la verdad —opinó, señalándola con el dedo índice.

—Sí, como si eso fuese tan fácil. Recuerda que la que me propinó este golpe es la hija del marido de mi madre —cerró los ojos con solo pensarlo.

—Cierto. La soberbia de Iris —susurró.

—¿Soberbia? Esa tía es pura maldad. Pensé que la conocías mejor.

—Menos que tú, seguro.

En ese instante sonó el teléfono de la caseta. Era una mujer portuguesa que estaba interesada en anotarse para hacer el tour en el mes de octubre. Por increíble que pareciera, la lista crecía y crecía.

—Bueno, te dejo con tu trabajo. Igual nos vemos este fin de semana por el pueblo y —dio unos toquecitos en la mesa con los nudillos— que sea leve la conversación que tengas con tu madre. Ya sabes. Las madres se preocupan demasiado por los hijos. Es solo instinto.

Tamara emitió una sonrisa vagamente audible, más con los ojos que con la cara. Le dolía demasiado.

A mediodía no fue a comer a casa. Su madre no estaba y no quería ver como Iris se burlaba de su rostro magullado, y, con un poco de suerte, Violeta y Valentín llegarían tarde y no tendría que darle explicaciones, como mínimo hasta la mañana siguiente, pero no fue así. Sobre las 23:00 horas llegaron y a las 23:10 horas la progenitora tocaba en la puerta de su habitación.

—¿Puedo pasar?

—Sí, mamá. Puedes entrar —respondió con serenidad.

Le hubiese gustado decirle que le dolía mucho la cabeza y no estaba para charlas, pero sabía que no iba a funcionar.

Se sentó sobre la cama dando varios toquecitos sobre el edredón para que Tamara, que en aquel momento guardaba varias piezas de ropa en el armario, se arrellanara a su lado.

—¿Vas a contarme qué pasó ayer por la noche para aparecer con el rostro en ese estado?

—No pasó nada —rebatió.

—Entonces explícame cómo es que tanto Iris como tú aparecisteis con magulladuras por todas partes —solicitó saber la progenitora.

—Pregúntaselo a ella —contestó.

Tami intentó vanamente levantarse de la cama pero su madre la cogió del brazo, impidiéndoselo.

—Ya lo hizo Valentín esta mañana.

—Pues entonces ya está. Tienes toda la información —quiso levantarse de nuevo pero Violeta se lo imposibilitó.

—¡Y te parece bonito y propio que te abalanzaras sobre ella y empezaras a porrazo limpio! —recriminó. Iris había tergiversado la realidad de lo sucedido.

—¡Cómo que yo! Fue ella la que empezó la pelea —se defendió, incapaz de concebir lo que estaba escuchando.

—Siempre os estáis peleando y no lo comprendo.

—Ya veo que la crees a ella —gritó enfadada.

—Yo solo quisiera una tregua. Sois como el perro y el gato y ya es muy cansino, hija —sostuvo Violeta.

—Voy a darme una ducha y a meterme en la cama —se levantó, indignada porque su madre no se pusiera de su parte.

Más tarde bajó a la cocina del hotel. Hortensia se había ido a descansar pero Ana seguía arreglando la cocina.

—No has bajado a cenar. Hortensia te dejó la cena en el microondas —dijo la mujer.

Ella cogió el plato y se sentó a la mesa. Ana se fijó en los morados que tenía en el rostro.

—Tu hermana está algo parecida a ti. ¿Os encontrasteis con el diablo ayer por la noche? —bromeó.

Ella meneó la cabeza. ¡Porqué todo el mundo se lo tomaba a broma! ¿Acaso nadie la creería?

—Basta de bromas.

—Hortensia y yo sabemos que ha sido cosa de ella. Esta mañana llegó con el cuento y haciéndose la víctima. Dijo que la habías agredido pero yo no me

lo trago —explicó la cocinera.

—Lo de ella es interpretar y actuar —respondió—. Acabará por convencer a todos de que soy la culpable —dejó el trozo de pizza casera sobre el plato. Se le había ido el apetito.

—¿Y dónde estaba Uxía? —interrogó la mujer. Le parecía extraño que ninguna de las dos partes mencionara a la otra hermana.

—No tengo ni idea y, ahora que lo preguntas, sí es raro porque ellas siempre están juntas aunque viendo el camino que lleva ésta —se calló al darse cuenta que no estaba hablando sola.

Ana comprendió a qué se refería pero tampoco quiso tirarle de la lengua.

—Nosotras somos cuatro hermanas y un chico y en algunas ocasiones también tuvimos reyertas, pero lo arreglábamos enseguida, especialmente cuando intervenía él. Era mi ángel de la guarda —aclaró con una sonrisa en el rostro—. Por aquellos tiempos había mucha pobreza, no como ahora, que tenéis de todo en el frigorífico, en el armario e incluso en la cartera. Mis padres ni siquiera disponían de nevera; con eso te lo digo todo, pero éramos felices con lo que teníamos —desempolvó la cocinera con melancolía.

—Ojalá tuviese un hermano para defenderme o, al menos, darme buenos consejos y estar a mi lado. Ser hija única no mola nada—reflexionó Tami.

—Tienes una familia maravillosa. Has estudiado y trabajas en lo que te gusta. ¡Qué más precisas!

—Paz, Ana. Necesito irme de aquí —finalizó, levantándose y despidiéndose de ella acariciando su brazo.

El domingo llamó a Lía desde el trabajo. Quería invitarla a comer fuera pero su amiga tenía un compromiso familiar que no podía eludir. Su intención era no almorzar en casa, con la familia. Cuando llegó, las chicas estaban sentadas a la mesa y, como no podía ser de otra manera, ojeando los teléfonos móviles. Violeta y Valentín revisaban unos papeles que le había entregado Hortensia. Dejó el bolso y el maletín sobre el mueble de la entrada y fue a la cocina. La vivienda y la cocina del hotel estaban contiguos.

—¿Qué comemos hoy? —preguntó a las mujeres.

Ellas se giraron para mirarla. Tenía mejor cara que el día anterior.

—Rulo de cordero con humus, piña y aceitunas —descubrió Hortensia. Era

uno de los platos más exquisitos que preparaban en el hotel rural.

Se acercó para oler el agradable aroma que desprendía el cordero.

—Debe estar delicioso.

Al entrar en el comedor, Iris la observaba desde su silla. Odiaba su cabellera morena, esa sonrisa sincera, esos ojos castaños, su facilidad de palabra, su don de gentes; y la culpa de todo la tenía su padre por haberse liado con la perfecta de Violeta. Siempre tan elegante y refinada.

Violeta sirvió la comida ayudada por su marido, y Tamara la bebida fría que había sacado del frigorífico. Una vez remataron el almuerzo, Valentín habló.

—¿Os parece inteligente lo que habéis hecho el viernes?

La gemela clavó la mirada en el plato vacío.

—Estoy hablando contigo, Iris —la escrutó. A Tami no hacía falta decirle nada dado que lo estaba observando.

—Fue cosa de esa bruja que tienes como hijastra —lanzó de repente ante la mirada atónita de los demás presentes en el salón privado.

Tami abrió los ojos de manera exagerada. Esa chica no tenía ni un ápice de vergüenza, pero tampoco quería practicar esgrima verbal con ella ni con nadie. Se levantó y abandonó el habitáculo, dejando la conversación en el aire a ultranza de que cualquier cosa que dijera no iba a servir para convencer a su madre y a Valentín de que ella no había iniciado nada.

—Dudo mucho que haya sido cosa solo de ella. Te creo más capaz a ti de eso que a Tami —habló el hombre con cara de estar realmente enfadado. Su línea de pensamiento iba bien encaminada.

—Se llama Tamara y ella no es tu hija —clamó muy alterada. No soportaba que la llamasen de esa forma tan cariñosa, mucho menos su progenitor.

—¡Iris! —chilló, dejando la servilleta de tela color blanco sobre la mesa para levantarse. Violeta seguía callada, observando el espectáculo que estaba formando la rubia de melena larga.

La chica también se levantó. Le importaba una mierda enfrentarse a su progenitor.

—Tu comportamiento está siendo propio de una niña de diez años —dijo su padre intentando templar la voz.

—Y tú deberías estar defendiendo a tu hija y no a esa adoptada —respondió, con chispas de furia en los ojos.

En ese instante Violeta, indignada por las palabras que acababa de escuchar, también se levantó de la mesa. Tan solo quedaba Uxía, pero ésta, ni se movía, ni abría la boca.

—Me parece que te estás pasando, Iris —habló la madre de la perjudicada.

—Sois vosotros los que os estáis pasando. ¿No veis que está fingiendo que fui yo?

Valentín negó con la cabeza. Ya no sabía cómo capitanear la situación, mucho menos cómo plantearle a su hija que su comportamiento no estaba siendo el correcto.

—Estás castigada sin salir y sin paga durante el tiempo que yo crea conveniente —informó.

La rubia se fue con paso apurado. Desde el comedor pudieron oír la furia encerrada en su voz.

—Solo pretendía que se arreglaran las cosas entre las dos —explicó Suárez.

La esposa se acercó a él y tomó su rostro entre las manos.

—Lo sé, cariño. Creo que ella está celosa por todo lo que Tami ha conseguido hasta la fecha. Si te remontas al pasado, su relación no era tan mala —opinó mientras acariciaba su barbilla.

—Pues lo va a tener crudo conmigo porque no pienso consentir ni una tontería más. ¿No podíamos ser una familia normal?

Violeta asintió. Ella también lo deseaba.

Uxía seguía sentada, con el teléfono entre las manos. Valentín la miró y se acercó a ella.

—Tú no sabrás, por casualidad, qué le ocurre a tu hermana. ¿Te parece correcto su comportamiento?

A ella le hubiese gustado decirle la verdad pero no podía. Había prometido a su hermana que no revelaría nada de lo que hacían fuera de casa. Era como un pacto que tenían entre ambas hermanas.

—No lo sé, papá —mintió—. Solo puedo decirte que yo también la encuentro muy excitada, incluso conmigo. Antes no era así pero desde hace

unos meses, quizás un año, se ha vuelto más protestona y se altera por tonterías —manifestó con una voz que perdía firmeza por momentos, escogiendo las palabras que pronunciaba para no comprometer el acuerdo que tenía con su gemela.

Valentín asintió y frotó las cuencas de los ojos. Necesitaba un analgésico para calmar el dolor de cabeza que tenía.

Cuando Uxía entró en el dormitorio que compartía con Iris, vio que estaba al teléfono y hablaba en un tono confidencial.

—Con quién hablabas tan en secreto —quiso averiguar la hermana.

—Con alguien que me va hacer un favor, un gran favor —argumentó con la mirada perdida en el infinito.

—Algo que ver con Tamara, ¿puede ser? —porfió.

—Podría ser —susurró con mirada diabólica.

—Entonces no quiero saber nada.

Se acercó al ropero y cogió una falda corta negra y una camiseta. Aunque su hermana estaba castigada, ella no, y no tenía pensado quedarse en casa un domingo por la tarde.

## 8

Era viernes, el último del mes de agosto. Tamara esperaba la visita de Hugo en la caseta para ponerlo al corriente de lo que había sucedido a lo largo de la semana, y porque él cogía las vacaciones de verano y no regresaba hasta principios del mes de octubre. Septiembre iba a ser un mes agitado para ella, pues tendría que acercarse al ayuntamiento, una vez por semana, para entregar el resumen de visitas semanal y el dinero que iba recaudando con el autobús.

Una vez hizo entrega de la documentación y de la recaudación de la semana, recogió sus cosas y cerró la caseta. Hugo seguía a su lado.

—Pásalo genial en Londres y ojo con el horario —dijo la chica después de cerrar con llave.

—Sí, como los portugueses. En cuanto baje del avión cambiaré la hora del reloj.

Ella miró hacia sus ojos verdes y una ligera sonrisa curvó sus labios.

—Voy a ver cómo se me da la lengua inglesa —dijo, guiñando un ojo.

—Seguro que las lenguas inglesas se te darán bien —bromeó.

—No tanto como las gallegas —se acercó a ella y tocó sus labios con la punta de los dedos.

—Las gallegas son más carnosas —estimó Tami mientras se fijaba en su sonrisa adulatoria.

Él frunció la boca y se acercó para besarla, pasando primero la lengua por sus labios carnosos para humedecerlos y después introduciendo de lleno la misma en el interior de la boca de la chica.

Un vehículo que pasaba por allí les pitó. Cuando abrió los ojos supo que se trataba de Valentín, el marido de su madre, y dentro llevaba dos pasajeros.

—Seguro que nos ha visto y ahora armará la gresca en cuanto llegue a casa —dilucidó Tami.

—¿A qué te refieres? —interrogó mientras movía varios mechones del cabello de la chica.

—Acaba de pasar Iris por aquí con su padre y apuesto lo que quieras a que nos vio. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Le tienes miedo a una mocosa?

—No se trata de tener miedo sino de estar harta de aguantar sus despropósitos. En cuanto pueda me largo de casa —aclaró.

Eso había hecho que se separaran. Con lo que le estaba gustando el beso. Él intentó besarla una vez más pero ella se echó hacia atrás.

Cuando llegó para almorzar estaban todos menos Iris, y, según explicó Uxía, no bajaría a comer porque tenía un poco mal el estómago.

¡Fenomenal! Habían pensado todos. Últimamente las comidas en familia eran todo menos eso, familiares.



—Diga —contestó una voz de mujer cuyo timbre era de una persona fumadora.

—Hola, soy Iris.

—¿Iris? —repitió la mujer mientras pensaba —¿Qué Iris? No conozco a ninguna Iris.

—Claro que me conoces. Soy tu hija —aclaró.

—Ah, vale. ¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó sorprendida.

—Me lo ha dado "*el Bisagras*" —respondió sin titubear.

—Nena. Cuidado con ése que es un cafre —le advirtió.

—Tranquila. Sé con quién estoy tratando.

Se callaron un instante hasta que Noelia habló.

—¿Por qué me llamas, a estas horas y con un tono de voz tan bajo? ¿Acaso no quieres que te escuche tu padre o tu queridísima madrastra? —comentó, aunque averiguar eso le traía sin cuidado.

—Nadie sabe que he contactado contigo. Papá está haciendo gestiones en los bancos y Violeta... —su voz se entrecortó. ¿Qué quería decirle de ella? —. Esa estúpida está por ahí, con sus amigas. Es odiosa y su hija muchísimo más.

—Vale, vale. ¿Me has llamado para desahogarte o por otro asunto? —cortó el rollo que le estaba soltando mientras daba una calada al cigarrillo.

—Sí, bueno no. Necesito pararle los pies a la chiflada de su hija y quién mejor que tú para aconsejarme. Según tengo entendido, estuviste en la cárcel por asesinar a tu tía —explicó la rubia airadamente.

—Qué tienes entre manos, conejita —demandó la progenitora, con la misma mirada maliciosa que había heredado su hija.

—Ahora te cuento...

## 9

Los jueves se celebraba el mercadillo en el pueblo, en la calle de la Alameda. Jornada doblemente complicada para Tami porque debía estar en la caseta y hacer las rutas en los horarios señalados. Normalmente los martes y los jueves, se quedaba a comer en el pueblo.

Hortensia y Ana acudían al mercado a primera hora del día para comprar fruta fresca, legumbres y flores para el hotel; Valentín, como cada mañana, también se acercaba al pueblo para hacer gestiones bancarias, y Violeta acostumbraba a quedar con varias amigas para tomar un café antes de dar una vuelta por la multitud de puestos que ofrecían su mercancía a los curiosos. En casa solamente quedaban las gemelas.

—¿Te apetece que vayamos a tomar el sol para el jardín? —dijo Uxía a media mañana.

La otra hermana observó la hora en el móvil. Todavía no podía irse.

—Sí, estaría genial pero ve yendo tú que yo tengo... —no sabía qué argumento dar para que su hermana la dejara sola en casa—, tengo que ir al baño y hacer una llamada. Nos vemos allí, ¡vale!

Uxía vistió el bañador, se envolvió con la toalla y buscó las chanclas en el zapatero. Su hermana había entrado en el aseo que tenían en el dormitorio pero al escuchar el golpe de la puerta salió corriendo y buscó un número en la agenda del móvil.

—Hola. ¿Estás por aquí cerca? —preguntó en un tono muy bajo.

—Sí, estoy fuera —respondió la otra persona.

—¿Eres gilipollas? Te dije que te avisaría cuando estuviera todo despejado —susurró en forma de grito.

—Hace tiempo que no sale nadie de la finca, rubia. No te excites que lo tengo todo controlado —aclaró. Hacía dos horas que estaba oculto tras un árbol y su moto la había dejado en otra calle.

—Tengo todo el derecho a ponerme como me dé la gana —contestó, abriendo la puerta del dormitorio para ver si su gemela realmente se había ido o estaba tras la misma.

—Vale, vale. No te enfades, colega.

—Bajo en unos segundos y te abro las puertas —explicó mientras corría descalza escaleras abajo. Desde el videoportero pulsó el botón de abrir de la puerta exterior y dejó entreabierta la de la casa—. Ya está.

—Vale, rubia. En un periquete me tienes ahí.

Con mucho sigilo y mirando hacia los lados entró en la finca y después en la vivienda. ¡Menudo lujo había en el interior!

—Un beso de buenos días, no —dijo con voz zalamera.

—Qué haces ahí parado, pasmón —intervino la joven al ver que no se movía.

—Caramelito, aquí hay muchas cosas de valor.

—Ni se te ocurra poner una mano encima, ¿me oyes? —ordenó—. Sube ya que mi hermana está esperándome en el jardín. Es la segunda puerta.

El hombre subió las escaleras de dos en dos y fue tras ella. En la mano llevaba una caja de madera cuadrada y una bolsa plástica de un supermercado conocido de la zona.

—¡Lo traes todo! —interrogó después de poner los ojos en blanco.

—Todo lo que habíamos hablado por teléfono. ¡Menuda sorpresa le vas a dar! —expresó entre risas.

—Deja de hacer ruido, subnormal. Yo estaré abajo por si a Uxía se le ocurre venir a buscarme o llega alguien antes de tiempo. Date prisa. No tenemos toda la mañana —decretó, nerviosa.

Iris señaló la puerta y bajó las escaleras. Estaba tan inquieta que no hacía más que moverse de un lado para otro. Aquello tenía que salir bien. Si la cogían con las manos en la masa la harían picadillo.

Siete minutos después el hombre salía del dormitorio.

—¿Qué tal?

—Entra tú y lo compruebas —contestó, sacando un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta vaquera con la intención de encenderlo en el interior de la vivienda.

—¡Estás loco o eres gilipollas! Está terminantemente prohibido fumar en el interior de la casa.

Tiró de él para que abandonase la estancia.

—¿Me has traído lo otro?

—Aquí lo tienes —sacó una diminuta bolsita plástica del bolsillo trasero del pantalón con lo que parecía marihuana—. Son cinco eurillos. Lo otro te lo hago gratis.

Iris sacó un billete y se lo entregó.

—Ahora lárgate y sal con cuidado. No quiero que te vean —lo cogió del brazo y tiró de él hacia el exterior.

En cuanto salió cerró la puerta y se apoyó en ella. Una sonrisa renuente cruzó su rostro.

Tras fumar lo que su amigo le había entregado, retuvo la respiración al notar un agradable placer por todo el cuerpo.

Tamara llegó a casa después de las nueve. Había sido un día agotador. Muchos visitantes que habían acudido a la caseta y muchos turistas en el autobús turístico. Quería darse una ducha antes de cenar algo y meterse en la cama. Había quedado con Lía para salir la noche del viernes.

Estacionó el coche en el interior de la finca y entró en la vivienda. En el despacho estaba su madre y Valentín. Los saludó con la mano.

—Hola, cielo. ¿Cómo te ha ido el día? —preguntó su madre que se había acercado a ella para darle un beso.

—Pues imagínate. Los martes y los jueves son días de mucho trajín pero no me quejo. Me gusta lo que hago —respondió.

En ese instante también se acercó el marido de Violeta.

—Hoy estuve en el hospital, con Armando. Le han extirpado parte del intestino grueso. Creen que así no quedarán restos del tumor —le informó.

—Vaya, espero que eso sea una buena noticia. La verdad es que el último día que lo vi tenía muy mala cara y lo noté mucho más delgado —contó la joven algo entristecida por la noticia.

—Esperamos que se recupere. Él está ilusionado y confía plenamente en los especialistas. Todos estamos en sus manos.

—Un día de estos lo llamaré para transmitirle ánimos. Ojalá se recupere pronto y vuelta a la rutina. Todo el mundo dice que ama su trabajo.

—Es muy buena persona y un gran profesional —reveló el hombre—, y él también me habló muy bien de ti y de cómo te desenvuelves con los turistas. En ese aspecto está muy tranquilo porque sabe que lo ha dejado todo en buenas manos.

—Hago lo que puedo y algo más —dijo con una leve sonrisa que hizo alzar la comisura de los labios.

—Y nosotros también estamos muy orgullosos de ti, cariño. Eres un ejemplo de lucha y perseverancia —intervino la progenitora.

—Gracias, mamá. Vas a conseguir que me ponga roja como un tomate.

—¡Anda! Date una ducha y baja a cenar. Hoy Hortensia y Ana han preparado carne asada en el horno de leña. Ya sabes, un manjar para el paladar.

—Enseguida bajo.

La joven subió las escaleras revisando los mensajes que tenía en el teléfono móvil. Abrió la puerta del dormitorio y dejó el bolso y el maletín sobre la cama, sentándose, así mismo, sobre ella. A los pocos segundos escuchó un zumbido bajo el lecho que cada vez se hacía más repetitivo e intenso. Un sonido muy similar al que producían las abejas. Tamara, además de sufrir apifobia, es decir, miedo a las abejas o avispa, era alérgica a la picadura de las mismas.

Se puso de rodillas sobre la alfombra y levantó el edredón, de color azul cielo. Decenas de antófilos, de origen asiático, comenzaron a salir de debajo de la cama, produciendo un zumbido ensordecedor. La primera que se le acercó, para su sorpresa y desconcierto, clavó el aguijón en el cuello, la siguiente en el brazo y dos más en el muslo de la pierna derecha. Ella gritó al sentir los picotazos. Se levantó y consiguió abrir la puerta del dormitorio para así poder pedir auxilio.

—¡Socorro! —gritó, aun sintiendo que se le cerraba la garganta—. ¡Mamá!

No se acordaba donde había guardado la adrenalina inyectable de emergencia. Hacía muchos años que no le picaba una abeja, mucho menos de las asiáticas.

Violeta salió del despacho corriendo y vio que su hija se desplomaba en el suelo.

—¡Valentín! —voceó al tiempo que subía las escaleras para socorrer a su

hija.

La reacción anafiláctica empezaba a ser evidente.

La progenitora vio los agujijones clavados en la piel y supo cuál era la razón por la que se había desmayado.

—Llama inmediatamente a urgencias y que envíen una ambulancia —demandó—. ¡Tamara, me oyes!

—La inyección —habló la chica en un tono casi imperceptible. Los pulmones se le colapsaban.

Valentín sacó el móvil del bolsillo del pantalón e hizo la llamada a los servicios médicos.

—Nena, ¿dónde tienes la adrenalina?

La chica no respondió. Tenía la garganta tan inflamada que ni siquiera era capaz de respirar.

Instantes después perdió el conocimiento.

—¿Qué podemos hacer? —gritó el marido.

—Necesita la adrenalina inyectable —logró decir Violeta.

Valentín se dirigió al dormitorio pero al abrir la puerta sintió el zumbido de cientos de abejas volando sobre la cama de la chica.

Las gemelas salieron de su cuarto al escuchar los gritos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Uxía, poniéndose de rodillas al lado de Tami y Violeta.

—Le han picado varias abejas y ella es alérgica al veneno que esos insectos inoculan al picar en la piel —explicó la mujer con voz preocupada.

Iris, que seguía apoyada a la puerta del dormitorio contemplando como todos rodeaban a Tamara, no había contado con eso. Sabía que tenía pavor a los himenópteros pero no que fuese alérgica al veneno.

—¿Se pondrá bien, verdad? —dijo la otra gemela.

En ese instante llegaron los servicios médicos. Ana les había abierto la puerta.

Subieron las escaleras portando una camilla y comenzaron a auscultar a la paciente.

—Nos la llevamos urgentemente al hospital —anunció el médico.

El asunto era grave. Tamara no respondía a los estímulos.

—¡Papá! —chilló Uxía al ver que su hermanastra estaba como muerta.

—Tranquila, cariño. Ahora la llevan al hospital Arquitecto Marcide para ponerle el tratamiento idóneo. Estará en buenas manos —esclareció Valentín con voz nerviosa.

Iris permanecía petrificada.

—Dime que no es cosa tuya —susurró cuando todos bajaron las escaleras.

La gemela no respondió.

Mientras introducían a la chica en el interior del vehículo medicalizado, Valentín llamó a una persona que estaba acostumbrada a lidiar con ese tipo de insectos, para que se acercase a casa. Se trataba de un especialista en control de plagas que eliminaría por completo el avispero y estudiaría de qué manera habría llegado hasta el dormitorio de la chica.

Tan pronto entró por urgencias comenzaron a tratar la reacción grave con soporte respiratorio, exámenes de orina y sangre, radiografía de tórax, electrocardiograma y administrándole, por vía intravenosa, adrenalina, corticoides sistémicos y antihistamínicos.

Violeta y su marido aguardaban noticias de los médicos en la sala de espera. La madre conocía a la perfección los riesgos que corría su hija. No se trataba solamente de la inflamación de la zona inoculada con urticaria generalizada, de la fiebre alta, el dolor articular e inflamación de los ganglios linfáticos. Cada minuto que pasaba sin la medicación correcta podía suponer que entrase en shock o incluso fallecer.

Habían descubierto que era alérgica a la picadura de himenópteros cuando contaba con doce años. Un buen día ella y Lía decidieron adentrarse en el bosque para conocer los distintos tipos de setas que podían encontrar. Se trataba de un trabajo para el colegio, y querían tener una buena nota y para eso fueron recolectando los distintos tipos para estudiarlos y presentarlos ante los compañeros de clase y sorprender a su profesor. Un enjambre comenzó a moverse de manera excitada a su alrededor. Lía consiguió escapar pero a su amiga le picaron unas cuantas. Jamás pensó que el veneno de unas insignificantes avispas pudiese ser tan letal.

—No entiendo cómo han podido llegar hasta su dormitorio. Imagínate que

le pican mientras está dormida —la voz de Violeta temblaba con solo pensarlo.

—No lo sé —dijo con voz poco firme—. Han tenido que entrar en la habitación esta mañana. Es imposible que estuviesen allí desde la noche —respondió el hombre que inmediatamente ojeó el móvil y marcó el número de Elías, el hombre que había contratado para retirar los insectos de casa.

—Hola, Valentín. Estoy aparcando ahora mismo delante de tu casa —comentó el profesional.

—Estupendo, Elías —se levantó para acercarse a la puerta de salida—. Hazme un favor. Cuando llegues al cuarto de la niña —pese a tener veintiséis años, tanto su madre como él, seguían tratándola que si fuese una cría—, comprueba si la ventana está cerrada.

—Lo verificaré —aclaró. Era una persona de pocas palabras pero eficaz y serio en su trabajo.

Regresó hasta donde estaba su esposa y al poco rato les confirmaron que la chica quedaría ingresada, como mínimo hasta el domingo, y les indicaron el número de habitación que ocuparía, una vez finalizaran todas las pruebas que querían realizarle. Violeta soltó aire por la boca, aire que había estado conteniendo en los pulmones a causa de la preocupación. Estaba fuera de peligro.

Varias horas más tarde dos celadores la llevaron a la habitación, donde la esperaba Violeta. Momento que aprovechó Valentín para ir a casa y comprobar cómo iban los trabajos de exterminación. Era una suerte conocer a Elías y que acudiese al domicilio tan pronto como lo llamó y le contó lo que había sucedido. Tendría que pagarle horas extras pero eso no le preocupaba. Lo que le inquietaba era averiguar cómo habían entrado las abejas al dormitorio de la chica y si había algún avispero más por la casa.

Tan pronto llegó lo llamó para decirle que estaba fuera, en el pasillo.

—Buenas noches, Elías. Siento que tengas que estar trabajando a estas horas pero no conocía a ninguna otra persona y tengo que solucionar este problema ya —se disculpó, visiblemente afectado.

—No te preocupes. Es mi trabajo —habló el experto que iba enfundado dentro de un buzo de color blanco que pesaría alrededor de cuatro kilos, y unas botas de apicultor reforzadas.



—¿Has visto lo de la ventana?

El hombre asintió mientras se quitaba los guantes de máxima protección.

—La ventana estaba cerrada, correctamente cerrada, y la persiana por la mitad. Es imposible que entrara por ahí, y por la puerta... mucho menos.

Valentín permanecía callado, reflexivo.

—Por cómo se ha colocado el enjambre y las condiciones del habitáculo está claro que ha sido puesto bajo la cama a propósito. Me imagino que sabes qué significan mis argumentos.

El hombre lo miró con fijeza.

—¿Estás seguro de ello? —insistió, incapaz de creer tan revelación.

—Absolutamente, Valentín —afirmó, colocando una vez más los guantes y la careta especial para esas tareas y entrar en el dormitorio a rematar el trabajo.

Suarez se apoyó a la barandilla de madera. Aquello no podía ser posible. ¿Quién podría haber hecho algo tan horrible? A casa acudía una chica que hacía la limpieza todos los días por las mañanas. Ella habría podido dejar la ventana abierta, sin darse cuenta, y así entrar el enjambre, pero Elías había dicho que estaba todo cerrado.

—Hola, papá. ¿Cómo se encuentra Tami? —preguntó Uxía que salía en ese instante de su dormitorio.

—Está mejor, aunque quedará ingresada unos días —expresó con manifiesta angustia en la voz.

Seguía arrimado a la barandilla y con una mano tirando del labio superior.

—No sabía que fuese alérgica al veneno de las avispas. Menos mal que llegó a tiempo al hospital —siguió hablando la joven.

El padre seguía inmerso en sus reflexiones.

—Papá. ¿Estás bien? —se acercó a él y tocó su brazo.

—Sí, hija. Solo un poco cansado y preocupado —seguía inmóvil, apretando los dientes. Nunca había flaqueado... hasta ahora.

Uxía se fijó en su rostro con minuciosidad. Algo que no había hecho nunca hasta la fecha. Era un hombre atractivo, con alguna que otra cana en el cabello. Sus rasgos eran de una persona amable, obstinada, sincera y

agradable, pero esa noche, además de todo eso, se adivinaba la sombra de la culpabilidad, del dolor.

—Por casualidad no sabrás nada sobre el avispero que apareció en su dormitorio —interrogó el progenitor.

—¿Un avispero? —interpeló la muchacha muda de asombro—. No tenía ni idea. Pensé que había sido la picadura de una o dos abejas —contestó aturdida y devolviéndole la mirada de estupor.

—¿Dónde está tu hermana? —interrogó.

—No lo sé. Ha salido hace unas horas y no quiso revelarme a dónde iba ni tampoco me permitió que la acompañara —confesó.

Valentín pasó las dos manos por el cabello. A todas luces aquello parecía una pesadilla.

—¿No pensarás que es cosa de ella?

Parecía una idea estúpida, pero...

—Ahora mismo ya no sé ni que pensar —se frotó la cara con las manos, intentando serenarse.

—Papá. Iris es tu hija y mi hermana, y aunque a veces está un poco loca no la veo capaz de hacer semejante barbaridad. Lo cierto es que yo tampoco sabía que ella era alérgica a eso —razonó la gemela.

—El avispero fue puesto a propósito en su cuarto, Uxía. Alguien de esta casa lo hizo y solo me queda ella por descartar —escupió el hombre con cara de estar agobiado.

—¿Has hablado con la gente que trabaja aquí? Está Hortensia, Ana, que se pasa de vez en cuando, y Susy, la chica que viene por las mañanas a limpiar —razonó la joven.

Valentín meneó la cabeza. Ha tenido que ser ella. Llevaba varias semanas acosándola aunque ya antes había dado muestras de celos. ¿Cómo le explicaría a Violeta que su hija era la culpable de colocar intencionadamente las abejas bajo la cama de Tamara? Marcó el número de Iris pero ésta no respondió. Lo intentó por segunda vez. Ninguna respuesta. Seguidamente llamó a su mujer para saber cómo se encontraba la niña.

—Los médicos me han dicho que esta vez se salvó por los pelos. Unos minutos más y no lo contaría —dijo, apartándose hacia un lado para no

molestar con su voz a Tami.

—Menos mal que estábamos en casa. ¿Quieres que vuelva al hospital para acompañarte?

—No, quédate ahí y descansa. Por cierto. ¿Qué te dijo Elías sobre el avispero? ¿Ha conseguido eliminarlo? —demandó.

El hombre se quedó pensativo. ¿Qué le respondía a su esposa? La verdad. No se merecía un engaño.

—Me ha explicado que la ventana estaba cerrada cuando él entró en el cuarto por lo que es imposible que el nido hubiese llegado hasta allí por su cuenta —balbuceó.

—¿Intentas decirme que aquello fue puesto allí a propósito teniendo en cuenta que Tamara es alérgica a la picadura de esos insectos?

—Sí, cariño. Eso he querido manifestar —cerró los ojos y soltó aire sin que a través del teléfono se notara.

—Pero, pero... —barboteó. Valentín tenía que estar equivocado o lo había escuchado mal.

—Tengo que dejarte, cariño. Acaba de salir Elías del dormitorio. Luego te llamo —se excusó.

—Todo listo. Es aconsejable no entrar en el habitáculo al menos hasta pasadas veinticuatro o treinta horas —explicó el entendido en plagas.

—No hay problema. La niña quedará ingresada hasta el domingo —declaró.

—Tienes un problema en casa, amigo Valentín.

Éste cabeceó en respuesta. Una nueva oleada de perplejidad lo amenazó.

—Pásame la factura en cuanto puedas y te daré un cheque o te haré una transferencia, como mejor te venga —solicitó y cambió de tema.

Elías dio unos toquecitos en la espalda del hombre antes de abandonar la casa.

¿Dónde se encontraba Iris?

Los dos bajaron las escaleras y se despidieron. Intervalo de tiempo en el que apareció Hortensia con cara de estar muy preocupada.

—¿Cómo se encuentra la niña? —su voz temblaba.

—Mejor, aunque se quedará ingresada unos días.

El hombre meneó la cabeza.

—Todas estábamos muy preocupadas por lo sucedido; de hecho, cuando la ambulancia se la llevó, llamé de inmediato a Susana, la chica que limpia, para averiguar si había visto u oído algo, pero ella me contestó que en el dormitorio no había nada porque pasó la mopa por debajo de la cama y cerró la ventana —la buena mujer estaba sobresaltada.

—Sí, yo también contacté con ella.

Hortensia suspiró. Algunas hebras grises salpicaban su cabello castaño.

—Menos mal que está fuera de peligro. En la otra ocasión sufrió una grave alteración renal y también se le inflamaron todos los nervios. Estuvo una semana ingresada. No se imagina lo mal que lo pasó Violeta.

Valentín se lo podía imaginar.

—Váyase a descansar. Tiene aspecto de estar fatigado —expresó la cocinera.

El varón asintió. Necesita acostarse pero primero quería saber dónde estaba su otra hija.

¿La ausencia de Iris en casa, sin dar explicaciones, significaba que estaba relacionada con la aparición del avispero bajo la cama de Tamara?

## 10

Tamara había pasado la noche tranquila pese a que los recuerdos la asediaban a cada instante. Sobre las seis de la madrugada empezaron a escucharse movimientos en los pasillos del hospital, por el cambio de turno del personal sanitario. Las nuevas enfermeras entraron en la habitación para ver cómo iba la medicación, y más tarde dos auxiliares con la intención de cambiar las sábanas y asearla, pues todavía no podía levantarse, para cuando pasase el médico.

Violeta consiguió cerrar los ojos sobre las cuatro de la mañana. Hasta ese momento había sido un ir y venir de enfermeras comprobando el estado de los sueros. Entonces recordó lo mal que se descansaba en los hospitales. Aquellos sofás eran tremendamente incómodos, aunque bien era cierto que no estaban pensados para dormir los acompañantes sino para sentarse los pacientes.

A las nueve apareció una joven vestida de blanco con el desayuno. Un tazón de leche con café y varias gallegas sin azúcar; quince minutos más tarde apareció el médico que llevaba esa zona, y que no era el mismo que la había atendido la noche anterior en urgencias. Al verlo, tanto Tamara como Violeta, quedaron sorprendidas.

—Buenos días —dijo el joven vestido con pantalón y camisa de color azul real. En las manos portaba el expediente de la enferma y de su cuello colgaba el fonendoscopio.

—Hola —logró tararear mientras miraba hacia su madre.

El hombre, de cabellos oscuros y piel bastante morena, tenía unas facciones muy marcadas. Imposible olvidar aquel atractivo rostro.

—Me suenan vuestras caras. ¿Nos conocemos? —preguntó, mirando primero hacia Tami y luego a su madre.

—Ya lo creo que nos conocemos —intervino Violeta—. ¿Mateo, verdad?

Se acercó a él y le tendió la mano. Él se la quedó mirando fijamente. ¿De qué las conocía?

—Eres el hermano mayor de Lía —consiguió decir la paciente.

¿Se acordará de mí? Gritó para sus adentros.

Él y la hermana se llevaban once meses.

—¡Sabía que me sonaba tu rostro! Eres la amiga loca de mi hermana — exclamó mientras le daba dos besos y deslizaba su mirada sobre ella.

—No. La loca es ella —quiso dejar claro.

Desde que era una adolescente, Mateo había sido su amor platónico, pero él, en ningún momento se había fijado en ella, ni siquiera cuando iba a estudiar con su hermana o dormía en su casa. Las palabras que se habían cruzado habían sido hola, qué tal, hasta luego o adiós.

—Qué pequeño es el mundo. No sabía que habías vuelto —habló Violeta.

Hasta donde ambas sabían, Mateo había emigrado a Alemania para trabajar en el hospital universitario más grande de Europa. *La Charité*, ubicado en Berlín.

—Conseguí plaza aquí y decidí aprovecharla. La comida gallega es única —bromeó. Tamara se fijó en los atractivos pómulos.

—Sí, la tierra tira y me imagino que estar cerca de tu familia también.

—Qué raro que tu hermana no me hubiese dicho nada —comentó Tamara, con la voz todavía apagada.

—Bueno, solo llevo aquí dos meses.

—Los mismos que Tamara —aclaró la madre.

Ella asintió.

—Bueno, vamos a ver cómo se encuentra la doliente —anunció, guiñándole un ojo.

Revisó las pruebas que le habían practicado la noche anterior y los resultados obtenidos, indicándole a la enfermera que lo acompañaba, que repitieran las analíticas de orina y de sangre. Después revisó los brazos y las piernas para comprobar si tenía fuerza y, para finalizar, echó un vistazo a la medicación que tenía por vía intravenosa, la cual irían eliminando poco a poco a lo largo del sábado.

—Por lo visto eres alérgica a esos bichos voladores —su porte era el de un hombre serio y capaz.

—Eso me han dicho —contestó, todavía ruborizada por sentir las manos del que había sido su amor platónico sobre sus piernas. Si hubiese levantado un

poquito más el camisón, vería que no llevaba ropa interior.

—Sabes que debes llevar contigo, vayas a donde vayas, la adrenalina inyectable. Si la hubieses tenido a mano no estarías aquí —la regañó.

—Estaría felizmente trabajando si ese nido de abejas no apareciese bajo mi cama —respondió con mucho pesar.

—¿Qué me estás contando? —exclamó sorprendido.

—Es una historia muy larga, Mateo —intervino la madre—. Ni siquiera sabemos con seguridad lo que pasó —meneó la cabeza varias veces. ¿Averiguaría algo más su marido?

El aceptó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Ha tomado nota de todo lo que hay que hacer? —interrogó a la compañera, que asintió.

—¿Crees que mañana podré volver a casa? El lunes tengo que presentarme en el trabajo sin falta —quiso saber.

—Si las analíticas salen bien, sí. Tendrás que seguir tomando el tratamiento por vía oral durante unas semanas y te daré cita para que vengas a mi consulta, pero de eso ya hablaremos mañana, que este fin de semana me toca guardia —con el bolígrafo rozó los dedos de los pies de la chica.

—Muchas gracias, Mateo. Dale saludos a tu familia de nuestra parte —acabó diciendo Violeta.

—Se los daré —respondió, mirando hacia Tamara—. Nos vemos.

Ella asintió. Con lo salerosa que era siempre, ante él se había mostrado tímida, cohibida.

Cuando se quedaron a solas la madre llamó a Valentín y éste la informó de que Iris no había ido a dormir. Viendo que Tamara estaba mejor le preguntó si le importaba quedarse sola unas horas porque quería arreglar unos asuntos en casa. La hija le dijo que estaba bien y que no necesitaba a nadie.

Al llegar, después de circular más de una hora en coche, encontró al esposo en el despacho, hablando por teléfono de una forma un tanto acalorada.

—¿Todavía no se sabe nada? —inquirió, dándole un beso en la coronilla.

Él negó con la cabeza y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Has hablado con su hermana? Quizá nos pueda decir algo —su tono de

voz era dulce.

—Le pregunté ayer pero dijo no saber nada —contestó, aclarándose la garganta.

—Llámalala ahora mismo y dile que baje al despacho, hazme caso.

Violeta se sentó en el sillón frente a la mesa mientras esperaban a que Uxía bajase, aunque la adolescente solo tarde tres minutos.

—Buenos días, cielo. Siéntate a mi lado —sugirió la mujer.

La chica miró hacia su padre.

—Yo no he tenido nada que ver con lo que le pasó a Tami —esclareció antes de que comenzase el interrogatorio.

Ninguno de los dos dudaba de su palabra.

—Tranquila. Ya sabemos que no es cosa tuya. ¿Has sabido algo de tu hermana? ¿Se ha puesto en contacto contigo? —sondeó Violeta mostrándole afecto.

La joven bajó la cabeza y empezó a mover los dedos de las manos de forma desasosegada.

—Puedes hablar con nosotros sin ningún miedo. Sé que tu hermana está pasando por una fase complicada y que... —arrugó la frente pensando cómo explicar, sin parecer demasiado vulgar, lo que quería decirle—. Sabemos que se está relacionando con jóvenes que andan en malos rollos, por decirlo de una manera que nos entendamos los tres, pero ocultando información sobre su paradero no la estarás auxiliando; muy al contrario. Iris necesita ayuda, lo sabes, ¿verdad? —aclaró la madre de Tamara.

—Uxía. Dinos dónde ha pasado la noche —suplicó su progenitor.

—La llamé como veinte o veinticinco veces hasta que me contestó. Serían las dos y media o tres de la madrugada.

—Qué te dijo —demandó el hombre con impaciencia.

La gemela solo tenía dieciséis años.

—Se quedó en la vivienda de unos amigos suyos y dijo que no quiere volver a casa —destacó.

—¿Amigos? Depende de cómo defina ella la amistad. Dios mío. Esa niña está perdida. ¿Cuál es la dirección? —exigió Valentín, que ya se había



levantado del sillón para ir a buscarla.

—Cálmate, cariño, y tratemos el tema con serenidad —observó la mujer.

—Si son los que estoy pensando, que creo que sí, se trata de gente problemática —descubrió la gemela.

El progenitor se llevó las manos a la cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Me lo imagino, cielo. ¿Sabes dónde viven? —en el hospital había estado hablando con Tamara sobre Iris y de las amistades que tenía últimamente. Su hija le había comentado que todos consumían y traficaban con drogas a pequeña escala.

—Los dos chicos abandonaron sus hogares por el problema ese, pero me comentó una amiga que están viviendo en una casa deshabitada a la entrada del pueblo —descifró la adolescente.

—Estamos buenos. Pasó la noche como una okupa —lamentó el padre.

—¿Qué va a pasar con ella ahora? —cuestionó la rubia de cabellos cortos.

—Pues le proporcionaremos ayuda para que deje ese mundo, frío y oscuro —indicó Violeta.

—No le digáis que os lo he contado o nunca más me dirigirá la palabra. Iris sobre eso es muy rencorosa —suplicó la gemela.

—No te preocupes. No te mencionaremos en ningún momento y, si se enfada, pues ya se le pasará —sostuvo Valentín en un tono todavía enervado puesto que no había pegado ojo al descubrir que su otra hija, la que supuestamente había colocado el avispero bajo el lecho de Tamara, había pasado la noche fuera.

—Alterándote no vas a conseguir nada, Valentín —le reprendió la esposa—. Subo a darme una ducha y vamos a buscarla. Mientras, tú contacta con María y coméntale el problema que tenemos.

—¿A qué María te refieres, Violeta? Disculpa, pero es que estoy muy alterado —comentó cuando su esposa se disponía a subir a la planta alta de la vivienda.

—María, nuestra amiga, la que fundó la asociación terapéutica para menores de edad. Ella nos asesorará.

Valentín movió la cabeza de arriba abajo. Claro. María, la hermana de su

exmujer.

## 11

Tras una jornada maratoniana de doce horas sin parar de ver pacientes, tanto en planta, como en consultas y urgencias, a las diez de la noche consiguió que lo relevaran. Estaba exhausto y muy famélico pero antes de abandonar el hospital quiso pasarse, una vez más, por la habitación que ocupaba su vecina. Su hermana Lía lo había llamado como cuatro o cinco veces para averiguar cómo estaba su amiga.

En el cuarto que tenían los médicos para cambiarse de ropa, dejó el uniforme y se enfundó en unos vaqueros desgastados y una camisa gris bastante ceñida al cuerpo.

A esas horas ya había entrado el turno de la noche y los acompañantes empezaban a abandonar el centro hospitalario.

Tocó con los nudillos en la puerta, que no estaba cerrada del todo.

—¿Se puede? —preguntó mientras asomaba la cabeza.

Tamara estaba leyendo un libro que le había llevado Lía esa tarde. Al verlo se quedó sorprendida. Llevaba el cuello de la camisa abierto.

—Sí, claro —contestó mientras se alisaba el pelo con la mano que estaba libre de agujas.

—Me iba a casa pero me acordé de ti y decidí acercarme para ver si te encuentras mejor o si necesitas algo. No tengas reparo en decírmelo.

La chica dejó el libro a un lado y se acomodó en la cama.

—Me encuentro mejor. Al menos ya puedo respirar sin complicaciones y no me duele tanto el cuerpo —declaró.

—Mi hermana me llamó tropecientas veces para saber de ti —confesó sonriendo.

—Bueno, ya la conoces. Es una exagerada —bromeó, esbozando una pequeña sonrisa—, pero es un cielo y mi mejor amiga, y no la cambiaría por nada en el mundo ni por nadie —reconoció con absoluta sinceridad.

Mateo, que estaba a los pies de la cama, la comprendía. Siempre las había recordado juntas.

—Qué fue lo que pasó realmente en tu casa —curioseó el médico que había cogido el sillón y se había sentado a su lado como un visitante más.

Tami soltó un suave suspiro. Su madre no había querido decirle nada y Valentín tampoco pero ella sospechaba que todo había sido tramado por Iris. Nadie más haría una cosa así.

—No han querido confirmármelo pero yo estoy convencida de que alguien puso el enjambre bajo mi cama con la idea de asustarme. Creo que ese alguien no era consciente de que soy alérgica al veneno de esos insectos —farfulló con la voz bien modulada.

—Entonces ha tenido que ser alguien de la casa —comentó incrédulo y con los ojos abiertos como faros.

—Claro —meneó la cabeza. ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso?

—Lía me comentó que, a raíz del matrimonio de Violeta con otro hombre, tienes dos hermanastras, una de ellas un pelín conflictiva. ¿Crees que es cosa de ella?

Tamara lo miró unos segundos, debatiéndose entre decirle lo que pensaba o reservarlo para otro momento.

—Ella me odia. Siempre le he caído mal y, pese a que solo tiene dieciséis años, no cesa de burlarse de mí y meterse en mi vida. Que si tengo estudios, que si tengo un trabajo, que si tengo coche. Siente celos por todo y ya no lo soporto más. Si antes de lo sucedido tenía claro que quería irme de casa, ahora estoy más que convencida. No puedo convivir con esa salvaje. Lo siento mucho por mi madre, pero tengo que abandonar mi hogar y volar lejos de ella —narró, emocionada y cabreada a la vez. La chispa de miedo apareció en sus ojos.

—¿Sientes miedo?

Compuso una mueca con la boca reflexionando sobre su pregunta.

—Sí. Ella no está bien y no es consciente de lo que hace y el daño que origina con sus actos. Con su rostro angelical nadie se cree que es una amenaza.

—El miedo es bueno porque te ayuda a no bajar la guardia —aclaró—. Una situación complicada, la verdad. Te compadezco. Su padre tendrá que tomar medidas para que eso no vuelva a repetirse. Las chicas de esa edad suelen mostrar una evidente falta de juicio.

—Me da igual las medidas que adopte porque no pienso volver a casa mientras esté ella allí. Me saca de mis casillas —reforzó la negativa con su

cabeza.

—Es tu casa, Tamara. Allí creciste, jugaste y te formaste como persona. Si alguien tiene que irse tendría que ser ella. Aun así debes andar con pies de plomo —alegó.

—Lo sé, pero estoy cansada y es tanto el hartazgo que ya no me importa perder mi casa y dejar atrás a las personas que aprecio. Ella dice que la acogida soy yo —expresó, elevando ligeramente los hombros. No podría soportar otro golpe de esa índole o parecido.

Mateo bostezó.

—Pareces casado.

—Muchísimo, y hambriento también —una sonrisa curvó sus labios.

Se levantó y dejó el sillón en su sitio.

—Mañana vendré para darte el alta —informó.

—De acuerdo. Feliz descanso y gracias por todo —se fijó en el rostro del doctor. Seguía siendo hermoso.

—De nada. Es mi trabajo —dijo, señalándola con un dedo.

—Me refiero a esto. Has vuelto a mi habitación y me has escuchado en vez de regresar a tu casa para descansar, con tu familia y tus cosas. Necesitaba aliviar mi pena y apareciste tú —su voz se mostró temblorosa.

—Mi sexto sentido me susurró al oído: ¡vuelve, que esa chica necesita desahogarse! —dijo teatralmente.

Una sonrisa apareció en sus labios. No recordaba que fuese tan gracioso cuando era pequeño.

—Buenas noches —finalizó diciendo antes de cerrar la puerta.

Buenas noches, respondió para sí misma mientras observaba su bien formado trasero. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Lía.

—Hola, cabrita. Ya me he enterado de que has puesto a tu hermano al corriente de mis asuntos. ¿Te parece bonito contarle mis secretos personales a alguien que apenas conozco? —expresó, procurando ocultar las ganas de reír.

—La madre que lo parió. Le dije que aquello era confidencial —respondió la de los ojos verdes.

—Entonces, ¿esto quiere decir que ya no puedo confiar en ti?

—No seas tontorróna. Se lo conté a él porque es mi hermano y sé que todo lo que hablamos los dos, queda entre nosotros —se formó un extraño silencio entre ambas, un silencio cargado de mensajes mudos. Lía pensaba qué más decirle—. Además. Le llamé cientos de veces para saber de ti y siempre me decía lo mismo: *estoy ocupado. Luego te llamo*, y, cuando me llamó para decirme que estabas bien, quiso saber más cosas sobre ti —matizó la amiga.

—Ah, comprendo, y tú te desbocaste hablándole de Iris y de lo mal que nos llevamos —insistió Tami.

—Mujer. Ya sabes que me gusta hablar y mi hermano es muy especial. Hablas con él y, aunque no te ayude a buscar una solución, solo el que te haya escuchado vale oro. Es como si calmara tu alma y hace que te sientas mejor. ¿Te ha pasado alguna vez? —reconoció.

La convaleciente asintió con la cabeza. Eso mismo había sentido hacía escasos minutos.

—Oye, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy —contestó aún asombrada.

—He quedado con tu madre para recogerte yo mañana en el hospital.

—Te quería hablar de eso. No pienso volver a casa. No con esa loca dentro —anunció.

—En tal caso que se vaya ella. ¿No te das cuenta de que eso es justamente lo que quiere?

—Me da igual. Es la segunda vez que atenta contra mi persona y no espero que haya una tercera. Hablaré con mi madre para ocupar una habitación en el hotel durante un tiempo, ahora que empieza la temporada baja, pero una vez encuentre algo interesante para alquilar, me independizo. Eso lo tengo muy claro —argumentó sin vacilación alguna.

—Vale, mañana hablamos de eso. Ahora intenta descansar —medió la amiga al ver que empezaba a excitarse.

La paciente dejó el teléfono sobre la cama y se metió bajo la sábana de algodón. Fuera todavía se escuchaba el ir y venir del equipo sanitario.

Tras un baño de diez minutos, se cambió de ropa y vistió unos zapatos de

tacón bajo. Valentín la esperaba en el recibidor de la vivienda.

—¿Has hablado con esa mujer?

—Acabo de hacerlo. Me ha dicho que estará toda la mañana en el despacho de la asociación. Será mejor hablar primero con ella y luego ir a por la cría. ¿Te parece? —explicó e instó.

—Me parece bien.

Cogieron el coche y se desplazaron hasta el pueblo y, tras aparcar sin demasiada dificultad, llegaron a la asociación, donde María los esperaba y los hizo pasar hasta un pequeño despacho.

Tras mencionar ambas partes que hacía mucho tiempo que no se veían, María nombró a su hermana.

—Me imagino que sabéis que Noelia salió de prisión —reveló.

La pareja cruzó las miradas. Eran como dos almas gemelas.

¿En serio?

—No hace mucho, unos meses, quizás. Pensé que se habría puesto en contacto contigo para ver a las niñas —siguió hablando.

—Me dejas de piedra. ¿Ha cumplido íntegra la condena? —esa información lo había dejado desorientado.

—Creo que no. Desde que salió solo hablé con ella en una o dos ocasiones y apenas me reveló información interesante. Ni siquiera sé dónde se encuentra ahora mismo. Una amiga me dijo que la vio varias veces por el pueblo pero no sé —le hubiese gustado ayudarla pero Noelia era muy liberal y no aceptaba ayuda de nadie relacionado con la familia, especialmente porque sabía que María intentaría que cambiase su forma de vida.

—Una mujer muy misteriosa —opinó Violeta.

Valentín en ese instante tendió una mano a su esposa. ¿Noelia en el pueblo? No le gustaba nada la idea.

—Creo que no habéis venido aquí para hablar de mi hermana —cambió rotundamente de tema.

Los dos negaron con la cabeza. Valentín sintió un gran nudo en la garganta, pero, como pudo, relató lo que estaba sucediendo con la gemela rebelde. María lo escuchaba con atención. Conocía esos síntomas. Los veía y

trabajaba con ellos cotidianamente.

—En primer lugar lo que debemos hacer es determinar qué tipo de sustancias está consumiendo. Como todavía es menor no puede negarse a acudir a una terapia y al tratamiento que se le imponga —versó la mujer.

—Es desobediente e indomable. Veremos cómo conseguimos que acuda al centro —rechistó el padre.

—Ahora mismo lo tenéis más fácil. Ella atentó contra la vida de Tamara y ésta última podría denunciarla y, con ello, ocasionarle graves problemas, no sé si me seguís.

—Chantajearla —resumió el hombre, con una expresión dura y centelleante.

—Créeme. Es lo más inteligente que puedes hacer en este momento.

Violeta volvió a mirarlo. Si era la solución más viable, habría que hacerlo. Por el bien de Iris.

—¿Dónde se encuentra en estos momentos? —quiso saber María—. ¿Tiene vida social?

—Eso lo averiguaremos nosotros ahora, pero quisimos hablar contigo antes de ir a buscarla. Su hermana nos contó que le dijo que pasaría la noche en casa de unos amigos —comentó el varón muy alterado—. En cuanto a sus relaciones, no habla mucho. Uxía parece tener más amistades.

—Amigos de su misma condición, tenedlo en cuenta. Ir preparados. Normalmente en estos casos las relaciones sociales son anémicas —sostuvo.

—Sí, ya nos lo habíamos imaginado —habló por primera vez Violeta. Quería que fuese él quién tomase las decisiones; ella estaría ahí para apoyarlo.

—Bien. Ya sabéis mi número del móvil y ésta es mi tarjeta, con los teléfonos de aquí. Cualquier cosa no dudéis en contactar conmigo —señaló la mujer de cabellos teñidos de rojo.

El matrimonio se cogió de la mano y salió hacia el automóvil. La siguiente parada era la vivienda abandonada en la que, supuestamente, había pasado la noche Iris. Solo esperaban encontrarla, sana y salva.

Dieron varias vueltas con el coche hasta asegurarse de que estaban en el punto preciso. Tan pronto pusieron los pies en el suelo, notaron que el



ambiente de la zona era insalubre. Olor nauseabundo a orina, colchones viejos por el suelo, bolsas de basura por todas partes, sobras de comida, pintura descascarillada, trozos de papel de aluminio y jeringas usas con restos de sangre.

Violeta sintió náuseas, como cuando estaba embarazada. Era notar el olor a pulpo cocido y, como decían los jóvenes, arrojar la pastilla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a su mujer. Tenía el rostro demasiado pálido.

—Sí, no te preocupes. Busquemos a la niña —respondió de manera taxativa, sin dejar de caminar. Pese a que se encontraba fatal, intentó guardar apariencias para no inquietar más al marido, que ya sufría bastante con tener que rescatar a la hija de aquella cochinerera.

Había varios jóvenes arrimados a una pared intentando mantenerse de pie tras haber introducido alguna sustancia ilícita y adictiva en su cuerpo.

—¡Dios mío! —susurró Violeta. Aquella escena la había impactado tanto que paró en seco y se llevó las manos a la cara, comenzando a llorar. Las lágrimas se deslizaban a través de las pestañas y le dieron varias arcadas.

—No podemos quedarnos aquí. Vamos —susurró el marido, que la cogió de los hombros y tiró de ella. Aquel mundo era terrible.

Recorrieron todo el interior y no la encontraron. Valentín se llevó las manos a la cabeza. ¿Cómo habían llegado a ese extremo?

Salieron por otro lado y vieron a varias personas que también parecían consumidores. Violeta se soltó del agarre de su marido y fue hacia ellos. Alguien tenía que agarrar el toro por los cuernos.

—Hola, chicos. ¿Habéis visto a esta joven por aquí? —consultó, mudando el semblante de su cara.

Los tres, con aspecto dejado y ojos desorbitados, se acercaron para ver el rostro de la muchacha en la fotografía y uno de ellos habló.

—Hace un rato estaba allí, con una pandilla —señaló con una mano.

—Muchas gracias —respondió la mujer.

Caminaron hacia la zona señalada por aquel individuo y la vieron sentada en el suelo, con cinco jóvenes más que rondarían su edad, fumando cannabis y jugando a las cartas. En ese momento Valentín sintió el impulso de ir hacia

ella, sacarla de allí, y darle varios azotes, pero sabía que ése no era el modo de hacerla entrar en razón. Su esposa, conociéndolo como le conocía, lo sujetó del brazo y tiró de él hacia atrás. El diálogo era la única alternativa en aquel momento. Ya llegaría el día para las regañinas.

Ella todavía no los había visto cuando Violeta habló algo al oído del marido. Él agitó la cabeza y soltó aire. Tenía que relajarse y hablar con moderación. Perder los nervios no arreglaría nada.

—Iris —todos se giraron hacia la voz masculina. Era la primera vez que veía a su hija fumando.

Segundos después desaparecieron los que estaban con ella, dejándola sola.

—Papá —su voz sonó apagada. El miedo había brillado en sus ojos. Al darse cuenta que estaba fumando soltó el porro y lo tiró hacia una esquina.

—Vamos a casa —habló una vez más.

A Violeta le hubiese gustado intervenir en la conversación pero sabía que no debía hacerlo. Al fin y al cabo era la madre de Tamara, a quién ésta había intentado asesinar.

—Salgamos de aquí —insistió Valentín. En aquel instante podía notar su pulso en las yemas de los dedos.

—Prefiero quedarme a jugar con mis amigos un poco más —contradijo la joven que, al girarse, comprobó que la habían dejado sola.

—¿Jugar aquí, en este cuchitril? ¿De qué amigos hablas? —soltó indignado.

Se acercó a ella para tomarla del brazo y arrastrarla fuera. Los latidos de su corazón atronaron con violencia en su pecho.

—Al menos esta gente me aprecia y valora —espetó, tirando hacia atrás.

—De acuerdo. Estos chicos son tus amigos pero ahora es hora de regresar a casa, darte una ducha y comer algo —intentó ceder a las pretensiones de la adolescente para lograr arrancarla de aquel lugar infecto.

—¿No me vas a gritar, sermonear ni castigar?

—Ninguna de las tres cosas —disipó mientras salían al exterior y respiraron aire más sano.

Entraron en el automóvil y partieron hacia la vivienda familiar. Una vez aparcaron y antes de salir, Valentín habló con la mayor serenidad que pudo.

—Lo que hiciste estuvo mal, muy mal —se le contrajo el estómago.

—Papá, habías dicho nada de regañinas —balbuceó una protesta.

El hombre contuvo las ganas de gritarle y salió del coche, abriendo la puerta trasera para que la adolescente saliese.

—Lo has hecho muy bien cariño —pronunció la esposa una vez Iris entró en la casa y no los escuchaba.

Él respiró profundo.

—Todavía no me creo que estuviese en aquel lugar tan nocivo. ¿En qué me equivoqué? —comentó emocionado.

—Las malas compañías. No te preocupes. Vamos a salir de esta.

Suarez la miró maravillado. Pese a tener a Tamara ingresada en el hospital por culpa de su hija, Violeta seguía de pie, animando a los demás y sin reproche alguno.

—Siento mucho todo lo que está pasando, cariño. No permitamos que esto afecte a nuestro matrimonio —gimoteó.

—Si hacemos las cosas bien para ambas partes, no tiene por qué afectarnos —le pasó un mechón de cabello por detrás de la oreja.

Echó los brazos al cuello de él.

—Esta misma tarde la llevaré a la asociación. No podemos perder ni un solo minuto —opinó, posando su mirada sobre sus hermosos ojos.

—Estaba pensando en lo mismo.

—Llamaré a María y que me diga qué hora le viene mejor para recibarnos.

La psicóloga consultó su agenda. Tenía toda la tarde ocupada. Aun así, le dijo que fuesen cuando les viniese mejor. A fin de cuentas se trataba de la hija de su hermana.

Violeta llamó a Tamara para saber si estaba bien. Quería estar con ella; era lo más importante de su vida, pero también quería estar cerca de Valentín. Si solucionaban el asunto de Iris, si lograban reconducirla, su hija estaría mejor, más cómoda, y no volvería a repetirse lo que sucedió la noche del viernes. Tami era fuerte, valiente y decidida, mientras que Iris era solo una cría rebosante de celos.

Tamara sabía lo que estaba pasando en su hogar y, para tranquilizarla, dijo

a su madre que estaba como nueva y que no hacía falta que fuese esa tarde, que se quedara en casa descansando. Esa noche se quedaría sola y a la mañana siguiente le darían el alta hospitalaria. Claro que no le avisó que iría a casa solo para recoger sus cosas. No pasaría ni un minuto más de su vida bajo el mismo techo que Iris.

Tras almorzar todos juntos, las gemelas regresaron a su habitación. Uxía relató todo lo que había pasado en casa la noche anterior con las avispas y quiso averiguar cómo había pasado la noche su igual. A mitad de conversación sonó la puerta. Era Valentín, que les pedía que se arreglaran porque iban a salir los cuatro.

—No quiero ir a ninguna parte —protestó Iris en un tono caprichoso.

—Nos vamos en media hora —ordenó el padre, sin más dilatación.

—¿Pero a dónde? —insistió la jovencita pero la puerta del dormitorio se cerró.

Las chicas bajaron puntuales y los cuatro entraron en el coche.

—¿Vas a decirnos adónde vamos con tanto misterio?

Todo aquello le parecía muy extraño. Por la mañana no la había amonestado al encontrarla en aquel lugar tan sucio, con aquella gente y después de haber hecho lo que había hecho, y encima la llevaba de paseo.

—¿Sabes algo de esto? —preguntó a su hermana. Ésta negó con la cabeza.

—En seguida llegamos —fue lo único que habló el progenitor.

Al rato estaban frente al edificio. Por suerte en el exterior no había ningún rótulo que indicara dónde estaban, no fuera que al verlo comenzara a correr en sentido contrario.

Entraron los cuatro y al momento apareció María. Las dos gemelas se la quedaron mirando sorprendidas. ¡Era su tía María!

—Hola, chicas. ¿Cómo estáis? —saludó la mujer, acercándose a ellas para darles dos besos.

Ellas respondieron al unísono: ¡bien!

La psicóloga, a primera vista no sabía quién era Iris y quién Uxía. Hacía unos cuantos años que no las veía. Suerte que Valentín se lo había advertido. Eran muy parecidas y solo se distinguían por el cabello. Iris lo llevaba largo y Uxía, corto.

—¿Queréis que pasemos al despacho y charlamos? —propuso la mujer de manera amistosa.

—No, gracias. Nosotros tres tenemos que ir a un sitio —aclaró Valentín, señalando a la esposa y a Uxía.

—¿Y yo? —rechistó la otra gemela.

—Tú y yo tenemos muchas cosas de qué hablar. Vamos a la máquina y sacamos dos refrescos, ¿de acuerdo? —propuso María mientras la cogía del brazo y la alejaba de la entrada. Ellos salieron para dejarlas a solas. Valentín, con un gran dolor en el corazón, y Uxía, con la incertidumbre de no saber qué le iba a suceder a su hermana.

—¿Qué hacíamos ahí, papá? —consultó la gemela de cabellos cortos.

—María, vuestra tía, es psicóloga, y trabaja en una asociación que ayuda a los jóvenes que tienen problemas —reveló el progenitor.

—¿Qué os parece si tomamos un helado allí? —sugirió Violeta.

Ellos aceptaron y se dirigieron hacia el establecimiento. Harían tiempo mientras la terapeuta no los llamara para ir a recogerla.

Entretanto, Iris y María charlaron de diversos temas, entre ellos Tamara. La gemela le había dejado claro que la odiaba con todas sus fuerzas y no se arrepentía, en absoluto, de haber colocado el enjambre bajo su cama. Claro que eso último le pidió que no se lo revelase a nadie. En el momento en que la chica fue al baño, María aprovechó para llamar al cuñado y hacerle una propuesta.

—He estado hablando con tu hija. Es una muchacha considerablemente rebelde y cabezota —comentó la terapeuta—. Independientemente de las adicciones que tiene, de las cuales todavía no hemos hablado por falta del tiempo, el gran problema, desde mi punto de vista, es la relación con la hija de tu actual esposa. Así, por encima, he notaba que siente envidia por todo lo que ha logrado la joven con su esfuerzo, aunque ella piense lo contrario. Mi opinión es que necesita mucha terapia.

Valentín sopesó sus palabras.

—¿Crees conveniente ingresarla? —interrogó. Violeta y Uxía no le quitaban el ojo de encima.

—Por el momento no pero no es recomendable que viva bajo el mismo

techo que la otra joven con la que tiene el conflicto. No sé si me he explicado bien.

—Comprendo. Me lo pones muy difícil, María —confesó.

—No te preocupes. Para todo hay solución.

—Ahora mismo estoy entre la espada y la pared. ¿Qué hago? ¿Me voy de alquiler con ella durante un tiempo? —farfulló nervioso.

—Espera, espera. Tengo otra idea mejor —había percibido su inquietud por teléfono. Su voz sonaba alarmada.

—Te escucho —contestó, relajando la espalda contra la silla de la heladería. Las chicas seguían atentas a la conversación.

—No sé si sabes que vivo sola —no esperó la respuesta de su interlocutor y siguió con la conversación—. Tengo una casita a las afueras y me gustaría que Iris se viniera un tiempo a vivir conmigo. ¿Qué me dices?

Valentín no esperaba dicha propuesta. ¿Irse a vivir con su tía?

—María. No tienes ninguna obligación con nosotros. Tú tienes tu trabajo ahí, en la asociación.

—No me molestará en absoluto. He contratado a gente y desde casa también puedo trabajar. A vosotros os vendrá bien y a ella muchísimo mejor que estar internada. Piensa que la cría todavía no es consciente de lo que está haciendo, del mundo en el que se estaba sumergiendo. Déjamela a mí un tiempo y trabajaré con ella. Te aseguro que es una buena opción —argumentó convencida, considerando todo lo que había descubierto, tanto al hablar con ellos como con la joven.

—De acuerdo. La dejo en tus manos, María. Cuídamela, por favor —al decir eso sintió que se estremecía.

—Descuida, Valentín. Ahora hablaré con ella y le haré la propuesta. Sé que va a decir que sí porque también necesita separarse un tiempo de su raíz —dijo. Por la asociación habían pasado varios casos similares al de ella—. Podéis regresar a casa. Es posible que más tarde me acerque con ella hasta allí para recoger algo de ropa.

—¿Y si dice que no? —preguntó a la postre. Su hija era impredecible.

—Dale un margen de confianza. Vendrá a mi casa encantada.

Al colgar, el padre apoyó los codos en la mesa y dejó reposar la cabeza

sobre las manos.

—¿Qué te ha dicho? —intentó averiguar la esposa.

—Se quedará una temporada en su casa. Ella destacó que un internado es demasiado para Iris y así también estará un tiempo separada de Tamara, a la cual, dicho sea de paso, tenemos abandonada. ¿Quieres pasarte por el hospital ahora? —anunció.

Violeta asintió con la cabeza. La idea de quedarse en casa de su tía le parecía acertada. Ella era terapeuta y la tendría vigilada.

—Esta tarde iban a acercarse unas amigas del pueblo, de toda la vida. Ella estará bien. Mi hija es fuerte —alegó Violeta.

—Muy bien. Entonces nos vamos a casa. —necesitaba tomar una Aspirina y acostarse un rato.

—Papá. ¿Que se vaya a vivir con nuestra tía significa que no podré verla durante un tiempo? —instó la otra gemela. No recordaba haberse separado de su hermana más de dos días y, pese a ser como era, la iba a echar mucho de menos.

—No sé el tiempo pero sí. Piensa que todo esfuerzo que hagamos será para beneficio de ella. Tú más que nadie sabes lo mucho que necesita esa ayuda. Vamos a sacrificarnos todos un poco, ¿te parece? —explicó el progenitor al ver la cara triste de su otra hija.

—¿Y por teléfono tampoco podré hablar con ella?

—Eso lo sabremos en breve, cariño. María me comentó que en un rato se pasarán por casa para recoger algunas cosas de tu hermana. Entonces te podrás despedir de ella temporalmente, como si se fuese un tiempo de vacaciones —le dio un beso en la frente y salieron del local. Solo esperaba que esa separación diese sus frutos. Ayudar a su hija era lo primordial en aquel momento de su vida.

## 12

Qué alegría no tener sueros y poder ducharse por la mañana, pensó Tami. Tan pronto como empezaron los ruidos en el pasillo, se introdujo en el baño y dejó caer el agua caliente sobre su cuerpo. Mateo le había dicho que había estado muy cerca de la muerte.

Se encontraba bastante mejor que el día anterior por lo que vistió la ropa con la que había ingresado el viernes por la noche. Mateo debía darle el alta, sí o sí. Al día siguiente tendría que ir a trabajar. Ya había faltado dos días, sábado y domingo, y no podía ausentarse también el lunes. Tenía trabajo. Mucho trabajo.

Como no sabía a qué hora pasaría el doctor para darle el alta y el informe, aceptó el desayuno y, una vez acabado, se puso a leer el libro que tenía sobre la cama y que su madre le había comprado en la tienda del hospital. Sobre las diez recibió una visita inesperada que alegró su mañana.

—Una persona a la cual aprecio con sinceridad, me ha comunicado que has ingresado el viernes por urgencias —habló una voz masculina que en seguida se le hizo familiar.

Tamara giró despacio la cabeza y vio a Armando asomarse por la puerta.

—¡Hola! —se levantó de la silla para darle un beso.

—Yo te veo muy bien —opinó el hombre.

—Me encuentro mucho mejor. Seguro que esa persona que te lo contó me conoce fantásticamente —bromeó—. Y tú, ¿qué tal lo llevas?

—Mejor de lo que se esperaba, francamente. Supongo que ya sabrás que me extirparon un buen trozo del intestino grueso —la joven asintió—. En unos días me darán el alta y después tendré que seguir con la quimioterapia y la radioterapia —explicó con absoluta normalidad, como si le hubiesen arrancado una muela y no algo tan importante como era la tripa.

—Siento no haber ido a trabajar estos dos días. Aunque quisiera levantarme no podía con el cuerpo —se disculpó.

—No tienes que justificarte en absoluto. La razón por la que no pudiste acudir a tu puesto de trabajo era extremadamente urgente y seria. Todos sabemos lo importante que es para ti ir a trabajar, el empeño que pones para que todo salga bien. Si hay algo que aprendí en los últimos tiempos es que no



somos máquinas sino personas, individuos con sentimientos. Lo material se quedará aquí cuando nosotros partamos —explicó con su tono de voz pausado y amigable.

—La salud solo se aprecia cuando notamos que nos falta. Hasta ese momento vivimos al límite, incluso por encima de nuestras posibilidades —reflexionó la chica, para sorpresa del visitante.

—Un pensamiento muy maduro para una joven de tu edad.

Exhaló un largo suspiro.

—La vida misma se ha ido encargando de enseñarme, Armando —bajó la vista a sus manos.

Después charlaron sobre lo bien que iba el proyecto que ambos habían liderado y que estaba siendo un éxito total. El pueblo había ganado muchos más visitantes y las cuotas que se cobraban, por el servicio del bus, cubrían gastos y aun sobraba algo.

Se despidieron con la promesa de que la próxima vez que se vieran, ambos tenían que estar mucho más fuertes y sanos.

Ella regresó a la lectura pero por poco tiempo porque Mateo apareció acompañado de Lía, con los papeles del alta.

—Buenos días, Tamara. ¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó el doctor.

—¿A qué viene tanta formalidad? —intervino la hermana emitiendo un sonido burlón—. ¿Acaso no la conoces de toda la vida, igual que yo? Lo que tendrías que decirle es: ¡venga, levanta ese culo del sillón y a trabajar! —dijo muy seria y sin dar tiempo a que su amiga respondiera.

—Lía, modera tu lenguaje —le regañó el varón.

—¡Ay, qué soso eres, hijo! No pareces hermano mío —soltó, acercándose a Tami para achucharla.

—Vale. Aquí tienes el informe con la medicación que deberás tomar al menos durante quince días, y también le pedí a la enfermera que me sacase la cita para una revisión. Ésta es —señaló, en un tono tan prosaico y formal que causó risa en su hermana—. Por lo demás todo bien y a seguir con la vida normal, pero recuerda que siempre debes llevar contigo la inyección. ¿De acuerdo?

—¿Qué inyección? ¿Contra la rabia? —intervino una vez más Lía con su

toque de humor mañanero.

—¡Lía, por favor! —la amonestó.

Tamara se reía sin parar. Siempre levantaba su ánimo aunque tuviese que escarbar hasta las profundidades de su alma.

—Amiga. No sabes cuánto echaba de menos tus bromas.

—Le dije que entrara cuando yo hubiese acabado, pero ni caso —resopló al mismo tiempo que meneaba la cabeza.

—¡Ven aquí, hermanito! Yo también te quiero —se acercó a él y, para su sorpresa, lo abrazó por la cintura.

Y, sin pensarlo, Tamara se abrazó a los hermanos. Realmente necesitaba ese abrazo.

—Vale, basta ya de emociones, que estamos a domingo. ¿Tú no tienes trabajo con tus pacientes? A ésta me la llevo ahora mismo para casita.

Mateo carraspeó nervioso. Su hermana lo descolocaba.

—Muchas gracias por tu amabilidad. Espero verte pronto y que no sea aquí —se despidió Tami, sin saber si darle dos besos o tenderle la mano. Aunque lo conociese de toda la vida, allí, él era su doctor.

—Pero daros los besos de rigor, almas cándidas —los apremió, cogiendo a cada uno de la espalda para que se acercaran.

Una vez se quedaron a solas, Tamara reprendió a su amiga por ser tan echada para adelante y abusar de la confianza. Su hermano en aquel momento estaba realizando un trabajo y había que guardar las formas.

Recogieron las pocas cosas que tenía y abandonaron el hospital, rumbo a la casa familiar. Sesenta kilómetros los separaban. Al llegar, tendría que enfrentarse a su madre para decirle que no podía continuar viviendo bajo el mismo techo que Iris. Cuando llegaron, Hortensia, emocionada, salió corriendo para abrazarla. Habían hablado varias veces por teléfono pero no era lo mismo que estrujarla entre sus brazos.

—¡Qué ganas tenía de que volvieras a casa, mi cielo! —lloriqueó con las mejillas sonrosadas y los ojos humedecidos.

Violeta y Valentín trabajaban en el despacho. Al escucharla, salieron para recibirla. Se dieron varios besos y le preguntaron si tenía hambre, a lo que ella respondió negando con la cabeza.

—Me gustaría hablar con vosotros un momento, si fuese posible —su semblante había cambiado. Sintió que se le tensaba la mandíbula.

Los tres pasaron al despacho después de despedirse de Lía, la cual volvería por la tarde para que no se aburriese.

—Quería comentaros que me voy de casa. Con todo lo que ha pasado no puedo seguir viviendo aquí, bajo el mismo techo que Iris. Lo siento mucho, Valentín, pero me siento muy dolida y no quiero enfrentarme ni un día más a tu hija. Ella tendrá sus razones para odiarme, pero creo que no merezco sufrir de esta forma, y quiero que quede claro que esto no es nada en contra de ti ni te estoy reprochando nada. He trabajado mucho para formarme y labrarme la carrera y no pienso tirarlo todo por el capricho de una niña —expresó, nerviosa y enfadada a la vez—. También quería preguntaros si podría ocupar una habitación en el hotel durante un tiempo, mientras no encuentre algo decente donde vivir. Será temporal.

La pareja intercambió las miradas. Con tan solo eso sabían lo que estaba pensando el otro. Pese a la situación, en sus rostros no se veía ni un indicio de preocupación.

—No hace falta que te vayas, cariño. Iris estará un tiempo viviendo con su tía, María. Ella es psicóloga y la ayudará a cambiar y a solucionar esos problemas que tiene —aclaró la madre. El esposo asentía con la cabeza.

—Menos mal. Me estaba sintiendo fatal por querer irme de casa, casi me sentía culpable —reconoció la morena, aunque, a decir verdad, si la gemela continuase en la vivienda, ella seguiría adelante con la decisión que había tomado. Si Iris permanecía allí, su plan continuaría.

Violeta salió del despacho con su hija.

—Sé que lo has pasado mal y lo siento mucho, hija. También siento no haber confiado en tu palabra cuando apareciste con el cuerpo amoratado. Ahora lo comprendo todo y en ese momento debí estar a tu lado y apoyarte, pero no lo hice. Por favor, perdóname. Tú eres lo único que tengo en esta vida. Perdí a tu padre y sufrí mucho. Ahora no quiero perderte también a ti —suplicó la madre, sintiendo el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No tienes que disculparte, mamá. Lo que hizo esa loca no es culpa tuya ni de Valentín. Solo de ella, y me alegro de que vaya a recibir ayuda psicológica. Ojalá sepa aprovechar esta oportunidad y se rehabilite. Realmente no le deseo ningún mal —Tamara acarició el rostro de su

progenitora con ternura—. Y tú eres la mejor madre que una hija puede desear.

—¡Me emocionas! —dijo, con la garganta bloqueada por las lágrimas que querían salir—. No cambies nunca, mi amor.

—Sí tengo que cambiar, mamá. Tengo que aprender a decir no cuando es no, aunque me duela. Desde niña se han aprovechado de mí por esa circunstancia, porque soy demasiado buena y confiada, y he comprendido que así no gano nada, todo lo contrario. No me gusta hacer daño a las demás personas y por eso permito que me lo hagan a mí, y eso tiene que cambiar —reconoció, haciendo un esfuerzo por ser sincera consigo misma.

—En eso tienes razón. Eres buena y noble y todavía existen personas que se aprovechan de esas virtudes, pero yo no te cambiaría por nada del mundo y estoy muy orgullosa de ti —la abrazó con el corazón acelerado y las largas pestañas salpicadas de lágrimas.

—Gracias, mamá. Todo lo que soy te lo debo a ti —Violeta meneó la cabeza muy despacio.

¿Qué habría pasado si no la hubiesen llevado al hospital a tiempo? Esa idea la estaba torturando.

—Voy a tumbarme un poco sobre la cama y a preparar las cosas para el trabajo. Mañana vuelvo a la rutina.

Cuando estuvo frente a la puerta del dormitorio, sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Puso la mano en la maneta y sintió el frío del acero inoxidable. Una voz tras ella la asustó.

—Hola, Tami. Me alegro de tenerte en casa. ¿Te encuentras mejor?

Era Uxía, la otra gemela.

—Sí, mejor. Gracias.

—Ya sabes lo de Iris —preguntó.

—Me lo acaban de decir. Ojalá le sirva de algo —opinó.

—Seguro que sí —dijo objetivamente.

Tamara volvió a coger el tirador para abrir la puerta, aspiró aire profundamente y entró. Tenía que olvidar aquel mal momento, tenía que ser valiente y enfrentarse a la realidad, tenía que demostrar que era fuerte y que los últimos acontecimientos solo habían servido para hacerla mucho más.

## 13

Iris llevaba nueve días en casa de su tía y ésta nunca la dejaba sola. O estaba con ella en la vivienda o se la llevaba a la asociación, aunque eso tendría que cambiar porque la joven debía acudir al instituto. Estaba harta de sentirse controlada, de no tener libertad para salir o incluso utilizar el teléfono móvil.

El primer día de clases consiguió sacarle tres euros. Una parte la destinó a comprar cigarrillos sueltos y la otra para realizar una llamada telefónica desde el teléfono público que había frente al centro.

—Diga —pronunció en un tono ronco.

—¡Mamá, soy tu hija, Iris! —habló la joven sin acaparar demasiado la atención.

—¿Por qué me llamas hoy, conejita? ¿No ha ido bien el asunto ese? —su voz sonó distante.

—Fue de maravilla. No te puedes imaginar la cara de espanto que tenían todos. Lo malo es que ahora me tiene secuestrada tu hermana —relató.

—¿Cuál hermana? —quiso saber Noelia.

—¿Cuál va a ser! María, la loquera. Dice que necesito ayuda para amueblar mi cabeza. Al principio me gustó la idea. Eso de estar lejos de Tamara, de su madre perfecta y de papá, me venía bien, pero ahora me aburren tantos discursos para convertirme en una persona buena —explicó mientras le daba una calada al cigarrillo.

Al otro lado, la progenitora dejó escapar una risa queda.

—¿Necesitas que te secuestren? —la pregunta sonó divertida.

—No estaría mal, no. Lo que no puedo es permitir que esas brujas se salgan con la suya, y papá tampoco. Si los vieras, cuando me llevó a la asociación de la tía y me dejó allí —su tono mostraba resentimiento—. Me sentí vendida y abandonada.

—Llorar es de débiles. ¿No estarás lloriqueando? —su tono era más de curiosidad que de preocupación.

—¿Yo? Ni por asomo —sostuvo con total convicción.

—En algo tenías que parecerte a mí.

—Oye, tengo que colgar. Ya te llamaré en otra ocasión, ¿vale?

—Bien.

Ambas colgaron. Iris había visto que su hermana la observaba desde lo alto de las escaleras. ¿Le habría pedido su padre que estuviese pendiente de ella?

## 14

El olor a hospital, a medicamentos, le recordaba el mal rato que había pasado dos semanas atrás.

Ahora se encontraba fenomenal. El tratamiento había conseguido que los efectos secundarios del veneno fuesen mínimos, no como la vez anterior.

Esperó a que una enfermera mencionase su nombre para entrar por la puerta que tenía marcada en la cita. En el interior la esperaba Mateo, con su uniforme azul en el que relucía su nombre: Doctor Mateo Piñeiro.

—Buenos días, Tamara —pronunció él. Se levantó y le tendió la mano con cordialidad.

—Buen día —respondió ella.

Mientras deambuló la enfermera por allí, ambos mantuvieron las distancias y solo hablaron de la recuperación satisfactoria de la joven. Una vez salió para atender la consulta del médico que estaba en la puerta contigua, su conversación se hizo más cordial.

—Cambiando de tema. ¿Qué tal con la gemela diabólica de la familia? —quiso saber.

—No está en casa. El día que me diste el alta iba con la intención de irme de la vivienda familiar pero me contaron que se había ido a vivir un tiempo con la hermana de la madre, que al parecer es psicóloga —explicó Tami.

—Para ti fue un alivio —opinó, mirándola fijamente.

—Desde luego que sí. Esa chica está enferma y es un peligro. Si no se hubiese ido ella me habría ido yo —sus hermosos ojos y el pelo revuelto la estaban dejando sin aliento.

Mateo observó el reloj. Iba muy justo de tiempo para seguir conversando. Tenía un porrón de pacientes todavía por atender y lo peor era que estaba cómodo hablando con ella. Pasaría toda la mañana charlando.

—Me encantaría seguir con el tema y saber más cosas sobre ti pero tengo que seguir con el trabajo. ¿Te gustaría salir conmigo a cenar este sábado?

Tamara miró con ojos chispeantes hacia la puerta por donde había salido la enfermera. ¿Le estaba proponiendo una cita? ¿A ella?

—Solo si quieres. No te sientas presionada ni obligada. Este fin de semana

lo tengo libre y no tengo muchas cosas que hacer. Qué me dices.

—Sí, claro. Estaría genial —consiguió decir, algo acalorada.

—Perfecto. Te recojo en casa sobre las diez —finalizó antes de que entrase de nuevo la compañera. Se despidieron con un apretón de manos y Mateo siguió atendiendo pacientes, mientras que la chica se dirigió al aparcamiento.

Todavía estaba en shock. No podía creerse que el hermano de Lía, su mejor amiga, le pidiese para salir. Él, que jamás se había fijado en ella, o eso creía hasta ese momento. Echó un vistazo al calendario del móvil. Era viernes. Faltaba un día para la cita. ¿Qué ropa se pondría? Desde luego nada de lo que tenía en el armario. Tendría que ir de compras para impresionarlo. Llamó a Lía.

—Hola, morenaza. ¿Estás disponible esta tarde?

—¿Qué me estás proponiendo? —Tami escuchó un bostezo.

—¿Todavía estás en cama?

—Pues sí. Hoy es mi día libre. ¿Envidia?

—Yo acabo de salir de la consulta de tu hermano y a que no sabes la última —dijo con voz cantarina.

—Suéltalo ya que me estoy comiendo las uñas —rechistó. Se había apoyado contra el cabecero de la cama.

—Me ha pedido para salir a cenar —descubrió mediante un susurro.

—Quién. ¿Tu jefe?

—¡Estás tonta o qué! Tu hermano.

—¿Qué Mateo te invitó a cenar! Me parece imposible. ¿Cuándo y dónde? —objetó, muda de asombro.

—¿Acaso no confías en mi palabra?

—Es que me parece muy extraño. Mi hermano nunca sale con nadie salvo que sea de su trabajo. Es muy doméstico, sabes —aclaró la de los ojos verdes.

—Aclárate, Lía. Doméstico u hogareño.

—Lo que sea. Tú ya me entiendes —farfulló, soltando otro bostezo.

—Quiero comprarme un vestido. ¿Me acompañas? —se oyó preguntar.

—¿Quieres ponerte guapa para el cachondo de mi hermano? —respondió



con otra pregunta.

—Quiero comprarme un vestido para sentirme yo guapa. Punto —indicó mientras miraba el reloj de pulsera.

—Te acompaño con la condición de que me dejes elegir los complementos —aclaró la hermana de Mateo.

—Hecho. Nos vemos esta tarde, después de trabajar —su rostro mostraba ilusión y ganas de que llegase el sábado por la noche.

Cogió el coche y se dirigió a su puesto de trabajo. Menos mal que era viernes y no jueves. Aunque se acercaba el fin de semana, siempre había menos visitantes que los días que tenía que hacer el recorrido con el autobús.

A las siete cerró la caseta y envió un mensaje de texto a su amiga, que estaba de camino.

—Antes de entrar en el comercio necesito tomarme un café —comentó Tamara.

Al mediodía no había comido en casa para recuperar el tiempo que había perdido yendo al hospital.

—¿Estás nerviosa por haber quedado con él? —consultó en un tono casi cómico.

—¡No! ¿Lo dices por el café?

—Lo digo porque te brillan los ojos.

—Anda ya. Qué tiene que ver eso con estar nerviosa. Será que he dormido poco o que tengo los ojos exhaustos por no descansar al mediodía. He estado trabajando, no como tú —replicó, bebiendo el café de un solo trago.

—He visto el vestido ideal para ti —cambió de conversación.

—Me das miedo, Lía.

—Vamos. Te gustará —se acercó a la barra y pagó los dos cafés solos.

Caminaron varios metros hasta llegar al comercio del que hablaba Lía. En el escaparate tenían varios modelos. Al entrar, la dependienta reconoció a la amiga y, al instante, apareció con el susodicho vestido y lo colocó sobre una mesa de madera. Era obvio que había estado antes allí viendo modelitos.

—¿Te gusta? —preguntó la de los ojos verdes.

—No está mal. Es cuco —opinó Tami.

—Pruébatelo ya —le quitó el bolso de la mano y la introdujo en el probador.

Solo habían pasado sesenta segundos cuando asomó la cabeza entre la cortina y la pared.

—Qué tal.

—Mira que eres impaciente.

—Está cortado para tu cuerpo. Sal y mírate en el espejo grande —reconoció Lía al ver que no le sobraba ni le faltaba ni un solo centímetro de tela.

—¿No te parece demasiado cerrado en el cuello?

El vestido era corto, de tubo, corte entallado y en un estampado floral con mangas japonesas. La falda era plisada con bolsillos laterales y un cinturón ancho confeccionado con la misma tela del vestido.

—Ya habrá otro momento para enseñar esas tetas molonas. No te impacientes, pichurri —argumentó.

Considerando los colores del estampado, ya sabía qué zapatos le irían bien.

Tras pagarlo se acercaron a la zapatería donde antes había visto las nuevas tendencias en tacones.

—Éstos son los ideales para tu vestido —cogió el del pie derecho para verlo más de cerca.

—¿No llamaré demasiado la atención con unos zapatos rojos? —dijo con un siseo.

—Zapatos y clutch, cariño.

Lía había elegido unos zapatos de tacón alto en bloque con hebilla y puntera en forma de punta. El clutch estaba fabricado en nylon con lentejuelas rojas y negras.

—Yo todo esto no me lo pongo —versó. Se veía demasiado... Mujer.

—Vamos a ver. ¿Tú quieres impresionarlo o no? Porque si quieres ir vestida como una niña, cariño, no tienes nada que hacer con mi hermano. ¿Quieres ir a otra tienda, comprar unos vaqueros, una blusa y unos zapatos simples? —la regañó.

—Vale, no te enfades —contestó, formando un corazón con ambas manos.

—Perfecto —guardó los zapatos en la caja y se acercaron al mostrador—. Ahora te invito a comer un bocata, que mi presupuesto no da para más.

—Mira que eres mandona.

Sacó dos billetes de la cartera para abonar el importe de la compra, uno de cincuenta y otro de veinte.

Mientras cenaban, Tami quiso saber más sobre Mateo. Hacía tanto tiempo que no se veían que desconocía si conservaba los mismos gustos.

—Mi hermano es una caja de sorpresas. Aunque lo veas con ese uniforme y papeles en las manos, es muy divertido. En su trabajo es serio y comedido, pero al salir se suelta la melena —explicó, con semblante serio.

—¡Qué dices! Tu hermano tiene el pelo corto —contestó, dando un bocado al bocata de tortilla.

—Es mi manera de expresar que cuando sale, se olvida de los prejuicios e intenta disfrutar del momento —aclaró.

—Lo sé. Solo me metía contigo.

Se rieron juntas.

Cuando acabaron se dirigieron a sus respectivos coches.

—Mañana quiero verte radiante. ¿Necesitas que vaya a tu casa para ayudarte con el pelo y el maquillaje?

—Ni se te ocurra. No voy a una boda sino a cenar con un —tras tres parpadeos interminables, continuó—. Amigo de la infancia, y no me mires con esos ojos —exigió, a punto de entrar en el vehículo.

—Por supuesto que se trata de un amigo. Un amigo que es posible que esté interesado en ti, necia, pero déjalo —rechistó con voz anodina.

—¿Te lo ha dicho él? Venga, suéltalo.

—No me ha dicho nada pero yo no soy tonta, tengo ojos y un sexto sentido que me indica que tienes posibilidades —argumentó.

—No te he preguntado antes, pero, ¿Mateo no tiene ninguna novia suelta por ahí? No quisiera hacerme ilusiones y después llevar en el hocico, por ingenua. Al fin y al cabo solo es una cena, sin compromisos.

—Hasta donde yo sé, no, pero eso daría igual. Le quitas el novio y punto — dijo, quedándose tan pancha. Sabía que tonteaba con una compañera de trabajo pero desconocía si iban en serio.

—¡Lía! No tienes sentimientos.

—Mañana te llamo y me envías una foto antes de salir de casa. ¿De acuerdo? —exigió, tras darse dos besos de despedida.

—Vale, doña maravillas —se despidió sonriendo. Tener una amiga como Lía era una bendición.

Empezaba a ponerse nerviosa por la cita del día siguiente y eso no podía permitírselo. Primero tendría que ir a trabajar y luego habría cabida para la inquietud.

## 15

—¿Nerviosa yo? No. Desquiciada me encuentro. Decías que con este modelo iría súper bien pero me siento disfrazada. No estoy acostumbrada a vestir tan sofisticadamente, Lía. Creo que voy a cambiar de ropa —bramó por teléfono. Tenía miedo a hacer el ridículo ante Mateo.

Acababa de enviarle la foto de cómo le quedaba el vestido, con los zapatos y el bolso.

—Vamos a ver, mujer candorosa. ¿Cuántas veces me he equivocado a la hora de dar consejos? ¿Crees que te engañaría recomendándote un atuendo de lo más "cold" cuando se trata de mi hermano? —respondió su amiga aceleradamente.

—Nunca te equivocas, lo sé —se corrigió entre risas.

Lía siempre había estado a su lado, en los buenos y en los malos momentos. Más que amiga la consideraba hermana.

—Pues entonces dale volumen a ese pelo, pinta los labios de rojo y sal a comerte el mundo. ¿Comprendido? —ordenó con voz autoritaria.

—Haré lo que pueda.

—Tú eres muy novelera y a él le gustan las románticas. Esta noche triunfarás. Las mejores cosas no se planean, simplemente suceden —su voz estaba emocionada. Su mejor amiga iba a salir con su hermano del alma.

—Muchas gracias, Lía. Perdona que haya perdido los nervios. Yo no soy así, lo sabes —se disculpó al sentir la emoción en la voz de su amiga.

Tras colgar, se repasó de arriba abajo una vez más en el espejo del dormitorio, cambiando de posición. Buscó la barra de labios que su madre le había regalado hacía unos meses y se dio color. Al acabar volvió a mirarse. El resultado final no era tan malo. Le gustaba.

—Señorita Gómez Andrade. Ha sido invitada a una cena, por tanto, compórtese como una persona adulta. Su anfitrión es un hombre guapo, me atrevería a decir que sexi, pero no conocemos las intenciones que tiene para con usted, por consiguiente, procure disfrutar de la noche y lo que tenga que ser, será. Muéstrese alegre, como es usted —pronunció frente al espejo.

Unos golpecitos sonaron tras la puerta.

—Cariño, ¿puedo pasar?

Violeta venía a despedirse. Ellos también salían a cenar fuera.

—¡Pero qué elegante te veo! Estás radiante, guapísima —opinó su progenitora sin dejar de contemplarla.

—¿No crees que es demasiado para mí? Sabes que siempre voy con ropa cómoda.

—Hija. A toda mujer le llega el momento de vestirse de forma más sofisticada, todo depende de si la ocasión lo merece. Desde luego yo te veo espléndida —insistió con una pequeña sonrisa en el rostro. La sonrisa de una madre orgullosa.

—Lía opina igual. Esta ropa la eligió ella.

—Tu amiga siempre ha tenido muy buen gusto —se sentó sobre la cama para verla por detrás—. ¿Todo esto es porque vas a salir con algún chico? Tiene que ser alguien especial para dejarte convencer.

—No seas cotilla. De momento solo te diré que sí es un hombre, nada más —contestó. Si le decía que su anfitrión era Mateo, habría tema de conversación para toda la semana próxima.

Rezó para que ellos se fuesen antes de que su amigo llegase a la puerta de su casa para recogerla. Por fortuna sus deseos se cumplieron y un cuarto de hora antes de su llegada, Violeta y Valentín abandonaron la vivienda.

El claxon de un bonito y a la vez, robusto Toyota Land Cruiser en color negro, sonó en el exterior. Ella lo saludó con la mano desde la entrada. Mateo salió para recibirla y abrir su puerta.

—Estás guapísima —fue lo primero que pronunció al ver sus labios pintados de rojo y aquel vestido que le sentaba tan bien. Se sintió irremediabilmente atraído por aquella hermosa cara.

—Hola. ¿Te gusta de verdad? —preguntó ilusionada y estudiando su reacción. No sabía si se lo decía por quedar bien o porque en realidad estaba bella.

—Estás preciosa. No sé si sabrás que mi color preferido es el rojo —exclamó con expresión embobada.

Tamara abrió los ojos exponencialmente y arrugó la frente. Ahora entendía la insistencia de su amiga para que llevara zapatos, bolso y labios en ese

color.

—Pues el mío es el azul —dijo, todavía asombrada, tanto por el piropo como por su cambio de vestuario. No parecía el mismo Mateo.

El acompañante vestía un traje entallado oscuro con un polo cuello de camisa negro y un reluciente reloj.

—No te hacía con este vehículo —comentó, ya en el interior que, por cierto, olía muy bien.

—Me gustan los automóviles robustos y fiables. Después de la medicina, los coches son mi siguiente debilidad, bueno, y los perros también —aclaró.

Arrancó, cambiando las marchas con suavidad.

—Qué tal te encuentras —la miró de reojo bajo la tenue oscuridad del coche.

—Bien, muy bien —reveló—. ¿Y tú?

—Estupendamente. Con ganas de pasármelo bien. ¿Tienes hambre?

—Un poco —respondió sonriente, luciendo una perfecta dentadura. ¿A qué se referiría con pasarlo bien?

—Fantástico, porque yo he trabajado hasta ahora sin parar, comiendo únicamente un sándwich y dos piezas de fruta —reconoció.

Tami se fijó que, pese a conocer las carreteras tanto como ella, pues ambos habían nacido allí, permanecía con las manos sobre el volante.

—Casi como yo —sus labios rojos dibujaron un mohín.

Continuaron en silencio durante un lapso inusitadamente prolongado. Apartó la vista mirando sin expresión por el parabrisas y pensando qué había hecho durante el día.

—He trabajado hasta las siete y mi almuerzo fue un bocata de lomo fresco con atún, lechuga, cebolla, tomate, queso y mahonesa, y para beber una botella de agua de litro y medio. ¿Cómo te queda el cuerpo?

—Escuchándote se me ha abierto todavía más el apetito. ¿Cómo es que no vas a comer a casa? Hortensia tiene fama de ser muy buena cocinera.

—Lo es, pero ahora ya es muy mayor y en su lugar está Ana, que también lo hace estupendamente —su rostro mostraba ternura al hablar de Hortensia—. Además de ser una magnífica cocinera, es una gran mujer. Ella me crió y

estuvo siempre a mi lado. Para mí es una más de la familia y le tengo especial cariño.

—Se nota por tu forma de hablar de ella. Mi madre siempre me dijo que era muy buena persona y mi hermana alaba sus succulentos platos —expresó con gracia, recordando cuando era niño.

—Lía se pone las botas cada vez que come en casa.

Ambos rieron tras el comentario.

—Hemos llegado.

Apagó el coche y salió apurado para abrir la puerta de ella, aunque Tami se adelantó.

—Había pensado reservar en la terraza pero las noches han refrescado. Mi primo ha guardado una mesa en la mejor zona, más tranquila y con unas fabulosas vistas —le explicó mientras se dirigían hacia el restaurante.

—¿Tu primo Víctor trabaja aquí? —preguntó y él asintió—. Es el mejor restaurante de la zona. Yo lo recomiendo cuando me preguntan por algún sitio más sofisticado y con clase.

—Bien hecho, pequeña.

Tras el guiño de un ojo entraron en el local.

El maître confirmó la reserva y les indicó la mesa que tenían asignada.

Una mesa redonda para dos, con un mantel blanco impoluto perfectamente planchado y a ras de suelo. En el centro había un jarrón cuadrado alto de cristal lleno de agua, varias piedras en el fondo, una rosa roja en el interior y una vela flotando, que en ese instante encendió el maître. Sobre la mantelería, dos servicios formados por tres platos. El bajo plato, el plato principal y el plato sobre el que se serviría el entrante. En cuanto a la cubertería, su colocación era excelente, de izquierda a derecha según se fuese utilizando, quedando a la derecha, cuchara y cuchillo, y a la izquierda el tenedor. El servicio para el postre en la parte superior y la servilleta a la izquierda, al lado de los tenedores. La cristalería estaba en perfecto estado. Copa de agua, vino tinto y vino blanco, en el centro de la mesa, empezando del centro hacia la derecha.

—Qué bonito y elegante —comentó ella después de sentarse. Un ejército de camareros, todos vestidos de negro, servían las mesas.



—Y se come estupendamente. Ya lo verás. Te he traído aquí porque está mi primo y tengo plena confianza en él.

Tamara asintió con la cabeza al tiempo que observaba la decoración interior del salón. ¿Cuánto costaría cenar allí? Seguramente bastante, más de lo que había ganado ese día trabajando. Con disimulo bajó la mirada hacia su ropa. Una vez más Lía había acertado. ¿Qué pasaría si hubiese acudido con su atuendo habitual de salir los fines de semana o con su estilo? Sería un absoluto fracaso y la vergüenza que pasaría al ver el resto de comensales bien acicalados, incluso Mateo.

El encargado del restaurante se acercó con la carta, en cuatro idiomas, y un vino, cortesía de la casa.

—¿Alguna recomendación en especial? —demandó el hombre antes incluso de abrir la carta.

—Víctor, su primo, me ha dicho que le recomiende, de pescado, lomo de merluza relleno de chipirones y setas con su tinta, y de carne, chuletilas de cordero lechal a la brasa y su guarnición —argumentó el jefe de comedor.

—¿Te parece bien o prefieres elegir otra cosa? —le preguntó, tocándole la mano izquierda.

—Sí, me parece fantástico. Si el jefe de cocina lo recomienda, no se hable más —respondió ella.

Ambos le devolvieron las cartas, quedándose a solas una vez más.

El teléfono de Tamara vibró en el bolso, que estaba sobre la mesa. Ella hizo un gesto con la cara. ¿Quién le estaba escribiendo un sábado por la noche?

—Atiende el teléfono, no pasa nada —comentó.

Al ver de quién se trataba, Tami soltó una media carcajada.

—Debe ser algo gracioso —opinó al ver su cara alegre.

—Es la borde de tu hermana, que quiere saber dónde estamos y deja una amenaza —siguió leyendo—. Si no se lo digo, recorrerá todos los restaurantes hasta encontrarnos.

—¿En serio? —sus hermosos ojos se estrecharon.

—Sí, mira —le acercó el teléfono para que leyese el mensaje. En ese instante sus manos se tocaron.

—Ni caso —objetó, meneando la cabeza. Su hermana estaba loca, loca de remate.

—Le he enviado el emoticono que guiña un ojo —se rió y puso el teléfono en silencio.

—Seguirá enviando mensajes. La conozco de sobra.

El camarero se acercó con el entrante. Jamón y lobo ibérico de bellota y una tabla de quesos variados.

—¡Hum! Este jamón está riquísimo —expresó el joven, gesticulando con las manos.

Ella asintió. Esos ojos eran una tentación.

Durante la cena charlaron como dos amigos que llevaban temporadas sin verse ni hablar, recordando los viejos tiempos, cuando iban al colegio en autobús, las fiestas populares del pueblo o los vecinos de sus mismas edades. Cuando llegó el postre, *pavlova de fresas y pistachos*, cambiaron de conversación, pasando al tema de Iris. Se sentía tan cómoda, charlando con él, que no puso trabas a la hora de decirle su versión de los hechos, de exteriorizar sus sentimientos. Mateo no conocía a las gemelas, por lo que no pudo opinar, solo le aconsejó qué, si tanto sentía su odio, mejor sería mantenerse lejos de esa chica. Él opinaba que a esa joven rebelde, le sentaría bien la terapia que estaba recibiendo de parte de su tía, una profesional de la mente que seguro llegaría al epicentro del problema y le ayudaría a solucionarlo. Tamara sabía que no iba a ser empresa fácil hacerla recapacitar, y el día que regresase a casa, supuestamente rehabilitada, ella tendría que estar fuera.

—No puedes irte. Es tu hogar, la casa donde naciste y donde te criaste —replicó el chico.

—Todo eso es cierto pero allí, con ella, no tengo tranquilidad y, por mucho que cambie o que pida perdón, jamás olvidaré todas las cosas que me ha hecho hasta la fecha. Mi madre sabe que soy muy liberal y me gusta abrir nuevas ventanas. No puedo quedarme donde no me quieren —finalizó reflexionando sobre lo que sentía. En su rostro se adivinaba la amargura del momento.

—La única que no te aprecia es esa niñata, y perdona por la expresión coloquial. ¿Tienes buena relación con el marido de tu madre?

—¿Con Valentín? Genial. Siempre ha estado pendiente de mí, como si fuese mi padre. Mi madre tiene suerte de estar casada con él —se lo quedó mirando unos segundos—. Y él de estar a su lado. Se complementan a la perfección —explicó, tras dar el último bocado al exquisito postre.

—Hablas de él con mucho respeto y eso es admirable —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Sí. Porque me respeta y hace cosas buenas por mí. Una de ellas es que estoy trabajando en lo que me gusta gracias a él —siempre estaría en deuda con Valentín por tener la osadía de dar la cara por ella sin saber si respondería o no en el puesto.

—Hablando de eso. La semana próxima viene un grupo de nuevos licenciados a hacer prácticas en el hospital. Son de otras comunidades y me gustaría que conociesen mi tierra. ¿Hay alguna posibilidad de reservar en ese maravilloso tour turístico que tú diriges?

—¿En serio? —preguntó, haciendo una mueca juguetona.

Él respondió asintiendo con la cabeza muy despacio.

—No recuerdo ahora cómo vamos con las reservas pero me imagino que sí. Ya no estamos en verano y hay bastante menos afluencia de turistas, aunque, según el concejal que lleva turismo, este año batimos el récord —señaló, muy orgullosa de ser la causante de ese logro.

—Lo ves el lunes y me llamas o me envías un mensaje, como mejor te vaya —explicó con voz queda.

—Estupendo.

—Te apetece tomar algo más o prefieres dar un paseo por la ría —quiso saber. Sin darse cuenta era más de la una.

—A mí no me entra nada más y un paseo me vendría genial.

Mateo captó la atención del maître que en seguida apareció con la cuenta. Al salir hacía fresco y Tamara no había llevado nada para cubrir los brazos. Él, como buen caballero, sacó la chaqueta y se la puso por los hombros.

—Muchas gracias. Créeme, nunca salgo de casa sin una chaqueta, un chal o una pashmina —dijo, mientras frotaba las manos y se aferraba a su brazo derecho. Su proximidad le producía calidez.

Cogieron el coche y se desplazaron hasta el aparcamiento que había cerca

de los jardines del Malecón; un espacio verde, a orillas de la ría, con especies arbóreas centenarias como el abeto de Douglas, el cedro del Himalaya, un magnolio común, el cedro del Atlas, el ciprés de Monterrey, araucarias y pinos. Al comienzo del paseo se encontraron con la escultura de un gaitero, realizada por el pontevedrés, Francisco Leiro. Una figura tallada en bronce y que mide cuatro metros, muy vinculada con el pueblo gracias al festival de folk que se realiza en el mes de julio.

Caminaron en silencio aproximadamente tres minutos y después se sentaron. Desde aquel punto podían contemplar la ría en todo su esplendor.

—Antes decías que querías irte de aquí y eso fue exactamente lo que yo hice hace unos cuantos años —comenzó a decir, rompiendo el silencio que se había generado entre los dos.

—Fuiste a trabajar al extranjero y eso te sirvió para fortalecer tu carrera como médico. Te ha pasado a ti y a muchos otros, y seguirá pasando, tal y como está la situación en el país —contestó.

—No me refiero a eso —giró la cabeza hacia el lado contrario a ella—. ¿Recuerdas que cuando era niño usaba gafas para estudiar?

—¡Es cierto! Me había olvidado de ese detalle —respondió.

—¿Recuerdas las veces que se burlaron de mí por esas malditas gafas? Seguro que no, pero yo sí. Fue la peor época de mi vida —reveló. Su tono de voz era profundo, serio.

—No sabía eso. Tú ibas un curso por delante de mí —puso su mano sobre el brazo de él.

—Mis padres no se enteraron de dichas vejaciones hasta pasados muchos años, cuando ya podía hablar de ello sin ningún miedo. Recuerdo que me tenían atemorizado. Si decía algo a mi familia, el maltrato iría a más. Era un acoso silencioso porque solo lo conocía yo y esos tres chavales, continuo, porque se repetía día tras día y desgarrador porque me destrozaba por dentro —reconoció. Ahora ya no existía miedo sino rabia por haber callado tanto tiempo y haber permitido que lo trataran así.

—Cuánto lo siento, Mateo. Has tenido que pasarlo francamente mal —exclamó, haciendo acopio de toda su paciencia. Esa confesión debía ser una de las más difíciles de su vida.

—Ni te lo imaginas —negó con la cabeza y entrecerró los ojos.

—Suerte que has sabido salir adelante y has aprovechado el pasado para forjar un presente y un futuro mejor. Haces lo que te gusta y te sientes satisfecho —lo animó mientras observaba sus ojos.

—Me costó mucho, Tamara —dijo. Le embargó la emoción. Además del maltrato físico, ésa era otra manera de quebrantar el espíritu de una persona, marcándola para el resto de su vida.

Su acompañante lo observó con ternura y admiración. No le estaba costando desnudar su alma ante ella.

—Mira el lado bueno. Otros, en tu lugar, se habrían metido en a saber, qué cosas, pero tú has sabido elegir el camino correcto, seguramente con muchas curvas, pero el ideal para ti. Esos otros no han corrido la misma suerte. Has regresado, tus raíces siguen aquí, pero te has liberado del peso de los grilletes —argumentó su acompañante.

—Y mi familia también sufrió lo suyo, no te creas —apretó los dientes y selló su mandíbula.

—Voy a ponerte un ejemplo muy reciente. Iris, mi hermanastra. Lo tiene todo. Un hogar, una familia, dinero, el armario repleto de ropa, podría ir a la universidad que se le antojara. Sin embargo, ella decidió coger el camino equivocado, el que te lleva directa al fracaso. Mi madre dice que tiene celos de mí, por todo lo que he logrado y tengo, pero ella no se da cuenta que para conseguir todo esto, he tenido que esforzarme mucho y sacrificar ciertas cosas. En vez de luchar por ser cada día mejor, prefirió dejarse llevar por determinadas cosas y personas, que, ni por asomo, buscan lo mejor para ella.

—A todas luces, la gente con la que está es de su misma condición. Eso no quiere decir que sean malas personas, ojo. Solamente se han desviado del camino correcto —su voz era intensa, con mucho sentimiento.

—Conozco gente que dice que, fumar porros relaja, y me imagino que ella opinará igual. Qué manera más tonta de desperdiciar la vida —arrugó la frente.

—A mí me relaja el mar, un paseo por la naturaleza, salir a tomar unas copas, una buena conversación como la que estamos manteniendo en este momento —mencionó Mateo.

—Exacto —se acercó a él y dejó caer la cabeza en su hombro.

—Espero no haberte aburrido con la conversación.

—En absoluto —miró el móvil que en aquel instante vibraba—. Tú hermana.

—No se da por vencida.

En su rostro se divisó una sonrisa cariñosa.

—¿Me lo dejas? —preguntó, con su medida habitual.

—Claro.

Se lo tendió. Mateo buscó la cámara de fotos entre todas las aplicaciones que tenía el teléfono.

—Sonríe. Vamos a alegrarle la noche. A ver si así se calma un poco —esbozó una sonrisa y arqueó la ceja derecha en una expresión cargada de sugerencia y seducción.

Cambió el sentido de la cámara y ambos, entre risas, sacaron las lenguas. Luego se lo envió a través de WhatsApp.

—Y dime. ¿Qué lugar de nuestro pueblo te gusta más? Donde te sientes relajada y en paz —preguntó con curiosidad.

—Sin lugar a dudas en los acantilados de Loiba. Además de las extraordinarias vistas, me relaja el viento, el sol y la tranquilidad que allí se respira. ¿Has ido alguna vez de noche?

—No. He estado dos o tres veces, pero de pequeño. Mi hermana siempre dice que en ese lugar hace mucho frío, sea verano o invierno —susurró.

—¿Sabías que esos acantilados han sido elegidos por diversos directores de cine para sus películas?

—¡De verdad!

—Pues sí. Varias películas como "*Matías juez de línea*" en el 98, "*Hotel Danubio*" en el 2003, "*O tesouro*" en el 2007 y "*Os Crebinsky*", en el 2010. También se rodaron 2 series de televisión. "*La Ira*" y "*Piratas*" —narró. Lo había leído antes de comenzar a trabajar como guía turística para el ayuntamiento.

—¡Cuántas cosas me he perdido mientras estuve en el extranjero! —expresó, incapaz de ocultar la nostalgia que lo había invadido.

—Yo también. Al estar estudiando en la universidad de A Coruña —dijo perezosamente.

Mateo bostezó. Llevaba toda la semana durmiendo menos de cinco horas diarias.

—Será mejor que nos vayamos o te quedarás dormido —propuso.

—Lo siento mucho. ¿Tanto se nota? —se frotó los párpados por el cansancio.

—Un poco —lo observó con unos ojos que parecían capaces de ver lo que ocurría en su cabeza.

Se levantó y tiró de su mano. Cuando llegaron a la entrada de la vivienda de Tamara, Mateo le hizo una nueva propuesta.

—¿Qué te parece si repetimos el próximo fin de semana? Prometo dormir unas horas antes para no boquear durante la noche y ante tu presencia —había salido del coche para despedirse con un beso.

—Me parece estupendo —estaba a un palmo de ella.

Cogió su mano y la besó, clavando los ojos en los de la joven, que se ruborizó de placer.

—A propósito. Para la próxima cita podrás vestirme más cómodamente —anunció, levantando el pulgar.

—¿Con vaqueros y zapatillas de deporte?

—Con lo que quieras. Se me ha ocurrido algo que te va a encantar —reveló, manteniendo en secreto el plan que tenía.

—Imagino que no vas a desvelarme nada hasta llegado el momento —tenía el pelo sobre la cara y él se lo retiró.

—Imaginas bien.

Por segunda vez besó su mano. Una cualidad que admiraba en un hombre.

—Sueña bonito, Tamara.

Ella, con un nudo en la garganta, consiguió responder.

—Buenas noches, Mateo —y se ruborizó por segunda vez.

Dejó vagar sus pensamientos. Dormir entre sus brazos, escuchando el latido de su corazón, tendría que ser una sensación emocionante.

Al entrar en su habitación ojeó el teléfono. Treinta y dos mensajes de Lía, veinte de ellos, de voz.

—Hola. ¿Te has vuelto loca esta noche o es que no tenías nada más divertido que hacer? —escupió a su amiga.

—Quería saber cómo os iba en la cita. Como sé que mi hermano apenas observa el móvil, te escribí a ti. Cuéntame. ¿Ha sido una cena romántica?

—¿Sabes que eres una pesada?

—Venga. Cuéntame algo o seguiré acosándote. Ya me conoces.

—*Pichu*, te conozco de sobra y sé lo aburrida que puedes llegar a ser, por lo que solo te voy a decir que me ha pedido para salir de nuevo la semana que viene —expuso.

—¡Uy! ¿Aburrida yo? Me estás confundiendo con otra persona.

—Buenas noches, guapa.

—Una última pregunta. ¿Ha habido beso? —instó con su interminable verborrea.

—Pero qué cotilla eres. ¿Por qué quieres saber si me besó? —terció la amiga.

Lía se quedó callada, algo extraño en ella.

—Lía, ¿sigues ahí?

—Me preocupo por mi hermano porque lo quiero mogollón. Para mí siempre fue un apoyo y un amigo que nunca me falló. Mientras estuvo fuera sufrí por él, por la distancia que nos separaba, por no saber si se encontraba bien o necesitaba hablar —estaba emocionada y su voz la delataba—. Me preocupo por ti porque eres mi mejor amiga. Eres la persona que me escucha y me tolera, la que me anima y la que sabe absolutamente todo de mí. Me encantaría que vuestra relación saliese bien porque —intentó tragar el nudo que tenía en la garganta y que le impedía seguir hablando—, porque ambos lo merecéis. Ya lo he dicho.

Tamara la escuchó sin interrumpirla. Lía podría ser loca y extravagante, pero tenía un corazón de oro y siempre irradiaba felicidad.

—Muchas gracias, amiga, pero solo fue una cita de amigos, nada más. Tu hermano me cae muy bien y no creo que lleguemos a nada, no porque yo no lo desee sino porque él más bien busca una relación de amigos —opinó Tami. Su amiga era una de esas personas que siempre estaba de buen humor.

—Eso ya lo veremos. Mañana hablamos con más calma. Buenas noches,



pichón.

Lía conocía a Mateo a la perfección y sabía que él no salía con una chica así como así y mucho menos le pedía una segunda cita si no estuviese interesado en ella.

*A la semana siguiente*

Antes de prepararse para salir, echó un vistazo a la galería de imágenes. Allí aparecían dos fotos de la anterior noche que había quedado con Mateo. Una la había hecho en casa y se la había enviado a Lía. La otra la había hecho Mateo en el parque. Se fijó en el vestuario que llevaban. Ambos estaban muy guapos y elegantes. Abrió el ropero. ¿Qué se pondría para esta cita? Él había comentado que podía llevar ropa cómoda, informal. Eligió unos pantalones capri negros de cuero sintético con un jersey azul de punto de canalé con escote bardot y unos botines de tacón cuadrado. Estaba pintando lo ojos cuando sonó el teléfono. Era un mensaje de Lía.

—Píntate los labios de rojo —escribió.

Tamara sonrió.

—Llevo un jersey azul —contestó.

—Da igual. Tú hazme caso y pinta lo labios, pero de rojo.

Minutos más tarde sonó la bocina del coche de Mateo. Ella bajó corriendo las escaleras y salió al exterior. Él la esperaba fuera, arrimado y con las manos en los bolsillos. Vestía unos chinos ajustados al cuerpo en color verde azulado con una camiseta de rayas horizontales verdes y blancas y zapatillas de deporte. Se acercó a él y se dieron dos besos en la cara.

—¿Cómoda para una cena bajo las estrellas? —preguntó, tan pronto entraron en el vehículo.

—Por supuesto —señaló.

Sus labios brillaban.

Condujo con el aire acondicionado puesto y las ventanillas subidas. El típico tráfico vacacional se había aligerado y la conducción era más fácil.

Cuando estaban a pocos kilómetros del destino dejó que entrara el aire del exterior y puso música. Era fan incondicional de *Europe*, la banda sueca de hard rock.

Tamara conocía el camino por el que iban y no recordaba que existiese un restaurante o una cafetería por la zona. ¿Qué planes tenía para esa noche? Le encantaría averiguarlo ya, pero se mordió la lengua y aguardó a que él lo

desvelara, esperando que la intriga fuese corta.

—Hemos llegado —aclaró, al apagar el motor del coche.

—¿De veras? —miró en derredor.

—Sí. Hoy cenamos bajo las estrellas, a la luz de la luna —miró hacia el cielo y vio que empezaban a llegar nubes—. ¿Has visto el tiempo? —su acompañante negó con la cabeza—. Yo tampoco, pero, como decimos los gallegos, *malo será*.

En el exterior hacía algo de viento. Mateo se dirigió al maletero y sacó dos bolsas y una cesta de color blanco. La primera contenía una manta de color rojo.

Tras caminar unos cuantos metros, él habló.

—Pienso que aquí estaría bien. ¿Qué me dices? —preguntó con una sonrisa aduladora en el rostro.

Miró en derredor y luego el brillo de la luna.

—Mejor más hacia allí. Te prometo que las vistas son de escándalo —observó ella mientras caminaban.

A medida que se iban acercando, Mateo asentía con la cabeza. El olor a mar conquistó sus sentidos, el ruido de las olas contra los acantilados confirmó que estaba vivo y amaba la naturaleza en su estado más puro.

—Esto es precioso. Hacía mucho tiempo que no venía —la miró y se echó a reír, con un sonido masculino—. Ahora comprendo por qué te gusta este lugar. Tiene un encanto prodigioso, único.

El impresionante paisaje de la costa se apropió de su ser pese a que la noche prometía cielos encapotados.

—Ven. Sentémonos unos minutos en el banco más hermoso del mundo. Para mí es uno de los lugares que me engrandece el alma.

Mateo dejó las bolsas y la cesta en el suelo y la siguió. Las vistas desde dicho banco llegaban desde el cabo de Estaca de Bares hasta el cabo Ortegal.

—Grandioso, espectacular, impresionante —adjetivó. Su lenguaje corporal mostraba entusiasmo. Sus fosas nasales se atiborraron de la fragancia del mar embravecido.

—Lo sé —apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Sabes cómo le llaman los vecinos de aquí a este banco?

El hombro respondió negativamente con la cabeza.

—"*O pensadoiro*". Ellos opinan que es el lugar idóneo para ahondar en las reflexiones y pensar —explicó.

—Estoy totalmente de acuerdo con ellos. Aquí el tiempo se para y a tu alrededor solo sientes paz y armonía. Parece mentira que haya nacido aquí y no viniese más veces.

Estuvieron cerca de diez minutos contemplando la procesión de las olas. El único sonido que se escuchaba era el de su respiración entrando y saliendo de sus pulmones. Ahora comprendía por qué los visitantes acudían al pueblo.

Mateo miró hacia el cielo. Cada vez estaba más gris.

—Será mejor cenar.

Mientras él estiraba la manta, Tamara regresó al coche para coger las chaquetas. Aunque estaba acostumbrada a las temperaturas bajas, al viento y a la lluvia, típica del norte de España, aquella noche soplaba más fuerte de lo normal. ¿Se avecinaba una borrasca?

Sobre la manta extendió un mantel de cuadros, rojos y negros, y para que no se levantara con la corriente, colocó piedras en cada uno de los vértices. De la otra bolsa extrajo dos platos de cerámica de color negro, dos copas de cristal para el vino, las servilletas, cubiertos, una botella de agua y el vino.

—Espero que te guste la tortilla —comentó.

—Me encanta. Es una de mis cenas favoritas y Hortensia lo sabe —respondió, subiendo la cara para sentir y oler la brisa que rozaba su cara y le revolvía el cabello.

—Lo sé. Se la encargué a ella esta mañana, después de preguntarle qué comidas te gustan más.

—Vaya, así que me espías —dijo sonriendo.

—No. Digamos que me preocupé por encargarme un picnic acorde con tus gustos y los míos, y, para mi sorpresa, coincidimos en bastantes cosas.

La tortilla desprendía un agradable olor. Después sacó una barra de pan, dos

porciones de empanada casera y un trozo de lomo ibérico.

—¿Vino?

Ella levantó la copa para que le sirviera.

—Espero que te guste el Albariño Abadía de San Campio 2015 de la bodega Terras Gauda —sus facciones mejoraban a la luz del crepúsculo.

Movió la copa ligeramente, introdujo la nariz o lo olió. Luego tomó un pequeño sorbo.

—Muy bueno —su suave voz se deslizaba sobre las palabras.

Con un cuchillo troceó la tortilla en pequeñas porciones.

—¿Cómo es posible que esté tan buena? —se interesó el joven tras probar varias raciones.

—Hortensia le ha revelado el secreto a Ana, su ayudante. El truco, según ellas, está en la cantidad de huevos, en la calidad de la patata y en el tiempo de cocción. Hay quien le pone un poquito de leche para hacerla más jugosa o le añaden levadura.

Mateo cortó varias rodajas de chorizo.

La conversación fluctuó entre los dos recordando viejos tiempos y comentando los planes para el futuro. Se sentían tan cómodos estando juntos que no eran conscientes del paso de las horas.

—Podemos bajar a la playa por aquellas escaleras. ¿Te apetece? No hay ningún peligro —sugirió la chica. En su rostro se divisaba una hermosa sonrisa.

El joven observó el cielo por sexta vez. El aire olía a lluvia. Tenía toda la pinta de que en breve empezarían a caer chubascos; algo totalmente normal en el lugar donde vivían, pero igualmente aceptó el reto. Tami lo cogió de las manos y tiró de él para que se levantara.

Con sumo cuidado bajaron por las escaleras de madera hasta llegar a la playa. Por suerte la marea estaba baja por lo que pudieron caminar de una punta hasta la otra. Al llegar al final miraron hacia lo alto del acantilado. Era sensacional observarlo con la oscuridad de la noche.

—¡Vaya! Mira lo que hay aquí —comentó ella al acercarse a la pared del

acantilado.

Su acompañante fue tras ella con curiosidad.

—Es solo una flor —murmuró, riéndose de ella.

—Te equivocas, guapo. Es algo más que una simple flor —indicó.

Él rozó su brazo contra el de ella, la miró y comprobó que se deleitaba con las sensaciones más simples y sencillas.

—Se trata de la misteriosa "*herba de namorar*" o hierba de enamorar. ¿Nunca escuchaste la leyenda de esta planta, que también se conoce como clavellina de mar? —se trataba de unos sencillos brotes pero que embellecían el paisaje.

Mateo negó con la cabeza. No creía en leyendas, mitos ni historias raras inventadas por ciertas personas para sacar algún tipo de provecho.

La chica se sentó en la arena y comenzó relatándole la leyenda que envolvía esa hermosa y enigmática planta.

La historia estaba relacionada con el santuario de San Andrés de Teixido, ubicado en el municipio vecino de Cedeira, muy cerca de donde ellos estaban. La planta se daba en zonas costeras, principalmente arenosas como playas, acantilados y marismas. Antes solían regalarla en cuanto ponías un pie en ese pueblo para visitar la ermita, ahora habían abierto los ojos y las vendían. Los habitantes de allí la consideraban un elemento muy importante para evitar el mal de amores. Para que funcionara el hechizo lo correcto sería hacerse con ella la noche de San Juan y dejarla en el bolsillo de la persona que desees y pretendes sin que ella se entere.

Se mantuvieron callados unos segundos.

—Y, para rematar, te informo de que también se la conoce como "*herba empreñadeira*". Según los viejos del lugar tiene poderes a la hora de fecundar —narró, con el murmullo que hacían las olas de fondo.

—Qué misterioso es todo —su tono de voz sonó gracioso.

—¡No te burles! —le regañó en un tono cariñoso.

Eso le hizo sonreír como un bobo.

—¿Has estado alguna vez en ese santuario? —se fijó en la ancha curva de

su boca y en las vaharadas de aliente que salían al exterior.

—Creo recordar que estuve con mis padres cuando era un niño —respondió, después de hacer memoria.

—Existe una tradición que es acudir a la ermita llevando una piedra que se deja en alguno de los *milladoiros* o montones de piedras que hay por la zona.

—Pero, ¿para qué hacen eso? —quiso averiguar. Le parecía una solemne nimiedad.

—Los que creen en esa leyenda dicen que esos *milladoiros* hablarán en el *Juicio Final* para dejar claro qué almas cumplieron con la promesa de ir a San Andrés. Recuerda la frase popular tan bien conocida por los gallegos. *A San Andrés de Teixido vai de morto quen non foi de vivo*.

—¿Están hablando de la resurrección? —quiso saber, tragándose la risa.

—Bueno, ellos creen que, si se ofrecieron al santo y no han ido de vivos, irán de muertos, pero en forma de animal rastrero, tipo sapo, lagarto, culebra, etc. Por eso los lugareños no permiten matar ese tipo de animales, porque creen que son las almas en pena de los peregrinos para cumplir con la promesa que no pudieron consumir cuando estaban vivos —relató con sumo respeto.

—¿Tú crees en esas cosas? —volvió a meterse las manos en los bolsillos. Su mirada sugería calma.

—Yo no pero respeto las ideas de los demás. Pienso que con eso no hacen daño a nadie y si así son felices, pues me alegro por ellos.

Una ráfaga de viento mezclado con lluvia, empapó sus rostros. Mateo se levantó de la arena y tiró de ella para salir corriendo. Tenían que subir las tortuosas escaleras de madera y llegar hasta el coche para protegerse del mal tiempo que empezaba a arreciar. Para cuando llegaron, tenían el pelo y la ropa empapados. Entre risas se quitaron las chaquetas, que era lo que más húmedo estaba y el propietario del vehículo puso la calefacción para entrar en calor, pues habían estado bastante rato bajo la lluvia.

—Será mejor regresar a casa para quitar esta ropa —opinó el varón, bajo el repiqueteo de la lluvia como telón de fondo.

Su acompañante asintió entretanto secaba la cara con un pañuelo de papel

que había cogido de su bolso. Cuando llegaron al domicilio de Tamara, apagó el automóvil y la miró.

—Lo he pasado genial. No sabía que fueses tan divertida —comentó, clavando la mirada en la bonita cara de muñeca de porcelana que se le había quedado tras la mojadura.

—Yo también, quiero decir —carraspeó—. Me he divertido mucho contigo —sus dientes castañeaban.

—Espero que te haya gustado la sorpresa. Me habías dicho que ése era un sitio muy especial para ti y creí que una cena bajo el amparo de la luna, sería ideal —aclaró, gesticulando con las manos.

—Ha sido muy romántico —lo miró a los ojos avergonzada. Se le había escapado el comentario.

—Quizá con unas velas aromáticas y algo de música fuese más romántico, ¿no crees? —se fijó en su boca, sexi, graciosa, invitándolo a que la besara.

—Es posible —observó sus labios, húmedos, sensuales, sus bien cinceladas facciones. Era tierno, sexi, tentador.

Salieron del coche, aprovechando que la lluvia había dado una tregua, y Mateo se despidió con dos besos en la mano de Tamara. ¿No era así como se cortejaba antiguamente a las mujeres? Ella, incapaz de controlarse, se acercó a su boca sensual rodeando su cara con las manos y le plantó un beso en los labios, notando la incipiente barba y un aroma a perfume de hombre. Le encantaría abrazarlo, relajarse contra su cuerpo y continuar con el beso, pero dio un paso hacia atrás, preguntándose si él soportaría su cercanía de la misma forma. ¿Se habría dado cuenta de la pasión que desprendían sus ojos al mirarlo?

Cuando se acostó, sonó el teléfono. Era Lía.

—¿Cómo ha ido la noche?

—¿Te das cuenta de que son las tantas de la madrugada? ¿No podías esperar a mañana? —su voz sonaba exhausta.

—¿Te ha besado?

—No —todavía sentía el estómago en la garganta.

—¡Cómo que no!



—Pues no. Le besé yo —reveló.

—¿Le has dado un morreo? Ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes?

—De nada. ¿Él respondió al beso o no hizo nada? —insistió la amiga.

—¡Mira que eres cuentista! —soltó un largo bostezo.

—Dime eso y ya lo dejamos por hoy.

—No hizo nada. Se quedó pasmado y mirándome con los ojos muy abiertos. Creo que no le gustó que lo hubiese hecho. No sé si la jodería —explicó, haciendo un gesto de disconformidad con la boca por su presurosa conducta.

—Sí, le ha gustado pero esperaba ser él quien diese el primer paso. Estoy segura de ello.

—Ves. Lo sabía. La he fastidiado. No me llamará nunca más ni querrá salir a cenar conmigo —el tono de voz mostraba su desilusión.

—Conozco a mi hermano. Tú tranquila que ya me encargo yo de enderezar este desliz —resolvió.

—Mejor no te metas, Lía. Si tiene que ser, será. No forcemos las cosas.

—Amiga. Hasta dando palos de ciego a veces se acierta. Buenas noches.

Tamara cerró los ojos con la imagen del rostro de Mateo cuando posó sus labios sobre los de él. ¿Y si de verdad le había gustado? ¡Uf! Se estaba enamorando.

Apuntaban las nueve de la mañana cuando sonó el timbre en casa de María. Era domingo e Iris seguía durmiendo. La propietaria de la vivienda miró extrañada el reloj que había colgado en la pared. No esperaba ninguna visita ni tenía asuntos pendientes para resolver esa mañana. Abrió la puerta y en su rostro se adivinó sorpresa.

—Hola, hermanita. ¿Puedo entrar?

María se echó hacia un lado para dejarla pasar. Todavía turulata, le pidió que se acomodara en el salón mientras preparaba café en la cocina. Desde allí la observó con atención. Llevaba un pantalón de vestir blanco con una blusa de manga larga de color negro y zapatos de tacón a juego con un bolso de colgar. Aparentemente se le veía muy bien. ¿Qué hacía en su casa un domingo por la mañana? Su hermana nunca había madrugado para nada, ni siquiera para ir al colegio y tampoco recordaba que se arreglara tanto.

Tomaron el café en riguroso silencio. Solo se escuchaba el ruido de la tele en la cocina.

—Y bien. ¿Qué te trae por aquí, Noelia?

Su hermana removía el azúcar con la mirada puesta en el tazón. ¿Ese gesto significaba arrepentimiento, vergüenza?

—Me han dicho que mi hija está viviendo contigo —con la cara hizo un gesto como de pena.

—Cierto. Iris lleva unas semanas conmigo. Es una jovencita rebelde y tiene problemas —resumió.

—Escucha una cosa. Siento todo lo que ha pasado hasta ahora. Yo también fui rebelde y una cabeza loca. Tenía una familia, éramos felices y lo eché todo a perder por la avaricia. Sé que Valentín jamás me perdonará por haber dejado a mis hijas así, pero me gustaría recuperar la relación con ellas. Ha pasado mucho tiempo, he cambiado, he madurado, ya no soy la que era antes. Ahora comprendo lo importante que es ser madre y el cariño que necesitan los hijos para ser felices, crecer y madurar. Ellas han carecido de ese amor maternal —versó con una naturalidad fingida.

—Valentín ha sabido sacarlas adelante y muy bien, por cierto. Al casarse con Violeta comenzaron los problemas con la hija que ella tiene de su difunto

marido. Pese a eso, solo Iris ha mostrado resentimiento y celos. Tu otra hija es toda una muchacha —aclaró la hermana.

—No lo dudo. Él es un amor. Estoy convencida de que ha sacrificado muchas cosas por ellas —su expresión se volvió cautelosa. Tenía que ir con pies de plomo. No sabía qué le había contado su hija hasta la fecha. Si la niña había flaqueado y le había soltado lo del avispero, no tenía nada qué hacer.

María asintió con la cabeza. Su cuñado era muy buena persona y un padrazo.

—¿Crees que podría verla y pasar algún tiempo con ella? —preguntó, moviendo los dedos con inquietud.

—¿Te refieres a Iris? —Noelia movió la cabeza de arriba abajo varias veces—. Habrá que preguntárselo a ella. Hace muchos años que no te ve y no sé cómo va a reaccionar. Técnicamente han sido abandonadas por su madre. Recuérдалo.

En ese instante Noelia tuvo ganas de ponerle las manos alrededor del cuello y apretar muy fuerte hasta que su piel cambiara de tono y no respirara. Su instinto maligno la abordó. ¿Acaso había ido allí para que le recordara lo que antaño había hecho mal?

—Quiero recuperar a mis dos hijas pero ahora es Iris la que necesita mi apoyo, cariño y comprensión. Siempre fue la más débil —exclamó en un tono un poco falso, con los últimos vestigios de control.

Eso último era una clara mentira pero lo dijo para reforzar la idea de estar más tiempo con Iris que con Uxía. Esta última no le interesaba en absoluto porque no se parecía a ella en nada. Era igualita a su padre, cauta y de corazón blando.

—Espero que lo estés diciendo en serio, Noelia. Tu hija no está para que jueguen con sus sentimientos, y menos en estos momentos —no las tenía todas consigo. Su hermana llevaba muchos años alejada de sus hijas y de pronto aparecía en la puerta de su casa pidiendo que le dejara acercarse a una de ellas. Todo le resultaba muy extraño.

—He venido a tu hogar suplicándote que me dejes ver a mi hija. Me he rebajado pidiéndote disculpas. Ante ti desnudé mi alma y fui sincera. ¿Qué más muestras de arrepentimiento necesitas para concederme un único deseo que es pasar un tiempo con mi niña? —dijo, con la voz rota y mordiéndose

las mejillas para controlar la ira.

—Perdona pero ahora mismo soy la responsable de Iris y tengo que velar por su bienestar. Has pasado muchos años en la cárcel y nunca te has acordado de escribirles una carta o llamarlas por teléfono. ¡Coño, Noelia, qué eran tus hijas! Tú las has parido.

La hermana se levantó y se puso de espaldas. La indignación intentaba dominarla, pero tenía que ponerle freno si quería conseguir lo que la había llevado hasta allí. Clavó las uñas en la palma de las manos y simuló unas lágrimas para que María se sintiese culpable de sus últimas palabras.

—No hay día que no piense en ellas, no hay día que no me arrepienta de haberlas dejado. Ellas son lo único que tengo en esta vida, lo único que me queda, y quiero, si ellas lo aceptan, estar a su lado a partir de ahora y que sepan que estoy muy afligida por todos estos años de separación. Me perdí tantas cosas que no veo la manera de recuperar ese tiempo —mintió de forma automática.

—Lo siento, no quería herir tus sentimientos —con dos dedos tiró del labio superior, pensando cómo hacer para que se vieran.

—Te comprendo, hermana. Es normal que desconfíes y que intentes proteger a tu sobrina pero te aseguro que conmigo estará a salvo. Soy su madre biológica y jamás le haría daño —insistió para convencerla de que estaba allí con buenas intenciones.

—Bien. Hablaré con ella esta mañana, cuando se despierte. Tú déjame aquí apuntado un número de teléfono donde pueda localizarte —le acercó la agenda para que lo anotase—. En cuanto sepa algo, te llamo —tenía que pensar si se lo decía a Valentín o espera un tiempo para ver cómo marchaba la cosa.

Se despidió de María dándole un fraternal abrazo que ésta aceptó y sintió. Mentía tan bien que resultaba difícil saber qué era cierto y qué mentira. Ahora solo le quedaba esperar esa condenada llamada para continuar con su plan. ¿Iría al infierno?

Iris se despertó a media mañana. María había salido a comprar el pan y sobre la mesa del salón estaba abierta su agenda del trabajo. La ojeó y vio que tenía anotado un número al lado de un nombre escrito con mayúsculas. NOELIA. Buscó en su móvil y el número coincidía con el de su madre. Aquello la descolocó. Había dado por sentado que ambas hermanas no se

llevaban muy bien y hacía mucho tiempo que no conversaban. ¿Qué demonios estaba pasando? Fue a la cocina, se sirvió un cacao con leche muy caliente y se sentó en el sofá mientras su tía no llegaba. Ésta, al ver que había dejado la agenda abierta, no le quedaría más remedio que comentarle algo sobre Noelia. Encendió la tele y puso un canal de series españolas. Al poco rato apareció su tía con el pan en la mano y una botella de agua recién cogida en la fuente. La saludó con un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Hoy ha estado tu madre aquí —Iris giró la cabeza hacia ella fingiendo sorpresa—. Ha dicho que quiere pasar un tiempo contigo.

María se fijó en cómo reaccionaba.

—Qué más ha dicho —quiso saber.

—Quiere recuperar todo este tiempo perdido. Al fin y al cabo es vuestra madre —dijo, intentando mediar y convencida de que, entre madre e hija, desde que Noelia ingresó en prisión, nunca había habido contacto alguno.

—Vale. Quiero estar con ella —soltó con salero y para asombro de su familiar, que hubiese esperado algún tipo de reproche o queja, pero nunca esa respuesta.

—¿Estás segura?

—Sí. Totalmente segura —respondió, más que convencida de que María no sabía que ya habían estado en contacto en las últimas semanas. ¿Qué planes tenía su madre para las dos?

—Vale, pues contactaré con ella y buscaremos un día para que venga a casa.

Iris soltó una carcajada que sonó un tanto ahogada teniendo en cuenta las circunstancias. Qué fácil era de engañar. ¡Y presumía de ser psicóloga!

## 18

Repasó la lista de las reservas para esa semana. El jueves por la tarde podría hacer hueco a los cinco compañeros de Mateo para hacer la ruta en microbús. Le envió un mensaje con los datos y éste le respondió con un "ok". El vehículo contaba con veinticuatro asientos y tenía cubiertos, hasta el momento, diecisiete, aunque a última hora del miércoles se anotó una mujer más.

Por la mañana los recién licenciados estuvieron con Mateo y dos colegas más. A primera hora hicieron las visitas rutinarias en la planta del hospital y, seguidamente, atendieron a los pacientes que se personaban en las consultas. Por suerte, esa mañana no le tocaba acudir a urgencias si se presentaba algo importante. Los seis salieron del centro hospitalario a las tres de la tarde y comieron algo en una cafetería que conocía Mateo. A las cuatro y media estaban en la parada del autobús, preparados para el recorrido.

Durante el tiempo que esperaron a que llegara Tamara, discutieron sobre la existencia o no de las brujas, tan típicas en tierras gallegas.

—Hay que diferenciar la bruja de la meiga —opinó una de las chicas, captando la atención de los otros compañeros.

—¿No son la misma cosa? —preguntó el que llevaba gafas.

—No. Las meigas o hechiceras tienen como misión hacer el mal a personas y animales, estableciendo un pacto con el diablo, mientras que las brujas se encargan de deshacer esos conjuros y el mal de ojos de las primeras —apostilló.

En ese momento apareció Tamara y escuchó su acotación.

—Por aquí solemos decir "*eu non creo nas meigas, mais habelas, hainas*". ¿Sabéis qué significa? —la joven había escuchado algo sobre esa mítica frase pero no lograba entender su significado—. Los gallegos somos un tanto complejos. Somos realistas, prácticos y nada crédulos, pero por otro lado nos dejamos envolver por lo místico y nos fascina la magia. Por eso decimos que no creemos en las meigas pero que haber, las hay.

—La indecisión es muy típica entre los gallegos —expuso otro.

Tamara, tras leer en voz alta los nombres de los que tenía anotados, ojeó el reloj y les pidió que empezaran a subir al bus. Tan solo faltaban cinco

minutos para arrancar. La mujer que se había anotado a última hora y decía llamarse Lourdes, llegó encima de la hora y se sentó en los primeros asientos. Era rubia y llevaba el pelo corto de forma asimétrica. El largo, peinado hacia la derecha, mientras que el otro lado estaba afeitado. Un corte extremadamente rebelde y atrevido. La guía entró en la caseta y cogió los folletos que quería entregar a los visitantes del bus. En ellos hacía un breve repaso de los lugares que visitarían. Se sentó en el asiento que había paralelo al conductor y partieron rumbo a los acantilados. Normalmente los visitantes que acudían por su cuenta y querían caminar, solían dejar el vehículo aparcado a la altura de la iglesia y continuaban a pie a través de pistas forestales hasta llegar al abrupto lugar, tan visitado últimamente. Por fortuna, no hacía mucho viento ni llovía. Una tarde típica del mes de octubre.

—Primera parada: acantilados de Loiba, situados entre el puerto de Espasante y el cabo Estaca de Bares —dijo la guía a través del micrófono.

Todos bajaron del bus con las chaquetas puestas y las mujeres con pañuelos alrededor del cuello. En el lugar habían habilitado una zona específica para las autocaravanas aunque en aquel instante estaba vacío.

Tamara les indicó que había varios miradores para contemplar el agreste paisaje pero que debían ir con sumo cuidado ya que no había protección. Desde allí podían observar la tan conocida *Pena furada*, famosa por la cueva que se formó en el acantilado a causa de las fuertes acometidas del Océano Atlántico. Todos se acercaban para contemplar aquella maravilla, asombrados por la belleza del lugar. Lourdes se arrimó a la guía, la cogió del brazo y simuló que la empujaba al abismo del acantilado, provocando que se asustara y gritara.

—Pero, ¿qué hace? ¡Se ha vuelto loca! —sentía los latidos del corazón en sus sienes.

—Solo ha sido una broma. Relájate —susurró la mujer con una sonrisa en la cara.

—Pues menuda broma —gruñó. Tenía el corazón a mil.

—¿Te encuentras bien? —Noelia notó su masculina forma de caminar cuando se dirigió hacia Tamara.

Mateo se acercó a ella con suma agilidad y la cogió del otro brazo. Tenía el rostro muy pálido, dando la impresión de que iba a desmayarse.

—Sí. Solo un poco, impresionada —esclareció, girándose hacia el lado contrario a donde se encontraban todos para respirar en profundidad.

—Toma un poco de agua —entre los dos hubo una cantidad significativa de contacto visual.

Tami aceptó la botella y dio un trago. Parecía que empezaba a recuperarse.

—¿Quieres regresar al bus y sentarte unos minutos? Yo te acompaño —volvió a intervenir.

—No. Me encuentro mejor —recogió el pelo con una goma y lo miró con determinación—. Tengo que seguir con mi trabajo, señor Piñeiro.

En realidad lo que necesitaba era un abrazo que la reconfortara.

Los demás seguían disfrutando de las hermosas vistas y haciendo fotos.

—¿Cuántos metros hay desde aquí hasta abajo? —quiso saber la loca del grupo al ver que había recobrado la serenidad.

Tamara tomó unos segundos para responder. Había en ella algo peligroso. Aunque procuraba disimular, seguía conmocionada por la sensación de pérdida de equilibrio que había sufrido con el empuje de aquella mujer.

—Entre ochenta y ciento sesenta metros con respecto al nivel del mar —el entusiasmo con el que hablaba habitualmente se había desvanecido.

—Pues parece que haya más —debatía la de cabellos cortos al tiempo que se acercaba al borde de manera insensata.

—Hágame el favor de volver aquí —gritó. Encima se había puesto farruca.

Mateo se puso a su lado. ¿Qué pretendía aquella mujer con esos actos?

—No pasa nada. Solo estaba comprobando la fiabilidad del suelo y si impresiona al acercarse tanto —sostuvo Lourdes. Un dibujo de diversión onduló en su cara.

—Eso que hace es de suicidas. Hemos venido aquí para disfrutar del paisaje y usted nos está amargando la tarde —razonó el hombre con cara de indignación.

—Andaros con cuidado, chicos —repuso con aire torvo, fustigándolos con la mirada. Sus palabras tenían un doble significado.

Luego, lo miró con ojos asesinos. ¿Quién era él para criticar su actitud? Definitivamente los había asustado.



En un santiamén apareció el conductor del microbús y preguntó qué estaba sucediendo al ver que discutían. Delante de todos, la guía dijo que todo estaba en orden pero al regresar al bus le explicó lo sucedido. Él le recomendó expulsarla de la excursión pero Tamara no quería ser tan arisca y le dio otra oportunidad, pensando que aquello había sido una broma, una mala broma que no volvería repetirse.

Después de visitar los acantilados se dirigieron al faro que había en la Estaca de Bares, y luego pararon en el centro de Ortigueira para ver el puerto, el paseo y el famoso parque. A continuación regresaron al microbús para ir al último lugar de la ruta. El cabo Ortegal, ubicado en el municipio de Cariño y donde también había un faro. En la explicación que fue relatando durante el trayecto, Tami comentó que ese cabo era el segundo más septentrional de la península después del que habían visto antes de visitar el pueblo. Mientras se acercaban caminando les explicó que en el año 2013 habían mejorado el acceso, acondicionando el aparcamiento y habilitando un sendero de 770 metros de longitud para llegar al faro. Los compañeros de Mateo comentaban que era muy bonito.

—¿Aquellos peñascos puntiagudos que se ven allí son los famosos "*Aguillóns*"? —interrogó uno de ellos al ver que esas rocas eran completamente distintas a todas las que había alrededor.

—En efecto —respondió la guía—. Según varios estudios geológicos, esas rocas son las cuartas más viejas del planeta y se calcula que podrían tener sobre unos 1.160 millones de años. Los geólogos cuentan que Ortegal fue el centro de la tierra.

Los turistas quedaron asombrados con la información que la joven les aportaba pero Mateo todavía más. No le cupo la menor duda de que Tamara se tomaba muy en serio su trabajo y eso le gustaba.

—¿Crees que, si alguien se precipita por aquí, logrará sobrevivir? —cuestionó Lourdes. La mujer se había situado al lado del muro que separaba el faro del vacío.

Tamara meneó con la cabeza. Esa mujer estaba chiflada.

—No lo he probado, pero conozco personas que han descendido alguna vez por los agujones haciendo escalada. Como es natural, se trataba de gente

preparada —manifestó con un tono menos cortés. Seguía teniendo la piel pálida.

—No, no, no... Me refiero a si se cae de manera fortuita o alguien lo empuja involuntariamente —matizó la de cabellos cortos.

La de ojos castaños la miró con fijeza y cierto grado de desesperación. ¿Se trataba de alguna chiflada recién salida del manicomio y obsesionada con las alturas? Contestarle podía ser un problema.

—¿A qué vienen esas preguntas tan raras? —medió Mateo con la voz suficientemente alta, tras ver que la guía empezaba a ponerse nerviosa.

—No son tan raras. Solo son preguntas de una persona con una mente inquieta —remató diciendo la rubia con ojos de centella. Estaba claro que se divertía con la situación.

—Usted no tiene la mente inquieta sino una mente retorcida —mantuvo el médico al cual le iba a estallar una vena.

Ella no respondió. Se limitó a descojonarse de la risa. Después de varios minutos de tensión entre los tres, Tamara, pese a su frágil apariencia, consiguió recomponerse y, tras comprobar la hora, comentó en voz alta que la visita había finalizado y, con ella, la ruta, invitándolos a subir al bus pues empezaba a anochecer. Sabía que si abría la boca saldrían por ella todos los sentimientos que se estaba guardando y no quería armar un escándalo.

Mientras regresaban al punto de inicio, el grupo siguió haciendo preguntas sobre la unión del mar Cantábrico con el océano Atlántico, si Estaca de Bares continuaba siendo uno de los mejores puntos de observación de aves en Europa, o si el agua seguía siendo de color turquesa.

Al llegar a Loiba, Tamara entró en la caseta y dejó los folletos que había llevado a mayores. El incidente con aquella extraña la había descolocado y tenía ciertas molestias en el estómago, fruto del cabreo acumulado en las últimas horas. Mateo había quedado en el pueblo para cenar con los compañeros y la invitó a acompañarlos, pero ella rechazó la proposición. En aquel momento no estaba para cenas ni risas. Lo único que quería era darse una ducha y descansar. Apagaría el teléfono y pondría música.

## 19

Hugo regresó de sus vacaciones la segunda semana de octubre. Durante ese mes había estado viajando por varios países del norte de Europa. Concretamente Reino Unido, Noruega e Irlanda.

El lunes telefoneó a Tamara para advertirle de su regreso, y quedaron de verse en la caseta el miércoles a última hora de la mañana. Para entonces esperaba tener la mesa algo más despejada y unos cuantos asuntos que requerían de su atención, resueltos. Ella le preguntó si había sacado provecho a los cuarenta días que había estado viajando y él le respondió que habían sido los mejores de su vida. ¿Los mejores de su vida? Se preguntó la joven en cuanto colgaron. ¿Le tocaría la lotería? ¿Conocería a alguna chica interesante?

El miércoles él apareció cuando iban a ser las dos de la tarde. Había cambiado el atuendo veraniego por uno más otoñal. Pantalón chino, slim fit, de color gris, camisa de algodón estampada y chaqueta negra de punto con botones. Tocó en la puerta con los nudillos y sonrió al verla.

—Buenos días. ¿Se puede?

—Hola. Estaba pasando a una hoja en limpio, ahora que los turistas se han ido a comer, todas las anotaciones de estos cuarenta días que has estado fuera, para que lo tengas todo más claro —formuló.

Hugo echó un vistazo a los apuntes escritos a mano y ordenados por fecha. Su caligrafía era perfecta, no echando en falta comas ni puntos.

—¡Entonces qué! Me imagino que ha sido un mes animadito. Por lo que veo han venido muchos turistas y has hecho caja. Esto alegrará al concejal —observó, moviendo el músculo lateral de su perfecta mandíbula.

Tamara lo miró extrañada. ¿En serio no iba a decir nada más interesante? ¿Había ido hasta allí solo para comentar eso?

—Sí, muchos visitantes. De eso se trata, ¿no? Cuantos más turistas haya en el pueblo, más posibilidades hay de que se mantenga mi puesto. Los comerciantes y el municipio, en líneas generales, estarán contentos, el ayuntamiento también, y yo feliz de mantener mi trabajo —aclaró.

—Perfecto, ya me voy que llevo prisa. Volveré en otro momento, ¿te parece? —masculló, como buscando excusas para no tener una conversación

sería con ella.

Ambos se levantaron de las sillas al mismo tiempo.

—Vale. Te dejaré esto en el despacho —exclamó ella, señalando los papeles que estaba cubriendo en el momento de su llegada.

—Nos vemos.

La guía buscó el espejo que tenía en el bolso y se miró por si había algo en la cara que la afeara. Ni se había fijado en lo guapa que estaba esa mañana. Entonces, ¿el beso que le había dado el día que se fue de vacaciones, había sido solo un farol? Francamente le había gustado. Suspiró y agitó la cabeza. Cada día comprendía menos a los hombres.

No tuvo más contacto con Hugo en lo que quedó de semana, solo a través del correo electrónico. A primera hora del viernes, antes de abrir la caseta de información turística, acudió al ayuntamiento para hacer entrega de la documentación que el departamento de cultura y turismo le requería, y allí le comentaron que había salido a hacer recados, lo cual le pareció muy extraño. ¿A las nueve de la mañana ya se ausentaba de su puesto de trabajo?

Tampoco había sabido nada más de Mateo. Daba por sentado que le habría parecido mal que no fuera a cenar con él y sus compañeros de carrera el jueves pasado. Esa noche llegó a casa tan enfadada que pasó de cenar con la familia. No estaba para explicaciones ni conversaciones familiares. Simplemente había charlado cinco minutos por teléfono con Lía pero sin entrar en demasiados detalles. El fin de semana anterior no habían estado juntas porque su amiga había cogido la primera gripe del otoño y no quería contagiarla, pero el viernes siguiente quedaron para cenar al salir de los respectivos trabajos.

—Nena, tienes mala cara —comentó Tami al ver el rostro pálido de su amiga.

—Esta vez me ha pegado fuerte —respondió al tiempo que se sonaba haciendo un ruido espantoso.

Había ido al médico y éste le había recetado un jarabe para la tos y la mucosidad.

—Mateo me ha dicho que este año hay mucha gente enferma, incluso

personas que previamente se habían vacunado —argumentó Lía.

La amiga asintió y quedó meditabunda, dudando si preguntarle por el hermano sería bueno o no. Finalmente optó por hacerlo.

—Por dónde anda tu hermano. Hace más de una semana que no sé nada de él.

La joven de ojos verdes tosió antes de responder.

—Se va a vivir solo. Precisamente ayer se lo comunicó a nuestros padres —su timbre de voz sonaba afónico.

Tamara se quedó sorprendida. En ninguna de las ocasiones que habían estado juntos, le había comentado nada sobre independizarse. Aquello la había dejado un poco sin aliento.

—¿Y a ti te parece mal? —un escalofrío recorrió su espalda.

—Por un lado estoy cabreada porque no estaremos juntos todos los días, no podré meterme con él y hurgar en su vida privada, y ya me conoces. Soy muy celosa para con él en el sentido de que quiero protegerlo de ciertas víboras que hay sueltas por ahí. Me entiendes, ¿verdad? —buscó el apoyo en su amiga.

—Te comprendo pero tienes que pensar que él tiene derecho a organizar su vida. Las personas vienen y van. No podemos obligarlas a que se queden si su deseo es volar. Le ha pasado a tus padres, a los míos y nos pasará a nosotras. Es inevitable, cariño —puso su mano sobre la de la amiga. Realmente la veía afectada—. Por no mencionar que estuvo mucho tiempo estudiando y trabajando fuera. Deberías estar acostumbrada a no tenerlo en casa.

—Lo sé pero no puedo evitar sentirme mal —carraspeó para limpiar la garganta—. Le preguntaré si puedo ir con él. A lo mejor necesita compañía femenina —de repente una sonrisa maliciosa apareció en su rostro, desafiando el catarro.

—No tienes remedio —meneó la cabeza sin parar de reír.

—O tal vez podrías ir tú. ¿No decías que querías independizarte? Con ese fin los gastos se dividirían en dos y él no estaría tan solo —opinó la amiga de forma tácita. Los ojos de Tami se abrieron ampliamente. ¿Se había vuelto majareta?

—A mí no me metas en tus rollos.

—¡Mi hermano te gusta, verdad! Pues no veo mejor ocasión que ésta para seducirlo e impulsar tu dinamismo sexual. Hay varias ahí que lo están intentando y no me gustan para él.

—¡Lía! —un destello de asombro se adivinó en su rostro. Sus ideas eran febriles.

Cierto era que cada vez sentía más cosas por Mateo, pero no podía echarse a sus brazos sin saber que él sufría de lo mismo. No estaba tan ciega ni tan desesperada. Él era guapo, divertido, frágil, sensual, sexi, atractivo y cariñoso. Era cuanto podía soñar una chica, pero no estaba a su alcance.

—Es verdad que en la viña del Señor hay de todo pero esa arpía tiene que salir de su vida —dijo, sin disimular la rabia que teñía sus palabras.

—¿A quién te refieres?

—A una compañera de trabajo que no hace más que llamarlo por teléfono cuando está en casa. Qué si esto, que si lo otro, que si la acompaña al centro comercial, que si lo invita a cenar, que si pasan el fin de semana en una casa rural. Estoy hasta el coño de esa espantapájaros —aclaró.

Hasta ese momento no habían hablado de que había otra mujer en la vida de Mateo.

—¿Compañera tuya o de él? —preguntó porque no lo tenía muy claro.

—Por supuesto que de él, Tami. A las mías las tengo dominadas —matizó.

Una punzada de dolor se instaló en su cuerpo. Eso le pasaba por ser tan confiada y hacerse ilusiones.

—Vale. Aun así, tienes que respetar sus decisiones, aunque te disgusten —dijo con sensatez.

—Tú hazme caso a mí. Esa tía no es buena para él. Es una babosa.

—¿La conoces? ¿La has visto en alguna ocasión para referirte así de ella? —interrogó al verla tan convencida.

—He visto dos fotos en su cartera cuando se estaba duchado. Con eso me es suficiente para intuir que es una liebre en celo —sus uñas, pintadas de un tono coral, repiqueteaban sobre la mesa.

—Si a él le gusta y se llevan bien, no puedes hacer nada. El amor es ciego,

amiga —susurró, arrugando la frente—. Y dime, ¿es guapa?

—Lo sabía. Mateo te importa y tampoco quieres que esté con esa alimaña —soltó tan pronto hizo la pregunta Tami.

—Lo que piense yo no significa nada; ni siquiera importa lo que sienta. Él tiene que buscar su felicidad y si se siente cómodo con esa chica, lo hace feliz y congenian bien, no puedes hacer nada. Lo único que conseguirás, si te metes en su vida, es que te odie y te mande al infierno —opinó, muy a pesar suyo. Le encantaría ser la mujer que salía con él a cenar, de compras, la que compartía el fin de semana o las vacaciones. Sabía lo que significaba amar y Mateo había despertado esa emoción en ella.

—Parece mentira que siendo mi amiga, te dejes vencer de esa manera. Esa mujer no es buena para él. Punto final —la señaló con el dedo índice de la mano derecha.

—Solo soy realista.

—Lo que tú digas —cogió el móvil y entró en el calendario—. ¿Crees que este fin de semana podríamos hacer juntas una escapada?

Tamara se acercó para ver la fecha que le estaba señalando. El sábado trabajaba pero podía pedir para librar por la tarde y el domingo completo.

—¿Qué planes tienes?

—Estaría genial salir de lo cotidiano —balbuceó con voz enferma—. El otro día, cuando estuve en cama, vi en internet unas ofertas cojonudas. Mañana mismo hago la reserva para una noche.

—Acepto. Yo también necesito cambiar de aires, aunque solo sea por un día —tenía que olvidarse de Mateo. Menos mal que habían sido solo dos cenas o acabaría perdidamente enamorada de él.

—Ni se te ocurra ir de zapatillas y chándal —avisó—. Haré reserva para cenar el sábado en el restaurante del hotel. Nosotras también nos merecemos un capricho de vez en cuando, ¿no?

—¿Hay que ir con tacones?

—Por supuesto que sí. La semana próxima me pasaré por tu casa y elegiremos la ropa —señaló.

—No hace falta. Sé elegir mi vestuario —argumentó. ¿Era impresión suya o su amiga la estaba tratando como a una niña?

—Te conozco demasiado y sé que, si no insisto, en tu maleta solamente irán prendas cómodas —guiñó un ojo.

—Sí, me conoces demasiado y a eso hay que ponerle remedio —dijo sonriendo.



Tenía la cabeza hecha un torbellino.

El último fin de semana de octubre, Isidora, aprovechando que ambos tenían dos días libres, lo había invitado a un hotel con *spa* situado en la comarca del Deza. Varios compañeros le habían dado magníficas referencias.

Llevaban tonteando desde que había regresado de Alemania. Para él no era algo serio, solo sexo y compañía. Isidora era chilena y tenía diez años más que él. De estatura media, cabellos oscuros, piel blanquecina, cara alargada, boca ancha, labios finos, pómulos pronunciados y piernas bien contorneadas. Era una mujer agradable y graciosa, como le gustaban a Mateo. El único defecto que le encontraba era su forma de hablar utilizando diminutivos. La odiaba cada vez que se refería a él como "*papito*".

Pero también estaba Tamara. Las veces que había salido con ella habían sido extraordinarias. Físicamente no superaba a Isidora pero era divertida, sensible, inteligente y sus rasgos lo atraían. Hacía dos semanas que no sabía nada de ella, desde que aquella loca había querido suicidarse en los acantilados. Tendría que haberla llamado para saber cómo se encontraba. Antes de recoger a Isidora y mientras conducía, marcó su número.

—Hola, guapísima. ¿Cómo estás?

¿Guapísima?

—Hola. Estoy bien, preparando la maleta —contestó.

—¿Te vas de viaje?

—Tu hermana, que dice que me merezco un capricho —bromeó.

—Si lo dice Lía entonces será cierto —observó. La renacuaja no tenía remedio.

—Y tú qué. ¿Tienes planes para el fin de semana?

—No gran cosa. Más que nada descansar —comentó, remiso a decir la verdad y haciendo una mueca de incomodidad con la cara. Solo era una mentira piadosa.

—Tengo que dejarte que me está llamando. Un beso. Guapísimo —le devolvió el adjetivo.

La seductora curva de sus labios dibujó una sonrisa. Su hermana era el

espíritu alegre, tanto de su familia como entre las amigas. Lástima que fuese tan entrometida. Menos mal que no le había contado que se iba con Isidora a un *spa* el fin de semana.

La guapa chilena lo esperaba en el portal del edificio donde vivía con una pequeña maleta en una mano y el móvil en la otra. Era incapaz de separarse de él más de dos horas.

Mateo bajó del vehículo y abrió el maletero para introducir su maleta. Después abrió la puerta del acompañante para que entrara ella.

—Hola, mi... —al mirarlo a la cara vio su señal de advertencia. Puso los ojos en blanco y lo besó—, mi *papurri*. Llegas diez minutos tarde —protestó.

—¡Qué son diez minutos cuando tenemos todo el fin de semana por delante! —alegó él.

—Querido. Diez minutos pueden ser una eternidad. Piensa que cuando lleguemos allí, empezará a anochecer. —explicó, tocándole la barbilla con un dedo—. A todo esto. No te has afeitado.

—Me afeitaré mañana. Estos días tengo la piel muy sensible —pasó la mano izquierda por la cara e hizo un gesto de molestia.

Dos horas después llegaron al hotel. Isidora había dormido durante el viaje.

—Dos horas dan para mucho, verdad —dijo a modo de regañina al ver cómo estiraba el cuerpo al salir del coche.

—No te enfades, mi amor. Solo he cerrado los ojos unos minutos —comentó dulcemente.

—¿Unos minutos? Pronuncié tu nombre dos veces y te toqué otras tantas.

—No seas exagerado —agitó los cabellos mientras él sacaba las dos maletas del automóvil —la próxima vez conduciré yo.

Mateo arrugó la frente mientras la miraba. Tras menear la cabeza varias veces, le dio un cachete en las nalgas y entraron en el establecimiento de cuatro estrellas que disponía de sistemas de relajación. Una vez se registraron, entregando sus documentos de identidad, tomaron el ascensor hasta la suite presidencial. Una habitación de 34m<sup>2</sup> totalmente equipada y con vistas al campo de los alrededores. En cada mueble se respiraba el buen gusto.

Dejaron las maletas sobre la cama y tras ponerse los bañadores, bajaron al

*spa*, donde se relajaron en el circuito. Baño turco, sauna finlandesa, ducha de esencias, ducha de contraste, ducha peeling, ducha cubo, piscina dinámica con camas hidromasaje, cascada, cuellos de cisne y chorros subacuáticos. Precisamente estando acostado en la cama hidromasaje, se acordó de Tamara y del beso que ésta estampó en sus labios. Una sonrisa bobalicona se asomó en su rostro.

—Espero ser la causante de esa deslumbrante sonrisa —habló Isidora, sacándolo de su ensimismamiento.

—Ah, sí. Digo, no —se aturulló con las palabras.

—Aclárate, papito —exigió, echándole agua con la mano—. ¿Acaso pensabas en otra mujer?

—Te he dicho mil veces que no me gusta que me llames así, mucho menos estando en público —la reprendió.

—¡Ay, amor! ¿Con público te refieres a aquella pareja sexagenaria? —señaló con la cabeza—. Por Dios. Están entretenidos metiéndose mano bajo el agua.

Mateo rió ampliamente y le devolvió el golpe de agua.

Tras noventa minutos en el circuito termal, regresaron a la suite totalmente relajados. La sesión de tratamiento corporal y masaje, la había reservado para el domingo por la mañana.

Isidora buscó el móvil para ver si tenía llamadas o mensajes urgentes. Después de siete minutos respondiendo a varias amigas de su Chile amado, puso música. En el teléfono tenía varios temas de *Keko Yunge*. Un baladista chileno muy conocido en la década de los noventa. Su canción favorita era "*Estoy pensando en ti*". Dejó caer el albornoz en el suelo de madera y cruzó la puerta del baño. Mateo se estaba secando con la toalla cuando la vio. Su mirada desprendía fuego.

Con fogosidad se acercó a él y le arrancó la toalla que lo cubría. En escasos segundos su virilidad se hizo notar.

—Tras la relajante sesión en el *spa* —habló con voz melosa y expresión provocativa—, ¿te gustaría tener una sesión de sexo animal y gratis? —mientras hablaba, acariciaba sus propios pechos, duros, sedosos, pecadores.

Él recorrió su cuerpo con lujuria, asió sus manos con impetuosidad para acercarla y la besó. Con la lengua fue esculpiendo su cuerpo desnudo,

mordisqueando las zonas más erógenas. Sus manos se detuvieron en las cimas desnudas de los aterciopelados pechos, dibujando suaves círculos. Al instante bajaron hacia su vulva, estimulándola de forma eficaz. La mujer, con la respiración acelerada, gemía de placer. Por Dios. Él necesitaba poseerla.

—Más despacio, papito. Tenemos toda la noche por delante —anunció la morena, tirando de él hacia la ducha. La música seguía sonando a todo volumen.

Abrió el grifo y entraron. Bajo el agua y con el sonido de su canción favorita de fondo, comenzó a moverse de forma sensual, pasando los dedos por su zona genital y luego introduciéndolos en la boca. Mateo se abalanzó sobre ella. El deseo oscurecía su mirada felina. Abrió sus piernas con amplitud para frotar su región clitoriana. La protuberancia de su miembro gritaba. Isidora se colocó de rodillas frente a él, subió las manos por sus muslos hasta llegar a su verga, rodeándola con los dedos y sonriendo al escuchar los gemidos que emitía su pareja. Después lo besó con cierta brutalidad y recorrió con la lengua, de forma audaz y experimentada, toda su longitud. Mateo gimió de placer, la asió de las manos y se las inmovilizó contra la pared del baño y por encima de su cabeza, dándole un cachete en el trasero.

—¡Me gusta que me cachees, papito! —murmuró provocativamente—. ¡Pégame, cariño! —se sentía primorosamente perversa.

Mateo entendía su petición y sabía, por otras ocasiones que habían mantenido relaciones, que eso la estimulaba. La giró hacia la pared, tiró de su pelo hacia atrás y abofeteó sus nalgas varias veces mientras ella gritaba que continuara. Sus quejidos lo volvían loco. Sin necesidad de más invitación, acarició su sedosa hendidura y descubrió que estaba húmeda, separó sus piernas para colocarse entre ellas y llenarla por completo de una sola estocada. La fricción contra sus nalgas la hizo contorsionarse, la sangre de su cuerpo circulaba muy deprisa. La tomó de las caderas de modo posesivo para aumentar la cadencia de las pecaminosas embestidas.

Sus pechos saltaban...

El deleite aumentaba de manera galopante...

El rugiente placer estaba a punto de descontrolarse hasta hacerse añicos...

La sed de sexo a punto de ser saciada...

Espasmos de placer los embriagaba, llegando al éxtasis al mismo tiempo. Mateo se apoyó sobre la espalda de la mujer mientras recuperaba el aliento. En seguida ella dio la vuelta y lo besó.

—Estoy hambrienta. Me doy una ducha y bajamos al restaurante, ¿ok? — comentó, como si nada hubiese acontecido entre los dos.

## 21

Tamara había decidido llevar su coche porque así lo probaba en un trayecto más largo que el que venía siendo habitual. De su casa al trabajo. Cuando llegó a la vivienda de Lía, ésta todavía estaba preparando la maleta.

—¿Qué llevas aquí que pesa tanto? Te recuerdo que solo es una noche, loqui —comentó. Colocó la maleta en el maletero y empezó a abrir la cremallera.

—¡Las manos quietas! —dijo la amiga, impidiéndole que curioseara dentro de la maleta.

—Qué misteriosa estás —habló con aire jovial.

—Vamos, arranca, que llegamos tarde —ordenó la de los ojos verdes tras mirar el reloj de pulsera. Tenían que llegar a la hora planificada, ni antes, ni después.

Colocaron el *GPS* en el adaptador para el parabrisas y emprendieron el viaje. Durante el trayecto charlaron de diferentes temas pero en ningún momento de Mateo. Tami podría haberle comentado que la había llamado poco antes de salir, pero no lo creyó importante. Había sido una simple llamada telefónica de un amigo, dado que solo se trataba de eso. Amistad.

Cuando llegaron estaba anocheciendo y hacía algo de fresco. Se acercaron a recepción para comprobar la reserva y en pocos minutos estaban tumbadas sobre las camas.

—No es tan tarde. Todavía podríamos meternos en la piscina —comentó Tami tras comprobar la hora.

Lía elevó la parte superior de su cuerpo como un autómata.

—No —dijo, rotunda—. Solo reservé para mañana por la mañana—. Se levantó y entró en el baño.

—Ahora sí me apetecía.

—Pues tendrás que conformarte con una ducha. He traído sales de baño con pétalos de rosas —gritó desde el interior.

—Me conformaré —respondió.

¿Había dicho sal de baño con pétalos de rosas? Tami meneó la cabeza y sonrió. ¡Las locas ocurrencias de su amiga!

Lía se dio una ducha rápida y al acabar llenó la bañera con agua caliente y esparció los pétalos.

—Tienes el baño preparado —comentó—. Para que veas lo buena amiga que soy.

Tami se desvistió y entró en el aseo. Su amiga estaba utilizando el secador de pelo.

—Pero ¿qué haces? —susurró horrorizada.

—¡Qué! Me estoy secando el chocho —exclamó, como si fuese algo normal—. Los médicos lo recomiendan.

—¿Con el secador de pelo?

—Aquí también hay pelo y me gusta darle calor —hizo un guiño al pronunciar la última palabra.

—No tienes remedio —sostuvo con una sonrisa graciosa en la cara.

Mientras se relajaba en la bañera, Lía preparó la ropa de ambas para bajar a cenar. Para ella, un vestido azul marino corto de punto y manga larga de tul con fantasía *plumetis*. Para su amiga había comprado uno negro de manga  $\frac{3}{4}$ , entallado, con ojales metálicos en el escote y tiras cruzadas, que, sin un solo atisbo de duda, realzaría su esbelta figura.

—¿Y esto? —se aproximó a su cama para ver el vestido que estaba estirado.

—Un regalo —indicó con una mirada divertida.

—Todavía no es mi cumpleaños —la sorpresa provocó que arqueara de forma exagerada las cejas.

—Sabía que no ibas a traer nada apropiado para cenar en un lugar tan elegante. Por eso me permití comprar un vestido para cada una; y por la talla no te preocupes. Como usamos la misma, lo he probado y me sienta bien —argumentó con salero.

Tami los miró y le gustaban.

—Que te quede claro que traje ropa decente. Abrió la maleta y sacó una falda negra a juego con una blusa blanca.

—¿Pensabas bajar con esa ropa? —el tono de ella era de ligero reproche.

—Está nueva y es elegante —la estiró sobre la cama, al lado del vestido—.

Bueno, quizá no tanto como tu vestido pero también valdría.

—Y de calzado, las bailarinas del lazo, ésas que llevas multitud de veces a trabajar —siguió regañándola.

—¡Y qué tienen de malo! Son comodísimas, están nuevas y me sientan bien —se defendió.

Lía emitió un bufido.

Luego de vestirse pasaron al baño para maquillarse.

—Espera. No te pongas tu perfume —buscó en el neceser y sacó un frasco pequeño de cristal rosa y tapón dorado—. Ponte éste. Lleva rosas de Bulgaria y Taïf.

—Hoy te ha dado por las rosas.

Se lo aplicó en cuello y muñecas.

—¿Tú no quieres?

—No. Yo ya me puse el de siempre —aclaró—. No te olvides de pintar los labios de rojo. Ya sabes. El rojo llama la atención y nos hace parecer más jóvenes.

—Aún somos jóvenes, loqui —pestañeó y le envió un beso.

Una vez estuvieron listas, cogieron el ascensor para bajar. Lía estaba intranquila, que no era lo mismo que nerviosa, y lo notaba en las piernas y en las manos, pero lo disimulaba hablando. Su plan tenía que salir a la perfección.

Llegaron a la planta baja, donde estaba ubicado el comedor. Comenzaba la acción.

El habitáculo disponía de unas altas cristalerías desde donde se podía ver los jardines y la iluminación de las farolas que proyectaban haces de luz titubeante. Lía recorrió el comedor con la mirada. ¡Allí estaban! Mateo y la ordinaria Isidora disfrutaban de la velada. El camarero le indicó la mesa reservada a su nombre. Cuando se dirigían a ésta, Tamara descubrió que Mateo también estaba allí, cenando con una hermosa mujer morena. Lía, al percatarse de que se habían visto, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la mesa de la pareja.

—Buenas noches, hermanito —soltó súbitamente.



La mente de Tamara permanecía obnubilada.

El hombre retiró la silla hacia atrás y las saludó con cortesía.

—¿Qué haces aquí, Lía? —susurró a su oído.

—Supongo que lo mismo que vosotros —echó un vistazo a su acompañante. Vestía un pantalón negro flojo y una blusa fucsia, nada que ver con Tamara. De su cuello pendía un colgante dorado con un corazón.

—Hola, Tamara —la saludó con un beso en ambas mejillas. El aroma a rosas impregnó sus fosas nasales. Era su perfume favorito desde que lo había descubierto en Alemania. Tami sintió como movía la nariz. ¿Sería el perfume que le había prestado Lía?

—Hola —respondió, tímida.

—Isidora. Ésta es mi hermana, Lía, y su amiga, Tamara —su mirada se detuvo en los hermosos zapatos de tacón de aguja que llevaba Tami, y que dejaban entrever el reflejo de las uñas de los pies pintadas del mismo color.

La chilena se levantó y les tendió la mano. Entonces comprobaron las asombrosas proporciones de la acompañante de él.

La cara de Mateo, Isidora y Tamara, reflejaban estupor. ¿Pura coincidencia?

—Qué os parece si cenamos los cuatro juntos —propuso la de los ojos verdes.

Mateo miró hacia Isidora y luego hacia Tami. Esta última no comprendía lo que estaba pasando.

—Si a ti te parece bien —el hombre se giró hacia Isidora para buscar su asentimiento.

—Por supuesto que sí, faltaría más —informó la chilena con una prolija sonrisa en el rostro.

El joven llamó la atención del camarero para comentarle los últimos cambios. Éste le confirmó que no había ningún inconveniente en unir dos mesas.

Entretanto el hombre, que vestía completamente de negro, cambiaba el sentido de las mesas y añadía los dos servicios, Tami llamó la atención de su amiga.

—¿Podemos hablar un momento en privado? —le propinó un codazo. Su mirada afligida lo decía todo. Estaba cabreada.

—Chicos, vamos un momento al servicio —comentó a la pareja.

Tamara iba delante y la amiga tras ella. Por su manera de caminar y colocar las manos, supo que estaba molesta. Entraron en los aseos y Tami cruzó los brazos.

—¿Me puedes explicar qué es todo esto? Y no me vengas que no sabes nada o que es todo casualidad. Las casualidades no existen —gritó con amargura.

Su amiga se miraba en el espejo.

—¡Me estás escuchando! —chilló por segunda vez.

—No grites que no estoy sorda.

—Tú lo planificaste todo. Desde la reserva hasta la ropa y el perfume ese. ¿Cómo he podido dejarme engañar de esta manera? —su voz sonaba angustiada.

—Escuché que hablaba maravillas de este sitio y me dije, ¡por qué no! —se defendió.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Cómo has podido hacerme esto? —voceó con los labios muy fruncidos—. Yo me largo de aquí ahora mismo.

—¡No! —chilló—. Quédate. Cenemos con ellos y luego te lo explico todo. Te lo prometo. Ten compasión de mí.

Su amiga abrió los ojos de manera exagerada.

—Preferiría irme, Lía. No me gusta lo que está pasando. ¿Qué pensará esa tía de nosotras?

—Lo que piense ella no nos importa. Por favor, quédate y luego podrás regañarme todo lo que quieras —le suplicó con las manos juntas.

—Eres una engatusadora —dejó escapar aire por la boca y cerró los ojos—. ¿Con qué cara vuelvo allí?

—Con la de una tía que se come el mundo con cada paso que da —declaró, dándole un beso en la mejilla.

—No sé cómo saldrá esto —sopesó.

—Cuqui, no te preocupes tanto —la cogió de la mano para que se mirara en

el espejo—. Ahora entrarás en ese salón como si de una diva se tratara, seduciendo con esa sonrisa y causando furor entre la gente que allí está.

—Vale, pero, ¿por qué me haces esto? —insistió.

—No hay tiempo para explicaciones, vamos —se iba a armar la gorda.

Cerró los ojos con fuerza, luchando contra un ataque de pánico. Luego salieron de la zona de aseos con la cabeza erguida, sonriendo, moviendo las caderas con estilo y dejando ver la feminidad de sus formas. Aquello iba a ser divertido.

Mateo se levantó al ver que se acercaban a la mesa. Tamara no quería sentarse cerca de él pero Lía se adelantó y cogió la silla situada al lado de Isidora.

—Y bien, ¿qué vamos a cenar esta noche tan especial? —formuló la de los ojos verdes. Abrió la carta y ojeó los platos.

Los demás siguieron sus pasos. Tamara fue la primera en pedir: de primero, ensalada de langostinos, y de segundo, chuletitas de lechazo. Mateo pidió lo mismo, al igual que su hermana. Isidora se decantó por espárragos rebozados con jamón y queso de primero, y rollito de pollo y beicon con mahonesa y mostaza de segundo.

Durante la cena hablaron de los viejos tiempos, cuando todavía eran unos niños y no existían los problemas ni las responsabilidades. Isidora comprobó que entre Mateo y Tami existía *feeling*. Sus suposiciones quedaron contrastadas en el momento en que Lía comentó algo sobre la cena romántica de su hermano y su amiga en los acantilados.

—Papito, no me habías comentado nada sobre esa cena —ensartó la chilena con cara sonriente, especialmente porque sabía que a él no le gustaba nada que le hablara así delante de personas que conocía.

Las chicas notaron cierto tonillo en la voz de la chilena.

—Fue una insignificante cena —se excusó, con una media sonrisa, aunque sus ojos se clavaron en el escote del vestido que llevaba Tamara.

Ésta lo miró de reojo. ¿Una cena insignificante? ¿Entonces ella era una "*don nadie*"? Le había dicho que lo había pasado estupendamente. ¿Había mentido? Empezaba a exacerbarse.

—¿El beso también fue algo irrisorio? —consultó. Su timbre de voz

revelaba indignación.

Isidora paseó la mirada de Mateo a Tamara, y viceversa. Lía gozaba al ver que ésta empezaba a molestarse. Justo lo que estaba buscando.

—Bueno, Tamara. Aquello no fue un beso explícito. Fue un beso entre amigos, ¿comprendes? —se exculpó tras estudiar el semblante de su acompañante de esa noche.

—Por supuesto que lo he pillado. Un beso de amigos —repitió. Lía le dio una patada por debajo de la mesa.

—Chicos, ¿qué vamos a tomar de postre?

La de los ojos verdes llamó al camarero. Éste apareció, a los pocos segundos, con la carta de los postres. Lía optó por arroz con leche Montsià, Mateo eligió tarta de limón de pica, Isidora se decantó por marquesa de chocolate sobre Sablé y Tamara escogió tarta Mauritius. Los cuatro saborearon los riquísimos postres sin hacer comentarios sobre la conversación anterior. Únicamente las chicas quisieron saber cómo se había conocido la pareja e incluso le preguntaron a Isidora, si tenía pensado volver, algún día, a su país de origen. La chilena contestó que le encantaría regresar con su familia y amigos, pero por el momento era imposible pues allá no había garantías de encontrar un empleo estable en el ámbito de la salud.

—Tengo curiosidad por saber qué tal son los chilenos en la cama —espetó la hermana de Mateo.

Isidora tosió y apoyó el mentón en la mano. Aquello le resultaba un tanto embarazoso.

—Son menos machos que los europeos. Les cuesta desinhibirse y a veces tenemos que ser las mujeres las que tomemos la iniciativa. A toda fémina le gusta tener un hombre para calentar la cama y que la haga sentirse mujer —explicó, algo acalorada y con un enérgico acento chileno.

—Pero duran lo que tienen que durar o son como los conejos, ya sabes, teniendo sexo. Un estudio dice que somos más parecidos a los conejos que a las tortugas Galápagos, sí, ésas cuya copulación dura horas y horas— desmarañó.

—¡Qué preguntas más tontas! —intervino el único varón de la mesa.

—No pasa nada, papurri —la chilena tocó su brazo para tranquilizarlo, y luego miró hacia Lía—. Efectivamente, los hombres de mi país suelen ser

bastante rápidos, no sé si tanto como los conejos, pero el promedio es de cinco minutos —comentó, aliviando su ego.

Lía hizo un gesto extraño con la cara. Dios. Eso había sonado un poco cursi.

—Entonces estarás encantada con los españoles —dijo, de manera sucinta.

Isidora se la quedó mirando fijamente.

—Sí, querida. Amo vuestro país, vuestras costumbres, vuestra gastronomía, vuestro clima y vuestros hombres. Me encanta el roce de la barba hirsuta en mi rostro y el sexo, cuanto más salvaje, mejor. ¿Necesitas alguna aclaración más?

Se retaron con las miradas, la de la chilena, impertérrita.

—¡Qué cachonda la tía! —clamó la de ojos color verde.

—Si me disculpáis, voy a retirarme. Ha sido un placer conoceros —se levantó y cogió el bolso que estaba colgado en el respaldo de la silla—. Querido. No hace falta que me acompañes. Sé el camino —exhortó.

Mateo se levantó y las chicas también.

—¿A qué venían esas preguntas? ¿Acaso querías ponerla en un aprieto delante de mí? —interrogó él, malhumorado y echando fuego por los ojos.

—Nada más lejos de mi intención —dijo, seria.

—Creo que se ha molestado —terció Tami.

—Nadie la ha insultado. Somos cuatro personas adultas hablando de temas actuales —anunció, apoyando una mano en la cintura. Luego miró hacia el hombre.

Éste meneó la cabeza. Su hermana le había fastidiado los planes del fin de semana.

—Además. A esa tía le va la promiscuidad —dijo, harta de ocultar lo que sabía de ella—. ¡Pídele su teléfono! Que te deje ver las conversaciones, los contactos.

—¡Qué dices! —balbuceó el hombre con ojos felinos—. Estás sacando las cosas de contexto.

—Solo tienes que navegar un poco por internet, escribir su nombre y, ¡tachán! Le encanta el sexo. Da igual la persona, raza, edad, color de la piel,

si tiene dinero o está casado —cogió el móvil y escribió el nombre de la doctora—. Aquí. Míralo tú mismo —le pasó el teléfono para que lo comprobara in situ.

—No tengo tiempo para tonterías, Lía. Ya hablaremos en casa —le devolvió el móvil y la miró con determinación. Luego a Tamara—. Buenas noches.

Parecía más cabreado que una mona. Las amigas respondieron al unísono. ¿Lo habían fastidiado todo?

—No ha sido para tanto —opinó, dejándose caer en la silla—. ¿Es cierto lo que dijiste sobre ella y el sexo o lo has inventado para fastidiar a tu hermano?

—No miento, salvo alguna mentirijilla cuando la situación lo requiere. La chilena es una libertina —escupió.

—¿Y tú crees que Mateo lo sabe? Quizá sea conocedor de esa inclinación sexual y no le importe compartir cama —valoró.

—Creo que no. La cara que puso, cuando se lo dije, fue de absoluto desconcierto —reconoció.

—Eso, o es un buen actor.

Sin más que hacer allí, subieron a la habitación, se lavaron los dientes, pusieron el pijama y se metieron en sus respectivas camas.

—Sigo enfadada, por si se te ha olvidado —habló desde la cama, incapaz de quedarse quieta.

—Pero, ¡ha sido divertido ver su cara! —la voz de Lía sonó cantarina.

—Me has utilizado, empezando por reservar en el mismo hotel que ellos. Por cierto, ¿cómo te enteraste?

—Escuché una conversación y tomé nota. Luego fui sacándole información a Mateo sin que él se diese cuenta y me puse a buscar en internet. Hice el trabajo propio de una detective privada —bromeó de forma cómica.

—Me parece que estás conduciendo esto a un punto que no nos lleva a ningún sitio. No puedes obligarlo a no quererla o a que no esté con ella, aunque sea una viciosa. No te gusta a ti pero le gustará a él, y eso es suficiente, por mucho que nos duela. Dejémoslo ya —razonó.

Mateo iba por otro camino totalmente diferente al de ella. No albergaba ninguna esperanza de estar con él, en especial porque el chico no había dado

ningún paso ni había mostrado ni un ápice de interés por ella. Amigos, solo amigos.

—Tú déjame a mí —En su fuero interno reconocía que su hermano estaba embobado por la chilena, pero le presentaría las pruebas que justificaban lo que acababa de decirle.

Casi estaban dormidas cuando Tami se acordó algo.

—El perfume que me puse, recuerdas, el que sacaste de tu neceser, ¿tiene algo especial o son solo imaginaciones mías?

Lía soltó una escandalosa carcajada. La provocativa nube de perfume había cumplido su cometido.

—Un día mi hermano me llamó y me dijo si podía acompañarlo a comprar un perfume femenino. Eso fue al principio de la relación, cuando yo todavía no sabía nada de ella. Por más que lo intenté, solo conseguí averiguar que era para una chica que acababa de conocer en el hospital, y a la cual le encantaba el olor a rosas frescas. Él conocía ese perfume de cuando había estado en Alemania —descifró.

—Lo tenías todo pensado, hasta el más mínimo detalle —cerró los ojos, sacudiendo la cabeza con fastidio—. Pensará que soy una loca.

Lía puso en blanco sus ojos grandes.

—Hazme caso. Lo has conquistado.

—Aparezco aquí de repente, me siento en su mesa y encima llevo el mismo perfume que el que le regaló a su pareja, a posta. ¿Te parece bonito? Me odiará el resto de su vida.

—Duérmete, Tami. Mañana lo verás todo con otros ojos.

En cuestión de segundos se escucharon los ronquidos de la amiga. ¿Cómo era capaz de dormir sabiendo que había disgustado a su hermano? Pensar en ello hacía que el corazón se le subiera a la garganta.

Al abrir la puerta solo vio oscuridad. ¿Ya se había metido en cama?

Con sigilo dejó los zapatos en la entrada de la habitación y encendió la luz del baño. Desde allí podía verla. Estaba acurrucada en su lado de la cama y no se había movido. ¿Estaría molesta?

Qué surrealista todo, pensó. Isidora lo había invitado para pasar un fin de semana loco los dos, y, súbitamente y sin saberlo, se presenta su hermana y una amiga. Aquello no podía ser una coincidencia.

Dejó la ropa colgada en la puerta del aseo y se metió en cama, desnudo, bocarriba y con los brazos por debajo de la cabeza.

Joder, murmuró para sus adentros. Con Tamara se había pasado tres pueblos cuando le respondió que habían sido dos cenas ínfimas. Con ella siempre podía decir lo que pensaba, hablar de tiempos pasados sin avergonzarse; en síntesis, podía ser él mismo. Esa noche estaba hermosa, sexi, y olía a rosas, igual que Isidora, aunque esta última, para su gusto, se ponía demasiado perfume.

Frotó los ojos reiteradas veces.

¿Lo que le había dicho Lía sobre Isidora, sería verdad? ¿Habría más hombres en su vida? Ella era muy celosa con su móvil. Siempre lo tenía cerca y no permitía que lo tocara, ni siquiera que supiera la contraseña de entrada.

Bufó silenciosamente y se giró hacia el lado contrario a su pareja.

Semanas atrás la chilena le había propuesto hacer un trío. Daba igual si con otro hombre o una chica. Naturalmente él lo tomó como una broma, pero ahora, tras el comentario de Lía, empezaba a pensar que aquello iba en serio.

¿Estaba dispuesto a compartirla con otro hombre, u otra mujer?

Por la mañana Isidora se levantó temprano y bajó sola a desayunar. Mateo se despertó y vio vacío su lado de la cama. ¿Se habría ido? El coche lo había llevado él pero podría haber pedido un taxi. Se levantó y abrió el armario. Su ropa seguía ahí. Cogió un jersey y unos vaqueros y bajó a la cafetería. Ella estaba sentada en una mesa con una taza de café delante, dos tostadas impregnadas en mantequilla, una manzana verde, un kiwi y un zumo de melocotón. Cuando se acercó, observaba el móvil.

—Buenos días, madrugadora —pronunció con voz cariñosa. Se acercó por detrás y la besó en la frente. Llevaba el cabello recogido en un moño francés.

—Buenos días, perezoso. ¿Has soñado conmigo? —contestó, cerrando la conversación que estaba manteniendo y bloqueando el teléfono.

—Siempre sueño contigo, princesa —presumió.



—Gracias, papito —le envió un beso por el aire con mucha sensualidad. Llevaba una camiseta blanca que quitaba el hipo, ceñida y enseñando el ombligo.

Al acabar el desayuno se levantó y le dijo que iba subiendo para cambiarse de ropa. Se notaba que no era la misma del día anterior, cariñosa, sexual, ardiente. Tomó el café corriendo y subió tras ella. Tenía que arreglar aquello o pasarían las venideras horas hablando con monosílabos.

Al entrar la vio frente al espejo y con el móvil en la mano, solo con la ropa interior y haciéndose fotos. La observó como si fuese un depredador. Su mirada se clavó en el tanga naranja. Cerró la puerta con fuerza y fue a por ella, colocando las manos sobre sus nalgas y apretando con fuerza hasta dejar sus huellas sobre la piel.

—Voy a hacértelo fuerte y salvaje, como te gusta —susurró a su oído, dándole un mordisco en el lóbulo.

Habían llegado a un pacto. Sin inhibiciones en la cama.

—Dale, papito —musitó, pulsando la tecla de grabar vídeo. Necesitaba que le arrancara el sujetador y la montara como un semental.

Mateo situó las manos sobre el par de domingas y retiró el sujetador para poder sentir su piel, pero lejos de ser sutil. Ella puso sus manos sobre las de él para sí afianzar las caricias. Abrió las piernas y llevó las manos masculinas hasta su punto caliente, ya húmedo y deseando ser penetrado. La sujetó por la cintura e hizo que apoyara las manos en la cama, retiró la tira del tanga e irrumpió en su interior de una sola embestida, con fuerza, sin consideraciones. La mujer colocó el teléfono sobre la cama, frente a ella, y dejó escapar un gemido. Le encantaba filmar sus relaciones sexuales y después verlas en la intimidad.

La pasividad en el sexo no le gustaba. Siempre quería ser la que llevaba la voz cantante, dominar y dejarle claro a la otra persona lo que le gustaba y lo que no permitía bajo ningún concepto. Esa mañana no podía ser diferente. Lo obligó a salir de su interior y le pidió que se estirara sobre la cama, todavía sin arreglar. Cogió el móvil y buscó el mejor ángulo para que grabara el acto, se puso de rodillas sobre él y lo montó con desesperación, soltando gemidos cada vez que lo cabalgaba más fuerte. Con cada acometida, se lamía los labios, cerraba los ojos, las uñas se clavaban en el pecho de su amante. Su mirada estaba puesta en la cámara del teléfono, se sentía poderosa. Le pidió

que irguiera la parte superior del cuerpo. Al sentir el roce de su torso sudado, zarandó sus pechos contra él. Le encantaba esa sensación. Unos cuantos movimientos más y llegaron al orgasmo, cayendo exhaustos sobre la cama.

—La joven te ha puesto caliente—cuchicheó a su oído, lamiéndoselo.

—Solo tú eres capaz de llevarme al descontrol —respondió, besando su mejilla.

—Eso me ha gustado.

Ojeó el reloj de pulsera. Llegaban tarde a la sesión de masajes.

Se despertaron a causa del ruido que hicieron las chicas de la limpieza del hotel en el pasillo. Después de desperezarse y hacer el remolón en la cama, bajaron para desayunar. Tami quedó contenta al ver que la pareja no estaba en el salón de desayunos. No tenía ganas de mirar a Mateo a la cara, ni tampoco a la fogosa chilena. Más tarde bajaron al circuito de *spa* y no se encontraron con ellos. Ante la posibilidad de coincidir a la hora del almuerzo, acordaron meter todo en las maletas, coger el coche y buscar otro sitio para comer.

Iris seguía consumiendo cannabis a escondidas. Delante de su tía María aparentaba haber cambiado. Se mostraba más receptiva y menos protestona, pero era en el instituto donde fumaba porros y seguía relacionándose con jóvenes que eran malas influencias.

Noelia era conocedora de todo eso pero no intervino. Ella misma le había indicado cómo actuar frente a su tía para que ésta empezara a soltarle cuerda. “Fumar porros no hace daño a nadie”, le había comentado en varias ocasiones.

Desde que había acudido a su hermana, pidiendo su consentimiento para acercarse a su hija, había estado en su casa al menos seis o siete veces. En dos ocasiones comió con ellas y el resto recogió a Iris para salir a dar un paseo. Cada vez que se la llevaba fuera, le entregaba un billete de diez euros para que pudiera comprar tabaco y hierba, y la avisaba de que aquello era un secreto entre ambas. Si su hermana se enteraba de que le daba dinero sin su consentimiento, le prohibiría acercarse a ella, máxime sabiendo que la adolescente lo gastaba en algo contraproducente para su salud y contra la terapia que estaba siguiendo.

Una tarde de mediados de noviembre, Valentín se acercó al pueblo para hacer unos recados. Siempre iba a primera hora de la mañana pero lo que debía hacer en esa ocasión, tenía que ser por la tarde, aunque primero pasó por casa de Armando, como hacía cada semana, para saber cómo iba su recuperación. Éste se encontraba con mejor ánimo y había recuperado algo de peso, aunque seguía teniendo anemia. Luego de tomar un café con él, se dirigió al centro. Tras estacionar el coche, cogió el abrigo del asiento trasero y caminó hacia la calle Eusebio Dávila. Entretanto andaba, divisó una mujer y una joven en el cajero automático de un banco. Concentró su atención en ellas. La chica parecía su hija, Iris, y, a medida que iba acercándose, más convencido estaba. ¿Quién era la mujer que la acompañaba? Porque María, su cuñada, no era.

—Iris. ¿Qué haces aquí? —dijo, cuando llegó a su lado. ¿A santo de qué venía aquello?

Las dos giraron la cabeza hacia la persona que les hablaba.

—Papá —pronunció la adolescente, llevándose las manos al cabello. El

color del mismo lo había sacado de... Noelia.

—¡Valentín! —habló Noelia con voz excesivamente dulce.

Éste se quedó helado al ver a Iris con su madre biológica.

—¿Cómo es que estás aquí sola, sin tu tía? —instó.

—No estoy sola. Estoy con mamá —dijo de forma cantarina, cogiendo a Noelia de la mano.

—La niña no tiene la culpa. He hablado con mi hermana y le pedí permiso para verla —aseguró su ex en un intento de explicar la situación.

—Un poco tarde, ¿no crees? —logró adoptar un tono cortante.

—He cambiado, Valentín.

—Sí, ya lo veo —la escrutó de arriba abajo. Se había cortado el pelo, teñido el cabello en un tono diferente, e iba vestida de forma elegante.

—Ya no soy la misma de antes, y me preocupa mi hija —desveló con voz quebrada. Engañar a su exmarido era muy difícil; no obstante, debía intentarlo.

—Ese tono de voz, mohíno, no funciona conmigo —la apercibió. La conocía suficientemente como para saber que era buena fingiendo—, y tienes dos hijas, no solo ésta.

—Es cierto lo que dice, papá. Me lleva a tomar helados, al cine o a dar paseos, y yo quiero estar con ella —aclaró la joven de cabellos claros.

—Hablaré con María de esto.

—De verdad que ella solo intenta ayudar a nuestra hija, igual que tú y yo. No la reprendas —insistió la de cabellos cortos.

—¿A qué viene ahora tanta preocupación? ¿Sabes cuántos años llevas lejos de ellas? Ni una llamada, ni una carta, ni un mensaje. Por no decir que saliste de la cárcel y no te molestaste en buscarlas —comentó, indignado.

—Lo sé, pero he tenido tiempo suficiente para pensar en ello y recapacitar, y estoy arrepentida de todos mis actos. Por favor, tienes que creerme. Solo quiero recuperar los años perdidos —expresó, contrita.

Su voz tembló al abrazar a su hija.

—Haz caso a tu mujer, papá. Es buena —intervino la hija.

Valentín meneó la cabeza.

—No es mi mujer —matizó el hombre a la chica. Luego volvió a centrar la atención en la otra mujer—. Solo te importó el dinero. Tus hijas y yo quedamos en un segundo plano —porfió. Retazos del pasado llegaban a su cabeza, bombardeándolo.

—He pagado muy caro por ese error, Valentín —buscó un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta.

El hombre se fijó en cómo iba arreglada. Pantalón liso negro, blusa blanca de escote prolongado y un blaser negro.

—La has hecho llorar —se quejó la hija con mirada iracunda.

—Yo también derramé muchas lágrimas; lágrimas de dolor, de impotencia, de rabia, de miles de sentimientos que me aboraron al tener que criar a las niñas sin el cariño, el amparo y los consejos de una madre —dijo, desbordado y con un rostro que cada vez parecía más molesto.

—Y lo has hecho francamente bien —opinó ella, secándose las lágrimas que se asomaban por la comisura de los ojos.

—Gracias a Violeta, mi esposa —puntualizó.

Iris frunció el ceño y negó con la cabeza. ¿Por qué tenía que nombrar a esa imbécil?

Noelia apretó los labios durante un breve instante.

—Felicidades —sollozó la mujer con palabras fingidas.

La hija estaba a punto de comentar algo sobre la madrastra cuando la madre apretó su brazo para que se callara. Ambas tenían que dar la imagen de estar bien, de haber cambiado, de estar arrepentidas de lo que habían hecho.

Un lacerante silencio se hizo entre los tres. El cajero emitía un sonido agudo.

—Retira la tarjeta o se la tragaré —comentó él, señalando con la cabeza hacia detrás de ellas.

Noelia se giró para sacarla de la abertura. De todas formas no había fondos.

—Vamos a tomar un café. ¿Te gustaría acompañarnos? —preguntó la mujer de cabellos cortos.

Valentín hecho un vistazo al reloj.

—No puedo. He quedado con alguien y llego tarde.

—Vale, papá. En otra ocasión será. Nos vemos —anunció la chica, acercándose a él para abrazarlo.

—¿Necesitas algo de casa?

—María ha dicho que se pasará por allí para coger ropa de invierno, por lo demás, todo bien. No necesito nada —concretó.

—De acuerdo. Hoy mismo estaré con ella —había depositado su confianza en María y ésta le había ocultado que la madre de sus hijas estaba viendo a Iris sin su aprobación.

—Gracias, Valentín —finalizó la ex, acercándose a él con sigilo para dejarle un beso en una de las mejillas.

Iris los miró y añadió un guiño. Sus padres tenían que estar juntos.

Tras resolver el asunto que lo había llevado esa tarde al pueblo, llamó al centro para saber si María estaba allí pero un joven le comentó que esa tarde trabajaba desde casa. ¡Fantástico! Pensó. Su domicilio quedaba de camino y no podía pasar por alto esa falta de confianza. Él la había depositado en ella, dejando en sus manos a una de las personas que más quería. En cambio, ella le estaba ocultando que su hija se veía con Noelia.

Al llegar, tocó el timbre e inmediatamente se abrió la puerta.

—Hola, Valentín. Iris no se encuentra en casa —dijo de manera relajada y sin fijarse en el rostro del hombre.

—Precisamente de eso quería hablar contigo. ¿Cómo es que no me has dicho que Noelia se está viendo con ella? —su timbre de voz se había oscurecido.

La psicóloga le indicó que pasara al salón. Se acomodaron y ella comenzó a hablar.

—Debería haberlo hecho, pero se me pasó. Entre unas cosas y otras, el trabajo, ella misma —se disculpó.

—No me esperaba eso de ti. Te creía una persona más seria. ¿Te das cuenta de que su madre ha estado en la cárcel?

—Hay que darle un voto de confianza, Valentín. Mucha gente comete errores, paga por ello y no reincide. Ella parecía arrepentida de lo que había hecho y con ganas de recuperar el tiempo perdido, especialmente con Iris —

apostilló.

—Tenemos dos hijas, María, o es que Uxía no cuenta.

—Claro que sí, solo que Iris es la que necesita ayuda ahora mismo —quiso dejar claro que no había favoritismos.

—En cualquier caso, yo tengo la custodia de mis hijas, no ella. Deberías haberme consultado que Noelia tenía intención de acercarse a la niña. Tendría que haber sido yo quién permitiese ese acercamiento —la reprendió—. Tendrías que haber visto mi cara al encontrármelas en la calle —meneó la cabeza. Estaba muy indignado.

—Lo siento mucho, de verdad —se excusó.

—Algunos pasos que se dan jamás pueden desandarse —reflexionó en alto—. Solo espero que esa aproximación no acarree más problemas. No me gustaría que mi hija siguiese las directivas de una mujer depravada —soltó aire por la boca al recordar lo que le había hecho a su tía. Le producía una tremenda desazón. No acostumbraba a sacar los trapos sucios pero la realidad era esa.

—¿No estarás pensando llevártela a casa?

—Fue lo primero que pensé al verlas juntas —reconoció, asintiendo con la cabeza varias veces.

—Ha habido progresos desde que está conmigo. Sería una verdadera lástima que te la llevases en este momento —valoró la cuñada.

—Lástima sería que su madre la manipulase para saber qué cosas —contestó, indignado.

—No confías en su palabra.

—No confío en nada que venga de ella. ¿No te parece extraño que se acuerde ahora de que tiene dos hijas?

María sabía que estaba en lo cierto pero también quería darle un voto de confianza a su hermana. Mientras había estado en la cárcel, había tenido el suficiente tiempo como para arrepentirse de sus actos perversos, y buscar formas para recuperar el tiempo perdido y a las personas que se quedaron en el camino; sus hijas.

Al final decidió permitir que Iris siguiera en casa de su tía, siempre y cuando fuese informado de todas las salidas que hacía con Noelia, y éstas no

podían ser más de dos por semana.

Cuando llegó a casa lo hizo con un humor de mil diablos, encerrándose en el despacho para no pagarlo con nadie. Antes de servir la cena, Violeta abrió la puerta para comprobar que estaba en el interior, dado que normalmente trabajaban con la misma abierta. De inmediato supo que había ocurrido algo. Entró y le preguntó. Tras describirle lo que había sucedido en el centro del pueblo, aunque sin darle demasiados detalles, Violeta expuso su punto de vista y casi poniéndose del lado de su exesposa.

—Esa mujer jamás aporta algo bueno —disertó enojado.

—Hace demasiados años que no hablas con ella. No sabes si lamenta lo sucedido hasta ahora. ¿Y si realmente quiere recuperar a sus hijas?

—¡Y convertirse en una mujer honrada, amable y honesta! ¡Anda ya! —dijo, rotundo.

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad. Ella ha tenido que reconstruir su vida.

—Cariño, las segundas oportunidades nunca han sido buenas.

—Eso no es cierto del todo. La vida nos ha brindado una segunda oportunidad a ambos. ¿Crees que no ha sido bueno que nos hayamos encontrado?

Valentín sonrió por primera vez. Violeta había sido un regalo en su vida. Siempre le aportaba luz y estaba ahí para empujarlo. Se levantó y la abrazó, sintiendo su agradable perfume en el cuello.

—¡Te quiero tanto! —susurró a su oído.

—Yo también te amo, pero... mejor recuérdamelo esta noche, cuando estemos en cama, ¿de acuerdo? —guiñó un ojo y tiró de él hacia el comedor para cenar.

El cajero solo le había dispensado cien euros. Se estaba quedando sin fondos.

—Mamá, hoy me apetece un chocolate con churros —comentó la joven tras dejar atrás a su padre.

—No tengo cambio suficiente y este dinero lo necesito para lo que resta de mes —respondió la de cabellos cortos tras comprobar lo que tenía suelto en el monedero.



—Esta vez pago yo —sacó dos billetes de cinco euros.

—¿De dónde los has sacado? —estaba sorprendida pues sabía que María le daba el dinero justo.

—Lo tenía guardado —mintió.

—Iris —Noelia sabía que estaba fingiendo. Se le notaba igual que a ella, aunque en los últimos años había aprendido a hacerlo como una profesional.

—Vale, se lo he mangado a la loquera —la miró para comprobar si tenía intención de enfadarse con ella.

—Sabes que eso está mal, ¿verdad?

—¿Y me lo dices tú? Por favor, si son diez miserables euros. Ella no lo notará, en cambio a mí me vienen de perlas.

—Mi amigo me ha dicho que me conseguirá algo de hierba. En cuanto la tenga, te paso unas bolsitas.

—Uf, menos mal que estás de mi parte. Por cierto. ¿Te sigue gustando mi padre, o sea, tu exmarido? —se paró para estudiar su reacción.

—¡Qué preguntas más raras haces, Iris!

—Eso es un sí o un no. Te lo digo porque él y Violeta están muy enamorados, algo que odio pero es así.

—Ella ocupó mi lugar en todos los sentidos, ¿no es cierto?

—En lo que respecta al amor, sí. En lo que concierne a nosotras, no. Ella jamás será mi madre. Cierto es que ha querido ganarse nuestra confianza pero yo le he parado los pies en diversas ocasiones porque se estaba extralimitando.

—La ves como una simple amante de tu padre —opinó Noelia.

—Eso es, pero me encantaría que volviésemos a ser una familia, que fueses tú la que durmiese con él y la que me despertara todas las mañanas con un beso.

—Iris, eso no te pega, suena muy remilgado —se descojonó de la risa.

—Bueno, tú ya me entiendes. Hacer lo que hacen todas las familias. Desayunar juntos, comer y cenar.

—Vale, te he entendido —aceptó la madre.

—¿Vas a hacer todo lo posible para que sea así?

—Ya veremos. Empecemos por tomar ese chocolate —se desvió un poco de la conversación aunque su mirada lo decía todo.

“Valentín, voy a por tu familia”.

Cuando regresaban a casa de María, Noelia, que había estado callada mientras tomaban el chocolate, le hizo una propuesta.

—Sería interesante que volvieres a tu casa —la miró fijamente.

—Aquí estoy bien —contestó, elevando los hombros.

—Nos conviene que vuelvas —dijo rotunda.

—¿Y ver de nuevo a la hipócrita de Tamara? —se quejó—. Recuerda que estoy aquí por lo que le hice, bueno, lo que hicimos.

—Estás aquí por eso y por otras cosas, seamos francas.

—¿Tú también me vas a regañar?

—No. Solo velo por nuestros intereses.

—Por cierto, mamá. ¿Estás con alguien en estos momentos?

Noelia la miró sorprendida.

—¿Un amante, un novio o un nuevo marido?

—Nada de eso. En la actualidad mi corazón solo lo ocupas tú —fingió de forma pomposa, porque ni siquiera eso era verdad.

Desde hacía tiempo mantenía una relación salvaje con otra mujer que había coincidido con ella en prisión. Su nombre era Cristina y se trataba de una persona bastante más despiadada que ella. Había cumplido condena por entrar a robar en una vivienda y acuchillar a los propietarios. Por suerte, éstos se habían salvado y habían sido testigos del allanamiento de morada, dado que ella había acudido sin ocultar el rostro y portando un cuchillo de consideradas dimensiones en la mano.

¿Se avergonzaba de salir con una persona de su mismo sexo? ¿Se avergonzaba de que su hija supiese que salía con una mujer y no con un hombre? No. Simplemente le interesaba mantener esa parte de su vida oculta mientras no consiguiese lo que se traía entre manos, y su hija la ayudaría.

—No cambies de tema ahora. La semana próxima vas a volver a casa de tu padre. Habla con mi hermana y con él y diles que estás mejor y que necesitas estar cerca de los tuyos, que los echas mucho de menos, especialmente a tu

hermana. Si hace falta suelta una lagrimilla, ya me entiendes —la quería dentro para recabar información.

—¿No es negociable?

—No —dijo de forma contundente.

La adolescente dejó escapar aire por la boca. Volver a su vida normal no le hacía ninguna gracia.

—¿Confías en mí? —preguntó la de cabellos cortos.

—Claro. Eres mi madre.

Se despidieron en el portal con dos besos. Todo iba a salir bien. Solo tenía que seguir las reglas a rajatabla.

Cuando Tamara se enteró, a mitad de semana, de que su hermanastra regresaba a casa, se puso histérica. Su madre se lo había comunicado una noche, cuando regresaba del trabajo. Tendría que haber buscado algún piso de alquiler pero se le había pasado. Violeta le ofreció la posibilidad de ocupar una habitación en el hotel pero rechazó la oferta. En ese momento había pocos inquilinos por ser temporada baja, pero en Navidad siempre estaba completo y luego vendría el verano. Su idea había sido independizarse y eso haría.

Entró en su dormitorio y llamó a Lía. Necesitaba desahogarse con alguien y ella siempre estaba dispuesta y buscaba tiempo de donde fuese para escucharla.

Comenzó contándole lo que su madre le dijo. Iris había pedido para regresar a casa porque se encontraba mucho mejor y echaba de menos a su familia, especialmente a Uxía. Violeta no podía decirle que no a la hija de su actual marido, aunque en una ocasión intentase matar a Tamara. María había comentado que hubiera preferido que pasase un mes más con ella, pero si la chica quería regresar a casa, con su familia, no podía negárselo dado que su comportamiento había mejorado mucho en comparación con el día que su padre la había llevado a su consulta, especialmente desde que veía a Noelia, su madre.

—Se ha vuelto buena la niña —estimó la amiga.

—Al parecer sí pero a mí eso me da igual. No pienso pasar ni un minuto

bajo el mismo techo que ella —exclamó, molesta y decidida a cortar por lo sano.

—En cambio a ella eso no le importa.

—Normal. ¿En dónde va a estar mejor que en mi casa?

—Qué piensas hacer. Si quieres puedes venir unos días a casa. Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Mañana pediré la tarde libre y empezaré a buscar alquileres. Tiene que haber algo en el centro y que no sea muy caro. Solo espero que no me despidan —la joven acabó con un suspiro.

—Bueno, tranquila. Seguro que encuentras algo —la animó—. ¿Cuándo tiene pensado regresar?

—No me concretó el día —dijo, después de pensar—. Creo que este fin de semana tendrás que ayudarme con la mudanza. ¿Podrás? —instó.

—Sí, cuenta conmigo —comentó, aunque su cabeza estaba en otro sitio—. Neni, tengo que dejarte. Mañana hablamos.

Colgaron, pero la de los ojos verdes hizo otra llamada de inmediato. Sabía de un apartamento perfecto para ella. Solo tenía que disuadir al propietario.

Después de más de hora y media hablando y buscando buenos argumentos para que le alquilara una habitación a su amiga, al fin lo consiguió. Solo tenía que llevar a Tamara hasta allí, y lo haría al día siguiente, cuando ella librara, aunque tendría que ir engañada, como siempre.

Al mediodía Lía se puso en contacto con ella para decirle que esa tarde la acompañaba para elegir piso.

—No hace falta. Me acompaña mi madre —respondió Tami.

—Vale, si quiere ir tu madre, perfecto, pero primero iremos tú y yo a ver un piso del que tengo buenas referencias. Te recojo en tu casa a las cuatro.

—Pero... —barboteó.

No tuvo opción a decirle nada. Había colgado.

Tras almorzar con la familia, subió a su habitación, se cambió de ropa y lavó los dientes. En el exterior se escuchó el sonido de una bocina. Cogió el bolso e introdujo el periódico dentro. Por la mañana había marcado con un rotulador fluorescente, varios anuncios de alquiler que le habían parecido

interesantes. No había tenido tiempo para ponerse en contacto con los caseros, así que lo haría en el coche, aprovechando que conducía Lía.

Montó en el vehículo de su amiga y partieron.

—Y bien. ¿Cómo has sabido de ese piso?

—Una, que es muy buena y tiene contactos —fanfarroneó.

—Ya, ya.

—Esta noche tuve un sueño horroroso. Creí morirme —gimoteó la amiga.

—¿Has soñado con vampiros, zombis o algún bicho de esos que tanto repelús me produce?

—No, algo peor. He soñado que me caían las muelas —se estremeció.

Tami se partió de la risa. ¿Por qué le pasaban esas cosas tan raras, y, a la vez, divertidas?

Luego de reírse un buen rato, cogió el móvil, el periódico, y marcó el primer número que había subrayado. Al rato respondió una mujer con acento extranjero. Se interesó por el piso pero al escuchar la cuota mensual que pedía, se despidió sin más dilatación. Quinientos euros era demasiado para ella.

—En este no tendrás que pagar esa cantidad desorbitada.

—¿Cuánto piden?

—No hablamos de eso pero te aseguro que será más indulgente —detalló la joven.

—¡Ah, sí! ¿Te debe algún favor? ¿Es de algún amante tuyo?

—Frío, frío.

—Haré otra llamada, por si no me convence lo tuyo —marcó otro de los números. Se trataba de un ático por el que pretendían cobrar cuatrocientos cincuenta euros al mes.

Al colgar sacudió la cabeza.

—Ya hemos llegado. Aparco aquí y seguiremos andando —habló la amiga con cierto entusiasmo en la voz, acostumbrada a meterse en camisas de once varas.

Caminaron unos diez minutos hasta llegar a un edificio de reciente construcción. Lía pulsó el botón del piso cuarto en el telefonillo. Una voz

masculina respondió. Tras identificarse, la puerta exterior se abrió. Tomaron el ascensor que en escasos segundos los trasladó a la cuarta planta.

—Déjame ver cómo estás —comentó la amiga que le arregló el cuello del abrigo y desabrochó los dos primeros botones de la blusa.

—Pero, ¿qué haces! Tengo frío.

—Deja de comportarte como una cría.

La puerta del ascensor se abrió. Salieron y en el pasillo solo había dos puertas. Piso A y piso B. Tocó el timbre del 4ºA y la puerta se abrió ante ellas. Tamara abrió la boca y luego volvió a cerrarla. Miró hacia su amiga y ésta levantó los hombros.

—¿Qué hacemos aquí? Esto tiene que ser una broma —observó, negando con la cabeza.

—Hola —las saludó Mateo con la jovialidad que lo caracterizaba.

—Te traigo a tu nueva compañera de piso. En realidad, la única compañera de piso —intervino la de los ojos verdes.

—Lía, ¿qué estás diciendo? —sintió que se ruborizaba—. ¿Habéis conspirado para tenderme una trampa?

—No seas tan malpensada. Mi hermano necesita compartir gastos y a ti te urge irte de tu casa. Sois amigos, os conocéis de toda la vida. Todo perfecto —explicó, todavía en la puerta.

—Pero pasad —comentó Mateo, invitándolas a entrar.

El interior olía a nuevo. Pinturas recientes, modernas y originales. Muebles recién colocados y que se inclinaban por la comodidad.

Tamara miró hacia él para saber qué opinaba, porque, por segunda vez, había ido engañada por su amiga.

—A mí no me mires. Ha sido cosa de ella —fue su pronta respuesta.

—Lía. Eres una embrolladora —dijo con la voz enervada y los brazos en jarra.

—Solo he dicho la verdad. Mi hermano acaba de comprar este piso. Tú necesitas alquilar algo de manera urgente y a él le viene bien una ayuda para ir pagando las letras —señaló, abriendo los brazos buscando conformidad.

—¿Es solo cosa de ella o también se te ocurrió a ti? —le preguntó.

—Me llamó ayer diciendo que tú necesitas alquilar algo porque tu hermanastra regresa a casa y a mí no me importa cederte una habitación durante un tiempo. El piso es suficientemente grande. Tiene tres dormitorios, cocina, dos baños y un salón. Podemos apañarnos —anunció—. Además, yo aquí pasaré poco tiempo. Vendré a dormir y poco más.

—¿Lo haces por compasión, por satisfacer a tu hermana o porque así lo sientes? —interrogó la joven.

Lía, viendo que tenía intención de responder lo que menos le convenía a ella, le soltó un codazo en el abdomen.

—Por supuesto que lo hago porque me apetece —respondió, tras mirar a la hermana. ¿Quién de los dos era el mayor?

—Lo has comprobado en el coche. Has llamado a varios arrendadores y todos piden una barbaridad —insistió.

Tamara asintió. Encontrar un piso que le convenciera podía llevarle semanas.

—Mi salario no da para mucho, pero podría llegar hasta los trescientos euros. ¿Te parece bien?

—Oh, eso es demasiado. Con doscientos cincuenta bastaría —opinó la amiga.

—Eso lo tendrá que decir tu hermano.

—Doscientos cincuenta estaría genial, si te va bien, claro —comentó él.

La chica suspiró.

—No quiero ser un estorbo en tu vida cotidiana, no será mi intención molestar ni incordiar. ¿Crees que Isidora lo tomará bien?

—No te preocupes por ella. Se lo comentaré y lo entenderá —se presionó la barbilla, pensativo.

—¿Seguro? —insistió.

Tras el encuentro desafortunado en el hotel, semanas atrás, le había parecido que se había ido molesta con ellas, y no era para menos. Habían chafado su fin de semana romántico.

—Absolutamente convencido. Ella tiene su apartamento y es donde habitualmente quedamos el fin de semana —observó, elevando los hombros y

tragando saliva.

—Bien. Ya está todo dicho. Mañana te hará copia de las llaves que necesitarás para entrar y podremos empezar a traer tus cosas —ordenó la amiga para asombro del hermano.

—Eso iba a decirte pero la petarda de mi hermana se ha adelantado —habló él, haciendo una onomatopeya facial.

—Nosotras ya nos vamos —cogió a Tami del brazo y tiró de ella hacia la puerta principal del piso.

—Nos vemos mañana —se despidió.

Mateo elevó el brazo derecho.

Tras entrar en el ascensor, Tamara se encaró con ella.

—Es la segunda vez que me llevas a un sitio engañada, Lía, y, francamente, empieza a no gustarme este juego —la apercibió.

—No ha sido un engaño sino una sorpresa —la contradijo.

—Deberías habérmelo comentado antes de acudir allí. Pensará que soy una marioneta —plisó el entrecejo.

—No digas tonterías —su risa era entrecortada.

—¡Y para eso me desabrochaste los botones de la blusa!

—A los hombres hay que impresionarlos. Tendrías que llevar puesto algo explosivo, algo que le hiciese saltar los ojos de sus órbitas —dijo, emocionada.

—¡Anda ya!

—Sí. ¿Por qué crees que siente palpitaciones cuando está con Isidora? Ella hace que se le seque la garganta, que su cabeza de vueltas.

—¡Lía! Me estás sacando las ganas de vivir con él —la regañó.

—Está bien. No hablemos más de esa desvergonzada.

—Y si viene por allí la chilena. Menudo corte —su mente corría a velocidad del sonido. No podía dejar de pensar en los dos juntos.

—Pues actúas como si nada. Tú estarás pagando por vivir de alquiler con mi hermano y eso es lo único que cuenta. Ella será una simple invitada, y dudo que Mateo la lleve a casa sabiendo que estás tú allí. No estarás cometiendo ningún delito —señaló.



—Creo que debería haberlo hablado con ella antes de aceptar que yo viva con él. Al fin y al cabo son pareja —se empeñó en buscar excusas.

—El piso es de mi hermano. Faltaría más —chistó con la lengua cariñosamente.

—Seguiré buscando alquileres. No puedo vivir para siempre con Mateo, y más sabiendo que tiene pareja. Prefiero tener mi propio piso, entrar y salir cuando me plazca, andar en pijama si me apetece y no dar explicaciones a nadie. Es lo mejor —determinó.

—O andar desnuda todo el día —apuntó, con descaro.

—También. En verano suelo dormir sin ropa, y lo sabes.

—Entonces le diré que ponga la calefacción a tope —bromeó.

—No empieces con tus bromas. Necesito un lugar donde poder refugiarme, una vía de escape de todo lo que me ha acontecido estos últimos meses.

—Amiga, deja de comerte la cabeza y relájate. Ésta es la mejor opción. ¡Esto va a ser emocionante!

—Eres la monda.

Lía sonreía llena de alborozo. Había conseguido que su hermano admitiera a Tamara en su nueva vivienda, y, a la vez, que ella aceptara que era la única manera de irse de casa ese mismo fin de semana.

## 23

María se ofreció para llevarla a casa. Entre las dos cargaron en el maletero del coche, todas las pertenencias de la chica y se dirigieron al domicilio donde vivía Violeta con Valentín y sus hijas. Al llegar lo dejaron todo en el dormitorio que compartía con Uxía. Ana les comentó que la familia había salido a un concierto y no regresarían hasta medianoche. En la casa solo se encontraba Tamara y su amiga, Lía.

—Yo me tengo que ir. ¿Necesitas algo?

—Me has hecho esa pregunta, al menos cuatro veces desde esta mañana. No te preocupes por mí, estaré bien. Colocaré las cosas en los cajones correspondientes y veré la tele —aclaró la de cabellos claros.

Antes de irse, María le suplicó que no se metiese en problemas. Había avanzado considerablemente el tiempo que había estado con su tía, y sería una auténtica pena que retrocediese al punto en el que estaba cuando comenzó la terapia con ella.

—Si en determinados momentos necesitas charlar o tienes dudas o algún problema, solo tienes que marcar mi número de teléfono.

—Lo sé, tía. Puedes irte tranquila. Me portaré bien —la persuadió con un beso en la mejilla derecha.

—Bien, vale —contestó antes de cerrar la puerta de la entrada.

Cuando regresaba a su habitación coincidió con las chicas. Ambas llevan varias cajas de embalaje.

—Hola, chicas. ¿Qué hacéis?

Lía miró hacia su amiga. ¿Hablaba con ellas?

—¿Te refieres a nosotras dos? —preguntó, mirando hacia los lados aun sabiendo que no había nadie más en la casa.

—Sí —añadió con una sonrisa arrogante, confundiéndolas.

—No, gracias. Ya nos vamos —respondió Tamara.

—¿Vais a algún sitio? ¿Necesitáis ayuda? —insistió, intentando ganarse su confianza.

—Iris, ¿has llevado un golpe en la cabeza o estás poseída por algún ser de

otro planeta? —participó una vez más Lía.

A los ojos de cualquiera que no la conociese parecía que había cambiado.

—No, gracias. Ya nos vamos —intervino la hermanastra sin mostrar ningún interés.

—Oye, Tamara. Quería decirte que siento mucho lo ocurrido. Eres una buena tía y me porté muy mal contigo. Te pido perdón —exclamó, adoptando un tono emocionado para que la creyese.

Tami la miró con firmeza. ¿A qué venían esas palabras de niña arrepentida? Imposible que hubiese cambiado, inviable haber recapacitado en tan poco tiempo. Tras esas palabras, que para nada habían sonado a arrepentimiento, debía haber algo más. No la creía. Ya no. Decir que lo sentía no era suficiente, ni de lejos era suficiente. Asintió con la cabeza y bajaron las escaleras. Iris solo había seguido las directrices que su madre le había trazado. No la conocía, nadie la conocía en realidad. No sabían de lo que sería capaz.

En el norte, el invierno es hermoso pues despliega todos sus encantos. Desafiantes temporales, un frío que cala en los huesos y las deseadas nieves, que, además de dejar una hermosa estampa, ayudan a eliminar plagas que pueden afectar a las futuras cosechas.

Manuela acababa de cumplir los ochenta años y todavía trabajaba en el campo. Su vivienda estaba situada a poca distancia de los acantilados de Loiba, mirando hacia el frío. Una casita vieja, de piedra antigua y con ventanas de madera. Su marido había fallecido en el mar. Era pescador. Con solo cuarenta años quedó viuda con dos niños de diez y doce años de edad. Gracias a la pequeña pensión que cobraba de viudedad y el dinero que conseguía cuando trabajaba como jornalera en las fincas de los vecinos, sacó a sus hijos adelante y hasta logró que fuesen a la universidad. En la actualidad, el chico estaba trabajando en Barcelona y la joven en Paris, por lo tanto estaba sola aunque muy orgullosa de ellos y deseando ser abuela.

El ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, recibió la llamada de su hija, Pepi. Escuchar su dulce voz la hacía feliz. Sacó las katuskas y se sentó frente al brasero que atemperaba el frío de la noche, para escuchar cómo le habían ido las cosas en las últimas semanas. La cobertura de telefonía móvil no era muy buena y era fácil que, en medio de la conversación, se cortase la comunicación. Por eso, en vez de hablar de ella, pedía que fuesen sus hijos los que tomaran la palabra.

El teléfono se lo habían regalado sus dos amores para poder comunicarse con ella sin tener que hacer como antaño, que debía acercarse a la tienda del pueblo para recibir sus llamadas, siempre el mismo día de la semana y a la misma hora.

Pepi tenía una magnífica noticia para ella. Por fin iba a ser madre. Esa misma mañana había estado en el ginecólogo y éste le había confirmado que estaba en la octava semana. Todavía no sabían el sexo del bebé pero eso era lo que menos le preocupaba en aquel momento. Solo deseaba que todo fuese bien. Manuela se levantó de un golpe de la silla de madera al escuchar la extraordinaria noticia. Al fin iba a ser abuela. El alumbramiento sería para el mes de junio, cuando las temperaturas empezaban a ser más agradables. Según ella, los niños crecían más con el buen tiempo.

Estaba tan ilusionada con la noticia, tan excitaba hablando con la hija, que no escuchó los ladridos de su perro. Al colgar, echó un vistazo a través de la ventana pero no logró ver nada. Estaba todo oscuro. En el mes de diciembre el sol acostumbraba meterse a las seis de la tarde. Abrió la puerta y llamó por el can que en seguida apareció, se introdujo en el interior de la vivienda y se acurrucó al lado del calor que desprendía la lumbre. La agradable anciana, al no tener a nadie más con quien compartir la buena nueva, le contó que en pocos meses iba a ser abuela. Entonces secó las lágrimas de los ojos con un pañuelo de tela arrugado. Estaba feliz por la hija y por ella misma. Lástima que estuviese a tantos kilómetros de distancia. Por fortuna, Pepi le había dicho que ese año pasaría las fiestas navideñas con ella en Galicia, y, si todo salía bien, el día veintidós, el día del sorteo de la lotería de Navidad, estaría allí para abrazarla muy fuerte. ¿Habría mejor premio que el de tener a su familia junto a ella?

Sacó del frigorífico un cartón de leche semidesnatada y echó una buena cantidad en un cazo para que se fuese calentando en el fuego. Después de un momento, lo sirvió en un gran tazón de cerámica esmaltada que le había traído su hijo de la catedral de Barcelona, le puso cacao en polvo y trozos de pan que había sobrado del día anterior. Ésa acostumbraba ser su cena en invierno, que compartía con Rufi, su perro.

A las ocho se acostó. Era una mujer muy metódica para los horarios. Levantarse a las ocho de la mañana, ya fuese verano o invierno, almorzar a la una, cenar a las siete y acostarse a las ocho. Una vez en cama y antes de dormir, rezaba varias oraciones y pedía a su Dios que velase por sus hijos para que le fuese bien en la vida y no le faltara de nada. Esa noche pidió especialmente por Pepi, para que tuviese un buen embarazo y que el bebé naciese sano. Sonrió y lloró al mismo tiempo.

Los párpados le pesaban, fruto de las emociones de esa tarde, y necesitaba dormir, aunque el sueño, a esas edades, a menudo se mostraba esquivo. Apagó la luz y se giró hacia el lado donde antes dormía su esposo; costumbre que adquirió desde que él había fallecido. Cuando estaba a punto de alcanzar el limbo del sueño, sintió un fuerte crujido en la cocina, como si algo se rompiese. El perro ladró dos veces, pero no más. Manuela pronunció su nombre pero éste no acudió a la llamada. Con esfuerzo salió de la cama con el camisón de franela y las pantuflas de algodón. Apenas había fuego en la cocina. Pulsó el interruptor de la corriente pero la luz no llegó. Tras cruzar un

pequeño pasillo, tropezó con algo que la hizo caer al suelo y declamar un grito de dolor. Giró la cabeza hacia la poca claridad de la cocina y vio la sombra de, creía dos personas. La anciana volvió a llamar a su compañero perruno pero no obtuvo respuesta. Tenía un enorme dolor en la cadera derecha. De pronto una linterna iluminó su rostro, teniendo que cubrir los ojos con su propia mano para que no la cegase. Volvió a girar la cabeza hacia la puerta y vio otra linterna, confirmando que se trataba de dos personas. Los que estaban allí con ella, sabían que era una persona mayor, con poca movilidad y que vivía sola.

—Vieja, ¿dónde tienes guardados los cuartos? —preguntó con aire desafiante una voz de mujer.

La vetusta mujer dejó escapar un sollozo. Al ver que no respondía, cogió un paraguas que había tras la puerta y le propinó varios golpes.

—Danos la pasta y te dejaremos tranquila —habló la otra persona.

Manuela, que con la caída había perdido los audífonos, seguía sin contestar.

Uno de los intrusos la cogió del brazo y tiró de ella hasta sentarla sobre una silla.

—¿Dónde está el dinero? —gritó a su oído, acercando la linterna a su cara.

La octogenaria llevó una mano a la cabeza. Tenía mucho dolor.

—¿Dónde tienes guardados los euros, vieja loca! —bramó con voz estentórea, intimidándola. Manuela comprendió que aquello iba en serio. Se trataba de un atraco y, tras verle el rostro a una, no la iban a dejar con vida.

—Están... —enmudeció unos segundos, los justos para inquietar a los atracadores—, bajo el colchón, dentro de un sobre.

Las dos personas se alejaron de ella y fueron hacia el dormitorio, tirando al suelo todo lo que encontraron por el camino. Ella escuchó sus voces. No se trataba de una sola mujer sino de dos. ¿Habría más asaltantes en el exterior? ¿Dónde estaba su amigo canino?

A continuación se acercaron a la anciana.

—¿Tienes joyas en la casa? —el dinero que habían localizado bajo el colchón les había parecido poco.

La dócil señora vio el otro rostro, ambos desconocidos y de mujeres de mediana edad. Balbuceó de forma incoherente varias veces.

—¡Estás loca! Qué va a tener esta vieja —apuntó la compañera.

—Está delirando o maldiciéndonos. Una de dos —reveló la otra terrible voz sin expresión.

Ésta, metió la mano por el cuello de la mujer y localizó una cadena de oro con un crucifijo colgando. Con fuerza dio un tirón hasta que el collar quedó en sus manos. Se rio. Con la sacudida, la anciana se desplomó en el suelo y, con esa posterior caída, no hizo ningún movimiento más.

—¿Está muerta? —con la luz que desprendían sus ojos se podría encender fuego.

—Seguro que la ha palmado —insinuó con cierto matiz helado en la voz.

Con un pie le dio varias patadas para ver si reaccionaba pero no hubo ninguna respuesta por parte de la anciana. Trabajo finalizado. Aquello había sido coser y cantar.

—¿Cuánto hemos conseguido? —deseó saber una de ella, ya en el interior del coche.

Comenzó a contar. La mujer tenía el dinero separado por billetes.

—Dos mil quinientos ochenta pavos —exhaló y dejó escapar un silbido.

—No es mucho pero con él tiraremos unas cuantas semanas más, quizás un mes.

Tras reírse de manera grosera, arrancaron sin mirar lo que dejaban atrás.

Por la mañana, la repartidora de pan, que acostumbraba pasar por la casa de doña Manuela sobre las diez, vio que todo estaba cerrado. Pronunció su nombre varias veces sin obtener respuesta. Pensando que podría estar con gripe o que esa mañana de frío optaría por quedar hasta más tarde en cama, dejó la bolsa en el pomo de la puerta y regresó al coche. Cuando introdujo la llave en el contacto sintió escalofríos por todo el cuerpo. ¿Y si la anciana se había caído, quemado o inhalado monóxido de carbono? Bastaba con respirar ese gas durante media hora para intoxicarse. Con todo, bajó del vehículo y dio una vuelta alrededor de la vivienda. Quizá hubiese alguna ventana a su altura que estuviese abierta y pudiese echar una ojeada hacia dentro, pero no fue así. Ninguna señal de la buena mujer. Cuando se dirigía hacia el otro lado de la casa, localizó al perro de Manuela en un gran charco de sangre y con un fuerte golpe en la cabeza. Se llevó una mano a la boca. Aquello no presagiaba nada bueno. Con la palma de las manos tocó en la puerta y ésta se abrió sin

esfuerzo.

—Doña Manuela. ¿Se encuentra bien?

En el interior prevalecía el silencio.

Abrió la puerta hasta el final para que entrase suficiente claridad y, entonces la vio, tirada en el suelo, formando un ovillo.

—¡Doña Manuela! —gritó la panadera.

Se acercó a ella. No se movía. Se llevó ambas manos al pecho. ¿Qué debía hacer? Desde luego no podía tocarla. ¿Y si la culpaban a ella por encontrar sus huellas en su cuerpo? Había visto muchas películas de asesinatos y, aquello, parecía la escena de un crimen.

Volvió al coche para coger el móvil y contactar con emergencias. También llamó al trabajo para que supieran que se retrasaría. Veinte minutos después apareció una ambulancia y una patrulla de la Policía local. Los sanitarios entraron en la vivienda para auxiliar a la agredida, en caso de que todavía estuviese con vida. Los agentes traían una libreta en la mano y comenzaron a hacerle preguntas, tipo, a qué hora había llegado allí, si había visto algo extraño o alguna persona que no fuera de la zona, o si había tocado algo en el interior de la casita. Ella, con mucho nerviosismo, les explicó todo, aunque su mirada iba hacia el interior, recordando la cara de la anciana, postrada en el suelo de piedra. Mientras esperaba, había cruzado las manos y rezado varias oraciones cristianas.

Después de media hora en el interior, los sanitarios salieron con el cuerpo de la anciana sobre la camilla y tapado con una manta.

—Está... —su voz se trabó—, ¿está muerta? —las lágrimas competían por salir.

—Hemos conseguido estabilizarla pero tenemos que llevarla al hospital. Tiene varias costillas rotas y una cadera fracturada —explicó el médico.

La repartidora aspiró profundamente, retuvo el aire unos instantes y luego lo exhaló con lentitud, cerrando los ojos. Ojalá se salvase.

—¿Sabe si tiene familia? Es que cuando conseguimos normalizarla, no dejaba de preguntar por su nieto.

—Solo sé que tiene dos hijos pero no viven aquí —se apresuró a decir la mujer.



—El chico está trabajando en Barcelona y la hija en París. Es posible que tenga un teléfono en el interior o sus números anotados en algún sitio — opinó uno de los agentes, el más mayor.

Disponiéndose para entrar, al abrigo de la humilde morada, los agentes informaron a la panadera que ya podía seguir con el reparto. Dentro comprobaron que no había luz. Los atracadores la habían cortado. Una vez restablecido el suministro eléctrico comenzaron revisando la cocina. Dos sillas con las marcas sutiles del paso del tiempo tiradas sobre el suelo, un paraguas y varios útiles que antes debía haber sobre una mesa. Después pasaron al dormitorio. Todo estaba revuelto. El colchón lo habían desmontado, los cajones estaban tirados en el suelo, al igual que la poca ropa oscura de la anciana. Los agentes llegaron a la conclusión de que aquello había sido un robo. Uno de ellos se agachó y localizó un teléfono móvil. Lo abrió, con la esperanza de que no estuviese apagado. ¡Bingo! Encendido y con batería suficiente. Pulsó el botón de contactos. Solamente había dos. Sito y Pepi. Llamaron al primero pero tenía el buzón de voz. La chica respondió al cuarto tono. El agente se identificó y le explicó que estaba en casa de doña Manuela, queriendo saber la relación que tenía con la mujer. Pepi respondió que la anciana era su madre. Una vez supo que eran familia, le explicó lo que le había sucedido a la mujer. La chica comenzó a titubear.

—Pero si esta misma noche hablé con ella y estaba bien. Cuando me despedí, dijo que iba acostarse porque tenía frío. Dios, ¿está bien?

El agente le explicó lo que el médico había dicho antes de llevársela al hospital.

—Pero, ¿cómo ha sido? Ella siempre está acompañada de Rufi, el labrador que le regalamos hace unos años para que siempre estuviese acompañada.

—Solo puedo decirle que la casa está revuelta y el perro... —él, que era amante de los animales, había sufrido viendo el pobre can con la cabeza destrozada—, el animal está muerto.

Pepi sintió que se le encogía el corazón. Tenía pensado ir por Navidad pero decidió adelantar el viaje para estar con la madre, siempre y cuando llegara a tiempo.

## 25

Las palabras de Iris la habían inquietado. La conocía demasiado bien como para aceptar sus disculpas en plan sensiblero. ¿Qué estaría tramando? Lo comentó con su amiga y ésta le aconsejó que se olvidase de ella. Ya no podía hacerle más daño, aunque eso era muy relativo. En su casa quedaba su madre y Hortensia. Si le hacía algo a ellas era como si se lo hiciese a ella. Intentó desviar esos malos pensamientos y centrarse en la mudanza, en su nueva vida. Los muebles los había comprado por internet y se los llevarían esa misma tarde. Como las paredes estaban pintadas de colores sosegados, aprovechó una oferta y se hizo con una cama cuya forma del cabecero era un poco inclinada, ideal para relajar los hombros y leer, dos mesillas, un escritorio y una silla giratoria. Todo por el módico precio de quinientos euros. En otra tienda compró una funda nórdica con un estampado de orquídeas de colores muy vivos, dos cojines con sus respectivas fundas con el mismo coloreado y una lámpara de pie de mesa cuya pantalla era de color fucsia, como el estampado del nórdico.

Mateo le había dado a Lía una copia de la llave de la puerta para que pudiesen proceder con la mudanza mientras él hacía doble turno en el hospital. Era lo que tenía ser médico.

—Tendré que acercarme al súper y comprar algunas cosas —comentó Tami.

Lía fue hasta la cocina y abrió el frigorífico.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —se agachó para hurgar en el pequeño congelador que había en la parte baja—. A mi hermano le encanta el helado, ¿lo sabías?

Tamara negó con la cabeza.

—¿Sabías que le gusta cocinar? Es un manitas —sonrió con picardía.

—¡Mira qué apañadito! —comenzó a anotar en un papel—. Necesito leche, fruta, yogures, queso.

—Y chocolate. Es el afrodisíaco número uno —siguió hablando la amiga.

—¿De verdad que le gusta cocinar?

—Pues sí. Le diré que te prepare algo un día de estos. Te chuparás los dedos —comentó, pasando la lengua por los labios.

Siguieron ordenando cosas hasta que sonó el móvil de Tami. Era Mateo, preguntando cómo iba la mudanza. Sentía mucho no estar allí para ayudarlas pero todavía le quedaban más de doce horas en el hospital.

—Está preocupado por ti —intervino la de los ojos verdes.

—Ésta es su casa, Lía —contestó.

—Podría haberme llamado a mí, que soy su hermana, sin embargo no lo hizo. En el fondo es buen chico. Solo está un poco chalado por la chilena de marras —meneó la cabeza al pensar en ella.

—Sigues empeñada en que no es buena para él.

—Es que no es la mujer correcta —repuso, con ojos relampagueantes.

Tamara no respondió. Vivir bajo el mismo techo del hombre por el que sentía algo y al que no podía amar, era de locos. Definitivamente tenía que seguir buscando un piso.

Se acercaron al supermercado y compraron todo lo que había anotado en la lista y los ingredientes necesarios para elaborar un revuelto de alcachofas con jamón, queso y huevos. Cuando Lía se fue del piso, eran más de las tres de la mañana. Antes de acostarse preparó una infusión y se metió en cama. Al día siguiente lo vería, estarían bajo el mismo techo, aunque solo como amigos.

A las nueve y media de la mañana llegó a casa tras una jornada maratónica. Una vez entró en el piso notó que algo había cambiado. Echo un vistazo y, a simple vista, todo estaba bien, pero la casa olía diferente.

Estaba cansado pero no tenía sueño. Preparó café y se acurrucó en la suavidad del sofá, como hacía cada vez que tenía el turno doble o nocturno, viendo las noticias en el televisor, pero en menos de diez minutos había sucumbido a un sueño profundo, como siempre le sucedía.

Tamara salió del baño sin saber que había regresado aunque al llegar a la cocina sintió el agradable aroma a café recién preparado, miró hacia el salón y lo vio, durmiendo plácidamente en el sofá. Indecisa, se acercó a él. ¿Lo despierto o dejo que siga durmiendo de esa manera tan incómoda?, pensó. Observó el reloj. Tenía que ir a trabajar.

—Mateo —susurró dulcemente, tocándole el antebrazo.

El hombre dormía profundamente.

—Mateo —insistió, acercándose a su oído.

Abrió los ojos y la vio allí, frente a él, en su casa, a centímetros de su cara.

—Tengo que irme a trabajar. Deberías acostarte en cama o acabarás con una lesión en las cervicales —sugirió, alejándose para que hubiese espacio entre ambos.

El chico se levantó y estiró el cuerpo.

—Hoy es domingo —dijo, tras un bostezo.

—Y los domingos también trabajo, aunque solo por la mañana —respondió, colgando el bolso del hombro—. Hasta luego.

Mateo bostezó una segunda vez.

—Oye, Tamara. ¿Te apetece comer conmigo? —tosió—, es decir. Yo preparo la comida y almorzamos aquí —su voz sonaba relajada.

Ella lo miró perpleja. ¿De verdad se lo estaba proponiendo a ella?

—Si es por mí no te molestes, de verdad que me las apañaré —dijo, buscando las llaves del coche en el bolso.

—Lo hago encantado. Así no tendré que comer solo —se defendió.

¿Comer solo? ¿Dónde quedaba Isidora en todo aquello? Daba igual. Se lo estaba proponiendo a ella.

—Si quieres pido algo ya cocinado. Tú tienes que dormir —esto último lo dijo sonriendo.

—No te preocupes por mí. Estoy acostumbrado a dormir pocas horas. Además. Tengo tres días libres y podré dormir lo que me apetezca —detalló.

—Muy bien. Ayer compré algunas cosas que fui colocando en la nevera y en aquel armario —señaló con el dedo—. Puedes coger lo que necesites. Yo saldré sobre las dos.

Él guiñó un ojo y regresó al sofá. Sabía que, si se acostaba en la cama, sería incapaz de levantarse en unas horas para preparar el menú que tenía en mente. Se tumbó de espaldas, cubriendo los ojos con el antebrazo y se quedó dormido.

Tami, mientras tanto, meditaba en el trabajo sobre la propuesta, llegando a la conclusión de que no tenía la menor importancia. Hoy cocinaba él y mañana podría hacerlo ella, como dos buenos compañeros de piso, sin más

implicaciones. La inquietud iba en aumento tras hablar con Lía y comentarle que almorzaría con él en casa.

—Eso es una señal —sugirió con inusitada rapidez.

—Lía. Solo es una comida, no veas fantasmas donde no los hay —contradijo con voz tajante.

—De acuerdo. Igual me paso más tarde a tomar café. El día está lluvioso y no tengo nada más importante que hacer —aclaró, aunque sabía que no lo iba a hacer. Debían pasar juntos más tiempo para conocerse mejor y crear un vínculo de unión.

Una vez finalizó su jornada de domingo, pensó que, dado que Mateo era un fanático del helado, sería una idea genial comprar para el postre uno que a ella también le encantaba. Se trataba de un helado de frutas de medio kilo sin grasas añadidas que llevaba limón, mango, fresa, frambuesa y mandarina.

Cuando llegó al piso, percibió un agradable olor a comida rica.

—¡Qué bien huele!

En ese instante Mateo sacaba del horno las patatas gratinadas con bechamel y queso.

—He traído el postre —dijo, enseñándole lo que había en el interior de la bolsa.

—Helado. Me fascina el helado —reconoció.

—Pues éste creo que no lo has probado y te va a encantar. Es mi favorito, y el de tu hermana Lía.

—Te advierto que soy muy buen catador —cogió la bolsa y la introdujo en el congelador—. Vamos a comer antes de que se enfríe.

Además de las patatas gratinadas, había preparado fideuá de gambas.

Durante la comida, Mateo se interesó por ella. No comprendía qué prisa le había entrado por querer alquilar un piso de inmediato, pero, una vez le explicó que Iris había regresado a casa, lo entendió y la vio preocupada. Cuando llegaron al postre, fue ella quién lo sirvió en dos copas de cristal.

—Tienes razón. Está delicioso —reconoció.

—Ya te lo había dicho. En ese establecimiento los elaboran de forma artesanal. Mi madre siempre los compra ahí —dijo, lamiéndose los labios.

—Tienes helado ahí —comentó, mirando hacia su boca, capaz de tentar a un mártir.

Ella volvió a pasar la lengua por la comisura de la misma.

—¿Ya?

Él la imitó, señalando con su lengua la zona por la que todavía le quedaban restos de esa crema congelada de diversos colores y sabores. Ella lo copió.

Un mensaje, en el teléfono de la chica, rompió el momento erótico. Lía decía que había quedado con otra amiga y, por tanto, no se pasaría por el piso para tomar café. Él puso los ojos en blanco y esbozó una sonrisa encantadora.

—¿Tienes planes para esta tarde? —interrogó, mientras arreglaban la cocina.

—No. Me encantaría tumbarme en el sofá y ver la tele.

—Eso mismo pensaba hacer yo. Tengo pendiente colocar varios estantes en el cuarto de la lavadora y unos cuadros en mi dormitorio, pero lo haré en los próximos días. Tengo el cuerpo molido, y ni te cuento cómo están mis pies —asintió.

—¿Te has acostado?

—Sí, en el sofá —bromeó.

Tamara giró la cabeza hacia él.

—Vamos, estírate en el sofá —le ordenó.

—Pero... —intentó protestar.

Le puso un dedo en los labios para acallar su protesta.

—No hay peros que valgan.

Tiró de él hacia el salón y le pidió que se descalzara.

—Tengo cosquillas. Sé benévola conmigo, te lo suplico —admitió, dejando escapar aire por la boca.

—No será para tanto.

—Sí lo es. Tengo la piel muy sensible y el más mínimo roce me produce un cosquilleo que no puedo aguantar —confesó.

—Entonces —hizo un alto como si estuviese pensando—, lo mejor será que le ponga alguna crema hidratante. Espera, tengo una en mi habitación.

—No me gustan los potingues que os ponéis las mujeres —se lamentó.

Tami regresó con un bote de color verde y en el que rezaba "Crema hidratante con extracto de aguacate".

—¿Preparado?

Él arrugó la frente, negando con la cabeza.

—Esto es muy sencillo. Observa.

Comenzó poniendo un poco de aquella crema en las manos pasándolas primero por la parte superior del pie derecho, desde los dedos hasta el tobillo. Así su piel iría acostumbrándose al tacto. Unos instantes después bajó a la planta con mucha sutileza. Con los pulgares comenzó a realizar movimientos en forma de círculos.

—¿Vas bien? —preguntó. Hasta ese momento no había hecho ningún gesto de incomodidad, más bien lo contrario. Había dejado caer la cabeza sobre un cojín y cerrado los ojos.

Mateo dijo un sí muy sereno.

Era el turno de masajear los dedos. Aplicó sobre las manos un poco más de crema y empezó a jugar con las yemas de los dedos pero con mucha delicadeza, comenzando por el pulgar hasta acabar en el meñique. Miró hacia su cara y, para su sorpresa, se había quedado dormido. Dejó el pie derecho y pasó a realizar el masaje sobre el izquierdo. Tan pronto finalizó, cogió la manta que tenía a los pies de su cama y lo cubrió. Le encantaría acostarse a su lado y sentir el calor de su cuerpo pero eso era totalmente inviable en aquel momento. Solo eran amigos y, ahora también, compañeros de piso. Entró en su dormitorio y se puso a leer.

Lía le había escrito a Tamara que había quedado con alguien esa tarde pero no le dijo la verdad. Se había encerrado en su cuarto para investigar, con más exigencia, la vida de Isidora. Esa mujer tenía que salir de la vida de su hermano y, como las palabras se las llevaba el viento, decidió buscar pruebas fehacientes que acreditasen lo que ella venía denunciando.

Navegó por distintas redes sociales donde ya la había visto antes, pero, como tenía tiempo, entró en su perfil para ver a quién seguía y quiénes eran sus seguidores. Había un poco de todo aunque la mayoría eran hombres, algunos de su misma profesión, otros tantos de su mismo país de origen y,

casualmente, todos más jóvenes que ella. Por supuesto, Mateo no aparecía en ninguno de esos perfiles. Las fotografías que publicaba eran, en su mayoría, de contenido erótico y sensual, y, en ningún momento, y eso que físgoneó en su vida hasta tres años atrás, publicó contenido relacionado con su trabajo, ni siquiera tenía un blog en el que hablara de salud.

Durante su inmersión en la vida pública de la chilena, no logró encontrar algo suficientemente sustancial y comprometido como para restregárselo por la cara a su hermano. Tenía que pasar al siguiente plan, que ya había estudiado con anterioridad: crear un perfil falso como si se tratase de un chico. Solo tenía que buscar la foto de un hombre guapo y sexi y contactar con ella. Debía ser una persona que hubiese viajado mucho, culto y al que no le gustasen los compromisos serios. Su perfil falso adquirió el nombre de Jason, nacido en Canadá pero residente en Madrid, treinta años, ingeniero de vuelo. Una vez lo tuvo todo creado le pidió amistad y la siguió en las otras redes sociales. En unos días le enviaría un mensaje. Satisfecha con el trabajo realizado, apagó el portátil y se acostó. Era más de medianoche y tenía los ojos muy cansados.

Cruzó los dedos. Ojalá Isidora picase el anzuelo.



## 26

Los médicos que estaban atendiendo a Manuela en el hospital, contactaron con la hija para explicarle la situación de su madre. Tenían que operarla de la cadera pero dicha intervención era un tanto delicada, dada la avanzada edad de la anciana y los golpes que había recibido en el atraco. Necesitaban el consentimiento de algún familiar cercano para implantarle una prótesis parcial pues tenía fracturado el cuello del fémur.

Pepi tenía un billete de avión reservado para primera hora de la tarde pero los sanitarios necesitaban su conformidad con urgencia. No podían esperar más tiempo. Dio su aprobación con los ojos rebosantes de lágrimas. Su madre era fuerte, tenía que superarlo.

La inspección ocular de la Policía Judicial de la Guardia Civil de Galicia, en la vivienda de la octogenaria, había sido exhaustiva. Buscaban restos biológicos, sangre, huellas, cabellos o cualquier cosa que pudiera ayudar a identificar a los posibles autores del robo, aunque, en la mayoría de los casos, los ladrones solían tomar muchas precauciones, especialmente usando guantes. Hablaron con todos los vecinos por si habían visto algo, a algún extraño, un vehículo merodeando por las cercanías u oído algo, pero los resultados fueron negativos. La única persona que podría facilitar alguna información sería la propia Manuela, salvo que los asaltantes llevaran el rostro oculto bajo un pasamontañas o máscara para evitar ser identificados. También podría darse el caso que escuchase sus voces.

El teniente, un hombre de unos cincuenta años, mediana estatura, pelo canoso, nariz aguileña y gafas graduadas estilo *Aviador*, tenía una corazonada. Los atracadores eran conocidos, de cerca, y pensaron que habían rematado a la anciana con la paliza que le habían propinado.

Eran más de las once de la noche cuando Pepi llegó al hospital. Una enfermera le informó de que su madre seguía en quirófano. Llevaba más de cuatro horas y no sabían cuándo saldría. Se acercó a la máquina de café e introdujo varias monedas. No debería tomar esa bebida estimulante pero el cuerpo se lo pedía a gritos. También compró frutos secos, un sándwich mixto y un refresco de naranja. Se sentó en una esquina para cenar, y lo hizo no porque tuviese apetito sino porque así se lo había prometido a su pareja antes de abandonar París. Ahora tenía que comer por dos. Unas horas después la

informaron de que había finalizado la intervención aunque estaría en la UCI bastante tiempo dado su estado delicado. Su madre estaba en coma. Pepi comenzó a llorar. El doctor le explicó que ese estado se debía a los golpes que había recibido en el cráneo. El estado de coma era una alteración de la conciencia como medida de protección que dejaba intacto el metabolismo y las funciones cerebrales. Según los médicos, habría que esperar unos días, quizás unas semanas. También podría darse el caso de que no despertara nunca y falleciera a causa de una infección, que era lo más común en esos casos. Fuera como fuese, tenía que ser fuerte. Ella le había enseñado a enfrentarse a las contrariedades y a la muerte.

Al no contar con familia cercana que la pudiera acoger mientras su madre no se recuperara, pidió alojamiento en el hotel de Violeta. Se conocían del pueblo y siempre que venía de vacaciones con su pareja, reservaba allí porque le gustaba la atención, la exquisita comida y porque tenía confianza con el matrimonio. Por la mañana, tras hablar largo rato con Violeta sobre lo que le sucedió a su madre, ésta se ofreció para acompañarla a la vivienda de la anciana. Cuando llegaron, la puerta estaba a medio cerrar. ¿Habría alguien en el interior? Un indigente, un sintecho que se había refugiado para escapar del frío de la noche o quizás algún animal, pero no encontraron a nadie. Violeta le preguntó si quería entrar sola pero ella prefirió su compañía. El aire que entraba por la puerta cortaba como un cuchillo afilado.

La Policía le había dicho que todo estaba muy revuelto y eso fue lo que vieron al entrar. Sillas tiradas por el suelo, una botella de agua, un paraguas, el vaso de cristal hecho añicos. Se fijó que la madre había estado alimentando la chimenea para que se consumiera durante la cena. La peor parte se la había llevado el cuarto. El colchón lo habían quitado del sitio, las sábanas y mantas estaban sobre una silla de madera, igual que las que había en la cocina. También había chaquetas, jerséis, faldas, todo de color negro, y ropa interior como bragas de algodón, sujetadores y medias. Lo habían revuelto todo para hacerse con el poco efectivo que tenía escondido la anciana bajo su cama. Entre las dos arreglaron el dormitorio y la cocina, limpiando la sangre de doña Manuela, que había quedado impregnada en el piso a causa de los golpes. Al acabar se pasaron por la comisaría de la Policía para saber si habían descubierto algo y para recoger el teléfono de la anciana. No había habido avances. La única esperanza para progresar sería que la octogenaria despertara, se recuperara y contase todo lo que había visto. El teniente que

estaba llevando el caso le comentó que en las últimas semanas se habían producido varios asaltos en viviendas habitadas por ancianos. La diferencia de éstos con el sufrido por doña Manuela era que, en los otros, las personas mayores no se encontraban en casa o no se enteraron de la intrusión hasta varias horas después. Según él, tenía que tratarse del mismo grupo de asaltantes. Hasta el momento no habían cometido ningún error, no habían dejado huellas ni ningún tipo de prueba. Parecía cosa de profesionales del hurto. Cualquier atisbo de pista se había esfumado tras las primeras pesquisas.

Noelia pensó que había llegado el momento de acercarse a la casa donde vivían sus hijas y la mejor manera no era otra que a través de ellas mismas. Llamó por teléfono a Iris y le dijo que pasaría a recogerla a media tarde, y que, si quería, podía decírselo a Uxía. La joven rebelde fue la que abrió la puerta principal. La madre sonrió al verla.

—Hola, conejita —saludó con efusividad—. ¿No tienes una camiseta más bonita?

—La compramos juntas tú y yo, ¿no lo recuerdas?

—Ah, cierto, en qué estaría pensando —se disculpó.

En la mano traída dos bolsas.

—¿No está tu hermana? He traído un regalo para cada una —dio un tirón a la puerta y pasó al interior. Iris llamó por Uxía, que bajó las escaleras con vertiginosa velocidad. Noelia le tendió las manos.

—Hola —dijo, sin acercarse demasiado a ella.

—Chicas, ¿nos podemos sentar un momento? —preguntó, observando con atención cada detalle de la casa. Esa tal Violeta parecía tener muy buen gusto.

Las gemelas se miraron.

—Vamos al salón. Papá y Violeta no están —señaló la de la melena, echándola hacia atrás. Uxía hizo el remolón.

Se sentaron y Noelia les entregó las bolsas. Envueltas en papel de regalo había dos camisetas compradas en una prestigiosa firma de moda.

—¿Os gustan? —preguntó, mirando sola hacia Iris.

—¡Me chifla, mamá! Muchas gracias —dijo, eufórica. Para ella era muy importante el hecho de que su madre le hiciese un regalo.

Miró a su otra hija.

—Es chula. Gracias —opinó, sin demasiado énfasis.

Noelia comprendió que Uxía no estaba cómoda teniéndola allí, en la casa de Violeta.

—No lo dices muy entusiasmada —argumentó la progenitora.

—Nuestra madre ha hecho un gran esfuerzo comprándonos estas camisetas, no seas desagradecida —refutó la fiel defensora de Noelia.

—Lo siento, no era mi intención crear esa sensación. En serio, me gusta mucho —añadió la de cabellos cortos, muerta de la vergüenza.

—Eres una hipócrita, Uxía. Se te nota en la cara —decretó la hermana.

La aludida, molesta con la hermana por el comentario, se levantó y abandonó la estancia.

—No deberías ser tan dura con ella. Las dos sabemos que es una blandengue pero debemos tenerla de nuestra parte. Nos interesa —comentó la del pelo con el corte asimétrico.

En ese instante escucharon el ruido de unos tacones resonar en el suelo de piedra de la entrada principal.

—Deben ser ellos —se había levantado de golpe, preocupada por lo que podrían decirle.

—Tranquila, cielo. Actúa como si fuese algo normal. Sonríe —comentó Noelia.

La pareja, todavía cogida de la mano y estupefacta, se acercó al salón.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Valentín en un tono arisco y casi entrecortado.

Las mujeres cruzaron las miradas. Ambas vestidas de forma elegante y con el cabello bien arreglado.

—Papá. Ha venido a vernos y trajo un regalo para Uxía y otro para mí. Mira —orgullosa, cogió la bolsa y extrajo la camiseta para que la viesan.

—El regalo es lo de menos. No deberías estar en esta casa —dijo con sequedad, ignorando a la hija para enfrentarse directamente con la ex.

—Pero papá —se interpuso la chica.

—No te metas en esto, Iris. Sube a tu habitación —ordenó el hombre. Su mirada regresó a Noelia.

Violeta permanecía en silencio sin dar crédito a sus ojos y oídos.

—No era mi intención molestar, Valentín. No culpes a la niña —explicó la mujer sonriendo teatralmente. Odiaba verlos juntos, agarrados de la mano.

—No tienes ningún derecho a entrar en nuestra casa ni en nuestras vidas,

así como así —gritó, señalándola con un dedo.

—Solo quería ver a mis hijas —de la sonrisa fingida pasó a convertir aquello en un drama.

—Me da igual. Puedes verlas pero fuera de nuestra casa —chilló—. Por cierto, ¿dónde está Uxía?

Violeta supo que se estaba alterando y lo agarró del brazo. Noelia observó ese gesto con celo.

—Se ha enfadado y ha subido a su habitación —dijo la otra hija.

—Pues tú debes hacer lo mismo —insistió, señalando las escaleras que subían a la siguiente planta, donde estaban ubicados los dormitorios.

La adolescente frunció los labios hasta que la progenitora asintió con la cabeza.

—No vuelvas a entrar en esta casa sin nuestro permiso o sin estar nosotros presentes. ¿Lo has entendido? —decretó con un deje de molestia.

—Valentín, no me separes de ellas, te lo ruego —fingió llorar cuando se giró para coger un pañuelo en el bolso.

—Pues entonces haz las cosas de manera correcta. Has vuelto a la vida de las niñas pero no a la mía. Recuérdalo bien porque no quisiera tener que mencionarlo una vez más —dijo, con acritud y sin temblarle la voz. Tenía que dejarle bien claro que él era feliz con su vida actual, con su esposa Violeta y con sus tres chicas.

—Me ha quedado claro —inclinó la cabeza para dirigirse a la puerta. No quería comprobar la cara de satisfacción de su actual mujer—. Pero puedo pasar a recogerlas, ¿verdad? —dijo con un hilillo de voz, antes de salir.

—Hasta la puerta, Noelia —contestó sin pizca de ambigüedad. Había pasado de hablar entrecortadamente a la inquina.

Ella asintió y abandonó la vivienda. En ese momento tenía sentimientos enfrentados. Estaba satisfecha porque al fin se había encontrado con la esposa actual de Valentín y había comprobado que era hermosa y elegante, tal y como le habían contado. Por otro lado estaba molesta por la forma en cómo la había tratado él, como si fuese una perra sarnosa. Cuando llegó al coche volvió la vista hacia la mansión de la familia Andrade.

—Lamentaréis haberme tratado así —susurró con una sonrisa maliciosa—,

ya lo creo que sí.

Violeta la observaba a través de la cortina.

—Cariño, ¿no crees que has sido demasiado duro con esa mujer? Parecía ofendida por tus palabras. Creo que hasta me dio pena —comentó la esposa.

—¡Cómo esperas que me ponga! Si no le paramos los pies, pronto la tendremos comiendo con nosotros a la mesa y durmiendo en nuestra casa. De ninguna de las maneras consentiré que ponga un pie en nuestro hogar, Violeta. Deberías estar conmigo en esto —afirmó, todavía enojado.

—Claro que estoy contigo, cariño, solo que me dio pena. Ella quiere recuperar el amor de sus hijas. Es comprensible. Yo soy madre y haría lo mismo —dejó caer su punto de vista.

—Cierto, eres madre, pero tú no has abandonado a Tamara y no has hecho las cosas horripilantes que hizo esa mujer. La casa es tuya pero si vuelve aquí, la responsable serás tú y yo no quiero estar presente —estaba tenso. Esa mujer lo alteraba.

—Me molesta que me digas eso. Su situación me produce tristeza y, por un instante, aunque solo fuese una fracción de segundo, me puse en su piel. Siento que lo digas así. Yo estoy contigo en esto —contestó con cierto aire de melancolía y dolida por su último comentario.

—Perdona, mi vida. Esa mujer me inquieta —la abrazó.

—¿Y crees que a mí me gusta verla aquí, cerca de ti? He visto cómo te mira, Valentín, y, como bien dicen, donde hubo fuego, cenizas quedan —reconoció, apoyando la cabeza en su hombro.

—Jamás te cambiaría por ella, cariño. Tú eres toda bondad, una buena mujer, la esposa que todo hombre desea tener. Ella no te llega ni a los tobillos. Me crees, ¿verdad? —la miró a los ojos y besó su nariz.

—Sí, te creo pero no quiero escucharte decir que ésta es mi casa —advirtió, arrugando la frente—. Cierto es que la heredé de mis padres pero es nuestro hogar, donde nos haremos viejecitos. Lo mío es tuyo, mi amor —lo besó. Entonces sintió que el cuerpo del hombre se aflojaba.

Al día siguiente del encontronazo con Noelia en su casa, Violeta y su marido fueron a tomar café al piso de Mateo. Tamara le había preguntado si podía

invitar a su madre una tarde, para que viese dónde vivía y él le dijo que estaba en su casa.

El aroma a café recién hecho se coló por el hueco de la puerta. Al verse, Tamara se abrazó a su progenitora como si llevaran años sin verse. Entraron y les enseñó su habitación y las zonas comunes del piso.

—El chico goza de buen gusto, pese a ser médico y tener poco tiempo para la decoración —comentó la madre.

—Créeme, mamá. Tiene mano para muchísimas cosas —contestó la chica.

—¡Ah, sí! —exclamó la invitada, queriendo saber más.

—Sentaros que ahora llevo el café y unas pastas que Mateo hizo especialmente para hoy.

La pareja cruzó miradas. ¿Estaba hablando del hermano de Lía, el joven médico del hospital? Tami sirvió el café y puso sobre la mesa un plato con pastas de té sin azúcar.

—¿En serio las ha hecho él? —su madre las probó y estaban exquisitas, como las que hacía Hortensia.

—Sí. Ayer por la noche al volver del trabajo y tras decirle que veníais esta tarde —anunció.

—¡Qué bien te trata! —opinó Valentín.

—Es muy majo —musitó, mordiéndose el labio inferior.

—¿Solo majo? —insistió el hombre.

—Es muy buena persona. Lía ya me había advertido de ello pero cada día me asombro más —señaló la chica. Ellos la miraban con atención—. ¡Qué!

—¿Tiene novia? —indagó el hombre.

— Y eso qué importa —el encogimiento de hombros fue elocuente—. Sale con una compañera del hospital. Él dice que no es nada serio y Lía opina lo mismo.

Cuando se iban, después de dos horas charlando y riendo, llegó Mateo del trabajo con cara de cansado. A Violeta la conocía de cuando era un niño y también se habían visto en el hospital, cuando ingresara Tami, pero a Valentín no lo conocía. La chica los presentó y se quedaron un rato más. Después se fueron con un buen sabor de boca. El compañero de piso de



Tamara era un chico encantador y además sabía cocinar. Ambos coincidieron también en que, por mucho que intentara disimular y hacerles pensar lo contrario, la chica estaba enamorada del propietario del piso. No sabían cómo acabaría aquella relación, pero cabían dos opciones. La primera sería que cada uno fuese por su lado. Él seguiría viviendo allí y Tamara buscaría otro piso para ella sola, independientemente si en algún momento intentaran cierto tipo de acercamiento. La segunda opción sería que acabasen juntos.

Tan pronto se fueron, Mateo se metió en la ducha y luego prepararon la cena. Pepito de lomo con pimientos rojos y queso, otro plato *delicatessen* del joven doctor apasionado por la cocina. Al acabar, se sentaron frente al televisor.

—¿Alguna peli interesante para esta noche? Mañana no madrugo — comentó el chico mientras hacía *zapping* con el mando a distancia.

—Si te gusta el cine de comedia, hoy ponen "Juega hasta el fin". Tuvo muy buenas críticas cuando la sacaron, en el año 2013 —lo había visto esa mañana en el periódico.

—Genial. Vamos a troncharnos de risa un rato —localizó el canal y dejó el mando sobre la mesa.

—¿Te importa si me pongo el pijama?

—Ah... no, digo sí, claro. Póntelo. Estás en tu casa —tosió varias veces.

Unos minutos después apareció con un pijama en tono rosa y gris con estampado de búhos y una pequeña manta con la que, días antes, había tapado a Mateo.

Cuando estaba a punto de finalizar la película, sonó el timbre. Miraron el reloj. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Solo podría tratarse de algún vecino. Mateo se dirigió a la puerta. La luz del salón permanecía apagada. Tami estaba expectante y se había girado en el sofá para comprobar quién era el visitante nocturno. Aguzó el oído:

—Tú, aquí. ¿Cómo has entrado?

Tamara pensó que podría tratarse de Lía pero la voz que contestó para nada le era familiar.

—Aproveché que bajaba alguien para entrar —acarició sus mejillas—. Acabo de salir del hospital y me apetecía verte. Todavía no me has invitado a tu nuevo hogar, papito.

Tami se dejó escurrir en el sofá. ¿Cómo debía comportarse en aquel instante?

El médico se hizo a un lado y miró hacia el interior, donde estaba Tamara. Fue entonces cuando las mujeres cruzaron las miradas.

—Hola —dijo, avergonzada.

Isidora dio varios pasos al frente hasta lograr verla por completo. Estaba tumbada en el sofá, con una manta por encima y en pijama.

—Tú eres la chica del hotel —miró hacia Mateo.

—Te lo puedo explicar —susurró.

—¿Todavía no se lo has comentado? —dijo Tami, un poco confundida por la situación.

—Se me ha pasado —se llevó una mano a la frente.

—Me encantaría escucharte, querido.

—Yo mejor me retiro y os dejo a solas —opinó la del pijama, que se había levantado para retirarse a su dormitorio.

—Mejor quédate. Esto se está poniendo muy interesante, querida —se giró hacia el hombre para que comenzase a explicarle.

—Verás —carraspeó varias veces seguidas para aclarar la garganta—. Tamara precisaba salir de su casa por diversos motivos que ahora mismo no vienen al caso, y necesitaba hacerlo con urgencia. Estuvo buscando piso con desesperación, como una loca —dijo de manera filosófica, moviendo la cabeza y utilizando su lado teatral—, pero no lo consiguió por varias razones. Pedían demasiado o eran muy viejos y ni siquiera contaban con ascensor y cocina eléctrica. Mi hermana me lo comentó y me pareció una magnífica idea. Será temporal y así me ayudará con los gastos de la hipoteca —narró concienzudamente.

—¿Una magnífica idea? Realmente con el salario que tienes, ¿crees que me trago eso que dices de ayudarte a pagar la hipoteca?

—Lo que importa es que estoy ayudando a una vieja amiga que está pasando por un mal momento. Ella me paga un alquiler —aclaró el joven.

—Todo lo que ha dicho es verdad. Solo somos amigos —corroboró Tamara, que se las había apañado para controlar ese tumulto de emociones que bullían dentro de ella. Su interior era una amalgama de confusión.

—Perfecto. Todo aclarado —se acercó al sofá y lo estudió con detalle; habían estado allí y los dos en pijama. Luego analizó el resto del salón y la cocina. Poco le faltaba para montar una escena y perder el control pero respiró hondo—. Bonito apartamento, querido.

Aspiró con fuerza y asintió con la cabeza. Entonces supo que en la vivienda vivía una mujer, y no era ella sino la amiga de la hermana de Mateo.

—¿De verdad te gusta? —se acercó a ella y la cogió de la mano para enseñarle el resto de las habitaciones.

—Bueno, chicos. Yo me retiro. Buenas noches —se adelantó a ellos y cerró la puerta de su dormitorio para que ella no entrase.

Una vez recorrieron el resto de la casa, regresaron al salón. El televisor seguía encendido.

—Ni siquiera se ha preocupado de apagar la tele —murmuró.

—No seas pejuguera. Se ha puesto nerviosa con tu presencia.

—Entonces eso significa que tiene algo que ocultar —rechistó.

—¿Ella? Para nada. Solo que no esperaba que te presentaras aquí sin avisar y tu presencia la cogió por sorpresa. Habíamos hablado de que yo te lo comentaría pero se me pasó. Es normal que se sintiese algo incómoda —explicó el hombre.

—Pues que se vaya acostumbrando, querido, porque pienso venir más a menudo —se aferró a su cuello y lo besó lascivamente, pasando su lengua por los labios de él.

—Oye, creo que no deberíamos...

La cubana bajó la mano derecha hasta su entrepierna, acariciando la tela del pijama.

—¿Qué querías decirme? —preguntó, mientras seguía masajeando el abultado pantalón y besaba su cuello.

—No es una buena idea —su voz era entrecortada—, me refiero a hacerlo aquí. Podría oírnos.

—A mí eso me pone muy cachonda. Realmente me encantaría ver su cara. Igual se anima —se regodeó, hambrienta de su verga y pasando la lengua lentamente por el labio inferior.

—De verdad. Me siento incómodo —insistió, pese a que Isidora no había interrumpido su masaje erótico; más bien lo había incrementado, introduciendo la mano en el interior del pantalón.

—¿Quieres que pare? —lo miró fijamente a los ojos, turbios de deseo, pero sin dejar de acariciar su miembro.

Él negó con la cabeza. Estaba tan excitado que, si no fuese por la presencia de Tami en la vivienda, la tomaría sobre la mesa de la cocina con toda la brutalidad que a ella le gustaba.

—Ven —tiró de ella hacia el exterior y entraron en el ascensor. La pasión oscurecía su mirada.

Se besaron como si no existiesen más días. Sus lenguas formaron una sola. Ella se puso delante, frotando el cuerpo sobre el de Mateo de arriba hacia abajo. Éste colocó las manos en sus caderas, subiendo su falda de forma sutil hasta la cintura. Después subió a sus pechos, duros y erectos. Le bajó el sujetador para sentir su tersa piel y tiró de los pezones, devoró su óvalo facial y orejas con la lengua. La otra mano halló el valle y se introdujo en su vulva, buceando con sus dedos en la humedad, castigando su clítoris. Clavó las uñas en sus nalgas de celo. La empujó hacia una de las paredes laterales del habitáculo y se hundió en sus profundidades de manera implacable. Ella jadeaba al tiempo que estimulaba su clítoris. Mateo respiraba fuerte sobre su oído, dándole un tirón de pelo, excitado como un poseso. Ella se apoyaba en el espejo y observaba el acto. Disfrutaba sintiéndose dominada, sumisa, poseída. Poco a poco aumentó la cadencia y violencia de las embestidas hasta llegar al orgasmo. Se arreglaron la ropa y salieron del ascensor, todavía exhaustos.

—Es la primera vez que lo hacemos en un ascensor y ha estado genial —susurró la chilena mientras lo abrazaba. Eso le encantaba aunque siempre quería más... mucho más.

Lo que le había dicho era cierto, aunque sí lo había hecho con otros hombres.

El joven asintió. Esa mujer tenía el poder de desordenar su vida durante unos instantes, que por momentos se hacían eternos, de volverlo loco, de obligarlo a hacer locuras y perder el juicio. Sus anteriores aventuras ocasionales habían sido sosegadas, parsimoniosas, tirando a aburridas.



Al dejarlos en el salón supo que a Isidora no le hacía ninguna gracia que Mateo compartiese la vivienda con ella. También comprendió que ése no era su lugar. Con él estaba cómoda, hacía que se sintiese como en casa, pero no quería ser un incordio para la pareja, aunque entre ellos no hubiese nada de nada, solo una buena amistad.

Antes de quedarse dormida recibió un mensaje de Lía, invitándola a ir al cine al día siguiente. Tami le respondió:

—Me vendría genial salir —al comentario le acompañó un emoticono de tristeza.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Ha estado aquí la novia de tu hermano. Por la cara que puso al verme, no le gustó nada que viva con Mateo y en realidad no vivo con él. Vivo en la misma casa que él pero en dormitorios diferentes —explicó, tras aclararse la garganta—. Solo compartimos la cocina, el salón, el baño, que no siempre, y el cuarto de la lavadora.

Lía tardó más de un minuto en responder. Que hubiera estado allí y que los viese juntos era una gran noticia.

—No te preocupes por ella, ya es mayorcita para distinguir lo bueno de lo malo. ¿Cómo reaccionó mi hermano?

—Se lo explicó todo tal y como es, y menos mal. Creí que le iba a exigir que me echase fuera. Me miró rara —escribió.

—Él dijo que siempre se ven en la casa de ella.

—Sí, pero quería saber dónde vivía y aprovechó para venir al salir del trabajo —detalló la amiga.

—¿Has escuchado ruidos extraños, como jadeos o gemidos? —preguntó la de los ojos verdes.

—¡Lía!

—¡Qué! Esa tía es un volcán, te lo digo yo. Le gusta el sexo duro, con cachetes, esposas y esas cosas.

—Estuvieron fuera un buen rato —relató—. Pero, ahora que lo pienso, él

estaba en pijama, igual que yo, por lo que no pudieron ir muy lejos. Quizás estuvieron hablando de sus cosas en el descansillo de las escaleras — transcribió luego de pensar unos segundos.

—Lo ves. ¡Ay, qué ingenua eres, amiga! Seguro que fue idea de esa guarra. Se lo tiró en el pasillo o en el propio ascensor —el emoticono que siguió al comentario fue de una cara de asco.

—Son pareja, Lía, y libres de hacer lo que el cuerpo les pida —sintió la tenaza de los celos en el estómago.

—Me pongo de mala hostia cada vez que pienso en ella —versó.

—Pues no deberías porque no se trata de tu vida sino la de él.

—Ya. Bueno, te dejo. Mañana nos vemos.

Colocó varios símbolos de besos y cerró la conversación. Quería comprobar si Isidora había picado el anzuelo que le había dejado en varias redes sociales. Revisó y ¡bingo! La tenía. Su plan era entrarle poco a poco, siguiendo sus publicaciones, haciendo comentarios agradables para ella, dejándole piropos y muestras de interés, enviándole mensajes. En menos que cantaría un gallo la tendría comiendo de su mano creyendo que se trataba de un hombre interesado en ella, un hombre con sus mismos gustos sexuales. Le mostraría lo que querría ver.

Para entrar a robar en un domicilio por la noche o durante el día, había que tener agallas; algo que no les faltaba a ellas. Era una sensación muy parecida a cuando estás al borde del orgasmo. Lo disfrutaban y siempre querían más.

El último asalto lo calcularon el día anterior a cometerlo. Por casualidad pasaron con el coche por la vivienda, y preguntaron a una vecina anciana que estaba dando un paseo si vivía alguien allí, pues las persianas estaban bajadas y había hierbas malas en la entrada. La mujer, vestida de negro y apoyándose en un paraguas, les comentó que el matrimonio había fallecido hacía unos meses en un accidente de tren, y que, desde entonces, allí vivía la abuela materna con los dos nietos, de diez y cuatro años. El paso siguiente debería ser hacer vigilancia durante varias jornadas pero no tenían la suficiente paciencia como para ello. Les encantaba la acción y, según ellas, lo hecho con espontaneidad salía mejor que lo premeditado.

—Seguro que se trata de otra vieja chocha pero con mucho dinero. Si los padres de los niños tuvieron un accidente, ha tenido que cobrar una sustanciosa cantidad de dinero —comentó una de ellas tras arrancar.

—Por supuesto. Me huele que será un golpe de suerte. Lo haremos mañana por la noche. Seguro que se acuestan temprano y no se enterarán de nada —dijo la otra.

—Quizá fuese más fácil durante el día, cuando los niños están en el colegio.

—Los niños no me asustan porque son pequeños y estarán dormidos. Me preocupa más la anciana —respondió la que conducía.

—No pasará nada.

—¿Te acuerdas de la otra vieja? —se echó a reír—. Al final tuvimos que acabar con ella. La muy zorra no quería decir dónde tenía guardado el dinero.

—Vamos a procurar que no haya sangre, ¿vale? Solo vamos a por el dinero y las joyas, si las hubiese.

—Ya está la sensiblera de turno —se acercó a ella y le dio un morreo.

A la noche siguiente se prepararon para el atraco. Normalmente vestían ropa negra, calzado oscuro, guantes y, a veces, se cubrían el cabello y el rostro, pero solo a veces. El vehículo lo dejaban en una zona no muy alejada de la vivienda que pretendían robar pero lo suficiente como para que nadie lo



relacionase con el atraco, y que, en caso de emergencia, pudiesen alcanzarlo lo más rápido y fácil posible. Estaban acostumbradas a entrar en casas y hacerse con el dinero y las joyas que hubiese en el interior en tiempo récord. Eran dos almas desprovistas de raíces y sin escrúpulos a la hora de actuar para conseguir el botín.

—¿Crees que ya se han acostado? —preguntó en el interior del automóvil.

La otra ojeó el reloj de pulsera que llevaba en la muñeca derecha, bajo la chaqueta.

—Son las dos y media de la madrugada. Tienen que estar dormidos. Vamos a entrar.

Abandonaron el coche y se dirigieron a la casa sin hacer ningún ruido. Desde el portal inspeccionaron la entrada. Al parecer no había perros ni tampoco alarma. Dieron una vuelta, cada una por un lado, para ver si existían más entradas. Todo parecía estar en orden. La vivienda, de planta baja, no tenía casas alrededor. La más cercana estaba a cuatrocientos metros. Saltaron el muro, de unos noventa centímetros de alto y subieron las cuatro escaleras que había antes de la puerta. Cada una se puso a un lado de la misma. Estuvieron así varios minutos, intentando afinar el oído por si escuchaban algo en el interior. Al ver que reinaba el silencio se concentraron para abrir la puerta con las ganzúas sin armar escándalo y despertar a los que estaban en su interior. Le llevó apenas dos minutos para lograr que la puerta se abriera. El primer habitáculo que encontraron fue un pequeño distribuidor del que colgaban varias puertas que llevaban a la cocina, salón, baño y dos dormitorios. Cada una sabía lo que debía hacer porque ya no era la primera vez. Una de ellas llevaba en la mano un bote pulverizador que contenía la suficiente cantidad de cloroformo, que compraban por internet, como para adormecer a las tres personas que habitaban la vivienda. Solo tenían que pulverizar unas cuantas veces sobre la almohada y conseguirían que se durmieran profundamente. En una de las habitaciones no había nadie pero la cama estaba deshecha. En la que estaba enfrente descansaba una anciana con un niño pegado a su cuerpo y cubiertos con varias mantas. Supusieron que el crío se había despertado con el frío y había ido para la cama de su abuela. En el interior de la casa hacía mucho fresco; probablemente no tendrían calefacción.

—¿Dónde está el otro crío? La vieja comentó que tenía dos nietos —susurró la del pulverizador.

—Ahí no está y en la otra habitación tampoco. Seguro que la vieja se equivocó y solo hay un niño —respondió la otra—. Tú busca en los cajones. Yo iré al salón y también revisaré la cocina, por si hay algo de valor.

Comenzaron a sacar efectos personales de los cajones hasta localizar dinero en diversas carteras escondidas; una en un cajón de la cocina y la otra en una de las mesillas del dormitorio. También encontraron dos cadenas de oro, una de ellas con las fotos de los que, supusieron, eran los padres fallecidos del niño que dormía junto a la anciana. También había dos relojes y las alianzas de la pareja.

—No hay nada más que valga la pena. Vayámonos —introdujo lo incautado dentro de una bolsa de tela de color negro.

La otra asintió. Cuando se disponían a abandonar la vivienda se encontraron con la presencia de una niña de cuatro años que las observaba. Se miraron. ¿Qué se suponía que debían hacer en ese caso? ¿Matar a la pequeña por haber visto sus rostros?

Una de las atracadoras buscó el bote pulverizador que tenía en el bolsillo del pantalón y lo roció sobre la pequeña, que, de forma inmediata, cayó al suelo. Después le propinó un golpe en la cabeza.

—¿Qué haces? Es solo una niña —dijo la otra.

—Tranquila, no la he matado. Ese leñazo hará que no se acuerde de nosotras —se justificó con saña.

—Eso no era necesario. Es una niña muy pequeña como para identificarnos —se agachó con la intención de cogerla en brazos y depositarla sobre la cama.

—Déjala ahí. Te ha entrado la vena de madre protectora pero no disponemos de tiempo —miraron hacia la anciana. Empezaba a moverse.

—No la podemos dejar en el suelo —insistió.

—¡Vamos! —la cogió de la mano y tiró de ella hacia fuera.

Durante varios minutos corrieron hasta llegar al vehículo. Habían alcanzado el punto culminante de la operación.

—Por los pelos. Qué sea la última vez que hagas eso —la reprendió, sentada en el asiento del conductor.

—¿Que no haga qué?

—Quedar pasmada mirando lo que no te importa —explicó, con voz de mando.

—Es que aquella carita, tan inocente y vulnerable, me ganó —reconoció con cierta emoción.

—Si vas a ponerte sentimental —con una mano señaló el exterior mientras conducía— mejor lárgate. En este negocio no cabe la sensiblería ni las tonterías. No voy a jugarme el pellejo por ti, que te quede bien claro —matizó con ferocidad.

—Joder, no ha sido para tanto —exclamó la otra, llevándose las manos a la cara—, fueron solo unos segundos.

—Segundos en los que la vieja pudo haberse despertado y ver nuestras caras de gilipollas.

—Vale, vale. Cometí un error —frotó los ojos repetidas veces—, pero no volverá a ocurrir.

—Eso mismo dijo el Rey —la miró de reojo.

—¡Qué quieres que le haga! Soy madre y... —la otra la interrumpió.

—Y nada. ¿Dónde están tus hijas? ¿Has estado con ellas en los últimos años?

La aludida negó con la cabeza. No había sido una buena madre.

Pisó el acelerador con más energía hasta llegar a un control que había de la Guardia Civil. El agente saludó a la conductora, que había bajado la ventanilla. Lo primero fue pedirle la documentación del coche y el carné de conducir. Una vez la comprobó, le dijo que debía hacerle la prueba de la alcoholemia.

—Agente, no hemos bebido.

—Eso dicen todos —respondió, tendiéndole la boquilla del alcoholímetro.

El guardia se fijó que ambas iban vestidas de negro y llevaban guantes en las manos.

—¿Vienen o van a alguna fiesta? —con la linterna iluminó los asientos traseros.

—¿Por qué lo dice, agente? —preguntó la conductora con mirada de extrañeza.

—Por su indumentaria. ¿Siempre conduce con guantes?

La mujer miró sus manos. ¡Mierda! Se habían olvidado de quitar los guantes.

—En invierno me gusta ponerlos porque tengo las manos frías —se disculpó.

—Pero su acompañante no conduce; sin embargo, también los lleva puestos. El mismo color, la misma forma y, si me apura, hasta el mismo tejido —objetó el hombre de verde.

—Agente, no creo que sea un delito llevar guantes —replicó la conductora en tono venenoso—. ¿Todo bien con la prueba?

El guardia civil observó el resultado en el alcoholímetro.

—Pueden irse —las saludó con la mano y anotó la matrícula. La actitud de esas mujeres no le gustó, ni tampoco su indumentaria a aquellas horas de la madrugada.

—¡Uf! Casi nos pilla —clamó la acompañante del vehículo, muy nerviosa.

—No había motivos para ello —contestó, meneando la cabeza. La bolsa la habían escondido bajo la alfombra del asiento del acompañante.

—No, claro que no, pero tendremos que quemar el coche.

Minutos después de irse las intrusas de la casita, la mujer y el nieto mayor recuperaron la conciencia. La anciana, al darse cuenta que en la cama faltaba su nieta pequeña, se levantó, en busca de ella, pero en seguida la vio, tirada en el suelo y sangrando por la cabeza. La movió y supo que respiraba. El corazón le palpitaba a un ritmo vertiginoso, tenía la sensación de que iba a salirse del sitio, pues a su edad, esos disgustos no eran buenos. Localizó el teléfono móvil que en su momento había sido de su hija fallecida, y llamó a urgencias para que enviaran una ambulancia a su domicilio lo antes posible. Cuando llegaron los sanitarios y, al ver que todo estaba revuelto, llamaron a la Policía y ésta, a su vez, contactó con la Guardia Civil. También apareció el teniente que estaba llevando el caso de los robos nocturnos en la comarca, especialmente los que se producían en viviendas habitadas por ancianos.

La niña fue llevada al hospital en ambulancia, mientras que su hermano y la abuela se quedaron para responder a las preguntas del teniente, y los agentes

que estaban buscando pruebas.

—La señora dice que no se acuerda de nada y el nieto tampoco. Le han tenido que poner algo para que se durmieran profundamente —relató el agente que tenía la grabadora en la mano.

El teniente Campos movió la cabeza varias veces. Sin duda se trataba de los mismos atracadores. Nada de huellas, ni una sola prueba para poder incriminarlos. Eso le enfurecía. ¿Cómo podía ser que siguieran cometiendo robos en la misma localidad sin dejar rastro?

—Qué haga un inventario de las cosas que le faltan —dijo, refiriéndose a la anciana. Su rostro estaba hosco y ceñudo.

El agente fue en busca de la mujer, que estaba siendo atendida por una psicóloga.

—Señor, acaban de decir que han encontrado un vehículo calcinado en el monte Coto da Guía. El compañero que estaba con el control de alcoholemia ha dicho que vio ese vehículo y que lo conducía una mujer, vestida totalmente de negro y con guantes en las manos. Eso le llamó mucho la atención y anotó la matrícula —explicó otro de los agentes.

—Supongo que le harían la prueba, ¿cuál fue el resultado? —preguntó.

El agente abrió las manos.

—Y no tenemos la boquilla, claro —cerró los puños y dejó escapar aire por la nariz—. Es ella —asintió con la cabeza—, pero no pudo haberlo hecho sola. Tiene un cómplice y se creen muy listos. En esta ocasión han quemado el vehículo para eliminar todo tipo de prueba al ser parados en un control de alcoholismo —enmudeció unos instantes para pensar cuál sería el siguiente paso—. Habla con el agente que la paró y pídele que se pase esta tarde para hacer un retrato robot. Llama también al dibujante.

—¿Cree que ha sido ella la que cometió el robo?

—¿Encuentras otra razón para quemar el automóvil en medio de un bosque y de madrugada? —sentía una quemazón en el estómago. Ambas ancianas vivían cerca de los acantilados.

El agente se quedó callado.

Otro de los policías se acercó y le habló.

—Teniente. La mujer solicita ir al hospital para saber de su nieta.

Campos asintió. Habían acabado de inspeccionar la casa, habían hecho las fotografías oportunas y buscado pistas en cada rincón sin obtener ningún resultado, pero la suerte no los había abandonado. Manuela, la anciana que había entrado en estado de coma, por la paliza que le habían dado en su casa, por fin había despertado, y el doctor que llevaba su caso había dicho que, si todo iba bien, en unos días podrían hablar con ella. Ojalá su testimonio fuese comprometedor.

Llevaba semanas devanando los sesos buscando respuestas a esos actos, pero, tarde o temprano los cogerían, solo era cuestión de tiempo.

Noelia llamó por teléfono a Iris para decirle que tenía muchas ganas de pasar una tarde con ella. Aprovechando que Valentín y Violeta no estaban en casa, la adolescente permitió que entrara, saltándose así la prohibición de su padre, y pasaron al despacho de la planta baja donde solían trabajar ambos. La mujer cogió una fotografía en la que estaba Valentín y Violeta. Había sido hecha en las cataratas del Niágara. Ambos sonreían mientras se daban un beso con las cascadas como telón de fondo.

—Parece que no le va del todo mal —expresó, observando el cuadro que había frente a ella. No entendía mucho de pintura pero aquel lienzo debía costar bastante dinero.

La chica movió los hombros sin percatarse de la envidia que sentía Noelia por la opulencia que la rodeaba.

—Oye, cariño. Estoy un poco apretada de dinero —comentó, tras reclinarsse en el mullido sillón de los propietarios de la casa. Agachó la cabeza para hacerle creer que aquello la apenaba—. Me da mucha vergüenza comentártelo. Soy tu madre y una madre no debería pedir dinero a la hija.

—Pues estamos bien. A mí me sueltan la pasta a cuentagotas. No tengo ni para cigarrillos —reconoció la joven.

—Hablando de eso. Mi amigo me ha dado esto para ti. Espero que lo sepas administrar —sacó del bolso un paquete de marihuana y se relajó, reclinándose en el asiento.

Iris abrió los ojos y sonrió.

—¡Gracias! —lo cogió y aspiró el olor que desprendían las hojas secas—. Es buena pero no tengo dinero para pagarlo —su rostro resplandeció de ilusión, como el de un niño con un juguete nuevo.

—Por eso no te preocupes, pero, a cambio y para compensar que he puesto la cara por ti, podrías hacer algo por mí —la miró de frente—. Como te dije, necesito dinero. El subsidio que me pertenece por haber estado en la cárcel no me da para nada —anunció, dejando ver una de esas escenas lacrimógenas.

—Lo sé, es una mierda y tú tienes tus gastos, pero no sé cómo podría ayudarte, porque, como te dije, no tengo dinero ahorrado y el fin de semana solo me dan diez euros. Eso no me da ni para tomar un cubata en la discoteca

—comentó la chica.

—No quiero tu dinero, cariño, pero podrías conseguirme una tarjeta de la mujer de tu padre —espetó muy fríamente, juntando las manos por las yemas de los dedos—. Nadie se enteraría y así podríamos hacernos con dinero a su costa —formuló, con un movimiento de ojos que tenía bien ensayado. Si lograba convencerla, iba a ser el golpe de gracia del momento.

—¿Qué hacéis ahí? —susurró la otra gemela al verlas tan relajadas en el despacho.

Iris guardó la bolsa bajo la chaqueta para que no se la viera Uxía.

—Hola, querida. Solo estábamos charlando —se levantó y le dio un beso en la mejilla que apenas sintió—. Yo ya me iba —pasó la mano por una pequeña bandeja de plata maciza que había sobre la mesa del despacho que debía costar una fortuna.

—Papá te prohibió la entrada —observó. Las tres se desafiaron con la mirada durante unos instantes.

—Y tú no vas a ser la chivata de la familia, ¿verdad? —se acercó a ella y la tomó del brazo para acompañar a Noelia hasta la puerta—. Uxía. Es nuestra madre y no hacíamos nada malo. Solo charlar.

La joven las miró de reojo. Algo estaban planeando y había visto como su hermana guardaba una bolsa bajo la chaqueta.

—Te llamaré mañana —miró a Iris y le envió un beso con la mano. Detalles grandilocuentes que Uxía odiaba—. Hasta luego, querida.

Cerraron la puerta.

—¿Qué escondes bajo el brazo?

—No escondo nada —respondió, sorprendiéndose a sí misma por el tono práctico que había usado.

—No me engañas, Iris. Ese olor es inconfundible. ¿Te la ha traído ella? —el estar bajo arresto en casa de María no había servido para nada.

—No es cosa tuya y mantén la boca cerrada. Si fumo es asunto mío —gruñó, con cierto filo en el tono.

—Iris, tienes que cambiar y olvidarte de esas personas con las que andas. Son gente a la que le falta un tornillo y... —meneó la cabeza varias veces, mirándola con fijeza—. Esa mujer no parece amable ni honrada, aunque sea



nuestra madre. Papá nos lo advirtió.

—Te equivocas, sabelotodo. Ella es buena y está intentando pasar más tiempo con nosotras y recuperar el tiempo perdido —pronunció, alterada.

—Dirás contigo —se giró para regresar a su habitación—. Por cierto. Le he pedido a papá y a Violeta para ocupar el dormitorio de Tamara.

—¿Qué te han dicho?

—Que estoy en mi casa. Me llevaré mis cosas para allí —sostuvo.

En su rostro apareció un rictus de tristeza.

—Puedes llevártelo todo y meterlo por donde te quepa. No necesito nada tuyo ni de ellos —gritó, encolerizada.

—Eres mi hermana pero últimamente te desconozco —aseguró la gemela, rompiendo a llorar.

Entró nuevamente en el despacho y comenzó a rebuscar en los cajones hasta localizar varias tarjetas de crédito; dos pertenecían a Valentín y tres a Violeta. Cogió la de ella de color dorado que decía "*Visa Oro*". Por el nombre supo que no debía tener límite de crédito o uno muy alto. La guardó, sin remordimientos de ninguna clase, en el bolsillo trasero del pantalón para dársela a su madre al día siguiente. Cogió el teléfono móvil y envió un mensaje a Noelia.

—Tengo una *Visa Oro* en mi poder. ¿A qué hora quedamos mañana?

Noelia respondió dos horas después.

—Te recojo sobre las seis. Si te preguntan, diles que vamos a tomar un chocolate. ¿Te ha comentado algo Uxía?

Iris pensó si decirle la verdad.

—No. Creo que está celosa.

—Tendremos que invitarla un día de estos, para que no desconfíe de nosotras, ya me entiendes. Por lo pronto nos interesa tenerla contenta.

—La utilizaremos mientras nos sea de utilidad. Después nos desharemos de ella, como hiciste tú con la tía Churruca —le encantaba ser como su madre.

—No te emociones, ratita.

Iris envió una sonrisa y un beso. Los genes pasan de generación en generación. Su hija era igual a ella años atrás.

## 31

Varios días después de recuperar la conciencia, el teniente Campos y un agente visitaron a doña Manuela en el hospital. Dado que estaba recuperándose favorablemente, el doctor autorizó la visita, siempre y cuando la anciana no se alterara demasiado.

La mujer, acostada en la cama, estaba acompañada por su hija, Pepi. Ésta, al verlos entrar, se levantó. A su madre acababan de ponerle un calmante y estaba un poco atontada.

—No se preocupe. Solo le haremos unas breves preguntas. Ya vendremos otro día con más tiempo, cuando esté más recuperada —aclamó el teniente.

Se acercaron a la cama y Pepi le tocó un brazo para que despertara.

—Mamá. Estos señores son de la Guardia Civil y quieren hablar contigo un momento. ¿Crees que podrías atenderlos?

La anciana abrió los ojos un poco más y asintió con la cabeza. Todavía no estaba en condiciones de hablar coordinadamente.

—Señora. Soy el teniente Campos y —señaló hacia su lado izquierdo—, él es el agente Soto. Vamos a enseñarle un retrato de la que podría ser la persona que la ha agredido. Si la reconoce o le suena el rostro, cierre los ojos una vez durante unos instantes. ¿Lo ha entendido?

La anciana cerró los ojos varios segundos. En vista de que había comprendido lo que le había dicho, Soto, que vestía con ropa de calle, sacó el retrato de una carpeta de la Guardia Civil y la puso frente a ella. La mujer abrió bien los ojos pero no la distinguía.

—Esperen. Aquí tengo sus gafas para leer. Se las pondré —habló la hija.

Abrió el cajón de la mesa auxiliar y extrajo las lentes. Entonces la octogenaria cerró los ojos e intentó hablar pero tenía la boca muy seca.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó Pepi. Ella asintió.

—¿Le suena este rostro, doña Manuela? —insistió el teniente.

Ella cerró los ojos una vez durante unos segundos. Campos acarició el lóbulo de su oreja derecha.

—Eran dos mujeres —dijo, tras quitarse la máscara de oxígeno y con mucho esfuerzo, carraspeando varias veces.

Campos y Soto se miraron. Eran las del control, las que habían quemado el coche en el monte Coto da Guía.

—Muchas gracias, doña Manuela. Nos ha sido de mucha utilidad. Deseamos su pronta recuperación —señaló el teniente, tendiéndole una mano a la hija y acariciando el brazo de la anciana—. Encontraremos a las que le hicieron eso y pagarán con la cárcel, se lo prometo —Pepi entrelazó con fuerza sus manos con la de Manuela. Ver a su madre así le provocaba ardores de estómago y dolor de corazón.

—Lo has hecho genial, mamá. Estoy muy orgullosa de ti —susurró Pepi al oído de su progenitora. Faltaban dos días para Nochebuena y ese año pasarían las fiestas en el hospital.

—Vamos, bien, Soto, vamos bien —manifestó mientras caminaban por el pasillo del hospital.

—Eso parece —respondió el agente.

En diciembre, el hotel rural que administraba la familia Andrade siempre estaba al completo. Cada vez más gente optaba por pasar esas fechas tan señaladas en sitios tranquilos, con encanto, junto al calor de una buena chimenea y dar largos paseos por caminos silentes. Pese a la gran cantidad de trabajo que tenían, siempre las celebraban en familia. Tami acudió como una invitada. Al entrar en la casa familiar, sintió una extraña sensación que recorrió todo su cuerpo. Uxía la invitó a subir a su dormitorio, el que antes había sido de ella. Se la veía contenta por tenerla de nuevo en casa.

—¿Qué tal tu hermana? —le preguntó con inconsciente ternura.

La chica la miró un instante y bajó la mirada. Tami supo que no iba a decirle la verdad.

—Va a su rollo —respondió con brevedad.

—Comprendo —le tendió una mano—. ¿Estás bien?

La adolescente asintió. No quería ni podía hablar mal de su hermana, la que hasta el momento había tenido una vida protegida y cómoda.

Bajaron a la cocina, donde estaba Hortensia, Ana y dos empleadas más que habían contratado para esas fechas, preparando la cena. Poco después apareció Valentín y Violeta y, sobre las nueve, se sentaron todos a la mesa. A medianoche la pareja hizo entrega de los regalos. A Tamara le compraron un colgante de oro y a las gemelas, entradas para un concierto de *Malú* y una pulsera a cada una.

—¿En serio? —comentó Iris.

Todos centraron la atención en ella.

—¿Una entrada para ver a *Malú*? —masculló entre dientes.

—Se habían agotado pero hemos movido unos hilos y conseguimos estas dos. ¿No es fantástico? —afirmó el progenitor.

—Papá. Odio su música. Es a Uxía a quién le gusta —miró al padre con rabia.

—Tu padre lo ha hecho con la mejor de las intenciones —opinó Violeta—. La cambiaremos y ya está.

—Es que eso no es suficiente. No habéis pensado en mí. A ésa —señalando

a Tamara con la cabeza—, le comprasteis una cadena que cuesta un pastón y a Uxía, entradas para ver a su cantante favorita.

—Pero si también era tu preferida —intervino la otra gemela.

—Lo era, hermanita. Hasta hace unos meses —le confesó, furiosa.

—En cualquier caso, no es para ponerse así, Iris. Como bien dijo Violeta, hablaremos con la persona que nos las consiguió y la cambiaremos por otra —aclaró el hombre.

—Vale.

Valentín la miró con firmeza. La terapia con María no había sido suficiente dada la reacción exagerada de esa noche en la mesa. Seguía comportándose como una adolescente caprichosa.

—¿Te han dado vacaciones? —preguntó a Tamara.

—Unos días —respondió—. Lía y yo nos iremos a Tenerife.

—¿Eso significa que no estarás para Nochevieja? —indagó la madre.

—Lo siento, mamá, pero este año no va a poder ser. Ella me lo propuso y me pareció una idea magnífica. Nunca he estado en las islas y ahora hay menos turismo —se justificó.

—Os gustará, incluso podréis daros un chapuzón —comentó el marido.

Ella sonrió y miró hacia Iris. Seguía con cara de perro.

Antes de irse habló con Violeta en privado.

—Mamá. ¿Te imaginas estar bajo el mismo techo que ella todos los días?

La progenitora asintió con la mirada.

—Te echo mucho de menos, hija. Es una lástima que no estés por Nochevieja pero comprendo que quieras divertirte con tu amiga. Es tu momento —tocó las mejillas de Tami.

—Tenéis que tomar medidas con ella o en un abrir y cerrar de ojos pasará por encima de vosotros. No podéis consentir esos arrebatos.

—No es tan fácil, cariño. Se lo he dicho a Valentín pero la decisión la debe tomar él, para eso es el padre —confesó, un tanto angustiada.

—Algunas decisiones no pueden postergarse y debe hacerlo antes de que cumpla los dieciocho años. Después no habrá nada que hacer —la cogió de las manos.

—Qué afortunada soy de tenerte como hija. Eres tan responsable y seria. Sabes ponerte en el lugar de los demás y eso es un valor que no todo el mundo tiene —dijo orgullosa.

—Mamá. Solo he seguido los consejos que me disteis, aunque a veces pienso que lo hice tan a rajatabla que me perdí muchas cosas.

—¿Mateo cenaba con su familia? —curioseó.

—Sí, pero mañana estará de guardia todo el día.

Violeta gesticuló con las manos y se despidieron.

Por fin había llegado el día. Por primera vez en sus vidas, pasarían la Nochevieja lejos de sus hogares, de sus familias. Cogieron el avión por la mañana y el vuelo les llevó ocho horas, haciendo escala en Barcelona. Al llegar al destino tomaron un taxi que las llevó al hotel.

—Me sobra la ropa —dijo Lía, que había guardado el abrigo en la maleta.

—Qué raro. Con lo friolera que eres siempre.

—Ya, pero resulta que ahora mismo estamos a 21°C, listilla. Esto no es Galicia —expuso.

—¿Sabes qué será lo primero que haga en cuanto llegue al hotel?

—Llamar a mi hermano —respondió, guiñándole un ojo.

—No. Ponerme el bikini y darme un baño en esas maravillosas y cálidas aguas —reveló, sonriendo.

—Pero a mi hermano también lo tendrás que llamar. Recuerda que vivís juntos —insistió la de los ojos verdes.

—A Mateo lo llamas tú porque es tu hermano —la señaló con un dedo—, y date prisa que pronto anochecerá.

Tras registrarse en el hotel, subieron a la habitación doble que le habían designado y buscaron en la maleta los trajes de baño. Minutos después estaban dentro del agua, cuya temperatura rondaba los 20°C.

El restaurante del hotel, que para esa noche ofrecía un menú degustación, estaba lleno. De primero presentaron Ravioli de cangrejo regado con crema de cigala y chipirones. Después centro de cherne sobre vieira, cuscús de espelta y carrillada de Wagyu glaseada con vino dulce, puré de calabaza y

verduras, y, para finalizar, cubo de mandarina, Docousse de coco, corazones de vainilla y Gianduja.

A medianoche recibió dos mensajes. Uno era de su madre, deseándole un feliz año nuevo, y el otro lo había enviado Mateo, felicitándola por la entrada en el nuevo año y diciéndole que la echaba de menos. Una lágrima resbaló hasta la temblorosa barbilla.

—¿Qué te pasa? —preguntó su amiga.

—Nada —mintió. No quería que supiera que era por ese último mensaje.

Se acercó a ella y ojeó su móvil.

—Te lo había dicho. Está colado por ti, solo que no sabe cómo manejar la situación porque la chilena lo tiene atontado —versó, agitando la cabeza.

—No digas tonterías. Ahora mismo estarán juntos, disfrutando de la noche —se mordió el labio inferior para evitar que le temblara y se notaran los sentimientos complejos que se abrigaban en ella.

—Sabes que difícilmente me equivoco —la miró y supo que estaba conteniendo la emoción—. Anda, contéstale diciendo que tú también lo añoras, o prefieres que lo haga yo.

Tamara, sabiendo lo peligrosa que era, se apartó de ella y guardó el teléfono en el bolso de mano. Le contestaría cuando llegase a la habitación.

Les habían asignado una mesa para dos aunque enseguida simpatizaron con las demás personas que compartían el salón con ellas, bailando y brindando por el nuevo año. Regresaron a su habitación sobre las seis de la madrugada.

—Creo que he bebido un poco de más —reconoció Lía, tras acostarse sobre la cama sin quitar la ropa.

—Ya te lo dije abajo. No estás acostumbrada a beber.

—Lo sé, pero esta noche era especial —se sentó sobre la cama—. Me lo he pasado en grande y espero que tú también.

—Por supuesto que sí. Ha sido una Nochevieja diferente pero especial. Gracias por invitarme —aseguró.

Mientras Tami entró en el baño, su amiga buscó en la maleta el regalo que le había comprado.

—Feliz año nuevo, Tamara —anunció cuando salía del aseo.

—¿Es para mí?

—¡Para quién, sino! Eres mi mejor amiga, la persona que soporta mis locuras —reconoció.

Tami la abrazó.

—Yo también te he comprado algo —comentó y buscó el de ella en su maleta.

—¡Qué es! ¡Qué es! —exclamó, histérica.

—Ábrelo.

Quitaron los envoltorios hasta dar con el regalo.

—¡Me encanta! —clamó ilusionada. Tami le había comprado una pulsera en la que rezaba "*Amigas Siempre*".

—¿Esto es lo que creo que es? ¡Un consolador! —dejó escapar un grito sofocado antes de taparse la boca.

—Te hace falta. ¿Cuánto tiempo hace que no te comes una polla? —vaciló, con total soltura y haciendo un leve mariposeo con las pestañas.

—¡Lía!

—Todo lo que digo es cierto, por eso llegué a la conclusión de que ése —lo señaló con un dedo—, era el mejor regalo que podía hacerte esta Navidad. Hija mía de mi alma, si no tienes una real debes consolarte con algo; además, éste es de silicona pura, te hace un masaje, vibra, puedes sumergirlo en el agua y también funciona con control remoto. ¡Es una maravilla! —dijo con voz cantarina y pasando la lengua por los carrillos.

—¿Y tú cómo lo sabes? Acaso... —abrió los ojos muchísimo—, oh, también has comprado uno para ti.

—Por supuesto, y ya lo he probado —se rió y movió los ojos de un lado al otro—. Ya te lo dije. Fascinante y casi tan real como el falo de cualquier tío muy cachondo.

—Parece auténtica —lo acarició tras haberlo sacado de la caja.

—Pásale la lengua y verás qué sensación —la retó con mirada picaresca y dándole riendo suelta a la imaginación.

Se rieron. Con Lía era imposible aburrirse o estar triste. Su buen humor era perpetuo, era su antídoto.



Debía tener mucho cuidado a la hora de usar la tarjeta que Iris había incautado a Violeta para ella. La adolescente, además de conseguirle la misma, había logrado localizar el código pin. La primera compra que hizo fue un dormitorio en una famosa mueblería situada en la localidad vecina de Cariño. Lo siguiente fue pagar la cena de Nochebuena y la de Nochevieja en un reconocido restaurante de la zona donde abundó el marisco y los buenos vinos. Lo siguiente que compró fue un arma, aunque para eso tuvo que desplazarse hasta el vecino Portugal, donde es más fácil conseguir armas en el mercado negro o en armerías. También llenó la nevera y acudió a varios clubes privados solo para mujeres. En total gastó más de cuatro mil euros.

—Cariño, ¿has visto el extracto de tu tarjeta? —preguntó Valentín.

—No, pero ya te digo que este mes he gastado más de la cuenta. Entre los regalos de Navidad, la comida, la ropa que compré para Nochevieja y unos detalles que le cogí a Tami para su habitación —aseguró, sin observar la cara de preocupación del marido.

—Has gastado cuatro mil doscientos cincuenta y tres euros —leyó en alto el saldo que aparecía en el resumen que todos los meses enviaba el banco.

—¿Qué? Eso tiene que estar mal. He hecho compras, bastantes, pero el importe no debe pasar de los dos mil euros y ya exagerando —localizó la cartera que tenía guardada en el bolso y sacó los recibos de todas las veces que había usado la tarjeta—. Aquí están los justificantes.

—No se refiere a esa tarjeta sino a la *Visa Oro* —esclareció el hombre.

—Imposible, cariño. Esa tarjeta la tengo guardada en el cajón de abajo porque apenas la utilizo —se puso a su lado y comenzó a buscarla—. No está donde la dejé —dictó, mucho más preocupada que al comienzo de la conversación.

—Has tenido que guardarla en otro sitio. ¿No la tienes en la cartera o suelta en el mismo bolso?

—Estaba aquí, créeme —se pasó las manos por el pelo—. Enséñame el extracto —se sentó frente a él con la frente fruncida por la preocupación.

Valentín se lo pasó.

—Tiene que ser una broma aunque hoy no sea el día de los santos inocentes

—negaba con la cabeza de manera repetida.

—A juzgar por lo que he visto has estado en un club privado —manifestó el marido. Su tono de voz fue serio.

—Eso es totalmente imposible —volvió a levantarse—. ¿Dónde está mi tarjeta?

Le dio la vuelta al bolso y vertió todo su contenido sobre la mesa. Ni rastro de la misma.

—Eso tiene que estar mal. El límite de mi tarjeta es de tres mil euros —comentó, empeñada en convencerse de que aquello no era real.

—No el de esa tarjeta. Se trata de una *Visa Oro* y su límite, si no recuerdo mal, es de cinco mil euros —esclareció el varón.

Ella movió la cabeza lateralmente.

—Buscaré en los otros bolsos. Es posible que me hubiese caído —insinuó, excitada.

—Pero, no puedes tener la tarjeta si dices que no has sido tú quién realizó esas compras —aclaró el esposo.

Ella se quedó inmóvil unos instantes. Su marido estaba siendo objetivo. Había perdido la tarjeta y alguien la había utilizado en su nombre.

—¡Dios santo!

Echó un nuevo vistazo al detalle de los apuntes y anotó los nombres de los establecimientos donde alguien había pasado su tarjeta.

—Alguien ha tenido que cogerla. Siempre ha estado en ese cajón, junto a otras que no utilizo y creo recordar que también había varias tuyas —señaló.

—En esta casa nunca ha desaparecido nada, Violeta, más bien aparecen cosas. Si estás tan segura, tienes que llamar a la oficina del banco para que cancelen la tarjeta. Estos gastos pertenecen al mes de diciembre y estamos a mediados de enero. Han podido usarla estos quince días en a saber qué cosas —sugirió.

—Sí, aparecen cosas como la colmena bajo la cama de mi hija —gritó, sobreponiendo su voz a la de él.

El marido levantó la mirada de los papeles. No esperaba ese comentario de ella.

—Lo siento. No quería decir eso —se disculpó, permitiendo la salida de aire por la boca y dejando en suspenso la diatriba.

—No querías pero lo has dicho —la miró fijamente.

Esas palabras permanecieron presas dentro de ella.

—Discúlpame. Estoy muy enojada, y no contigo sino conmigo misma, por ser tan confiada y dejar las cosas tiradas por ahí —apoyó los codos encima de la mesa y dejó caer la cabeza sobre las manos abiertas.

Tras unos minutos ponderando la situación y de respiración controlada, decidió contactar con la entidad bancaria y denunciar el robo de la tarjeta. Al hacerlo, le comentaron que la misma había sido utilizada hasta esa misma mañana y que el saldo consumado, hasta el momento, pasaba de los dos mil euros. ¿Quién se la había robado? Necesitaba salir de casa y pensar. Cogió el bolso y, cuando se disponía a salir, apareció Iris.

—Tienes muy mala cara —dictó la adolescente.

—Tengo un mal día pero se me pasará —masculló, acercándose a la puerta que daba al exterior.

—¿Papá también está así?

—No sé nada de tu padre, Iris —giró el pomo y salió.

La joven intuyó que algo había sucedido pues, para incomodo de ella, siempre estaban juntos y de muy buen humor. Entró en el despacho y localizó los extractos sobre la mesa. Al ver los importes se asustó. Su madre se había vuelto loca. Cerró la puerta del despacho para llamarla.

—Hola, mamá. Soy yo.

Noelia se acomodó en el sofá que acababa de comprarse con el dinero de Violeta y puso los pies sobre la mesa de cristal ahumado.

—Qué ha pasado, gordita —sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo prendió.

—Estoy viendo el extracto de la tarjeta que te conseguí —susurró.

—Qué pasa con el extracto.

—Pues que has gastado un montón de dinero —bisbiseó.

—Para eso te la pedí. El otro día te comenté que necesitaba una serie de cosas y no disponía de dinero —aclaró Noelia con total parsimonia.

—Pues ya se han enterado así que ve olvidándote de la puta tarjeta —

farfulló.

—Iris, ¡esa boca! —dijo, con guasa. Le recordaba a ella cuando tenía su edad.

La puerta del despacho se abrió y apareció Valentín.

—¿Qué haces encerrada aquí? —estaba más serio de lo normal. Definitivamente se habían peleado.

La chica cortó la conversación. Por suerte ya había dejado el extracto sobre la mesa.

—Estaba hablando con una amiga —respondió, con la cara enrojecida.

—Una amiga... o tal vez hablabas con un chico.

La adolescente agachó la cabeza y salió del habitáculo. Ver a su progenitor triste no le había producido el placer que se había imaginado y, lo peor de todo era que, sin duda, ella era la culpable de que hubiesen discutido. ¿Había sido una buena idea entregarle esa tarjeta a Noelia?

Noelia se levantó y buscó la tarjeta que había guardado en un bolsillo interior del bolso. Era muy probable que hubiesen hablado con la entidad bancaria y ésta hubiese cancelado la tarjeta y, como ya no podía utilizarla, cogió la tijera de la cocina y la cortó en varios pedazos, tirándola en el cubo de la basura.

El hombre se acomodó en el sillón y ojeó los papeles que su esposa había dejado encima de la mesa. Sobre los extractos había hecho varias anotaciones con un bolígrafo de color rojo. La esencia de su mujer estaba por todas partes. La decoración, los accesorios de sobremesa, la manera de archivar los documentos importantes, las flores que había dentro de un jarrón de porcelana japonesa.

Las preguntas quemaban en su mente. ¿Por qué le mentía? ¿Por qué no aceptaba que había hecho esas compras? Hasta ese día creía conocerla, suponía que no había secretos entre ambos y que pasaría el resto de sus días con ella. Ahora ya no sabía qué pensar ni a qué aferrarse. Una idea le vio a la cabeza. Un pensamiento que lo acongojó. ¿Tendría un amante al que le había puesto un piso para encontrarse y dar rienda suelta al rápido surgir del deseo?

Llevaba varios días chateando con Isidora, normalmente a horas intempestivas, desde que se enteró que su hermano le había regalado un anillo en Navidad. ¿Qué significado tenía una sortija en una pareja? En la vida real, quien más quien menos sabía responder a esa pregunta, y era estúpido pensar que su hermano no iba en serio con la chilena. Él quería estar con ella pero, a la par, le encantaba pasar tiempo con Tamara. Isidora ocupaba su sentido por la noche, cuando se veían. Tami había conquistado su corazón. ¿Cómo salir de ese entresijo? Estaba en medio de un atolladero que lo mantenía confundido.

Como se hacía pasar por un chico, tenía que hablar como tal y comportarse como lo haría uno sabiendo que la persona que permanecía al otro lado, estaba dispuesta a todo por pasar un buen rato de sexo. Su hermano, loco por esa mujer, y ésta queriéndose tirar a tíos más jóvenes y adictos al sexo, igual que ella. Los mensajes no solían ser muy extensos pero sí lo suficientemente concretos para lograr su interés y que se mantuviese conectada. Tampoco abusaba del tiempo. Le había costado que la chilena centrara su atención en el personaje que había creado, única y exclusivamente para que ella se abriera a hablar de sexo sin reservas, y no quería estropearlo ahora que lo hacía sin ningún tipo de fingimiento.

Varias veces había sentido el impulso de gritarle y decirle quién era, pero, tras realizar unos cuantos ejercicios de respiración, lograba controlar la tentación y seguir adelante con esa farsa, con el único propósito de desenmascararla ante los ojos de su hermano; la única víctima. Unas cuantas semanas más, manteniendo conversaciones de forma digital con ella y el paso siguiente sería concertar una cita en un hotel, al que acudiría también Mateo. Ese último movimiento sería el más doloroso para los dos hermanos, pero el definitivo para mostrar quién era Isidora en realidad, para demostrarle que él era uno más en la vida de la chilena y no precisamente el más importante. Era consciente de que se enfadaría con ella un tiempo, no sabía cuánto, hasta que comprendiera que ésa había sido la única salida para desnudar la verdad que ocultaba la chilena. Ser adicto al sexo no era un crimen ni un delito, siempre y cuando no lastimes a las personas que están contigo, te quieren y aprecian. Descubrir quién era realmente iba a ser una auténtica hecatombe, ver la cara de sorpresa de la chilena al encontrarse a Mateo en la habitación donde

supuestamente esperaba a su amante, un gustazo.

El número de turistas que acudían a la costa norte de Galicia había descendido en el primer mes del año, probablemente por la cuesta de enero. La causa era la reducción de poder adquisitivo debido a la subida de precios a comienzos de año y al desembolso que habían hecho las familias para las fiestas de Navidad. A las seis de la tarde ya era noche y nadie quería hacer rutas turísticas sin luz solar. Por esa razón Tami salía a las cinco y media de trabajar.

Un viernes por la tarde, a finales de mes, quedó con una chica que conocía del instituto y que trabajaba en una inmobiliaria, para ver unos cuantos pisos que tenían a la venta. En la entrada de una cafetería vio a Iris con un cigarrillo en la mano. ¿No había dicho su padre que lo había dejado? De espaldas a ella estaba un hombre que, a simple vista, parecía mayor que ella, y con el que estaba flirteando con descaro. Un beso dio fe de ello. Cuando llegó a su altura abrió la boca y volvió a cerrarla al momento. La adolescente tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó, haciendo caso omiso al cenicero que había justo a su lado.

—Hola, Tami. ¿Cómo tú por aquí? —se adelantó a hablar. Llevaba los labios pintados de rojo y se mostraba ganadora.

Ella miró hacia Hugo. ¿Qué hacían los dos juntos?

—Solo pasaba por aquí —respondió sin darles demasiada importancia—. ¡Qué tal, Hugo!

—Hola, Tamara. Salí a fumar un cigarro y me la encontré. Menuda casualidad —dejó escapar una sonrisa forzada.

—Sí, menuda casualidad esa. Sabes que es menor de edad, ¿verdad?

Iris frunció los labios.

—A ti que más te da. Lárgate ya o te daré otra paliza como el otro día —dictó la menor sin vacilación.

—Cálmate, Iris —intervino el chico—, calmaros las dos—. Tiró el cigarro en el suelo y lo pisoteó, olvidándose de depositarlo en el cenicero.

—Tenía la esperanza de que cambiaras pero veo que no. Tu padre confía en ti, ¿vas a defraudarlo una vez más? —pese a todo, pese a palpar su desprecio, sentía pena por ella.

—No abrigues esperanzas donde no las hay y no te metas en mi vida —la amenazó, gritando y señalándola con un dedo.

—Tranquila. Ya te dejo en paz —negó con la cabeza y los miró—. Y a ti, ¿no te da vergüenza coquetear con una niña? Creí que eras una persona más seria y con dos dedos de frente.

—No estaba tonteando con ella. Solo charlábamos —insistió, abriendo los brazos.

—Sí lo estabas —intervenido la menor, dirigiéndole una mirada aviesa.

—Y pensar que llegaste a gustarme —reconoció en voz alta y, tras mirarlos por última vez, siguió caminando.

—Te aseguro que no hay nada entre ella y yo, de verdad —la cogió del brazo para que dejara de andar y lo escuchara.

—Suéltame, Hugo. Tengo que irme —dijo con voz firme y segura.

—Oye, un día de estos podríamos quedar para tomar algo y hablar sobre eso que acabas de confesar —interpeló con total desparpajo.

—Menuda cara tienes.

—De verdad te lo digo. Lo que viste fue solo un humilde beso. Tu hermana es muy ingenua y quiere ligar conmigo. Lleva tiempo acosándome —masculló con obstinación. Su empeño en convencerla no amainaba.

—Un humilde beso como el que me diste antes de irte de vacaciones —contestó—. Aléjate de mí, por favor —se deshizo de la mano que la asía con firmeza y cruzó la calle hasta la otra acera.

Hugo parecía un chico serio y, meses atrás, había querido ligar con ella. Ahora lo veía con otros ojos, mucho más críticos. Le faltaba madurar. A ambos. Lo malo era que tendría que verlo y hablarle, como si nada hubiese sucedido, cada vez que tuviese que acudir al ayuntamiento a entregar documentación y mientras no regresase Armando.



Entretanto tenían dinero, solían desayunar y comer fuera, en los restaurantes del pueblo. Sobre la mesa había un café solo y dos churros de chocolate. Se acercó a la barra y cogió el periódico para ver la necrología del día.

—¿Buscas a alguien en especial? —consultó el camarero.

Se conocían de toda la vida. Habían sido compañeros de colegio y coincidieron muchas veces en las mismas discotecas.

Sin querer, la taza del café se derramó sobre el plato.

—Oh, claro que no. Solo es por simple curiosidad —levantó la mirada de la prensa y sonrió, restándole importancia a su torpeza.

En las últimas semanas el barman se había estado fijando en ella. Siempre empezaba la lectura por el final. Comprobaba todos los decesos publicados y las noticias locales. Luego doblaba el diario y lo devolvía a la barra, pero esa mañana había hecho algo muy extraño. Se había parado a leer una noticia de ámbito comarcal cuyo titular era el siguiente: *La anciana que había entrado en coma tras un robo en su casa, está fuera de peligro.*

—Me alegro mucho por doña Manuela. Es terrible lo que le hicieron. Esos cabrones merecen entrar en prisión y que le hagan lo mismo —el hombre meneó la cabeza—. ¿Cómo se puede ser tan animal? —con la bayeta secó el líquido que se le había esparcido a la mujer sobre la mesa.

—Gracias, Eusebio —habló con normalidad, sin perder la cordura.

—Te traeré otro. ¿Has leído todo el artículo?

La mujer seguía mirando la taza de café medio vacía.

Negó con la cabeza.

—Le dieron tal paliza que estuvo en coma más de un mes. Ahora la Policía está esperando a que se recupere un poco más para interrogarla. Mi madre estuvo ayer allí y me dijo que tenía la cara magullada y no sé qué cosas más. La pobre regresó a casa muy angustiada. Se conocen desde que eran niñas. Igual que tú y yo —manifestó el hombre al regresar con el segundo café—. Hay que ser muy cabrón para hacerle eso a una pobre anciana que vive sola —hizo una pausa para recordar lo que su madre le había narrado la noche anterior—. Y, por encima, mataron el perro que le habían regalado sus hijos

hace años. Qué crueldad, ¿no te parece?

Ella movió la cabeza.

—La vieja... digo, la anciana, ¿sabes si ha comentado algo sobre la investigación o si se acuerda del rostro de las personas que atentaron contra su vida? —interrogó. Quizá su madre hubiese conseguido esa información.

El camarero miró hacia los lados, por si hubiese algún conocido al que le gustase el cotilleo.

—Su hija le comentó a mi madre que la Policía tiene una pista y le enseñó a doña Manuela el retrato de la persona que, supuestamente, es la culpable de estar ella en el hospital y su mascota muerta —confesó con un hilo de voz—, pero esta información es extraoficial. Se lo contó a mi madre porque confía en ella.

La mujer sonrió, con un aire más calculador que afectuoso.

—Y sabes lo más gracioso de esto —volvió a mirar hacia los lados—. Al parecer se trata de una mujer de mediana edad.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Tengo que irme —buscó la cartera y sacó varias monedas que dejó sobre la mesa, algo ajada por el uso.

—¿Sin desayunar?

—Acabo de recordar que tengo cita con mi médico de familia. Quédate el cambio —guiñó un ojo y salió del bar.

Aquello no le gustaba nada. ¿De dónde habían sacado el retrato robot?

Tenía que hablar con su compañera de ese tema tan pronto ésta llegase del gimnasio.

¿Qué podían hacer? Estaba tan ensimismada pensando en la conversación que había mantenido con el camarero del bar que no la escuchó llegar.

—¡Boom! —gritó tras ella.

—¡Estás tonta o qué! Casi me da algo —dictó, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué era eso tan importante que robó tu atención? —dejó la bolsa de deporte en el suelo y se sentó a su lado, pasándole el brazo por los hombros.

—¿Has visto la prensa de hoy?

La compañera negó con la cabeza.

—La vieja del perro despertó. ¿No la habías matado? —la miró de manera crítica.

—No jodas, ¿de verdad? —se mostró sorprendida—. Juraría que la había rematado.

—La Policía tiene el retrato de una de nosotras. Joder, tía. De ésta nos van a pillar —se llevó las manos al poco pelo que tenía.

—No te pongas nerviosa y respira. ¿Cómo nos van a pillar si nadie nos ha visto?

—Pero la vieja sí nos vio y sigue viva a causa de tu ineficacia —gritó a voz en cuello.

—Oye, no te tires de la moto. El trabajo lo hicimos ambas, ¿no es así? —contestó, alterada—. Además. ¿Qué crees que va a decir esa vieja senil? Las dos estábamos allí cuando creí acabar con ella. No se acordará de nada.

—Yo no estaría tan segura —dejó escapar aire por la boca.

Callaron unos minutos.

—Se me ocurre otra cosa que podríamos hacer para acabar con esa situación y facilitarle las cosas a la vieja. La pobre, seguro que está sufriendo —frunció los labios y la frente al mismo tiempo.

—¿En qué piensas?

—Creo que habrá que hacerle una visita a nuestra vecina, ¿no te parece? —asintió pensativa.

—Pienso que eso es arriesgarse demasiado —respondió.

—Si no arriesgas en la vida, jamás sabrás si triunfarás. Si la vieja habla, poniéndonos en el peor de los casos, estamos jodidas. La única solución, a estas alturas, es silenciarla definitivamente —la miró con fijeza.

La otra mujer frunció el ceño. Con lo bien que le estaban yendo las cosas.

—No te preocupes por nada. Yo me encargaré de ella —determinó, irguiéndose del sofá y poniéndose frente a la otra.

—¿Cómo piensas hacerlo?

La mujer acercó su cara a la de ella y la besó.

—Ya sé que tienes afán por aprender de esta sabia maestra, pequeña cigarra, pero ahora no voy a darte los detalles. Te lo contaré una vez esté el

trabajo rematado —la besó por segunda vez y luego entró en el baño.

Prendió el televisor y sintonizó el local autonómico pues sabía que en el mismo siempre pasaban los sucesos. Unos minutos después escuchó la noticia que había leído en el periódico. Se cubrió la cara con las manos para friccionarse la frente con las yemas de los dedos. No quería volver a la cárcel.

Violeta se acostó un rato sobre la cama. Todo eso de la tarjeta le parecía muy extraño, pero por encima del disgusto de haberla perdido, estaban los problemas con Valentín, su esposo. Él seguía pensando que esos gastos los había hecho ella a espaldas de él. Se cubrió los ojos con el brazo e inspiró una profunda bocanada de aire. Cuando comenzaba a relajarse escuchó cómo se abría la puerta del dormitorio.

—Ah, estás aquí —su voz sonó lejana, como si no sintiese ningún tipo de afecto hacia la persona que tenía al lado.

La mujer incorporó la parte superior del cuerpo y se quedó sentada sobre la cama.

—Sí, necesitaba cerrar los ojos unos instantes.

Se miraron a los ojos pero no como lo hacían tan solo unos días atrás. Violeta tenía el rostro pálido.

—He averiguado en qué establecimientos fue usada tu tarjeta —una vez más la miró con indiferencia—. Al parecer has comprado un dormitorio, has hecho la compra varias veces en distintos supermercados, has pagado la cuenta en restaurantes de lujo, has comprado un arma en Portugal y, por último, has estado en varios clubes nocturnos donde solo está permitida la entrada de mujeres —había sacado un papel del bolsillo interior de la chaqueta donde anteriormente lo había anotado todo.

La esposa se levantó y se puso frente a él.

—¿De verdad crees que fui yo la que hizo todos esos gastos? ¿De verdad me crees capaz de ocultarte algo así? —varias lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—A estas alturas no sé qué pensar —señaló con mirada melancólica.

—Te desconozco, Valentín —movió la cabeza varias veces—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

Se movió por la habitación, hasta quedar a espaldas del marido. No quería mostrar su dolor.

La mirada de él perforó su espalda.

—Lo siento, yo... —su voz se quebró—. Cogeré unas cosas y dormiré en el

cuarto de invitados.

Ella no dijo nada, simplemente lloró, soportando un enorme dolor en el alma. Una vez hubo recogido lo que necesitaba, se fue del dormitorio, dejándola sola. Fue entonces cuando se derrumbó, interior y exteriormente. Se dejó caer sobre la cama y lloró sin consuelo hasta que sonó su teléfono móvil. Era su hija, Tamara. La chica, que todavía estaba en el trabajo, de inmediato supo que le ocurría algo. Su tono de voz, triste y apagado, la delató. La progenitora, queriendo evitar que la hija se preocupara por ella, en ningún momento lo reconoció e insistió en que todo estaba como siempre, hasta el momento en que apareció en su habitación.

—Mamá, ¿estás bien? Nunca te he visto así —la miró con preocupación. Que su madre estuviese acostada, a las siete de la tarde, era para preocuparse.

Violeta secó las lágrimas con la sábana y le sonrió.

—Debo estar incubando la gripe, cariño —se justificó—. No te acerques demasiado a mí, no vaya a contagiarte.

La chica se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—La cara la tienes fría —su voz sonó tan tierna que emocionó a la progenitora.

—Lo siento, cariño —musitó, conteniendo el aguijón de las lágrimas.

—¿Qué ha pasado, mamá? —tomó sus manos y se las acarició.

Violeta negó con la cabeza pero tras cerrar los ojos unos segundos y aspirar por la nariz, le relató todo lo que había sucedido las últimas semanas. Lo que más le dolía era que su marido no confiara en ella.

—Seguramente él está tan confundido y dolido como tú. Piensa que sufrió lo suyo cuando pasó lo de su ex —dijo con rapidez, intentando salvar la situación.

—Pero ahora no está casado con ella sino conmigo y creo que le he dado suficientes motivos como para confiar en mí. Le he entregado mi vida, hasta mi casa. He permitido que su hija, la que intentó asesinarte, siga viviendo con nosotros. Lo he apoyado siempre en todo. No me esperaba esto de él —dijo, entre lágrimas y un estrago de emociones.

Hasta el momento habían disfrutado de un matrimonio feliz y lleno de amor.

—Hablando de la hija. El otro día me la encontré en el centro, fumando. No le gustó nada que la viese y, por segunda vez, me amenazó. Esa chica no está rehabilitada. Se alteró muchísimo cuando le dije cuatro cosas —explicó, humedeciéndose los labios resecos.

—Me lo suponía. El otro día entré en su dormitorio y olía a marihuana. Es apestoso, por Dios. No sé cómo puede gustarle fumar esa cosa —negó con la cabeza.

—A lo mejor me estoy excediendo pero, y si fuese cosa de ella. Me refiero a lo de la tarjeta. ¿Y si te la robó ella para hacerte daño? Ya sabes lo mal que le caemos. Según ella, nosotras somos las acogidas —insinuó.

La madre negó con la cabeza. La adolescente era mala pero no creía que llegara a tal extremo, al menos eso era lo que quería pensar.

—¿Cabría esa posibilidad, verdad? Ella nos odia y piensa que tú siempre has querido ocupar el lugar de su madre.

—Lo sé pero no la creo capaz de hacer semejante cosa —reiteró—. Además. Para qué quiere un dormitorio nuevo.

—Harás lo siguiente —determinó—. Cuando se haya ido al instituto, entras en su dormitorio y revisas sus cosas.

—Pero, cariño, estaría violando su intimidad —desaprobó su idea.

—Mamá. Lo has hecho conmigo decenas de veces, buscando cigarrillos o porros en los bolsillos de las chaquetas o en los bolsos —sostuvo la hija.

—Eso era diferente. Había perdido a mi marido. No quería perder también lo único que me quedaba. Tú —comentó, enternecida.

—Es lo mismo, solo que ella no es de tu sangre pero sí de la de tu marido y ambos viven bajo el mismo techo que tú, y, para más inri, esta vivienda es de tu propiedad —explicó.

—Tienes razón. Además, ella no tiene porqué enterarse —concluyó, tras acomodarse mejor en la cama.

—En cuanto a Valentín, si quieres puedo hablar con él.

—No entiendo cómo, después de tantos años, puede desconfiar de mí —dijo, molesta.

—Fue engañado por la madre de sus hijas. Eso tiene que marcar a una persona. Quizá para él eso sea como una traición y se ha acorazado antes de

recibir la última puñalada —dijo, procurando ser lo más imparcial posible.

—¿Y el beneficio de la duda? ¿Acaso yo no tengo derecho a él? —se sentía dolida.

—Todo el mundo tiene derecho, hasta el más vil de los criminales. Dale unos días. Ya verás cómo entra en razón. —volvió a coger sus manos—. No cabe otra salida y yo sé que está locamente enamorado de ti.

La madre le regaló una tibia sonrisa.

—Ahora bajaré a la cocina y le pediré a Hortensia que te prepare una rica sopa —le dio un beso en la frente—, para esa gripe —guiñó un ojo. Ésa era la excusa más utilizada por la especie humana.

Al día siguiente, tras la conversación mantenida con su hija, y en cuanto supo que las gemelas habían salido al instituto, se coló en el dormitorio de Iris y comenzó a revisar sus cosas. Sobre la mesilla lucía un retrato de las dos hermanas y Valentín. Bajo la cama no halló nada, ni tampoco en los cajones de las mesillas ni en la cómoda. El armario tenía unos cajones altos pero era imposible acceder a ellos sin un taburete. Salió y buscó uno en el baño común, al otro lado del pasillo. Se subió y vio que allí guardaba recuerdos del colegio, de cuando era pequeña, algunos pósteres de *Justin Bieber* y una caja de color verde, en cuyo interior había otra un poco más pequeña. Abrió esta última y encontró una bolsa bastante grande con marihuana, filtros y papel para liar. Entonces se dio cuenta de que Tamara estaba en lo cierto. No había cambiado; seguía consumiendo maría.

Al mediodía, cuando llegó para comer, la llamó al despacho.

—Sigues consumiendo hierba —soltó, sin rodeos.

—¿Qué? Estás loca —abrió la puerta para irse.

—No estoy loca. ¿De quién es esto sino tuyo? Estaba en tu habitación —sacó la caja que Iris tenía guardada en el armario.

—¡Has estado husmeando en mis cosas! —se acercó a ella para quitarle la caja.

—Sí, y mira por donde he encontrado eso. Habías prometido dejarlo —se echó hacia atrás para evitar que le quitase lo que la adolescente escondía con tanta ambición.

—Devuélvemela.



—No. Primero dime de dónde lo has sacado. ¿Quién te dio el dinero?

—No pienso hablar contigo. A ti no tengo que darte explicaciones —gritó, iracunda.

—Muy bien. Entonces se lo explicarás a tu padre en cuanto llegue. Si no lo haces tú, lo haré yo —no podía permitir que se saliera con la suya.

—Está bien. Me la regalaron —reveló.

—¿Quién te la regaló?

—Se dice el pecado pero no el pecador —contestó.

La dos se miraron fijamente.

—Por casualidad no habrás visto mi tarjeta por aquí. La he extraviado y alguien la ha usado en mi lugar.

Iris parecía una perrita asustada. La veía capaz de algunas cosas pero no de usar su tarjeta.

—No sé de qué me hablas —sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y se puso a revisar los mensajes.

—Te estoy hablando a ti —se sentó en el sillón y cruzó las piernas—. Oye, Iris. Quiero ayudarte pero tienes que colaborar. ¿Quién te ha dado la marihuana? —insistió.

—¿Tú, ayudarme a mí? —se echó a reír.

—Vale, ya está bien de idioteces —cogió la caja con la pretensión de enseñársela a Valentín.

—Espera, a dónde vas con eso. Es mío —cogió la caja por el otro lado y tiró de ella.

—¿Quién te la ha vendido o quién te lo ha regalado?

La adolescente sopesó el soltarle una mentira.

—Un chico del instituto. Creo que se llama Luis —mintió.

Violeta guardó la caja en el armario que había tras ella.

—Es mía. Devuélvemela —dictó, envuelta en cólera.

—No. En esta casa no quiero drogas —determinó, sin la posibilidad de negociación.

—Eso no es una droga. ¿No sabes que es terapéutica? —contraatacó, con

gesto tozudo.

—Mientras no esté legalizada, no pienso reconocerla como tal —la miró fijamente—. Además, a ti no te hace falta, no sufres de ninguna enfermedad grave.

—Eso tú no lo sabes —siguió discutiendo—. ¿Se lo vas a decir a papá?

—Ya veremos. Todo dependerá de tu comportamiento a partir de hoy —aclaró, cerrando la puerta del armario con llave, que, por supuesto, guardó en el bolsillo de su falda.

La adolescente sopló al irse. No estaba conforme con la decisión que había tomado su madrastra pero en aquel momento no podía hacer nada más, solo rezar para que no se lo contara a su padre.

Violeta supo que había mentido. Tanto con lo de que un tan Luis le había regalado la maría, como que no sabía nada de la tarjeta de crédito. Sabía demasiado y eso la asustaba.

Por la tarde logró hablar en privado con la otra gemela, con la confianza de que su hermana podría saber más cosas sobre Iris. Lo primero que le preguntó fue si había visto mejora en el comportamiento de la hermana. Al principio la joven tuvo miedo a decirle lo que pensaba realmente. Ella sabía que Iris seguía consumiendo marihuana y seguía viéndose con las mismas amistades de antes. Para ganarse su confianza, Violeta le habló de su vida.

—Sabes. Cuando falleció mi anterior marido, creí que también me moría. Me sentía desprotegida, sola, muerta por dentro. Tamara era pequeñita —agitó la cabeza varias veces—. Fue Hortensia quién se ocupó de ella durante las primeras semanas y, gracias a ella y a varias personas que me apoyaron y no me dejaron sola en ningún momento, salí adelante y luché por ella, por ambas —soltó aire por la boca mientras recordaba aquellos tiempos—. Pocas personas saben que estuve a punto de tirar la toalla —varias lágrimas corrieron por sus mejillas—. No quería vivir, no encontraba motivos para ello, pero mi hermana, que, por desgracia falleció pocos años después, me arrancó de la cama y me obligó a seguir con el día a día, a enfrentarme a la realidad, a la gente que te mira como con pena, a las preguntas incómodas. Ella me demostró que la vida continúa para los que seguimos aquí, vivos, y que jamás hay que arrojar la toalla —secó los ojos con un pañuelo y la miró con ternura—. Unos años después conocí a tu padre y volví a enamorarme —en su rostro se asomó una sonrisa franca—. Su situación era parecida a la

mía. Estaba solo y criando a dos hijas, en mi caso, a una —suspiró ante un recuerdo todavía doloroso.

—No sabía nada. Mi padre me había contado algo sobre cómo comenzasteis, pero desconocía lo tuyo —reconoció tras el monólogo que acababa de escuchar.

—Pues ahora ya sabes algo más de mí —acarició su mentón y cogió sus manos—. Te he contado todo eso para que veas lo importante que es ayudar a las personas. Mi hermana salvó mi vida y tú todavía estás a tiempo de hacer algo bueno por la tuya. Para lograr meterla en cintura hace falta alguien con mucho carácter —abrió la puerta del armario y extrajo la caja que contenía la marihuana que tenía escondida su hermana—. Esto estaba en el dormitorio de tu hermana. ¿Sabías que sigue consumiendo?

La rubia de cabellos cortos miró hacia otro lado.

—¿Confías en mí? —volvió a hablar.

La chica asintió.

—Entonces háblame de ella, dime todo lo que sabes porque así no me estarás ayudando a mí sino a ella, y para mal —dictaminó la mujer.

—No lo ha dejado. La he visto fumar hierba en varios sitios —dijo, por fin y aspirando una bocanada de aire.

—Lo sabía —sus uñas repiquetearon sobre la madera de la mesa—. Ella me ha dicho que se lo regaló un chico del instituto llamado Luis. ¿Lo conoces?

Negó con la cabeza. Su mirada era triste.

—No existe ningún Luis —determinó con voz enfadada.

—Entonces, ¿quién se la ha dado? Ella no tiene suficiente dinero para pagar todo esto. Uxía. Cuéntame todo lo que sepas por el bien de ella, por el de todos los que vivimos en esta casa —dijo a modo de súplica.

La chica se vio entre la espada y la pared. Quería que su hermana volviese a ser la misma de antes pero no quería decepcionarla.

—El otro día vi algo extraño aquí —comenzó diciendo.

—¿En este despacho? —vaciló Violeta. Los latidos en las sienes se intensificaban.

—Sí. Dentro estaba Iris y nuestra madre —miró hacia ella para ver su

reacción.

La mujer la escuchó con atención, sin interrumpirla pero al ver que no seguía, le habló.

—Y qué pasó. Viste algo fuera de lo normal, algo que hicieran o dijeran — las manos bien cuidadas de la mujer desaparecieron bajo la mesa mientras hablaban.

—Cuando entré vi que Iris guardaba algo bajo el brazo y se puso muy violenta cuando se lo dije. Estoy convencida de que era esa bolsa — reconoció.

—Me ha desaparecido una tarjeta de crédito y alguien la ha estado usando este último mes y medio. No quiero decir que haya sido tu hermana pero... —frotó el parpado inferior del ojo derecho y meneó la cabeza—. Mira, esto me supera. Tantas cosas, tantos problemas, que no sé ni qué pensar.

—He visto que papá duerme en la habitación de invitados. ¿Tenéis problemas? —estaba descubriendo el lado más vulnerable de Violeta.

Durante unos segundos pensó los motivos que la separaban de su esposo.

—Digamos que no coincidimos. Son fases de la vida —elevó los hombros—. Todas las parejas las sufren en algún momento. El matrimonio exige muchos esfuerzos por ambas partes.

La chica sintió pena por ella. Siempre le había caído bien.

—No sé nada de esa tarjeta, pero veré si encuentro algo en su cuarto —se levantó y se giró hacia ella—. Aprovecharé ahora que ha salido con... — decir madre o mamá le seguía costando. Sabía que jamás se acostumbraría a ello—, ella.

—Uxía —se levantó y se acercó a la adolescente—. ¿Por qué no sales con ellas?

—Digamos que no coincidimos —dijo, repitiendo las palabras que ella le había dicho antes.

—Nunca te han invitado. Es eso, verdad —llegó a dicha conclusión con evidente pesar.

La chica negó con la cabeza.

—Lo siento mucho, cielo.

—No pasa nada —quiso quitarle importancia pero su mirada decía lo contrario—. Subiré a su dormitorio un momento —señaló con el dedo la parte superior de la casa.

Violeta asintió con la mirada. No se había arreglado el pelo, como solía hacer cada mañana, ni tampoco se había maquillado. Se volvió a sentar, percibiendo dentro de sí un vacío que cada vez iba a más. Recapituló sobre lo que habían hablado. Si lo que decía Uxía era verdad, ¿qué clase de madre era Noelia? ¿Cómo podía hacerle eso a su propia hija? En aquel momento su mente trabajaba a toda prisa y era un hervidero de ideas y preocupaciones.

La jovencita rubia, de cabellos cortos, se adentró en la zona más íntima de la hermana. Su dormitorio. Violeta ya lo había revisado pero ella conocía escondites que los demás habitantes de la casa no. Tenía la certeza de que Iris guardaba encendedores en el fondo de la butaca de leer, pero, en esa ocasión, no localizó nada de importancia. Abrió el ropero y revisó la ropa con la esperanza de que en algún bolsillo guardara algo, y así fue. En el bolsillo de una chaqueta de lana de color zafiro, halló el resguardo que el banco suele entregar al cliente con el código pin de la tarjeta. ¿Pertenecería a la tarjeta que le faltaba a Violeta?

—¿Qué haces en mi ropero? —demandó una voz chillona desde la puerta.

Uxía se dio la vuelta y vio a la otra gemela. Ésta se acercó a ella y la miró intensamente.

—Has estado fumando de esa mierda —masculló tan pronto la tuvo al lado.

—Es cosa mía. ¿Qué tienes en la mano?

La hermana dio unos pasos hacia atrás, quedando su espalda pegada a la puerta del ropero.

—Dame eso. No te pertenece —le tendió una mano pero su hermana no cedió.

—¿Acaso te pertenece a ti?

Ambas sabían que ninguna tenía tarjetas de crédito ni de débito. Uxía caminó hacia la puerta con el papel arrugado en el puño.

—A ti tampoco. Entrégamelo ahora mismo —sus ojos estaban rojos por haber fumado aquella droga.

—Se lo daré a su dueña —declaró, dirigiéndose al exterior del cuarto.

Iris fue tras ella.

—¡No te atreverás! —se colocó frente a ella y la agarró por la parte superior de ambos brazos—. Mírame. Soy tu hermana —dramatizó.

—Te miro y no veo a mi hermana. Solo veo a una chica desconocida que intenta engañarse a sí misma y al resto de personas que la quieren de verdad —dijo emocionada y con varias lágrimas en los ojos.

La de los cabellos cortos siguió andando, con la intención de entregarle a Violeta el papel y así comprobar que el código pin se correspondía con la tarjeta que le había sido sisada. Iris fue detrás ella.

—No puedes hacer eso —insistió. Estaba enojada por oír sus propias dudas en boca de su hermana.

—Claro que puedo. ¿Te das cuenta de la que has montado, de los daños que has ocasionado? —le reprochó, elevando el tono de voz—. Haz a un lado tu orgullo y arregla las cosas, arregla tu vida.

—No ha sido culpa mía. Ella me lo pidió —confesó, trastornada.

—Eso tendrás que decírselo a Violeta y a papá —falló, sacudiendo la cabeza.

Cuando estaba al lado de la escalera, Iris la agarró de la espalda, forcejeando con ella.

—¡No vas a ir a ninguna parte! —gritó, con el rostro desfigurado por la ira.

La empujó con tanta fuerza que medio cuerpo quedó fuera del contorno de la barandilla. Los gritos de ambas hermanas hicieron que Violeta saliese del despacho asustada. Alzó la mirada hacia la primera planta de la vivienda y vio que las gemelas se estaban peleando, hasta tal punto que Iris estaba a nada de tirar a Uxía por el hueco de las escaleras.

—Iris, ¿qué haces? —la amonestó mientras subía los escalones de dos en dos.

Las chicas dejaron de combatir.

—Pero, ¡qué os pasa! —sentenció, mientras miraba, ora a una, ora a la otra. Se acercó a Uxía y la colocó a su lado. La joven estaba llorando con total aflicción.

Las hermanas se miraron. ¿Cuál de las dos sería la primera en hablar?

—Lo siento mucho —sollozó la que tenía el pelo largo. Cuando cayó en la cuenta de lo que había estado a punto de suceder, se llevó una mano a la boca—. No sé qué me ha pasado. De verdad que no quería —repitió con cierto grado de alarma.

Violeta y Uxía permanecían agarradas de la mano y calladas, observándola. La adolescente cogió el bolso que se le había caído al suelo y bajó las escaleras como un torrente, sin mirar atrás, huyendo. No había nada que la retuviese en esa casa, salvo su corazón atormentado. No podría responder a la avalancha de preguntas que su padre y Violeta le harían.

La madre de Tamara apreció que Uxía guardaba algo con el puño cerrado. Con tacto intentó abrir su mano y miró un papel arrugado. Lo abrió y giró la cabeza hacia la joven. Era el papel en el que ella misma había escrito a lápiz, el nuevo código pin; uno que para ella era más fácil de recordar. Entonces intuyó por dónde iban los tiros.

Acababa de colgar el teléfono cuando apareció Mateo por la puerta. Éste de inmediato supo que algo había sucedido. Tenía el rostro desencajado. Dejó las llaves del coche y el abrigo sobre la mesa del salón y se sentó en el sofá, a su lado.

—¿Estás bien? —acarició su mejilla. De fondo sonaba un tema interpretado por *Richard Clayderman*, el famoso pianista francés.

Ella negó con la cabeza y expiró.

—Cuéntame qué ha pasado —se arrimó a ella y pasó el brazo por sus hombros.

Tamara sintió su calor corporal, el cálido aliento rozando sus cabellos, y, esas sensaciones, hicieron que se estremeciera. Era la manera en que su cuerpo reaccionaba ante su proximidad.

Luego de unos instantes le contó que acababa de hablar con su madre. La mujer la había llamado llorando. Ya se sabía quién había robado la tarjeta. Le explicó que todo había sido cosa de Noelia, la exmujer de Valentín. La marihuana que había incautado en el armario de Iris y la desaparición y posterior uso fraudulento de la tarjeta de crédito. Iris solo había sido el medio para conseguir hacerse con la *Visa*.

—Bueno, ¿no crees que deberías estar contenta por tu madre? Al fin se ha descubierto al verdadero ladrón —opinó Mateo.

—La cosa no finaliza ahí. Me ha dicho mi madre que Iris ha desaparecido. Cuando se descubrió todo estuvo a punto de tirar a su hermana por las escaleras. Luego, muy conmovida, pidió disculpas y se fue de casa. Todavía no se sabe nada de su paradero —agachó la cabeza y mordió el labio inferior.

—Vaya. Sí que es una familia complicada. Y yo que pensé que la mía era la más loca del planeta —dijo en son de broma—. Una situación compleja. Compadezco a su padrastro.

—Mi madre está muy disgustada. En los últimos días ha tenido problemas con Valentín, su marido, por todos estos temas. Y todo por culpa de una madre sinvergüenza y una niñata caprichosa —menos mal que no conocía a Noelia en persona. En casa no había ninguna fotografía de ella, ni siquiera en el dormitorio de las gemelas—. Ella confiaba a ciegas en su criterio, en que



siempre estuviese a su lado —continuó, refiriéndose a Valentín.

—Tranquila, se arreglarán —ese comentario la fortaleció.

La agarró más fuerte hacia él, provocando en ella corrientes de sensaciones en todas sus terminaciones nerviosas.

Tami colocó una mano sobre su camiseta y alzó la cabeza para mirar sus labios. Su cálido aliento acariciaba su frente. En un arrebató de pasión, la boca del hombre se posó sobre la de ella con suavidad y ternura. Su ávida lengua acarició los labios húmedos de la chica, restregándola hasta el hueco de la garganta. Con tenacidad agarró su cabeza para afianzar el vehemente beso, tirando de sus labios, chupándolos, rozando el lóbulo de la oreja con los labios. Las manos de ella treparon por debajo de la camiseta y acariciaron su pecho veloso. Su estómago era plano y duro.

Al mismo tiempo abrieron los ojos, se miraron con fijeza y pararon en seco.

—Lo siento mucho, Tami —se disculpó, levantándose del sofá y pasando las manos por el pelo. Había sentido un placer macabro con solo besarla y acariciar su rostro.

Habían estado a punto de saltar al vacío.

Ella, sonrojada, también se irguió. Sentía emociones irrefrenables que no tenía forma de expresar.

—Tranquilo, no ha pasado nada —observó el móvil. Uxía le enviaba un mensaje de texto—. Tengo que ir a casa de mi madre —su tono distaba mucho de ser seguro.

Mateo agarró sus manos. Él nunca era presa de impulsos repentinos como ése.

—Te acompañaré —recogió lo que había dejado sobre la mesa para llevarla en su coche.

—No hace falta, de verdad. Estoy bien —musitó. Todavía se sentía incómoda por lo que acababa de suceder. La había pillado con la guardia baja.

—Quiero hacerlo. Recoge tus cosas, conduzco yo —ella seguía mirando los mensajes—, venga, vamos.

En lo más profundo reconocía que había querido más y le hubiese gustado detener el tiempo. Le hubiese gustado sentir que la invadía tras la intrusión de

ese tierno beso, saboreándola con la lengua, logrando así que se estremeciese de placer. Minutos más tarde, en el coche de él, no podía discernir si estaba enfadada con él, por haber dejado de besarla, o con ella misma, por habérselo permitido.

Cuando llegaron, Uxía esperaba sentada en el salón, junto a Hortensia. Todavía no sabían nada de la otra gemela aunque se sospechaba que estaría en casa de su madre. El problema era que nadie conocía su dirección ni un número de teléfono para contactar con ella. Unos minutos después de llegar ellos apareció María, la hermana de Noelia. Violeta la había llamado por si la adolescente hubiese huido a su casa, pero ella aseguró no saber nada de la chica desde que había regresado con su padre, aunque sí tenía el número de teléfono de la hermana pero no contestaba. En el salón estaban todos a excepción de los dueños de la vivienda. Tami se preguntó dónde estaban. ¿Buscando a la chica por las calles del pueblo? ¿Poniendo una denuncia en comisaría? No. Se habían encerrado en su dormitorio para discutir sobre los últimos acontecimientos. Ambos se tenían que pedir disculpas y necesitaban privacidad para dicha conversación.

—¿Cómo has descubierto lo que había hecho Iris? —interrogó el varón.

Los dos se habían sentado a los pies de la cama, con las manos sobre las piernas.

—Fue tras una conversación con Tami y con Uxía a posteriori —señaló—. Para ella ha tenido que ser muy difícil y doloroso descubrir a su hermana gemela —recordó la cara que tenía cuando Iris había estado a punto de tirarla por el hueco de las escaleras—. Ha sido muy valiente pero en cuanto pase todo esto, tendrás que facilitarle ayuda psicológica. La va a necesitar.

Valentín se llevó las manos a la cara y cerró los ojos. Estaba abatido.

—¿Lo siento tantísimo! —respiró por la nariz—. He sido un egoísta —tras enterarse de lo que había hecho su hija, se sintió la persona más infame del planeta, el peor marido y un mal padre por no haberse dado cuenta de los problemas que seguía teniendo su hija adolescente.

—No ha sido culpa tuya sino de la mala influencia de su madre. ¿Cómo ha podido utilizar a la niña de esa manera? ¿Es así como quiere recuperar la confianza de sus hijas? ¿Son esos los valores que quiere para ellas? Y pensar que por un momento sentí pena por ella, creí ver cierta chispa de sensibilidad —estaba indignada. Lo que había hecho a las hijas de Valentín era como si se

lo hiciese a la suya. Sentía el mismo dolor, la misma rabia, la misma impotencia.

—He desconfiado de ti, incluso llegué a apartarme de tu lado creyendo que tendrías un amante —el hombre movió violentamente la cabeza con las manos, respirando trabajosamente. Estaba fuera de sí—. Tendría que estar a tu lado y apoyarte porque eso fue precisamente lo que te prometí cuando nos casamos.

—Tranquilízate —pasó una mano por sus hombros, fijando la mirada en aquellos ojos llenos de pena.

—¡Cómo voy a tranquilizarme si mi vida está totalmente destrozada! —gruñó—, y lo peor es que no sé cómo enderezarla.

El hombre lloraba sin consuelo.

—Me ha engañado con astucia desde que regresó y ha involucrado y manipulado a mi hija en sus sucios negocios. Ese ave de rapiña no sabe discernir lo que es el bien y el mal —susurró, apenado.

—Si lo hacemos juntos será mucho más fácil —medió, pasándole una mano por los cabellos teñidos de gris—, salvo que ya no esté entre tus prioridades.

Él giró la cabeza para mirarle los ojos, tan llorosos como los suyos.

—Siempre serás mi prioridad, Violeta. Siempre —cogió sus manos y las besó.

—Olvidemos todo eso y vayamos a buscar a tu hija. Nuestra familia nos precisa —lo besó en los labios con docilidad—. Tus hijas nos necesitan.

—Gracias, mil gracias, Violeta. Jamás podré agradecerte todo lo que haces por mí a cambio de nada —la estrechó fuertemente contra su cuerpo.

—A cambio de tu presencia a mi lado y tu cariño. Para mí es suficiente —se esforzó por no dejar caer otras lágrimas que le escocían en los ojos.

Valentín elevó su mentón y secó varias gotas con las yemas de los dedos.

—Cuando todo esto acabe, cuando estemos bien, te prometo que haremos ese viaje que tanto deseas —acarició la suave piel de sus labios.

—A Nueva York —ella sonrió—. Central Park, Times Square, el puente de Brooklyn.

—Sí. Y la estatura de la Libertad, Rockefeller Center, el museo en memoria

del 11S —concluyó el hombre, mirando hacia ella con dulzura. La quería con una premura irracional.

Volvieron a abrazarse. Una tensión amorosa crepitaba sobre ellos.

Unos minutos más tarde bajaron al salón. María había llamado a varios contactos que tenía por si alguno conocía la dirección de Noelia pero no obtuvo las respuestas que buscaba. Todos habían insistido con las llamadas al número de Iris pero éste seguía apagado. Valentín también había contactado con el jefe de la Policía. Estaba preocupado y desesperado. ¿Y si se había refugiado en el mismo lugar donde la habían encontrado la anterior vez? Resolvió que lo mejor sería acercarse hasta allí y salir de dudas. Violeta le dijo que lo acompañaba. Entonces Mateo se levantó del sofá y se ofreció para ir con él. Aquel lugar podía ser peligroso a aquellas horas de la noche.

Cuando llegaron, Mateo sacó la linterna del coche y caminaron hacia la vivienda abandonada. Valentín recordó ese lugar siniestro, el olor desagradable a orina mezclado con la humedad del suelo y las pocas paredes con grafitis que todavía continuaban levantadas. Buscaron por todas las esquinas donde pudiera cobijarse pero aquel lugar estaba desierto de humanos. Solo encontraron unos cuantos perros abrigados del cegador frío del mes de enero.

Se había quedado dormida en el sofá cuando escuchó el sonido de unas llaves en la puerta. Estiró los brazos hacia arriba y bostezó.

—Hola. ¿Hay alguien? —dijo la voz que acababa de entrar.

Se incorporó de un brinco y miró hacia la entrada del piso. La puerta no estaba cerrada del todo.

—¿Por qué has dejado la puerta abierta? —preguntó, frunciendo la frente y haciendo amago de levantarse.

—Quédate sentada. Tengo que decirte algo —se puso a su lado, sentándose en el reposabrazos del sofá.

—Esa cara no me gusta nada. ¿A quién has atracado esta vez? ¿Te ha seguido la poli? —su tono de voz demandaba respuestas de inmediato. La conocía demasiado para saber que su rostro venía acompañado de una mala noticia.

—Nada de eso.

La miró con desconfianza, escudriñando su faz.

—¿Por qué has dejado la puerta abierta? —se empeñó en saber. En su cara no había expresión.

—Verás —con varios dedos en forma de pinza, tiró del labio inferior—. Ha pasado algo y necesito que me des tu aprobación —la miró de reojo, puso una mano sobre uno de sus hombros y se irguió.

—Suéltalo ya, joder —murmuró con hostilidad y mirada lobuna.

Se incorporó para quedar a su altura.

—Se trata de mi hija. Tiene que quedarse unos días en casa, con nosotras —expuso.

—¡Qué! —gritó—. De ninguna de las maneras —protestó, impulsada por algún extraño demonio que dominaba su interior.

—En su casa se han enterado de lo de la tarjeta y también de la marihuana que le dimos —le explicó de forma tímida y esperando el gran sermón.

—Lo sabía, y no hables en plural, que fuiste tú quién se la dio —se llevó las manos a los bolsillos y empezó a moverse por el habitáculo—. Sabía que eso

nos traería problemas, ¡y te lo dije en un principio y más de una vez! —pateó en varias ocasiones la parte baja del sofá.

—No hay por lo que preocuparse, lo tengo todo controlado —puntualizó Noelia.

—No me digas —la miró con desaire.

—Sí. Nadie sabe dónde vivimos ni tampoco mi número de teléfono, aunque es posible que tengamos que irnos un tiempo de este pueblo —esclareció, ocultándole que su hermana María la había llamado varias docenas de veces.

—Eso no estaba en mis planes —negó con la cabeza y sopló varias veces—. ¿Dónde está la mocosa? —su tono sonó más como un gruñido que como una voz humana.

Noelia salió al pasillo y la trajo.

Iris miró a la otra mujer y sintió que un miedo instintivo se apoderaba de ella. Los ojos de aquella mujer la sobresaltaron.

—Espero que sepas lo que haces —pasó por su lado antes de entrar en el dormitorio—, porque no pienso volver al calabozo por tu cabezonería. ¿Me has entendido?

Noelia frunció los labios y cabeceó.

—Siéntate ahí que ya vengo —ordenó a Iris antes de entrar en el mismo cuarto que la otra mujer.

—Necesito ir al baño —protestó la adolescente.

—Dame unos minutos —la amonestó.

Se oyeron varios portazos. La chica se había sentado en el sofá pero tras escuchar la disputa entre las dos mujeres, se acercó sigilosa a la puerta del dormitorio para enterarse de las desavenencias entre las que estaban al otro lado.

—Tienes que entender que no puedo dejarla tirada. Es mi hija y sabe demasiado —comentó la madre de la jovencita.

—Y tú tienes que entender que no es mi hija y que no pienso arriesgarme, ni por ella, ni por ti —matizó. Su mirada desprendía oscuridad.

—Te recuerdo que este dormitorio lo tenemos gracias a la ayuda de Iris —se rebeló.

—Tendrías que haber hecho las cosas como yo te dije pero tú... —meneó la cabeza con impaciencia y alzó las manos—, siempre tan testaruda. Cuando te obcecas con algo no hay quién te lo quite de la cabeza. Ojalá no te equivoques —un ceño crispado ensombreció su semblante.

—Debemos irnos un tiempo —cogió su barbilla para mirarla a los ojos—. Tenemos suficiente dinero para hacerlo. Mira el lado positivo. Una nueva vida. Nadie nos conocerá —lamió sus labios con sensualidad.

—Hay que deshacerse de ella —se apartó hacia atrás y la miró con aborrecimiento—. Las reglas estaban bien claras desde un principio. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Dame unos días —solicitó, con una expresión suplicante.

Iris, al escuchar eso último, sintió el sabor de la traición de su madre y un dolor profundo por haber confiado en ella y defraudado a su padre. ¡Cómo había sido tan papanatas!

La otra mujer arrugó la frente y la miró con escepticismo. ¿De verdad acabaría con la vida de su propia hija?

—Te doy veinticuatro horas. Tengo que zanjar el tema de la vieja del hospital —se sentó sobre la cama a pensar.

Tras uno compás, se aupó.

—Pensándolo mejor —sonrió con malicia—. Quizá podamos usarla para el infortunado final que tengo pensado para la abuelita.

—Bien. ¿Será esta noche? —preguntó.

—No. Lo haremos mañana, al mediodía. He estado vigilando las visitas que tiene y, a esa hora, siempre queda sola. Es la hora a la que baja su hija para comer, y no vuelve hasta las cuatro o cinco —aclaró.

Noelia asintió con la cabeza.

—Tenla vigilada y actúa con absoluta normalidad —decretó, esperando su conformidad.

—Yo siempre soy amable con todo el mundo —la señaló con el dedo—. Aplícate el cuento y cambia esa cara de ogro.

Iris, al ver que la conversación había finalizado, corrió hacia el sofá y aparentó leer una revista del corazón. Noelia le indicó cual era el baño y le dijo que dormiría en el sofá del salón los primeros días.

—¿Y después? —quiso saber.

La madre dudó al responder.

—Nos iremos un tiempo.

—¿Con ella? —indagó, aun siendo consciente de lo que acababa de escuchar.

—Nos iremos nosotras. Hija y madre a la aventura, recorriendo el mundo, conociendo a gente de otras culturas, razas y religiones. Siempre he querido viajar —admitió. Ésa había sido una de las pocas verdades que le había dicho.

—Prométeme que no me vas a dejar sola con ella. No me gusta, me mira con hostilidad —señaló hacia el cuarto donde estaba la aludida.

—Tranquila —acarició sus mejillas—. ¿Nunca has escuchado eso de, "*perro ladrador, poco mordedor*"? Echa mucho por esa boca pero al final no deja de ser una buenaza —miró que no las tenía todas consigo—. Confías en mí, ¿verdad?

Iris hizo un breve movimiento de hombros antes de entrar en el aseo. Su madre, según lo que había escuchado a través de la puerta, le estaba mintiendo. Lo había oído con claridad. La otra mujer había dicho que tenía que deshacerse de la hija. Los nervios se apoderaron de ella. Necesitaba un porro para tranquilizarse. Buscó en el bolso pero no tenía nada, ni siquiera un cigarro. Inspiró y exhaló aire varias veces. Se sentó sobre la tapa del retrete y enterró la cabeza sobre las manos. La razón por la que estaba en aquel momento allí no era otra que el consumo de drogas. Si lo hubiese dejado cuando su padre la rescató en la casa abandonada, y la dejó un tiempo al cuidado de su tía, María, ahora estaría rehabilitada y no tendría esos problemas. ¿Qué había ganado con ser tan rebelde? Solo un cerebro de mosquito. Le había fallado a su padre, la persona que más quería en la vida y que tanto había luchado por ellas, también a su hermana, la que mejor la comprendía. A Violeta, que siempre se había preocupado por ella, atentando contra la vida de su hija, robándole la tarjeta de crédito que tenía guardada en el despacho y provocando un enfrentamiento en la pareja. Era un fraude; nadie la merecía. Un sentimiento de consternación, culpa e indignación decayó sobre ella. Se lavó las manos y observó su imagen en el espejo. La compañera de Noelia había dicho que tenía que deshacerse de ella. ¿Cómo tendría pensado hacerlo? ¿Matarla con el arma que había comprado con el



dinero de Violeta, envenenarla, o pasarle el coche por encima? En cualquiera de los casos, esa mujer parecía violenta y cumpliría su palabra. También había comentado que la utilizaría para acabar con la vieja. ¿Sobre quién estaría hablando? ¿Cómo pensaba utilizarla? Se dio varios golpes en la cabeza con las palmas de las manos. Quería fumar, necesitaba fumar, pero no podía hacerlo, no iba a hacerlo. A partir de ese momento tendría que estar lo más lúcida posible para salir del peligro en el que se había metido. La imagen de Valentín le vino a la mente y varias lágrimas afloraron por la comisura de los ojos. Sintió temblores por la espina dorsal. Lucharía por él y contra ellas.

Se acercaba el día para descubrir quién era Isidora en realidad. Las conversaciones nocturnas eran cada vez más comprometidas e íntimas. Lía sentía que no podría aguantar mucho más tiempo con aquella farsa. El lenguaje que utilizaban era excesivamente sucio y desmedido para ella. Lo único que la mantenía serena al otro lado de la conversación, era que todo aquello serviría para demostrarle a Mateo que la persona que creía conocer, no era quién suponía. Cabría la posibilidad de que conociese la situación y la aceptase como la pareja libre que decían ser. El intercambio de parejas se había puesto de moda en los últimos tiempos. Con todo, pesaba más la razón de que ésta sabía que su hermano Mateo estaba enamorado de Tamara. Solo tenían que pasar más tiempo a solas. Él aprovechaba para estar con Isidora cada vez que coincidían en los turnos y cubriendo guardias. En casa estaba poquísimo.

Esa noche sabía que no tenía guardia, por lo que podría hablar con más osadía. Lía estaba cansada de esas conversaciones, únicamente basadas en sexo y más sexo. Hasta las once estuvo en casa de Violeta, acompañando a toda la familia en ese duro trance. Luego se encerró en su cuarto, sentada en la cama y con el portátil sobre un cojín. Era la hora del *sexting*.

—Buenas noches, mi bomboncete moreno —le escribió tras comprobar que estaba en línea. Al mismo tiempo le envió la fotografía de un chico que en aquel momento estaba muy cachondo.

La chilena en seguida respondió.

—Hola, papito. Aquí estoy —al igual que Lía, tras el mensaje de texto envió una instantánea de ella en ropa interior de color fucsia y con una mano acariciando el abdomen.

—Esta noche estás peculiarmente sexi. ¿Por qué no te quitas el sujetador? No puedo evitar calentarme cada vez que veo tu piel tersa, tus tetas erectas.

A los pocos segundos recibió un vídeo. ¡Se lo había sacado y lo había grabado!

—Lamería todo tu cuerpo si estuvieses aquí. ¡No puedo esperar mucho más! —Lía estaba horrorizada pero debía continuar.

—¿Quieres que me toque? Lo hago cada vez que pienso en ti —se sentía

como una diosa.

Sufrió arcadas. ¡Cómo se podía ser tan guarra!

—Nunca antes había tenido una amante como tú. Me encantaría que fueses mi esclava sexual —propuso. Todavía no estaba convencida de que la chilena aceptase pero tenía que intentarlo.

Isidora abandonó la conversación. ¿La habría asustado? No, imposible. Eso era lo que le gustaba. Volvería. Sin duda.

Minutos después volvió a conectarse.

—A mí también me encantaría aunque ya sabes las condiciones. Sexo sin preguntas, sin compromisos, sin obligaciones —detalló.

¡Bien! Justo ahí la quería tener.

—Yo soy un tío libre, sin novia, sin amantes celosas tras de mí, sin compromisos —le tiró el gancho, a ver si picaba.

—¡Me encantas! Mi cuerpo está ansioso de ti —reconoció—. Todas las noches añoro tu compañía en mi cama. Seguro que tu voz me excita tanto como tus palabras al leerte.

—Yo seré el que te ponga a gritar como una posesa —a duras penas podía controlarse.

Ella respondió en un periquete.

—Dale, papito —escribió, dispuesta a dejarse torturar.

—¿Cuándo nos vemos? No puedo esperar a estar dentro de ti —suplicó, harta de tanta obscenidad.

Isidora tardó medio minuto en responder.

—Este viernes, en el hotel que hay cerca del puerto de Espasante —escribió.

Lía no estaba segura de conocerlo pero le respondió que sí. Buscaría en internet o se acercaría hasta allí, si fuese necesario. No iba a dejar escapar esa gran oportunidad.

—¿Te viene bien a las once de la noche? —le parecía una buena hora para quedar con su nuevo amante y pasar la noche con él. A esa hora, en invierno, apenas había gente en la carretera.

Ella contestó afirmativamente. Por fin podría demostrar que sus sospechas

estaban bien fundamentadas. Isidora era una hipócrita y seguía engañando a su hermano.

Doña Manuela empezaba a recuperarse de la paliza que había recibido en su propia casa, por un grupo de atracadores que todavía no había sido detenido por la Policía. Ya respiraba por sí misma, sin necesidad de oxígeno. Su habitación estaba situada frente al puesto de enfermería por lo que siempre estaba atendida cuando su hija bajaba a almorzar.

Pepi empezaba a sentir el ser que llevaba en su interior. Hacía más de un mes que estaba acompañando a su madre en el hospital, por lo que ahora hacía las revisiones del embarazo en ese mismo centro. Por fortuna y tras un mes agotador de dormir en el hospital, ella se encontraba bien, y el bebé también. Su pareja seguía en París por motivos de trabajo y su hermano había venido unos días en Navidad.

Dado que todavía estaba delicada, ayudó a Manuela con la comida. Luego la acomodó en la cama para descansar con el cuerpo estirado, más cómoda que en el sillón. Le dio un beso en la frente y le dijo que bajaba un momento a la cafetería para comer. Cogió el bolso que antes había guardado en el diminuto armario y salió. Al pasar por el puesto de enfermería habló con una de las enfermeras.

—Bajo un momento. ¿Te importa echarle un ojo? —no hacía falta darle explicaciones de a dónde iba. Ésa era su rutina diaria desde que Manuela estaba ingresada.

La enfermera no pudo negarse. Además de que velar por la salud de las personas que estaban ingresadas en el hospital era su trabajo, sentía un afecto especial por ambas. Pepi le había llevado bombones y había compartido con ellas dulces navideños. Ellas también la habían asistido en varias crisis de ansiedad que había sufrido cuando su madre había estado más grave.

Iris y la pareja de su madre la estaban vigilando. En cuanto vieron que la joven embarazada entraba en la cafetería, cogieron el ascensor hasta la planta donde estaba ingresada la anciana. Iris en todo momento se sintió coaccionada por aquella desagradable mujer que no se andaba con juegos. La tenía agarrada de un brazo, como si fuese una delincuente común.

—Ha llegado el momento de que me demuestres que eres hija de tu madre —susurró cerca de su oído y agarrándola fuerte de un brazo—. Haz lo que te dije de camino al hospital y todo saldrá bien. ¿Me has entendido?

—¿Qué le va pasar a esa mujer? —quiso saber.

—La vieja ha vivido lo suyo y ha visto lo que no debería haber visto. ¿Es que tu madre no te ha explicado a qué nos dedicamos? —Iris la miró con dolor—. ¿Has escuchado hablar de la luz al final del túnel? —ella movió los hombros—. Pues voy a ayudarle a que alcance esa luz y descanse eternamente.

La chica sintió que le flaqueaban las piernas. ¿En serio la iba a matar? Y ella iba a ser cómplice de ese asesinato.

—Venga. Ve a distraerlas. Yo te aviso cuando haya acabado —la empujó como una salvaje que era. Había sido una mujer que nunca había carecido de coraje.

La adolescente temblaba como un flan. ¿Realmente quería hacer eso? ¿Era lo correcto?

Se acercó al puesto de enfermería para hablar con la que estaba más próxima al mostrador. El pelo lo llevaba suelto, como le había exigido la otra mujer. Tras esperar unos minutos, una enfermera, la misma con la que Pepi había hablado antes, le preguntó si la podía ayudar en algo.

—Ah, sí, hola —titubeó. Estaba demasiado nerviosa como para hablar de forma coordinada.

La sanitaria la miró extrañada. Su comportamiento no era el habitual en una joven de su edad. Ella no la miraba a los ojos. Éstos estaban remachados en el blanco impoluto del mostrador.

—Me han dicho que mi abuela está ingresada en esta planta pero no sé el número de la habitación —musitó con los ojos llenos de miedo.

—Necesito que me diga el nombre completo —la informó.

Los labios de Iris temblaban y sus dientes repiqueteaban unos contra otros.

—Tranquilízate. La encontraremos —intervino la enfermera al ver el estado de desazón de la chica—. ¿Cuál es su nombre?

Ella se llevó las manos al pelo. Tenía que conseguir tiempo para que la mujer, que ya había entrado en la habitación de doña Manuela, acabara el trabajo.

—Me han dicho que le quedan apenas unas horas de vida. ¿Es tan importante el nombre? —dijo, como evasiva.

—Lo siento mucho, pero sin el nombre, será imposible que le indiquemos la habitación en la que está su abuela —señaló la mujer vestida de blanco.

Iris miró hacia atrás. La puerta de la habitación de la anciana estaba cerrada. La enfermera la observó con atención.

—¿Doña Manuela es tu abuela? —preguntó, arrugando la frente. Creía recordar que Pepi le había dicho que no tenía más familia.

Iris negó con la cabeza.

—Marga —preguntó a una de las compañeras—. ¿Has ido tú a ver a doña Manuela? Es extraño. Pepi siempre deja la puerta abierta.

La otra sanitaria negó con la cabeza.

—Seguramente haya sido su hija, que ha vuelto del almuerzo. Hoy ha sido más rápida que nunca —opinó la primera, que volvió a centrar la atención en la adolescente que tenía ante ella—. ¿Has recordado su nombre?

Las manos de Iris temblaban sobre el mostrador. Estaba aterrorizada.

—Una mujer desconocida ha entrado en esa habitación —susurró la joven, incapaz de mantener la mentira que estaba cubriendo.

—Seguramente era su hija —respondió, sin darle importancia.

—Le aseguro que no era la hija. Vaya a ver —insistió.

—Guapa. No tengo todo el día para atenderte. Si no tienes nada más interesante que hacer, sigo con mi trabajo.

La enfermera se alejó del mostrador hacia la zona donde tenían los ordenadores.

—¡La va a matar! —bisbiseó.

—¿Cómo?

Justo en ese momento se escuchó como algo caía al suelo, algo de cristal.

La compañera, que también había escuchado ese último comentario, miró hacia la puerta de la habitación. Sin más dilatación, ambas salieron del puesto de enfermería a paso ligero. ¿Llegarían a tiempo?

Doña Manuela dormía plácidamente cuando la extraña mujer se coló en su habitación sin hacer el menor ruido y cerrando la puerta tras ella. Para evitar ser reconocida llevaba una peluca cuyos cabellos eran del color de la miel. Se

acercó a la cama y extrajo del bolsillo del abrigo lo que había conseguido por internet para inyectarle en el suero y así acabar con su vida. Iba a ser muy fácil.

Miró que sobre la mesa había la ecografía de una mujer embarazada. Dio la vuelta alrededor de la cama, la cogió y miró que pertenecía a la semana dieciséis de gestación. Ella nunca había podido tener hijos, nunca había podido sentir un ser en su interior, las patadas que dan en la barriga, sus movimientos.

—Parece que vas a ser abuela —musitó, mirando hacia la anciana—, corrijo. Ibas a ser —siguió riendo con socarronería.

En ese instante Manuela abrió los ojos y la reconoció. Era una de las dos mujeres que la habían agredido en su casa aquella noche de diciembre. Intentó alcanzar el pulsador de llamada pero una mano nervuda se lo impidió.

—¡Eh! A dónde vas tan rápida. Se nota que te tratan bien aquí —retiró el pulsador que estaba sobre la almohada hacia atrás.

Se miraron cara a cara. No podía hacer nada contra esa alimaña de mujer. Al final iba a conseguir acabar con su existencia y eso impediría conocer al futuro nieto. Le daba igual su vida, ya había vivido lo suyo, ni siquiera le importaba que hubiesen hurgado en los secretos que había escondidos en su casa. Varias lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Le tienes miedo a la muerte? A tu edad no deberías. Muchos más años no pensarías vivir —opinó sardónicamente, mientras preparaba la jeringa.

La anciana supo que la iba a envenenar y no podía impedírselo. Su hija había salido a comer y las enfermeras estaban atendiendo a otros pacientes. Comenzó a rezar por última vez en su vida.

—¿Crees que rezando te voy a perdonar la vida? ¿Realmente crees que tu Dios te va a salvar? —se jactó de sus creencias. Para ella su vida no tenía valor.

La anciana, en un último intento de sobrevivir, cogió el vaso de cristal que había sobre la mesita y lo tiró al suelo, rompiéndose en mil añicos.

—Vas a morir igual, vieja loca —decretó, lanzándole una mirada aguda, típica de las personas acostumbradas a dominar.

Manuela cerró los ojos y se permitió llorar, pues sobrevivir lo tenía complicado.



Justo cuando la intrusa había pinchado el suero con el cianuro que tenía en la jeringuilla, se abrió la puerta de la habitación y entraron las dos enfermeras.

—¿Qué hace usted ahí! —gritó una de ella. Iris se había quedado tras las sanitarias.

La mujer apuró con la jeringa y salió por piernas de allí como si fuese una bestia herida, empujando a las dos de blanco y dejando atrás a la adolescente. La enfermera arrancó la aguja que Manuela tenía clavada en la vena.

—¿Se encuentra bien? —exigió saber.

La anciana asintió.

—Llama a seguridad inmediatamente —demandó a su compañera. Luego miró a Iris—. Y tú no te vayas de aquí.

La chica se acercó a la cama. ¿Habían llegado a tiempo?

La habilidad de la sanitaria y su premura a la hora de retirarle la vía, habían dado sus frutos. Doña Manuela estaba viva. El veneno no había llegado a su cuerpo. En cuestión de minutos se presentó el jefe de seguridad del hospital, el cual contactó con el teniente Campos para comentarle lo sucedido. Al poco rato aquello parecía una comisaría y no un hospital; se había desatado una locura. Los pacientes se acumulaban en el pasillo para averiguar lo que había sucedido, incluso habían acudido enfermos de otras plantas. Pepi llegó cuando el pasillo estaba abarrotado de curiosos, pese a la insistencia del personal sanitario y de los policías que se habían acercado acatando la orden de Campos. Al ver que el revuelo procedía de la habitación de su madre apretó el paso.

—¿Qué ha pasado? —dijo con voz asustada, tras asomarse entre los médicos y los agentes vestidos, unos de azul y otros de verde. Su estómago dio un vuelco violento.

El médico que atendía a Manuela le explicó lo que había sucedido. Pepi se arrimó a la cama.

—Mamá, ¿estás bien? —cogió una de sus manos entre las suyas.

La anciana asintió. Las enfermeras comprobaron que, tras la llegada de la hija, el rostro de doña Manuela había recobrado, poco a poco, la cordura y la conciencia. Sin darse cuenta, la piel rugosa de la mano de la mujer estaba acariciando el vientre de Pepi.

El teniente Campos ordenó llevar a Iris a comisaría. Allí le harían todas las preguntas que vinieran al caso sobre quién era la mujer que había intentado asesinar a la anciana, y la relación que tenía con ella, y, al ser menor de edad, contactarían con su familia.

Cuando llegaron a la jefatura, la hicieron entrar en una sala de once metros cuadrados. Dos hombres entraron a posteriori para interrogarla. Lo primero que hicieron fue enseñarle en retrato robot.

—¿Es ésta la persona que quiso atentar contra la vida de aquella anciana?  
—interrogó uno de ellos.

Iris miró la imagen y asintió.

—¿Quién es? ¿Qué hacías con ella? —indagó el segundo agente.

—No sé su nombre —musitó, asustada. No recordaba haberlo escuchado.

—¿Qué relación tienes con ella? —demandó, concediéndole el beneficio de la duda.

—Ninguna. No la conozco de nada —apostilló, negando con la cabeza.

—No me lo creo. Tú advertiste a la enfermera de que una mujer había entrado en la habitación de aquella señora. ¿Cómo tenías esa información? ¿Quién es? ¿Quién eres? —reclamó, de pie y con ambas manos apoyadas en la mesa.

—Ya se lo he dicho. Yo no la conozco. Es mi madre quién la conoce —aclaró.

—Entonces explícame qué hacías allí —exigió, cruzando los brazos ante ella.

—Ella me obligó a ir —anunció con mirada suplicante. Al ver que no la creían, siguió ofreciéndole datos—. Tuve que ir con ella y en el coche me explicó cómo tenía que actuar, me explicó lo que tenía que decir.

—Sino qué —quiso saber el otro.

—Sino me mataba allí mismo. Ella le dijo a mi madre que debía deshacerse de mí lo antes posible —le temblaban los dedos sobre la mesa.

Uno de los agentes le pidió su documentación.

—Tendremos que contactar con tu familia —se fijó en la dirección que ponía el documento de identidad—. ¿Tu madre vive en esta misma dirección?

—No. Mis padres están separados. Ella vive en otro lugar, a las afueras — declaró.

—Y la otra mujer, ¿sabes dónde podemos localizarla? —insistió. El tiempo apremiaba. Cuanto más tardasen en saber de ella, más dificultades tendrían para encontrarla, dando por supuesto que se escondería o incluso podría fugarse.

—Pasé la noche en su casa —reveló, con las manos estiradas sobre la desbaratada mesa—. Viven juntas y... —dejó caer los párpados—, también duermen juntas.

Los agentes se miraron entre sí.

—Vaya, dos tortilleras —comentó uno de ellos por lo bajo.

—Vamos a contactar con tu padre. Luego tendrás que llevarnos hasta la dirección donde viven las dos mujeres. ¿Tienes alguna fotografía de tu madre?

La chica miró en el móvil. Se habían hecho varios selfis y los tenía guardados en la galería de fotos.

—Es ésta —la señaló con el dedo.

—Bien. Tendremos que hacer una copia y ampliarla.

Ya podían poner cara a las dos mujeres. Eso era bueno.

—Ahora te traerán algo de beber.

Iris miró como se iban. Decir que estaba asustada era quedarse corta. Estaba aterrada. En breve llegaría su padre a esa comisaría y le esperaba una bronca de dimensiones gigantescas. Entonces, solo entonces, notó que los ojos le escocían. Había arruinado su vida y la de las personas que más cerca tenía, y ninguna de ellas se merecía ese sufrimiento. ¿Tendría que ir a la cárcel por haber colaborado en un intento de asesinato, por fortuna fallido, o solo ingresaría en un centro de internamiento? En cuanto entraran los agentes, les haría esa pregunta. Ella no había hecho nada; es más. Había puesto en aviso a la enfermera para evitar que aquella temeraria mujer acabase con la vida de una anciana inocente, cuyo único deseo, en aquel momento, era ver el rostro del nieto que en unos meses vendría al mundo. Las lágrimas, que salían a borbotones, enrojecieron sus ojos.

Media hora más tarde se presentaron Valentín y Violeta en la comisaria.

Hasta ese instante no habían tenido noticias de la adolescente. De camino a la jefatura discutieron sobre lo que podría haber hecho la chica. El teniente Campos los recibió en su despacho para ponerlos al corriente de los sucesos que relacionaban a su hija con un robo con agresión, y un intento de asesinato. Ambos quedaron atónitos. Aquello era surrealista. Era imposible que la chica estuviese metida en esos malos rollos.

El teniente Campos les preguntó por la madre de la joven.

—No sabemos nada de ella. Al parecer salió de prisión hace muy poco y apareció en la vida de mis hijas. Empezó a mostrarse muy interesada en recuperar su cariño, el tiempo perdido —narró el varón con la mayor concisión posible y un flujo de emociones en su garganta—. Ayer descubrimos que incitó a la niña para que le robase una tarjeta de crédito a mi actual esposa, la cual fue utilizada de manera fraudulenta durante mes y medio —clarificó en un tono enojado—. ¿Puedo ver a mi hija?

—Comprendemos su inquietud y enfado, señor Suarez, y entendemos que llevan horas sin dormir, pero el asunto que tenemos sobre la mesa es grave, y su hija, en cierto modo, está involucrada. Debemos hacerle algunas preguntas más antes de poder verla.

El hombre cabeceó. Con la cabeza y con los ojos. Estaba abrumado con todo lo que le acababan de manifestar. Afortunadamente tenía a Violeta a su lado, cogida de su mano, transmitiéndole apoyo y ánimo.

—¿Sabe dónde podemos localizar a la madre de su hija?

Él negó con la cabeza.

—Siempre venía ella a por Iris. Nunca nos ha dado su número de teléfono ni nos comentó dónde residía. No sé si su hermana sabrá algo.

—¿Puede contactar con ella? Es muy importante que lo haga.

—La llamaré yo, cariño —intervino Violeta, que se levantó de su lado y buscó el teléfono en el bolso—. Saldré un momento para hablar con ella —el esposo asintió—. Vuelvo en un minuto.

—Señor Suarez —lo miró fijamente antes de mostrarle el retrato robot—. ¿Reconoce a esta mujer? ¿Es ella su exmujer?

Valentín sacó las gafas del bolsillo interior de la chaqueta y lo observó con cautela.

—No, claro que no. Ésta no es Noelia —señaló la imagen con el dedo—. No la he visto en mi vida.

En ese instante entró la esposa.

—Me ha dicho que se acerca a la comisaría en unos minutos. Estaba cerca de aquí —anunció, volviéndose a sentar junto a Valentín.

El teniente le enseñó el retrato a ella, por si la había visto alguna vez.

—Lo siento, pero no la conozco ni la he visto.

—Bien. Su hija nos ha comentado que pasó la noche en un piso, donde, al parecer, vive su madre con otra mujer, es decir, ésta —señaló el retrato robot—. Podrán verla unos minutos, cinco, con exactitud. Su hija tendrá que acompañarnos hasta ese domicilio.

—¿Y eso no es peligroso para una chica de dieciséis años? —participó la mujer.

—Pueden estar tranquilos. Sabemos hacer nuestro trabajo, que consiste en proteger a las personas buenas de las malvadas. Mientras esté con nosotros, estará a salvo —concluyó.

Un agente anunció que María estaba fuera. Campos pidió que la hicieran pasar. Se abrazó a la pareja que estaba en el interior y contestó a las preguntas que le hizo el teniente, pero ella tampoco sabía el domicilio de su hermana, solo su número de teléfono, y no contestaba.

—Iris también debería tenerlo, aunque no sé si será el mismo. Sé que hablaron en diversas ocasiones, durante el tiempo que estuvo en mi casa —dictó la psicóloga.

La pareja asintió. Preguntarle a ella era una buena idea.

—De acuerdo —habló nuevamente Campos—. Ahora entrarán cinco minutos —se irguió—, solo cinco minutos.

—Me gustaría acompañar a la familia, si fuese posible. El tema de Iris no es algo que haya que abordar a la ligera. Hay que tratarla con guantes de seda —participó nuevamente la terapeuta. Campos asintió.

—Teniente. ¿Qué le va a pasar a mi hija a partir de ahora? ¿Nos la podremos llevar a casa? —preguntó, dubitativo.

Campos lo encaró. Él tampoco sabía qué iba a suceder a partir de ese momento pero algo sí tenía muy claro. Cogería a esas dos mujeres y las

devolvería a prisión, de donde no deberían haber salido nunca.

—Papá —musitó un quejido amargado de forma casi inaudible.

La adolescente quiso ir hacia él pero los pies parecían haber echado raíces.

El progenitor se adentró en la sala y la abrazó. Justo lo que ella necesitaba en aquel instante. Un abrazo reconfortante de alguien que la quería y nunca la abandonaba.

—Lo siento muchísimo, papá. He hecho cosas malas y... —titubeó—, la señora aquella... —hablaba a trozos a causa del llanto—. En un principio me negué, pero me dijo que me mataría si no hacía lo que me pedía. Fue horroroso. Menos mal que no le sucedió nada o no me lo perdonaría en la vida —comentó, a ritmo de hipo. Hasta la fecha había dicho tantas mentiras que empezaba a creérselas.

Mientras se desahogaba, Valentín acariciaba su pelo.

—Todo se arreglará —pronunció el padre en un tono conciliador.

La adolescente lo miró a los ojos. Sentía tanta vergüenza...

—Violeta —se le quebró la voz, dejando a Valentín a un lado.

La mujer le tendió las manos.

—Perdóname por haber cogido tu tarjeta en el despacho de casa. Yo no la utilicé, lo juro, pero eso no me exime de la culpa —tenía las pestañas salpicadas de lágrimas.

—No fue idea tuya, lo sé —dictó, regalándole una sonrisa amistosa.

Iris columpió la mirada entre uno y otro.

—¿No se supone que deberíais estar muy enfadados conmigo? Tendríais que estar regañándome, castigándome o, como se dice... —se llevó una mano al pelo—, leyéndome la cartilla. He sido una mala persona, especialmente contigo y con Tamara. A ella le dije cosas terribles —miró hacia el suelo con pena y vergüenza—. Y lo del enjambre —negó con la cabeza e hizo una pausa para tragarse las lágrimas—. También fue cosa de mamá. Yo estaba furiosa porque a ella todo le iba bien y quise darle una lección —exhaló aire con fuerza—. Sí, lo sé. He sido muy ingenua confiando en una persona así y por poco se me va de las manos. No sabía que Tami era alérgica a las avispas —las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas—, y, por mi culpa, tuvo

que irse de casa porque no me soportaba, lo cual entiendo perfectamente. He sido una completa egoísta y egocéntrica. Debería ser yo la que abandonara la casa, ¡vuestra casa! —parpadeaba con demasiada frecuencia.

Violeta negó con la cabeza.

—Esa casa es de todos, de la familia que formamos tu padre y yo. No le des más vueltas —la contradijo.

La joven rubia tenía el rostro totalmente enrojecido a causa de las emociones. Violeta tuvo la necesidad de abrazarla, y así lo hizo. María los observaba con emoción.

—A ti también te debo una disculpa —la psicóloga frunció el ceño—. No supe aprovechar el tiempo que estuve en tu casa. Dejaste tus cosas para estar conmigo, y yo, lo único que hice fue engañarte, consumiendo hierba a escondidas y faltando a clase para verme con las compañías de siempre —sentía tanto dolor, tanta aflicción, que se mareó. Una señal de que tenía debilidades como cualquier otro ser humano.

La tomaron en brazos para sentarla. Violeta le puso el vaso de agua en los labios, para que bebiese. En ese instante apareció el teniente. Tenía que llevarse a la chica.

—¿No puede esperar unos minutos más? Ha estado a punto de desmayarse —expresó el progenitor.

—Tenemos que actuar ya —observó el reloj de la muñeca—. Tres minutos más —sopló cuando salía.

María sacó del bolso un abanico decorado con mariposas.

—Vaya, es muy bonito. Desde cuando un abanico en pleno invierno —dijo en un tono casi imposible de escuchar por los demás.

—Desde que tengo la menopausia. Ahora va conmigo a todas partes —sopló, logrando que se le moviera el flequillo.

Unos instantes después dos agentes escoltaron a Iris hasta un vehículo oficial. La adolescente les indicó la calle donde vivían las mujeres y la planta exacta. Realmente se trataba de un primer piso. Tocaron en la puerta sin obtener respuesta. Era el momento de tirarla; tarea que fue llevada a cabo por el agente más nervudo del cuerpo. Los demás entraron, una vez la puerta se hizo a un lado. Revisaron todos los habitáculos, pero ni rastro de las dos mujeres. Comprobaron que, por los espacios vacíos, faltaba alguna ropa y



calzado. Mientras realizaban la inspección, la chica permanecía sentada en el asiento de atrás del vehículo, acompañada por un guardia.

—¡Quiero que pongan esto patas arriba, si fuese necesario, pero encuentren algo! Hay que localizar a esas dos mujeres antes de que abandonen el país —exigió el circunspecto teniente.

Media hora más tarde encontraron algo interesante.

—Señor. Aquí hay un colgante con la fotografía de una pareja. Sospecho que se trata del mismo collar que denunció la otra anciana que le habían robado —el agente lo introdujo en una bolsa de plástico.

Campos echó una última ojeada y luego regresó al coche donde estaba Iris.

—¿Todavía tienes el teléfono contigo? —la interrogó desde el asiento delantero.

La chica asintió.

—Mierda. Se ha quedado sin batería.

—Vale, no pasa nada. En la comisaría tenemos cargadores para todos los modelos. Es posible que tu madre se haya puesto en contacto contigo en las últimas horas y, si no lo ha hecho, serás tú quien contacte con ella. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo haré —afirmó. Era lo mínimo que podía hacer después de todo el daño que había ocasionado a la familia y a esa pobre anciana.

Valentín, Violeta y María, seguían esperándola en comisaría. Cuando los vieron entrar, se dirigieron a Campos.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó el padre tras abrazar nuevamente a su hija.

—Ustedes sí pero su hija tendrá que quedarse. Tiene que contestar a muchas preguntas. Aquí estará segura —aclaró.

—No tengo pensado abandonar a mi hija. Nos quedaremos a su lado el tiempo que sea necesario —aseguró.

El teniente lo miró. Un hombre tenaz, pensó para sí mismo.

—Si queréis podéis irnos vosotras —se dirigió a su esposa y a María.

—Yo me quedo —opinó Violeta, cogiéndole una mano.

—Yo también me quedo con vosotros. Tendría que haberte hecho caso

cuando me dijiste que no confiabas en Noelia

—Tienes trabajo. De verdad que estamos bien —insistió el varón, que le resultaba imposible contener la ansiedad.

—Estoy más tranquila aquí, con mi familia, que en casa o en la oficina —la psicóloga se sentía culpable por no haber detectado lo que su hermana estaba tramando, por no haber investigado su nueva vida y cómo subsistía últimamente, aunque, en apariencia, no había nada fuera de lo normal.

—Vamos, Iris. Tenemos que tomarte declaración —la tomó del hombro y se giró hacia Valentín—. Si todo va bien, en unas horas podrá llevársela aunque tendrá protección policial las veinticuatro horas del día. No podrá hacer vida normal mientras no encontremos a esas mujeres.

Valentín, arropado por su mujer y su cuñada, asintió varias veces. ¿Qué clase de persona era la mujer con la que había estado casado y, a la vez, madre de sus hijas? ¿Cómo era capaz de meter a su propia hija en su desorden particular? Iris solamente la había estado idolatrando todo ese tiempo.

Regresaron al despacho del teniente y conectaron el teléfono a un cable. Unos minutos después la pantalla se iluminó. Tenía tres llamadas de Noelia. El hombre frunció los labios. Estaba seguro de que iba a ponerse en contacto con ella y así había sido. Ahora solo tenían que esperar una llamada más y acordar un encuentro.

—Teniente —el hombre se dio la vuelta para escuchar lo que le había ido a decir el agente—. Han cogido a la otra mujer en un control. La del retrato robot. Han dicho que llevaba una peluca y documentación falsa. También intentó agredir al agente propinándole un rodillazo en la entrepierna.

—Magnífica noticia —se reclinó en el sillón, mirando hacia la adolescente que tenía sentada frente a él. Luego le habló—. Vas a responderme a unas preguntas y podrás irte a tu casa, con tu familia.

Iris inhaló aire con los ojos cerrados. Aquella mujer, cuyo nombre desconocía y la que había estado a punto de asesinar a una anciana inocente, en la habitación de un hospital, le daba pánico. Sus ojos le habían transmitido vapor, y, por fin, estaba detenida. Ahora, cercada por polis, no podría hacerle daño a nadie.

Tras firmar su declaración, bajo la atenta mirada del progenitor, Iris

abandonó las dependencias policiales, junto a Violeta y María.

Nunca había tenido tantas ganas de regresar a su casa como en esa ocasión; ganas de ver y abrazar a su hermana gemela y a Hortensia, ganas de disculparse con Tamara. Cuando las encontró, esperándola en el salón, entró corriendo y se abrazó a Uxía. Las dos lloraron e hicieron sollozar a los demás. Hortensia fue la siguiente en envolverla con sus cariñosos brazos y en dejar marcada su cara a causa de los besos. Al llegar el turno de Tamara, lo primero que hicieron fue cruzar miradas. Tami vio algo diferente en la joven, algo que estaba lejos de su habitual provocación, de su odio hacia ella. Su madre le había comentado por teléfono que estaba totalmente arrepentida de las cosas horribles que había hecho y dicho, pero tenía que verlo con sus propios ojos, por si ésa fuese otra de sus mentiras, otra de sus escenas para conseguir que se apiadaran de ella.

—Hola —dijo con timidez—. Me han dejado volver a casa—. Llenó los pulmones de aire y giró el cuerpo para observar lo que la rodeaba pero sin mover los pies del suelo—. Siempre me ha gustado la fragancia que notas al traspasar esa puerta —admitió, posando los ojos sobre Violeta porque eso era gracias a ella. Le encantaban las flores aromáticas.

—Me alegra que estés en casa —terció la hermanastra—. Ahora tengo que irme.

—¿No te quedas a cenar con nosotros, cielo? —preguntó la progenitora.

—Sí, quédate, así estaremos en familia —participó la gemela recién llegada.

—No. Será mejor que me vaya. Todos estamos cansados, seguro que os apetece un baño relajante y descansar —reiteró.

—Quédate, por favor —Iris le tendió las manos—. Escucha. Sé que he sido mala contigo, me he portado como una hipócrita, embustera y egocéntrica, y merezco tu desprecio, pero quiero que sepas que voy a intentar enmendar todo eso y recompensarte. No sé cómo, pero lo haré. A ti, a mi hermana, a mi padre y a tu madre, porque sois lo único que tengo y, pese a ser como soy, a haceros lo que os hice, nunca me habéis abandonado. Yo soy la única y verdadera culpable y pagaré por mis errores, de hecho ya lo estoy haciendo —la miró con los ojos vidriosos—. Tienes todo el derecho del mundo a odiarme, a no querer ser mi amiga —con la manga de la chaqueta secó algunas lágrimas que se le habían escapado—, y te pido perdón por todo.

Ojalá pudiese desandar lo andado —luchó por controlar el temblor de su voz.

Aunque el salón era de dimensiones considerables, en aquel instante, justo después de esas palabras, todos sintieron que les faltaba oxígeno para respirar y aguantar las lágrimas que batallaban por salir al exterior.

Tamara estaba sorprendida y sin argumentos; el nudo que antes había sentido en la garganta se había desatado. ¿Qué podía decirle? ¿Qué debía contestarle? ¿Cuál sería el argumento idóneo en aquel instante de reminiscencia y reconocimiento interno?

—Me alegra saber que has recapacitado. Por mí no debes preocuparse; estoy bien. Quién no se encuentra tan bien es tu padre, que ha sufrido mucho por ti en estos últimos meses —ladeó la cabeza y juntó los labios—. Aprovecha esta nueva oportunidad que la vida te ha dado para estar junto a las personas que te quieren. Abre las puertas a un nuevo futuro —sus ojos se posaron sobre Valentín—. Me imagino que sabes que tienes el padre más maravilloso del mundo, el padre que yo ansiaba tener —dejó escapar una pequeña sonrisa—, bueno, creo que a todos nos gustaría que nuestro padre fuese así. Bueno, honrado, cariñoso, divertido y cercano.

Valentín sintió un escozor en los ojos.

—Sí, lo sé. Pero todos formáis parte de mi vida y todos sois importantes, incluida tú, Tamara. Varias veces intentaste sacarme de ese camino y no te lo permití. ¡Por Dios! He estado ciega y sorda durante tanto tiempo —se tapó la cara con las manos.

Violeta se acercó a ellas y abrazó a la rubia; luego a ambas a la vez. Iris vagamente conocía esa sensación, la de estar entre los brazos de una persona noble que te quiere de corazón, y, dicha emoción le encantaba.

—De acuerdo. Acepto tus disculpas —dijo, coronando con esa pequeña frase, años y años de disputas.

—Gracias. Significa mucho para mí y, supongo que para ti también. A partir de ahora voy a intentar ser la hermana que nunca has tenido y, si me dejas, una amiga más con la que podrás contar siempre que lo necesites.

—Iris, cariño. Eso que acabas de decir es muy bonito —opinó Violeta mientras acariciaba sus mejillas sonrosadas.

—Es lo que siento ahora mismo por dentro —comentó, respirando con profundidad.

Se giró despacio hacia su hermana.

—A ti también te tengo que pedir disculpas por lo del otro día. Casi te tiro por las escaleras —cerró los ojos al recordar aquel angustioso momento.

—Tranquila, hermanita. Ya está olvidado.

Las dos gemelas se abrazaron.

—Pues, además de todo eso, lo cual comparto sin rechistar y sin cambiar ni una coma, siento que tengo muchísima hambre. ¿Alguien sufre de lo mismo? —participó el único varón de la sala.

Violeta cogió a las dos chicas por los hombros y salieron hacia el comedor familiar. Valentín agarró de un brazo a su otra hija y le dio un beso en la frente.

—Te quiero, papá.

—Estoy muy orgullosa de ti, de todos en general —la abrazó y susurró a su oído—. Vamos a ser una familia, una familia de verdad —la opresión en el pecho empezaba a desaparecer.

Cristina era el nombre de la mujer que vivía con Noelia, el nombre de la persona que había compartido celda con ella y que en la actualidad compartía cama y también aventuras. La habían detenido en un control organizado por la Guardia Civil. Cuando llegó al cuartel llevaba puesta una peluca de color rubio platino. En el vehículo, que por cierto había sido robado, le interceptaron una pistola, una cantidad considerable de dinero en efectivo y documentación falsa.

El agente que la había detenido la llevó esposada hasta la sala de interrogatorios.

—Puto madero —protestó, mascullando una ristra de maldiciones y mirándolos con acaloramiento No había manera de escapar. Volvería a la cárcel.

—¿Se encuentra bien, agente? Será mejor que se acerque a enfermería —preguntó el teniente al ver que de vez en cuando llevaba la mano a la entrepierna.

—No es necesario, señor. Estoy bien —respondió.

Campos se sentó frente a la arrestada. Abrió la carpeta con displicencia y sacó el retrato, poniéndolo frente a ella.

—¿Se reconoce?

Cristina miró hacia otro lado con expresión de no saber ni escuchar absolutamente nada.

—La verdad es que el dibujante hizo un gran trabajo.

Lo guardó en la carpeta y extrajo una fotografía de doña Manuela de cuando ingresó en el hospital, tras la paliza.

—Ésta es doña Manuela. Hace poco cumplió ochenta años y hace mucho menos dos intrusas entraron en su domicilio por la noche, mataron a su perro, le robaron lo poco que tenía y le dieron una paliza que casi le causa la muerte. Por fortuna los médicos la salvaron, aunque hace unas horas una mujer intentó acabar con su vida en el hospital —ladeó la cabeza y le acercó la fotografía. La anciana tenía la cara casi irreconocible—. Su único deseo era conocer a su nieto, que nacerá en unos meses, y lo va a conseguir.

La mujer seguía sin mirar hacia la mesa donde estaba la fotografía ni hacia la persona que en aquel instante le hablaba.

—La anciana la ha reconocido, y a su cómplice también. Por no decir que las enfermeras la señalan a usted. No tienen escapatoria.

La detenida giró la cabeza hacia él, mirándolo con desprecio.

—Al parecer tienen debilidad por los ancianos más desprotegidos —en ese instante supo que la retenida empezaba a ponerse nerviosa.

Un agente apareció con la bolsa que contenía el colgante de la otra abuela.

—También localizamos en su casa el colgante que le robaron a la otra anciana que vive cerca de los acantilados. Me ha extrañado que no lo llevara consigo en su fuga. ¿No le dio tiempo o llegaron a un pacto? Usted se queda con el dinero y la otra con las joyas que usurparon a las pobres mujeres —matizó para enervarla un poco más.

—¡Vallase a la porra! No hablaré con nadie y menos con usted, con ese uniforme de pacotilla —gritó con voz un tanto masculina y mirada amenazadora. Campos reconoció la malicia de aquella mujer.

—Se lo diré sin paños calientes. Volverá a la cárcel y será acusada de varios delitos.

—Quiero un abogado —insistió, mordisqueando la cutícula del pulgar.

—Además de esa pieza familiar localizamos más joyas que ustedes robaron en casa de otros ancianos de la zona y que son pruebas irrefutables. Me pregunto cómo no se les ocurrió venderlas o fundirlas.

A la mujer se le mudó el semblante.

—Y encima utilizar a una menor, en este caso la hija de su amante, para lograr sus propósitos y cubrirse las espaldas. ¿No le da vergüenza?

Cristina soltó una risotada desagradable.

—Es una lástima que no colabore. Le esperan unos cuantos años encerrada entre cuatro paredes y esta vez haremos lo imposible para que no coincida con su amante en la misma celda —guardó la fotografía de doña Manuela y se levantó.

—Quiero un cigarrillo —habló. El brillo de sus ojos era pura malicia.

—Lo siento en el alma pero eso es del todo imposible. Desde enero del

2011 está totalmente prohibido fumar en espacios de uso colectivo —explicó el teniente, chasqueando con la lengua tres veces.



Para la ocasión había comprado un baby doll semitransparente de color negro, manga larga y motivos florales con tres lacitos como único cierre frontal. Bajo el mismo llevaba un tanga.

Esa misma mañana había estado chateando con él. Ella lo esperaría en la habitación del hotel. Él simplemente tenía que preguntar por ella en recepción y subir a su encuentro apasionado.

Se había registrado temprano en el hotel por lo que se dio una ducha, se arregló el pelo y puso perfume en diferentes partes del cuerpo. Ojeó el reloj que había dejado sobre la mesita. Tan solo faltaban quince minutos para recibir a su amante en la habitación del hotel, y esa idea le produjo un placer que inundó todo su ser.

Localizó el móvil y le envió un mensaje.

—Te espero con mucha ansia.

La persona que debía recibir dicho mensaje no estaba conectada; llevaba más de tres horas sin hacerlo.

Se acostó sobre la cama mientras esperaba el sonido de unos nudillos en la puerta.

Tras chatear por última vez con Isidora antes de la supuesta cita en el hotel, acudió al hospital para hablar con su hermano. Hasta ese momento no le había dicho nada.

Mateo acabó su turno a las seis pero poco antes recibió la llamada de su hermana diciéndole que tenía que verlo con urgencia. Un cuarto de hora después, se encontraron en la cafetería.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es eso tan urgente que tienes que contarme? —la interrogó, después de sentarse frente a ella con un bocadillo de tortilla y una botella de agua.

—Primero come —dijo. Sentía tanta pena por él.

—Pero ha pasado algo o no. A qué se debe tanta intriga —porfió.

—Todos estamos bien —bajó la mirada hacia el tentempié que había cogido para acompañarlo. Apenas tenía apetito.

Para evitar hablar del tema mientras comían le contó el último cotilleo del pueblo.

—¿Te enteraste de que tu exnovia se va a casar porque su actual novio la dejó preñada?

Mateo la miró y arrugó la frente.

—Quién. ¿Irene?

—La misma.

—Quizás lleven tiempo saliendo juntos y hayan decidido formar una familia —elevó los hombros—. Ya no es una adolescente con la cabeza sin asentar —comió otro bocado y bebió agua—. Es mayorcita.

—¿Muchos años juntos? —se le escaparon varias carcajadas—. Hermanito. Apenas llevan unas semanas y esa tía jamás madurará, créeme. He coincidido con ella muchas veces en las discotecas y es una cabeza loca —aseguró la hermana.

—Sea como sea, es su vida y nadie debería meterse en ella —opinó el varón.

—Solo te lo estoy comentando pues a mí su vida no me importa nada —se limpió con la servilleta.

—Vale, voy a por un café. ¿Te traigo algo?

—Sí. Café solo también para mí, y si puede ser bien cargado.

Mateo cogió las dos bandejas y fue a por los cafés. Cuando regresó la miró fijamente.

—¿Has venido al hospital solo para decirme eso?

—No —removió el azúcar con la cucharilla—. ¿Has quedado con Isidora estos días?

—¡A qué viene esa pregunta! —movió la cabeza.

—Tú contesta y luego te explico —su mirada fue una súplica.

—Le dije para quedar esta noche pero comentó que tenía planes —pensó unos instantes antes de continuar—. Creo que habló de una cena con unas compañeras.

Lía soltó una carcajada que emergió con fuerza de su garganta.

—Perdona, no me reía de ti —cerró los ojos y apoyó el mentón en las

manos—. Te ha mentido. No quedó con ninguna compañera ni nada por el estilo.

Mateo ladeó la cabeza.

—¿Qué sabes tú de ella? No empieces con tus estupideces —tiró la cucharilla sobre la mesa con fastidio.

—Sé lo suficiente como para llevarte a donde va a estar esta noche, y no preciosamente contigo —se sintió la peor persona del mundo pero tenía que decírselo.

—Ya te lo he dicho. Ha quedado con unas chicas para cenar —elevó el tono de voz, como si se sintiese acorralado.

La hermana negó con la cabeza y tragó saliva. Tenía que contárselo. Aunque doliese.

—Te ha mentido. No ha quedado con ninguna amiga, compañera o lo que se le parezca —observó su reacción—. Ha quedado con un hombre en un hotel.

Los ojos del hermano se clavaron en los suyos y permanecieron así largos instantes. Luego se levantó, con la intención de finalizar la conversación.

—¿La odias tanto como para inventar esta patraña?

—No la odio pero sé que no es buena para ti. Me bulle la sangre con solo pensarlo.

Mateo colocó la silla bajo la mesa con la pretensión de irse.

—Vuelve a sentarte o prefieres hablar en otro sitio. Es importante que escuches todo lo que tengo que decirte —le dijo al ver su intención de dejarla sola.

—Tengo que irme.

—Iré contigo en el coche. He venido en bus —la joven se levantó para acompañarlo hasta el aparcamiento de los trabajadores del hospital.

Mientras caminaban se mantuvieron en silencio. Lía lo miró de reojo varias veces. Estaba demasiado serio, reflexivo. Tan pronto se acomodaron en el coche, él habló, con la mirada perdida en algún punto del amplio aparcamiento.

—¿Por qué te metes en nuestras vidas?

—No me meto en vuestras vidas. Solo quiero que abras los ojos —sostuvo.

—Te has parado a pensar que a lo mejor no quiero abrir los ojos —pasó una mano por el cabello despeinado—. Me gusta y estamos bien juntos. ¿Qué tienes en contra de eso? No todos creemos en el romanticismo y todas esas tonterías —gritó, enojado como pocas veces en su vida.

—No eres el único, Mateo. Isidora sale con más hombres de manera simultánea —colocó una mano sobre su pierna para que dejara de menearla arriba y abajo—, y tengo pruebas de ello. Te pone los cuernos —sintió una punzada en el pecho al pensar que su hermano creía que estaba jugando sucio.

—Ella es libre de quedar con quién quiera. Yo vivo con otra chica, lo cual no significa que le sea infiel con Tami —intentó explicar lo injustificable.

—No me has entendido —soltó aire por la boca y torció el gesto para explicarle la realidad—. No queda con otros hombres para charlar, tomar café o incluso dar un paseo. Queda con ellos en hoteles, para follar, como amantes.

El médico le devolvió la mirada; la suya henchida de dolor y rabia.

—¡Ya está bien, Lía! Bájate de mi coche si vas a seguir diciendo disparates —su voz mostró indignación.

—Te estoy diciendo la verdad —lo agarró de un brazo—. Es más. Esta noche ha quedado con otro hombre en el hotel que hay al lado del puerto de Espasante. Se citaron a las once.

Mateo negó con la cabeza. Todo tenía que ser una mentira, o quizás un sueño del que quería despertarse ya.

—Acompáñame esta noche a ese hotel y te lo demostraré —sugirió. El hermano seguía conmocionado—. ¿Realmente crees que te querría hacer daño? Soy tu hermana y quiero lo mejor para ti, e Isidora no es la mejor opción para una vida en pareja.

Se llevó las manos a la parte posterior del cuello.

—Por favor. Ven conmigo. Después, una vez lo hayas comprobado con tus propios ojos, respetaré tu decisión, sea cuál sea, y si decides seguir con ella, jamás volveré a insistir en ese tema —suplicó.

Estuvieron varios minutos en silencio, mirando al frente. Por la cabeza de

Mateo pasaron momentos vividos con Isidora en forma de diapositivas. Imposible que todos aquellos instantes no fuesen verdad. Él la había sentido, su piel, sus caricias, sus besos; lo había vivido con intensidad.

—De acuerdo. Iré contigo pero solo para restregarte en la cara que todo lo que acabas de decirme es un cuento, una ficción inventada por ti para separarme de ella —dijo, con ambas manos sobre el volante y sin cambiar el sentido de la mirada.

—Acepto pero te aseguro que estoy en lo cierto —acarició su mejilla—. Llévame a casa. Luego te recojo en tu portal sobre las diez y media, más o menos —Mateo arrancó el vehículo—. ¿Estarás bien hasta entonces?

El hombre no respondió. Se limitó a pisar el acelerador; una manera de descargar la furia que lo apolillaba por dentro.

¿Qué pasaría si lo que decía su hermana era cierto?

Mateo esperaba en el portal del edificio a la hora que Lía había indicado. Abrió la puerta y se sentó en el asiento del acompañante sin saludar. No se había arreglado como solía hacerlo cuando salía con Isidora o con Tamara. Esa noche vestía vaqueros desgastados, un jersey azul y un abrigo para resguardarse del frío.

Llegaron puntuales al hotel.

—Pregunta por ella en recepción —le indicó al bajar del coche.

—Hazlo tú, ya que sabes tanto —contestó de muy mal humor.

—Tiene que ser un tío. Recuerda que ella espera la llegada de un hombre y yo no soy eso, ni en sueños —se miró. Llevaba un vestido gris, zapatos de tacón y un abrigo blanco por encima.

Mateo sopló y agitó la cabeza. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo se había dejado influenciar por la loca de su hermana?

—No puedo hacerlo. Esto es una paranoia tuya —frenó antes de entrar por la puerta principal.

—Si realmente crees eso, adelante. Entremos y comprueba que estoy chalada y que solo digo disparates. Yo te espero en el ascensor —lo retó ante tamaña proeza.

El hombre fue hacia el mostrador de recepción y preguntó por la habitación de Isidora, y, para su sorpresa, el recepcionista le indicó el número de la misma. Lía lo vigilaba desde el ascensor y vio la cara que puso al saber que ella estaba en lo cierto. Isidora había reservado una habitación en ese hotel y esperaba visita masculina. Entró en el ascensor tras su hermana y pulsó la planta correspondiente. En pocos segundos la puerta se abrió.

—¿Qué habitación es? —preguntó la chica. La impaciencia la carcomía.

Mateo miró hacia los dos lados y, sin responder, empezó a caminar por el pasillo de la derecha hasta estar delante de la puerta que le había indicado el del hotel. Lía lo agarró del brazo pero él se soltó. Sin más dilatación tocó en la puerta. Unos segundos después ésta se abrió y apareció Isidora, con los labios pintados de rojo, como a él le gustaba, sonriendo y vestida con un batín negro transparente tras el cual se podían ver los pechos, erguidos y desnudos, y el tanga negro. En ese instante experimentó dentro de sí un

estallido de confusión y a la vez furia. Estaba herido en lo más profundo de su ser.

—Mateo ¿qué haces aquí? —musitó mirando a ambos. Sus elevadas expectativas se habían ido al garete. Sintió un escalofrío aunque supo lidiar con el miedo.

La situación era bastante cómica, a la par que triste.

¿Qué se suponía que debía decir? Se había quedado inmóvil, mudo y pasmado, como una momia. Lía, viendo que no reaccionaba, decidió intervenir por el hermano.

—¿Es que esperabas a otro que no fuese tu actual novio?

—No entiendo nada —agitó la cabeza en señal de desconcierto. No le gustaba la pregunta—. Solo he venido a pasar el fin de semana —se justificó, cubriendo la parte superior del cuerpo con las manos.

—Ya. No será que has quedado con un tal Jason, de Canadá. Un tío guapo, de treinta años, madrileño, y de profesión ingeniero de vuelo —descubrió, con los brazos en jarras.

Mateo reaccionó girando la cabeza hacia Lía.

—Tu hermana está desvariando —intervino la chilena, suavizando el gesto para tratar de salir airosa.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó él.

Lía lo miró con determinación. Lo había soltado, de un modo u otro, tenía que saberlo.

—Porque ese Jason era yo —reconoció. Luego la encaró—. Tenía que demostrarle la clase de persona que eres y para eso necesitaba fingir que era un joven atractivo y mostrarme interesado en ti. Al parecer funcionó y lo he logrado —afirmó sin andarse con medias tintas.

Mateo cerró los ojos y pasó los dedos por el pelo. ¿Cómo se había dejado engañar de esa forma?

—No creas en sus palabras. Ella me odia y su única intención es separarnos a toda costa. ¡Es que no lo ves! —exclamó con mirada embravecida y perfilándose como una víctima y la novia fiel.

—No mientas, Isidora. Tengo los mensajes que nos cruzamos en el chat —sacó el teléfono móvil del bolsillo del abrigo—. Yo creé este perfil con el

único fin de pillarte. Mi hermano se merece algo mucho mejor.

Buscó el último que había recibido hacía menos de una hora.

—*"Te espero con mucha ansia"* fue lo último que me has escrito —puso la pantalla frente a ella y luego se lo mostró a él.

—¡Ya basta! —gritó, mirándolas a ambas. Sintió que se le detenía el corazón.

—Mateo —cogió sus manos y tiró de ellas—. Por favor entra y lo hablamos —permanecía impávida bajo el escrutinio de Lía.

El hombre recorrió su figura con los ojos; cuerpo que no hacía demasiado tiempo había deseado y disfrutado, y por el que en ese momento solo sentía asco. Se deshizo del agarre y reuló por donde había venido. La realidad, una vez más, volvía a rasgarle el corazón.

—¿Feliz? —masculló, con una mirada helada—. Has conseguido lo que querías.

—Feliz solamente porque ahora sabe quién es la verdadera Isidora. Lo has engañado durante mucho tiempo pero eso se acabó —se dio la vuelta para ir tras él pero reuló—. Sabes. Mi hermano es un tío excelente y se merece a una buena chica, que lo quiera con el corazón —en sus palabras había un deje de dolor.

—¡Por Dios! No estarás hablando de Tamara. Es ridícula —la contradijo.

—Sí. Hablo de ella —el dolor por su hermano volvió a aflorar—. Ella es todo lo que tú no eres. Buena persona, cariñosa, divertida, empática, responsable, trabajadora y sincera. Y es mi mejor amiga, en la que confío.

Corrió por el pasillo hasta llegar al ascensor. Tenía que localizar a Mateo y darle las explicaciones oportunas. Al llegar a la planta baja lo buscó pero no estaba. Salió al exterior y lo vio sentado en las escaleras, con la cabeza agachada. Se sentó a su lado.

—Lo siento mucho, hermanito, pero tenía que hacerlo, por tu bien —apoyó la cabeza en su brazo izquierdo.

Él no contestó, conservando la postura anterior.

—No podía permitir que siguiese engañándote —levantó la cabeza para observarlo. Estaba llorando—. No eras el único. Está flirteando con más hombres. Ella misma me reconoció que se considera ninfómana. No puede



vivir sin el sexo —atestiguó.

El hombre secó las lágrimas y se levantó, dirigiéndose hacia un taxi que acababa de parar en la entrada.

—¿A dónde vas? Tenemos el coche estacionado en la otra dirección.

Mateo abrió la puerta del vehículo y antes de entrar, dijo:

—Necesito estar solo —irguió la cabeza y respiró un par de hondas bocanada de aire.

—Pero yo solo... —quiso explicarle pero él la interrumpió. Entonces sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. El dolor de su hermano hacía trizas su corazón.

—Deja de meterte en mi vida —se sentó en el asiento de atrás y cerró la puerta.

Lía miró con dolor, como el automóvil desaparecía en la noche y se alejaba de ella. Ésa, había sido la única manera de enfrentarlo a la verdad. Ya antes se lo había comentado pero él estaba tan embelesado por la chilena que no la escuchó. Durante un tiempo estaría dolido y enfadado, incluso dejaría de hablarle, pero confiaba en que, más pronto que tarde, recapacitara y lo comprendiera todo.

Agachada en el asiento del coche, había observado cómo los agentes entraban en su casa y se llevaban sus pertenencias. También había visto a Iris dentro de un vehículo, acompañada de un policía. Ésta tendría que estar con Cristina, pero al parecer las cosas no habían salido tal como las había planeado esta última. Lamentablemente no había podido llegar a tiempo para recoger las joyas que tenían escondidas en un cajón del armario del salón, ni tampoco el dinero en efectivo. Consigo solamente llevaba el que tenían oculto bajo la alfombra del asiento del conductor.

Llamó al móvil de Cristina pero lo tenía apagado. Maldijo, dándole un golpe al volante. Ésta, se había fugado sin ella o había sido detenida. Debía huir pero antes tenía que ajustar algunas cuentas. Buscó la documentación falsa que tenía guardada en la guantera y se registró en un hotel. Desde la habitación llamó por teléfono a su hija.

Toda la familia estaba en el salón, acabando de cenar cuando sonó un móvil.

—Es ella —farfulló la adolescente.

En seguida supieron de quién se trataba.

—Dame el teléfono. Yo le contestaré —bramó Valentín que se había levantado.

—Cariño, relájate. Creo que lo mejor es que responda ella —opinó la esposa al ver que su rostro había enrojecido por la ira—. Pon el altavoz y responde con calma. El resto ni una palabra —señaló a Tamara y a Uxía.

—Hola, mamá —su voz sonó recelosa.

—Hola, querida, ¿dónde estás? Cristina no da llegado a casa y no sé nada de vosotras —dictó.

—La cosa no salió bien y huyó del hospital —Con una mano, Violeta le indicó que lo estaba haciendo muy bien.

—Me lo suponía. ¿Tú dónde estás ahora? —quiso saber dado que la había visto en un vehículo policial.

—Estoy en casa, cenando con la familia —dijo con notable tranquilidad.

—Pero habíamos quedado en que nos largaríamos de aquí, tú y yo, solas,

como una familia.

—No. Eso lo dijiste tú —miró hacia su padre y siguió hablando—. Mi familia es ésta. Papá, Uxía, Violeta, Tamara y Hortensia —los mencionó con precisión, para que le quedara bien claro—. Son las personas que se preocupan por mí y les importo de verdad.

—Pero, Iris. Yo soy tu madre y me inquieta tu bienestar. ¿Cómo puedes decirme que esa mujer es de tu familia? Ella me ha robado el marido —su tono mostró indignación.

Violeta abrió los ojos como platos.

—Mientes. Tú solamente me has estado utilizando y Violeta siempre se ha preocupado por mí y me ha cuidado cuando estuve enferma, cosa que tú nunca has hecho porque estabas en prisión —aclaró.

—¡Qué barbaridades dices, Iris! Esa gente te ha lavado el cerebro. Ella quiere quitarme a mis hijas, igual que me quitó el marido —gritó al otro lado del teléfono.

En ese momento Valentín, harto de escuchar atrocidades, se acercó a Iris y le quitó el móvil.

—¡Qué intentas hacer con mi hija, desgraciada! —voceó, apretando los dientes para contener el torrente de ira que lo invadía.

—Valentín... —su voz se quebró—. Solo quiero recuperar a mi hija.

Todos intentaban agriar su ánimo.

—Tarde piaste. Hace mucho tiempo que la has perdido —inspiró—. Aléjate de nosotros. Somos una familia feliz y las niñas no te necesitan.

—¡Es mi hija! —le reprochó, meneando la cabeza confundida.

—Tú simplemente la has parido. El resto lo hice yo solo, y más tarde conté con la ayuda de Violeta —confesó, sintiendo la mano de su esposa en su espalda, protegiéndole, apoyándole.

—Maldito seas tú y esa zorra por usurparme lo que por naturaleza y derecho es mío. Tú y yo nacimos para estar juntos —imprecó con cierto cinismo, señalando con un dedo de frente, como si lo tuviese delante. Estaba fuera de sí.

—Nada te pertenece y pronto regresarás a prisión, de donde nunca deberías haber salido. Ése es tu verdadero hogar, rodeada de mujeres de tu misma

condición —Violeta le indicó con una mano que acabara con la conversación pues no les estaba llevando a ningún puerto—. Suerte por allí —dijo para finalizar y pulsó el botón rojo del teclado.

Tras dejar el teléfono sobre la mesa se volvió a sentar en su silla. La carga que tenía sobre sus hombros era demasiado elevada.

—Lo siento muchísimo, papá —se acercó Iris para disculparse—. Todo es culpa mía. Si hubiese hecho como Uxía, ahora no tendríamos estos problemas.

—La única culpable es ella —tomó sus manos para tranquilizarla.

—Tu padre tiene razón. Solo has sido el comodín que utilizó para llegar a todos nosotros, para conseguir sus propósitos, nada más —estimó Tamara.

Violeta asintió con la cabeza. En ese instante sonó el teléfono de Tami. Era un mensaje de Lía diciéndole que necesitaba hablar con ella con urgencia. No la había llamado porque sabía que estaba cenando con la familia.

—Disculpadme pero tengo que irme —se levantó, guardó el teléfono en el bolso y puso el abrigo—. Mañana, después de trabajar, vendré un momento por casa para ver cómo estáis.

—Conduce con cuidado que está cayendo la helada de la noche —dijo su madre que la acompañó hasta la puerta.

—Sí, mamá —se dieron dos besos y entró en el coche.

Antes de arrancar llamó a su amiga. La había dejado preocupada.

—¿Todavía estás en casa de tu madre? —le preguntó.

—No, acabo de salir. Te llamo desde el coche. ¿Qué es eso tan urgente que debes contarme?

Lía tragó saliva antes de narrarle todo lo que había pasado con Mateo e Isidora, en el hotel y fuera. Sabía que le iba a caer una bronca descomunal por haberse metido en la vida privada de su hermano. Pese a ello, no se arrepentía de haberlo hecho.

Tras contarle todo desde el principio, Tamara habló.

—Dónde está tu hermano ahora —una mala sensación empezaba a invadirla.

—No lo sé. Cogió un taxi y me pidió que lo dejara tranquilo, dijo que

necesitaba estar solo. Lo he llamado al móvil un par de veces y corta la llamada —su voz sonaba afligida.

—Vale, en un rato estaré en casa. Te aviso si está allí.

Al colgar tuvo la tentación de llamarlo pero prefirió comprobar si estaba en casa. Al entrar en el piso vio que todo estaba como lo habían dejado por la mañana. Tocó en la puerta de su dormitorio pero nadie respondió. La abrió y vio que sobre la cama había prendas, y en el cesto de la ropa sucia, también. Marcó su número de teléfono con la esperanza de escuchar su voz pero estaba apagado o fuera de cobertura. ¿Dónde podría estar a aquellas horas? Bajó al aparcamiento para comprobar si se había llevado el automóvil pero no. Seguía aparcado en su plaza. Volvió al coche y dio unas vueltas por el pueblo. Tenía que estar en algún sitio. Se acercó al puerto pero con el frío que hacía no había ni un alma.

Sentada en el asiento del coche y con el teléfono en la mano seguía pensando. ¿En qué otro lugar podría estar? No tenía coche para moverse así que podría haber entrado en algún bar para ahogar las penas. Siguió dando vueltas y, sin darse cuenta, se encontró conduciendo hacia los acantilados. Una vez llegó allí, cogió una bufanda de lana que tenía guardada en el maletero y activó la luz del móvil, pues la luna era lo único que iluminaba la noche. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Por la noche, aquel lugar podía ser peligroso si se iba solo. Caminó varios minutos bajo el fuerte viento que arreciaba en aquel lugar y traspasaba su chaqueta cuando por fin vio a una persona, sentada en el famoso banco donde todo el mundo se hacía la foto para el recuerdo. Tenía que ser él. Lentamente fue acercándose para asegurarse de que estaba en lo cierto. Cuando llegó, se sentó a su lado. Mateo, con la mirada puesta en el mar, de inmediato supo que era ella por su fragancia.

—Hola —dijo la joven.

Él no respondió, ni siquiera pestañeó.

—Aunque hace frío, es una noche fantástica para contemplar las estrellas desde aquí. En este momento me siento una privilegiada —siguió hablando, pese a que las sombras se cernían sobre ella.

Ni un movimiento, ni siquiera se escuchaba su respirar. Tamara se fijó que tenía el abrigo sin abotonar y su piel estaba muy pálida. Posó la mano sobre la suya y sintió frío, mucho frío.

—¡Estás congelado! —articuló, girándose hacia él para tocar su rostro—. ¡Cuánto tiempo llevas aquí!

Le abrochó el abrigo y le puso su bufanda alrededor del cuello. A esa distancia corta parecía tan vulnerable.

—Vamos a casa. Vas a coger una pulmonía —lo agarró del brazo para que se levantara pero éste no obedeció.

—Simplemente quiero estar solo. ¿Es tanto pedir? —el viento gélido abofeteó su cara, sus dientes querían castañear.

—Me parece estupendo pero no aquí. Te llevo a casa y, si quieres, te dejo solo —sus dientes tamborileaban a causa del frío.

Mateo se irguió y caminaron hasta el coche. La chica sacó del maletero una pequeña manta y lo cubrió.

—Estoy bien —protestó, descubriendo los brazos.

—Deja de comportarte como un niño. Tienes que entrar en calor —lo volvió a tapar. Esta vez sin oponerse.

Condujo con la calefacción puesta hasta llegar al edificio donde vivían. En silencio bajaron del coche para coger el ascensor.

—¿Estás mejor? ¿Ya no tienes frío?

—Bastante mejor. Gracias —respondió, sin más.

Entraron en casa y se sentaron en el sofá. La temperatura era agradable por lo que primero dejaron los abrigos en el perchero.

—Siento todo lo que ha pasado —comentó la chica con honestidad.

Mateo asintió. No tenía ganas de hablar. Ella se levantó y preparó dos tazas de chocolate caliente. Se volvió a sentar en el extremo del sofá.

—Acuéstate y estira las piernas hacia aquí —indicó, señalando las suyas.

Él acató su consejo sin rechistar.

—Lía me lo ha contado todo. Si necesitas hablar, cuenta conmigo —propuso. La mirada del joven estaba hincada en la taza que sostenía entre las manos.

El teléfono de Tami sonó.

—Es tu hermana. Quiere saber si te he encontrado —dijo, tras leer el mensaje. Al ver que no comentaba nada decidió responderle por su cuenta—.

Le acabo de poner que estás bien, en casa y descansando.

Mateo cabeceó.

—Si quieres me voy; me refiero a si deseas estar solo. Puedo ir a mi dormitorio o a la de mi madre, al fin y al cabo ésta es tu casa.

—No hace falta que te vayas, estoy bien —susurró.

—Vale —carraspeó varias veces—. No sé si te apetece cenar algo, ver la tele o incluso hablar, de lo que sea.

Por primera vez, desde que lo había recogido en los acantilados, la miró a la cara y una leve sonrisa se asomó con timidez. La tomó de un brazo y tiró de su cuerpo hacia él, quedando a la par.

—No te vayas —acomodó su mentón sobre la nuca de ella y aspiró la fragancia de su pelo—. Necesito a una amiga.

Tamara notaba su aliento cada vez que pronunciaba una palabra.

—Bien. Me quedaré —habló, con un hilo de voz.

—¿Crees que podrías dormirte así? —interpeló, con los párpados bajados.

Supo que sí tan pronto sintió el calor de su cuerpo tras su espalda y un brazo rodeando su cintura.

*Dos semanas después*

Noelia estudió todos los movimientos de la familia Andrade. Tenía que buscar la mejor manera de hacerle el mayor daño posible para luego desaparecer del país. Violeta estaba ocupando un lugar que le pertenecía a ella, como madre y como esposa. Le había quitado el marido y ahora pretendía robarle también las hijas.

Durante esas semanas lo analizó todo, absolutamente todo, llegando a la conclusión de que Tamara era el punto débil de su rival. Sabía que por ella haría lo imposible. Era su única hija, fruto de un amor corto, a la par que intenso.

Sin esperar mucho más, una tarde se acercó a la caseta donde estaba la joven y esperó a que anocheciera. Cuando la chica se disponía a cerrar con llave, tapó su boca con un trapo impregnado en cloroformo hasta que su cuerpo se desplomó en el suelo. Abrió la puerta del maletero y la introdujo en el interior. La chica no pesaba mucho, por lo que no realizó demasiado esfuerzo a la hora de meterla. Luego le hizo una fotografía con el teléfono móvil que, en breves segundos, fue enviada a su madre. Entró en el coche y la llamó.

—Buenas noches, querida. Acabo de enviarte una fotografía. No sabía que tu hija fuese tan fotogénica —se escuchó el deje burlón en su voz.

Violeta ojeó la pantalla del móvil. El número no lo tenía guardado.

—¿Quién eres? —preguntó, totalmente inocente.

—¡Qué quién soy! —repitió con sorna y haciendo un gesto teatral—. Ahora mismo yo diría que soy la peor de tus pesadillas —exclamó eufórica—. Cuelga, échale un vistazo a la foto y te llamo en unos segundos.

Fue entonces cuando identificó la voz. ¿Qué tenía que ver su hija con ella? Esa llamada no presagiaba nada bueno. Una punzada en el corazón hizo que se sentase para ver el mensaje que le había enviado. El nombre de su hija se oyó por toda la casa en forma de grito. Para cuando reaccionó, el teléfono volvió a sonar.

—¿La has visto? ¡A qué es mona la tía! Seguro que se parecía a su padre, que en paz descansa. De qué murió, por cierto —hablaba seguido y con



firmeza.

—¿Dónde está mi hija! —chilló. Sus ojos se nublaron.

—¿Seguro que quieres saberlo? —instó, riendo con la frialdad que gobernaba en su corazón.

—Por favor, no le hagas daño —suplicó, llorando como una magdalena.

—Vale. Está en el maletero de mi coche —la madre soltó otro grito—. Pero tranquila. Ella no siente nada. Está totalmente dormida.

—¿Qué quieres de nosotras! Dímelo ya —pronunció con la voz desgarrada.

—En primer lugar quiero que agonices un poco, quiero que sientas lo que se sufre al separarte de lo que más amas en la vida —dictó con rencor y mirada retadora.

—Por favor, deja que se vaya y cógeme a mí en su lugar —sugirió la progenitora.

—Oh, qué bondad la tuya—se jactó—. Te llamaré un poco más tarde. Así tendrás tiempo para pensar y repensar —enmudeció unos instantes—, y una última cosa por ahora. No se te ocurra llamar a la pasma. Si lo haces, tu querida y preciosa hija se reunirá con su padre. ¿Me comprendes, verdad?—exigió con absoluta seguridad en sí misma.

—¿No le hagas daño, te lo suplico! —reiteró con el corazón en un puño.

—Recuerda. Nada de polis —al colgar se miró en el espejo del coche. Tenía una expresión triunfante en la cara.

Con esa última amenaza la conversación finalizó. Violeta salió corriendo en busca de su marido. Éste estaba en el baño, dándose una ducha. Al verla tan alterada hizo que se sentara sobre la cama. Intentó calmarla pero era imposible. Las palabras se le atragantaban con las lágrimas y no dejaba de mover las manos. Tras mucho insistir consiguió que le prestara atención. Violeta le enseñó la fotografía que había recibido hacía escasos minutos. Valentín levantó la vista para mirarla a los ojos. Se sentó a su lado y la tomó de las manos, a ver si así se serenaba y le explicaba qué significaba la fotografía. Ella se irguió y comenzó a moverse por el dormitorio igual que un tigre enjaulado y con las manos en la cara.

—¡Háblame! —gritó, cogiéndole los brazos y meneando su cuerpo.

La mujer lo miró a los ojos y se abrazó a él, temblando. A continuación se

sentaron. Él tomó su barbilla y la acarició. Valentín insistió sobre el significado de la foto y ella le explicó lo que le había dicho Noelia.

—Tenemos que llamar a la Policía — decretó el esposo.

—No lo entiendes. Me ha dicho que si llamo a la Policía la matará, no podemos arriesgarnos —sollozó. Tenía la sensación de que su vida se escapaba por el desagüe.

—Violeta, escúchame. Solo ellos podrán salvar a la niña —secó sus lágrimas y la cogió de las manos—. ¿Confías en mí? —su mirada expresaba cautela.

Ella asintió. Sin perder más tiempo marcó el número del teniente y le explicó lo sucedido. Éste quedó de personarse lo antes posible en el domicilio familiar. La cogió de una mano y bajaron al salón. Avisaron a las gemelas y al personal de servicio para que estuvieran alerta por si llamaba al teléfono de casa o contactaba con la familia de cualquier otro modo. De esa mujer podían esperar cualquier cosa, incluso la más descabellada. Sentados en el sofá del salón, esperaron a que llegase la Policía y también la llamada de Noelia.

El teléfono de Tamara no paraba de sonar en el maletero del coche y eso la estaba poniendo nerviosa. Se apeó, abrió la puerta trasera y lo localizó, guardado en el bolsillo del abrigo de *Cashmere* que antes llevaba en la mano. En la pantalla aparecía el nombre de Lía. Pulsó el botón de apagado y lo tiró en el asiento trasero del vehículo. Se acercó a un establecimiento de comida rápida y pidió una hamburguesa con patatas fritas y un refresco.

Lía insistió unas cuantas veces más pero la operadora de la compañía decía que el teléfono de su amiga estaba apagado o fuera de cobertura, lo cual le parecía muy extraño pues siempre tenía el móvil con suficiente batería. ¿Se habría olvidado de que habían quedado para cenar? Esperó unos minutos más pero al ver que no aparecía decidió llamar a su madre, por si hubiese sucedido algo en casa. Tamara tenía la virtud de ser siempre puntual. Localizó el número de Violeta, que contestó al segundo tono.

—¿Sabes algo de Tami? —preguntó la madre sin aguardar a que le hablara.

—Hola. Eso mismo te iba a preguntar. Habíamos quedado para cenar pero no apareció ni contesta a mis llamadas —confesó la de los ojos verdes.

Violeta le explicó cómo estaba la situación, dejándola de piedra. Al

finalizar la conversación pensó, qué podía hacer por su amiga. Se había quedado pasmada, mirando hacia el suelo. En realidad nada podía hacer, nada que estuviese en sus manos, pero sí podía acompañar a la familia aunque antes de dirigirse al domicilio familiar contactó con Mateo. Él tenía que saberlo y en aquel momento debía estar en casa. Tras intentarlo varias veces sin conseguir hablar con él, le dejó un mensaje de texto que decía:

«Por favor, cuando puedas llámame. Ha sucedido algo con Tami. Un beso»

Hacía dos semanas que no hablaban, y no porque ella no lo intentase sino porque nunca le respondía. Solo sabía que estaba bien por Tamara. Ésta le había comentado que hablaba muy poco, se mostraba esquivo y doblaba los turnos. En aquel momento el trabajo era su panacea.

Al poco rato le devolvió la llamada. Lía le contó todo lo que sabía y le dijo que estaba llegando a la casa familiar. Quedaron de encontrarse allí.

El teléfono móvil de Violeta volvió a sonar y era el mismo número de antes. Campos le sugirió que mantuviese la calma y pidió silencio.

—¿Te has desahogado o sigues recta como una flecha? —vaciló.

—¿Qué quieres de nosotras? —logró hablar con calma.

—Así me gusta. Que vayas directa al grano. Me imagino que tendrás a tu marido al lado —conversaba como si nada estuviese pasando.

—Imaginas bien.

Iris observaba y escuchaba en silencio. Nada de eso estaría pasando si no hubiese confiado en ella, si no hubiese permitido que se le acercara.

—Haremos lo siguiente —dio unas caladas al cigarrillo—. Irás a los acantilados de Loiba y me esperarás sentada en el banco.

—¿Tan tarde? Allí no hay luz pública —protestó la madre de la retenida.

—Nos vemos allí en una hora —apretó el botón rojo y tiró el móvil a la basura.

Violeta se dejó caer en el sofá. No había pedido nada a cambio de su hija.

—La matará delante de mí y luego acabará conmigo —exclamó con un hilo de voz.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que eso no ocurra.

Tengo gente buscándola por todas partes —afirmó el teniente antes de salir al exterior para dar instrucciones a los agentes.

—En lugar de ella debería ir yo. Todo esto es culpa mía. Jamás debí permitir que se acercara sin estar vosotros presentes. Lo siento mucho, Violeta —se apresuró a decir Iris, sintiéndose culpable.

Hortensia la abrazó.

Treinta minutos después cogió el coche para dirigirse al lugar señalado por Noelia. Valentín iba en uno de la Policía. Los demás seguían reunidos en el salón, a la espera de una buena noticia.

—Dadas las circunstancias no puedo quedarme aquí, sentada y esperando, sabiendo que tengo parte de culpa —insistió Iris, que se había levantado.

—La Policía ha dicho que tenemos que esperar aquí. Es muy peligroso —manifestó Lía, que también se había levantado para calmarla, cogiendo su mano y dándole unas palmaditas para infundirle ánimos.

—Algo podremos hacer —se llevó las manos a la frente—. Está loca y es capaz de hacerle daño si yo no se lo impido —determinó.

—¿Crees que a ti te haría caso? —intervino Mateo.

—Estoy convencida de que sí. Por intentarlo que no sea —respondió.

—Quizá tengas razón pero el problema van a ser los polis.

—¿Podrías llevarme hasta allí? —suplicó—. Por favor. Creo que soy la única persona que puede convencerla.

—De acuerdo, vamos —resolvió el varón.

—Voy con vosotros pero llevo mi coche —dijo Lía.

—Os acompaño —comentó Uxía.

—Id con mucho cuidado, niños —exclamó Hoti antes de que se fueran.

Los tres entraron en el automóvil de Mateo y se dirigieron hacia los acantilados. Cuando llegaron allí, dos guardias civiles les impidieron el paso. Iris les explicó que debía intentar hablar con su madre para que no cometiera ninguna locura, pero ellos tenían órdenes de no dejar pasar a nadie. No podían hacer nada más que esperar.

Con la puntualidad que la caracterizaba, aparcó lo más cerca posible del banco para no tener que andar demasiado. Un viento molesto chocaba contra sus mejillas, obligándole a cerrar los ojos. Caminó por el sendero hasta llegar al banco. Desde allí podía contemplar la grandeza del mar y la belleza de las estrellas. Se sentó, tal como le indicó Noelia. La sensación de que algo iba a suceder la invadió y sintió pavor por no poder controlar la corazonada. Miró hacia ambos lados pero no vio ni escuchó nada. Noelia apareció minutos más tarde. Había tenido que esperar a que Tamara se recuperara de los efectos del cloroformo. La traía agarrada de un brazo y con la pistola pegada a su espalda.

—¡Tamara! —musitó la madre, que se había levantado al escuchar los pasos.

La chica, que todavía estaba algo aturdida, subió la cabeza y miró a la madre.

—Mamá —intentó caminar hacia ella pero Noelia se lo impidió.

—Quieta. ¿A dónde piensas que vas a ir? —chilló.

La chica miró hacia ella y entonces recordó quién era.

—¡Eres tú! —un escalofrío helado bajó por su espalda al reconocer a la mujer de la excursión.

Sacó la pistola de detrás de la espalda de Tamara y apuntó a Violeta. La joven, descalza, solo llevaba puesta una blusa de color blanco y el pantalón.

—Deja que se vaya. Ya me tienes a mí, aquí —comentó la madre a voz en cuello, rodeando la cintura con los brazos.

Al colocar la boca del arma en la garganta de la chica, la madre gritó y fue hacia ellas. Entonces Noelia empujó a Tamara hacia la progenitora. Las dos se abrazaron bajo la atenta mirada de su raptora. Violeta captó un brillo triunfal en los ojos de Noelia.

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho daño? —preguntó la madre. Le temblaban los labios.

—Estoy bien, de verdad. Solo un poco aturdida y con mucho dolor de cabeza —aclaró la joven, que seguía bajo la protección de los brazos de la

progenitora.

—¡Ay, qué escena más tierna! Casi me sale una lágrima de la emoción —se burló.

—Permite que se vaya, por favor. Tiene toda una vida por delante —se separó unos centímetros de la hija—. Mira, aquí me tienes, a tu merced —abrió los brazos.

—¡No, mamá! —voceó la chica.

Noelia les dedicó una sonrisa glacial. Lo estaba disfrutando.

Mientras, Iris seguía discutiendo con los agentes para que le permitiesen acercarse. Campos llegó en aquel instante. Había estado escuchando la conversación entre Noelia, Violeta y Tamara, gracias al micro que le habían instalado bajo la ropa a la esposa de Valentín. La adolescente se acercó a él y le imploró que la dejara aproximarse a ellas.

—De acuerdo. ¿Cree que podrá persuadirla?

—Confío en que sí —respondió.

Dos agentes le pusieron un chaleco salvavidas por debajo del abrigo. Poco a poco se fue acercando. Noelia giró la cabeza y la vio.

—¡Qué haces tú aquí! —gritó, sin dejar de apuntar a las otras mujeres.

—Mamá, no hagas eso. No cometas una barbaridad —sugirió la adolescente que en aquel instante estaba muerta de miedo y con cada uno de los nervios del cuerpo en estado de alerta.

—Me lo han quitado todo, ¿es que no lo entiendes! —contestó con furia. Sus palabras parecían de una sinceridad innegable.

La hija decidió enfrentarse a ella de otra forma. Poniéndose de su parte.

—Me prometiste que nos iríamos juntas. Todavía estamos a tiempo —le tendió una mano, buscando su confianza.

Varios agentes camuflados se fueron aproximando a ellas serpenteando por el terreno.

—¿De verdad lo dejarías todo y te irías conmigo? —le dirigió una mirada perspicaz, extrañada y recelosa a la vez.

—Sí, claro. Eres mi madre y quiero estar contigo —mintió, con la confianza de que creería en sus palabras.

Noelia clavó la mirada en su semblante y, antes de hablar, las tres pudieron leer la respuesta en sus ojos. Había sido un buen intento pero...

—¡Mientes! Igual que todos ellos —aulló señalándola con el arma firme cuyas intenciones eran mortíferas, y con la mente en un solo objetivo.

—No, de verdad que me voy contigo, y si quieres lo hacemos ahora mismo —se acercó hasta ella, quedando a tan solo dos metros—, pero deja que se vayan. Ellas no han hecho nada, solo son unas pobres diablas —exclamó con desprecio.

Campos escuchaba con rigurosa atención la conversación. Los agentes estaban preparados. En cuanto recibieran la orden, dispararían.

Pasaron unos segundos hasta que Noelia contestó.

—Has hecho una magnífica interpretación pero a esta perra vieja no hay quién la engañe —aseguró con absoluta frialdad y expresión herida.

—Deja que se vayan las dos —porfió.

—¡Calla la puta boca!

Valentín, al enterarse de que Iris había acudido allí, se había propuesto como negociadora y al ver que nadie lo informaba, salió del coche policial con la intención de acercarse hasta donde habían quedado, pero dos agentes lo agarraron. Sufrió un ataque de histeria. Parte de su vida, a excepción de Uxía, estaba allí.

Campos supo que Noelia no iba a ceder. Estaba dispuesta a acabar con la vida de las tres.

—¡Por qué has tenido que venir! —la reprendió, segura de que no había nada que la disuadiera de su propósito.

Mateo se llevó las manos a la cabeza. Sentía que debía hacer algo. Tamara estaba allí... Las dos últimas semanas se había mostrado arisco con ella sin tener culpa alguna. Apenas habían hablado porque él lo había buscado así.

—Mamá, no lo hagas —gritó, en su empeño por hacerla cambiar de parecer, aunque no estaba funcionando.

El teniente observaba desde atrás, valorando los pormenores. Había una explanada muy grande pero uno de los agentes estaba lo bastante cerca de ella como para dispararle. Le había dicho que la tenía a tiro.

Mateo y las otras chicas fueron llevadas hasta el control donde estaba el

padre de Iris.

El destino de aquellas tres mujeres pendía de un hilo.

—¡Cállate, mocosa! ¡Callaros todas! —se llevó las manos a la cabeza y miró en derredor con expresión avinagrada.

—Tienes que entregarte. Hay policías por todas partes. Estás rodeada —la informó.

Noelia se dio la vuelta para comprobar lo que su hija había manifestado y disparar a todo aquel que osara truncar sus planes. Hacer lo que le pedía su hija era firmar su sentencia de muerte. Ocasión que el agente aprovechó para dispararle varias veces a una pierna. La mujer perdió el equilibrio y el arma cayó al suelo. Varios policías corrieron hacia ellas. Violeta abrazaba a las dos chicas cuando llegaron los refuerzos. Campos pidió que enviaran varias ambulancias. Noelia seguía tendida en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber Valentín tras escuchar los dos disparos.

—Tranquilícese. Todo ha acabado. Ahí viene su familia —apuntó uno de los que agentes que lo había retenido allí.

—¿Están todas bien?

—Tengo que ir hasta allí. Seguro que hay algún herido —exclamó Mateo.

Tres sombras se fueron acercando hasta que los dos hombres pudieron distinguirlas. Valentín se abrazó a ellas mientras que Mateo se quedó atrás unos metros, más tranquilo al verlas y con las manos en los bolsillos del pantalón. Al ver que Tamara estaba sin chaqueta, fue hacia ella y le colocó su abrigo por los hombros. Tenía la blusa sucia de tierra debido a que cuando escucharon los disparos, lo primero que hicieron fue tirarse al suelo. Ella se giró para mirarlo. Su pelo estaba desaliñado.

—¿Estás bien? —le preguntó, cogiendo sus manos.

Ella asintió. Solo tenía dolor de cabeza y estaba un poco mareada. Retrocedieron un par de pasos. Un enfermero hablaba con el resto de la familia.

—Creí que te había hecho daño —bajó la cabeza y cerró los ojos—, tras los disparos, pensé que no volvería verte —su nuez bailó de arriba abajo.

Tami apretó sus manos. En ese momento Mateo se fijó que iba descalza y estaba temblando.



—No llevas calzado —cuestionó el joven. Su familia miró hacia sus pies. No se habían dado cuenta.

El enfermero dijo que debía auscultarla pero al ver que estaba descalza decidió ir a por una camilla. Mateo no esperó y la cogió en brazos. Ella se abrazó a su cuello, apoyando la cabeza contra la de él.

Minutos después se presentó Lía. No había podido llegar antes porque la Policía había cortado la carretera en el desvío que llevaba a los acantilados. Al saber que las tres estaban bien, llamó a casa de Violeta para tranquilizar a Hortensia, que a su edad ya no estaba para tantos disgustos seguidos. Mateo le comentó que la habían encontrado descalza y sin abrigo.

Media hora más tarde le dijeron que no hacía falta ir al hospital.

—Vamos a casa, cariño —dictó la madre.

Tamara miró hacia donde estaba Mateo. Ninguno dijo nada aunque a él le hubiese gustado reconfortarla. Esa noche necesitaba estar con su familia.

No fue una noche sola sino una semana entera. Su madre la había convencido para quedarse más tiempo en casa. Esa primera noche había tenido pesadillas y no había conseguido pegar ojo. Lía se había encargado de cogerle alguna ropa en el piso de Mateo y, debido a los acontecimientos, consiguió que le diesen una semana de vacaciones.

Mateo la llamaba todas las noches para saber cómo se encontraba y su última frase, antes de colgar, era: *te echo de menos*. Tami no respondía; simplemente colgaba y se quedaba reflexionando. Él decía echarla de menos, y ella a él también, pero, cómo de menos. Ella sabía lo que sentía por él pero desconocía si él sentía lo mismo por ella o solo la añoraba como una amiga más con la que desahogarse.

Considerando lo que había sucedido con Isidora, Tamara pidió a su amiga que dejase tranquilo al hermano. Le había abierto los ojos, le había mostrado quién era en realidad Isidora, y si aun así decidía seguir con ella, por las razones que fuesen, debía respetarlo. A veces el amor era complicado de entender. Éste se había sumergido de lleno en el trabajo, el cual, en cierto modo, había sustituido todas sus carencias.

Durante esa semana había recibido la agradable visita de Armando. Al parecer la operación y las posteriores sesiones de quimioterapia habían dado sus frutos y el cáncer había desaparecido. Se sentía con fuerzas para seguir luchando y volver al trabajo en unos meses. Había ganado peso y tenía mejor color en el rostro. Hugo también le había enviado flores a casa con una tarjeta que decía así:

*«Con todo mi cariño.  
Espero que vuelvas pronto  
totalmente recuperada»*

Cuando se sintió preparada para regresar al piso que compartía con Mateo, lo hizo convencida de que entre ambos nunca existiría nada más que una buena amistad. Así tenía que ser. Ella no estaba en el mejor momento de su vida y él tampoco, pues acababa de salir de una relación amorosa que no había acabado bien. Otro factor importante era que en nada se parecía a Isidora, ni siquiera concebía el sexo de la misma manera que ella. Tras charlar durante varias horas con Lía, ésta le había mostrado los mensajes que

había intercambiado con la chilena, así como las fotografías de contenido erótico que había recibido.

Fue el domingo por la tarde cuando regresó. Mateo estaba de guardia por lo que no pudo recibirla aunque estuvo muy atento con ella durante las semanas siguientes, preparándole la comida o la cena, incluso el primer día que se vieron apareció con un ramo de rosas rojas. Que un hombre preparara la comida para la pareja era halagador y un buen bálsamo para la relación, pero en su situación hacía que se sintiera incómoda. Tampoco estaba enferma, ni siquiera lo había estado. Se lo comentó a Lía y ésta le dijo que él era así. En casa siempre había actuado parecido. Cuando alguien se encontraba mal, estaba enfermo o simplemente tenía la moral baja, él se ocupaba de todo. Lía lo calificó como el salvador, aunque en el caso de Tamara había una salvedad. Ella no necesitaba ese tipo de rescate.

Después de meditarlo mucho y consultarlo con su madre y Valentín, tomó la decisión de comprar una vivienda por su cuenta. Había sido un terrible error aceptar compartir piso con Mateo. Los tres estuvieron viendo viviendas vacías en edificios ya terminados pero hubo una que los convenció, tanto por el precio como por la ubicación y la distribución. En unos días formalizaría la compra y podría empezar con la mudanza. No sabía lo que le depararía el futuro pero quería vivir su propia vida. Esa noche, cuando Mateo llegó del trabajo, se lo comentó.

—En unos días me iré —anunció.

Se había acercado a la cocina, donde él estaba preparando una ensalada.

—¿Te vas de viaje? —preguntó, sin prestar demasiada atención.

—De aquí. He encontrado un piso nuevo a muy buen precio y lo voy a comprar —aclaró, mordiéndose el labio inferior.

Mateo dejó de cortar el tomate en rodajas y se apoyó a la encimera.

—¿En serio? —arrugó la frente—. ¿No estás cómoda aquí? ¿Hice algo que te molestara? Puedes decírmelo. Estas últimas semanas han sido un poco complicadas y es posible que te haya contestado de mala manera, a ti y a mucha gente de mi entorno —expuso, reflexivo.

—No es nada de eso. Simplemente que ha llegado el momento de independizarme por completo —movió los brazos en un gesto nervioso—, y

a ti también te vendrá bien. Tendrás más intimidad.

—Por mí no te preocupes, de verdad. Yo estoy cómodo contigo y me agrada tu compañía. Creí que era recíproco.

—Y lo es —soltó aire por la boca.

—Entonces cuál es el pero, porque siempre hay uno —la frenó.

—Ya te lo he dicho. Quiero vivir mi vida, ser independiente, tener algo propio.

Mateo la miró fijamente. La decisión era firme.

—En unos días haré la mudanza, en cuanto firme el contrato de compra y los papeles del préstamo en el banco —reveló.

Él asintió con la cabeza y siguió preparando su ensalada en un silencio revelador, únicamente interrumpido por su respiración.

Al día siguiente recibió la visita de su hermana, que también se había enterado de la compra de su amiga. Se puso frente a él y le preguntó:

—¿Vas a permitir que se vaya? —preguntó abiertamente.

—Por supuesto que sí, y no te entrometas —la señaló con un dedo pues ya la conocía de sobra.

—O sea. Tú estás colado por ella y no se lo dices, pese a vivir bajo el mismo techo. Ella está prendada por ti pero no se atreve a decírtelo por miedo a que no sientas lo mismo. ¡Cómo puedes pedirme que no me meta si os comportáis como dos adolescentes enamorados!

—¿Crees realmente que le gusto? —interpeló, dubitativo.

—No es que lo crea, es que lo sé seguro. Se derrite por dentro cuando te tiene cerca —se sentó y dejó el bolso sobre el sofá—. Ahora mismo ella se cree inferior a la chilena y piensa que solo la contemplas como una simple amiga o compañera de piso, y no la culpes. Esa tía ha dejado el listón muy alto, ¿verdad?

Mateo, que seguía de pie, con las manos en los bolsillos y apoyado a la puerta del salón, se sentó a su lado.

—Lo de Isidora se acabó. Fue una fantasía, una aventura. En ese momento el compromiso no tenía cabida en mis planes —consideró con voz calma.

—Aun así te gustaba, por cómo era y por todo lo que hicisteis juntos, y no me hagas hablar más de este tema que me siento incómoda después de todas las barbaridades que me dijo por el chat —hizo una breve pausa—. Y recuerdo que por Navidad le regalaste un anillo.

—Admito que sí, y lo del anillo fue porque ella me lo pidió —meneó la cabeza varias veces con una triste sonrisa en la cara—. Con ella me divertía pero solo en esos momentos puntuales. Una relación así nunca prosperaría. Necesito conmigo a una mujer que me sea fiel, que me ame de verdad, con el corazón, a todo momento —aceptó, arrepentido.

—Pues ahí es a dónde yo quería llegar. Demuéstrale que la quieres de verdad, por lo que es, por quién es. Dile que quieres estar con ella porque la amas —dictó.

—¿Y si no me acepta? —dijo, titubeante. Lo de Isidora le había servido como lección.

—Háblale con el corazón, hermanito. La conozco desde que empezamos en el colegio, conozco sus sentimientos. Habla con ella antes de que se vaya.

—Dijo que quería vivir su vida.

—Ha estado esperando mucho tiempo, mientras estabas con la chilena y después. No esperes más y ve a por ella. Piensa. ¿Quién se interesaba por cómo había ido tu día? ¿A quién le has contado tu secreto mejor guardado? ¿Quién te ha hecho masajes en los pies? ¿Quién te ha tapado con la manta cuando te has quedado dormido en el sofá? ¿Quién te soportó cuando fue lo de Isidora?

La chica se levantó del sofá y cogió el bolso.

—No pierdas más tiempo. Demuéstrale que ella es la mujer que quieres en tu vida —se agachó y le dio un beso—. Y ya me voy, que parezco la alcahueta del cuento.

Su hermana era un remanso de paz.

Mateo se recostó en el sofá y puso las manos tras la cabeza. La había echado tanto de menos, la semana que estuvo en casa de su madre, qué haría si se iba definitivamente. Se había acostumbrado a tenerla en casa por las noches, el fin de semana. Habían ido juntos al cine y de compras al supermercado. Su perfume rondaba por toda la casa, especialmente en el

baño. No quería otra Isidora. La quería a ella.

No pudo conciliar el sueño en toda la noche. La conversación con Lía le había servido de mucho. El problema era que no sabía cómo convencerla de que se quedara con él, y no como compañera de piso o amiga sino como su pareja. Debía demostrarle que quería estar con ella.

La citó en una cafetería del pueblo, al salir de trabajar. Todavía no había anochecido por lo que la invitó a subir en el coche. Ella le preguntó a dónde iban y él le respondió que era una sorpresa y para eso le cubrió los ojos con un pareo.

Quince minutos después apagó el motor del vehículo, bajó y abrió la puerta de su acompañante para que saliera.

—Todo listo, señor. ¿Necesita algo más? —preguntó una voz desconocida.

—Perfecto, nada más. Puede irse tranquilo —contestó Mateo.

—¿Con quién hablas? —quiso saber ella, que estuvo a punto de sacar el pañuelo de los ojos.

—Vamos. Yo te guío —la cogió de la mano y comenzaron a andar despacio.

—¿Dónde estamos? Hace viento —se quejó.

—Ahora lo verás. Unos pasos más y ya estamos.

Él le soltó la mano y retiró el pañuelo de los ojos. Tamara pestañeó varias veces. Estaban en los acantilados de Loiba. Allí habían vivido momentos buenos y malos pero para los dos era un lugar mágico. A su lado vio una mesa engalanada con sus dos sillas y cubierta por un cenador totalmente iluminado, y en el interior había una estufa de gas. Ella sonrió. Pese al viento, hacía una noche estupenda. El cielo estaba totalmente despejado.

—¿Y esto? —estaba tan sorprendida que no sabía cómo reaccionar.

La tomó de las manos y se las besó. Un agradable perfume varonil invadió todos sus sentidos. En ese instante vieron como una avioneta pasaba sobre ellos con una pancarta volando tras ella y en la que decía:

*«Siento haber estado tan ciego,*

*siento haber esperado tanto.*

*Te quiero, Tamara.*

*No te vayas de mi lado»*

La chica se llevó las manos a la cara.

—Es mi forma de decirte que no te vayas. Deseo que el mundo sepa que no te quiero como un amigo sino como algo más —sostuvo, mirándola con ternura pues estaban a pocos centímetros de separación—. Estas últimas semanas me centré en el trabajo como si eso lo fuese todo en la vida, como si no hubiese un mañana. Te he tenido aquí, siempre, y ni cuenta me di. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Ella lo miraba atónita. Se pellizcó en una pierna para saber si aquello era real. Su presencia era demasiado tangible para ser un sueño.

Volvió a coger sus manos. La avioneta pasó una vez más por delante de ellos.

—Dime algo.

—Yo... —varias lágrimas de emoción e imposibles de controlar, invadieron sus ojos—. No sé muy bien qué decir en este momento. Estoy sorprendida. Sí, esa es la palabra —echó un nuevo vistazo a todo lo que les rodeaba. El color rojo, el del romanticismo, no figuraba en ninguna parte.

Retiró su silla hacia atrás para que se sentara. Sobre la mesa había distintos canapés, mejillones a la marinera y huevos de codorniz con anchoas; todo ello marinado con un buen vino gallego.

—¿Se trata de una cita? —dijo, por fin, mirándolo de reojo.

—Digamos que sí. Una petición formal para que no te vayas, para que me aceptes a tu lado, no como un amigo sino como algo más —reconoció, sin dejar de mirarla.

—Si buscas a alguien como Isidora, yo no soy así —aseguró—. Además. Tú mismo dijiste que aquel beso que te di fue insignificante, al igual que las cenas.

— Aquello lo dije porque estaba ella delante pero no lo sentía así, y no quiero a nadie como ella. Solo te quiero a ti, tal y como eres. No hablemos de ella. Isidora es pasado —puntualizó.

—Odio las comparaciones, Mateo. No podría soportar un comentario tuyo al respecto, y tampoco quiero ser la sustituta —apostilló. Había seguido muy de cerca la relación con esa mujer, conocía sus aficiones, sus gustos y sus tendencias.

—Sé que lo de ella es muy reciente pero te aseguro que se trata de agua pasada. No echo de menos su presencia en mi vida y tampoco quiero a una segunda Isidora. Solo te quiero a ti —exclamó, desnudando su corazón a la mujer que tenía frente a él.

Tamara, conmovida, aprovechó para beber un sorbo de vino.

—Entonces —carraspeó varias veces—, ¿esto puede considerarse como una muestra de amor? —lo miró fijamente, esperando la respuesta.

—En efecto. Hoy me muestro ante ti como soy y te pido que sigas viviendo conmigo. Necesito tenerte todas las noches cerca —propuso, sin más miramientos.

Cogió un canapé y se lo acercó a la boca. Luego acarició sus labios con la punta de un dedo. Ese primer roce hizo que se estremeciera, y no de frío.

—Me gustas mucho, Tamara. Más de lo que te puedas imaginar —reconoció. Sus ojos vibraban.

—¿Solo te gusto? —frunció los labios.

—Bueno. Me gusta tu forma de ser, tu sonrisa, tu voz femenina, el color de tus hermosos ojos, la forma de hablarme, de tratar a las demás personas —reveló y prosiguió—. Tu manera de acariciarme, la tersura de tus labios, tu fortaleza y osadía. A decir verdad me gusta todo de ti, y tengo que reconocer que has sido muy valiente, has tenido más agallas que la mayoría de la gente —puso su mano sobre la de ella y la observó con ternura—, pero lo mejor de todo es que estoy enamorado de ti. No tienes ni idea de hasta qué punto.

Tras esa caricia superficial, una cálida oleada de placer danzó sobre su cuerpo, provocándole nuevos escalofríos. La chica se irguió de la silla levemente y posó sus labios sobre los de él. Éste, acunó su rostro entre las palmas de las manos. Aquello era una declaración de amor en toda regla.

—Yo siento lo mismo, pero desde hace muchísimo tiempo —admitió ella. Una corriente la recorrió desde el pecho al bajo vientre.



—¿Por qué no me lo has dicho antes? —vaciló él, sintiendo una punzada de deseo.

—Lo he intentado pero estabas ocupado con esa otra mujer, y yo no soy ninguna rompecorazones —reveló. El hecho de que saliera con Isidora la encelaba.

Mateo rellenó las copas.

—Brindemos por nosotros —alzó la copa y ella lo siguió. La felicidad los colmaba.

Después de cenar, el joven la retó a bajar a la playa. La noche era perfecta, la marea estaba baja y podían hacerlo sin correr ningún riesgo. Para eso, bajaron por las mismas escaleras que en la anterior ocasión que habían estado allí, hasta llegar a la parte baja del arenal. En cuanto pisaron el suelo arenoso, Mateo la agarró de la cintura y atusó su pelo, revuelto por el viento. Instantes después su boca ardiente poseía la suya; besos que, con el paso de los segundos, fueron adquiriendo una agresividad más lujuriosa. Besos que la hicieron arder por dentro.

—¡Te deseo tanto! —susurró a su oído mientras se movían, como si estuviesen bailando bajo las estrellas. Tamara tuvo la sensación de que volaba en brazos de él— desde que te vi, en el hospital, me has dejado sin aliento.

—Yo también te deseo, Mateo —musitó en respuesta.

—¿Crees que estás preparada? —preguntó, con mirada seductora y sonrisa lasciva.

—Lo estoy —lo besó una vez más—. ¿Lo estás tú? —los ojos le brillaban de excitación.

—Sí —la besó con pasión—. Quiero sentir contigo, quiero que seas mío, solamente mío —la miró a los ojos, a ésos que eran las ventanas de su alma, y el deseo se avivó.

—Tenerte a mi lado es lo único que necesito ahora mismo para ser feliz —determinó la chica.

Con delicadeza la tumbó sobre la arena, en la zona más seca. La cubrió con su cuerpo duro, luego, de modo audaz, usó la punta de la lengua para

excitarla, regándole el hombro de besos. Ella se aferró a su espalda, pero la ropa empezaba a estorbar. Mateo se quitó el abrigo y la ayudó a ella. Al ponerse una vez más sobre su cuerpo, sintió que su virilidad rozaba contra sus piernas. El hombre mordisqueó el lóbulo del oído, provocando estremecimientos en ella. Un deseo arrebatador la recorrió desde la punta de los pies hasta las pestañas. Los largos y expertos dedos de él, se curvaron sobre sus pechos con excitantes masajes, provocándole un cosquilleo de satisfacción. Su cuerpo se arqueaba por el deseo y el placer. El joven comenzó a desvestirla con primor, y ella a él. Tamara cerró los ojos al sentir el tímido roce de su miembro, totalmente rígido, sobre su piel. Sus lenguas se enredaron.

—¿Tienes frío? —consultó, trazando un sendero de besos por su cuello. Pese a que el acantilado los protegía del frío, todavía era invierno y estaban a la intemperie.

—No —susurró ella, deseando sentir nuevamente sus manos sobre la piel candente y ansiosa de él.

Se miraron a los ojos con expresión provocativa. Mateo contempló sus curvas, descubriendo la exquisitez de su piel a la luz del crepúsculo. Su fascinante desnudez lo dejó sin aliento.

—Eres preciosa —exclamó, recorriendo su cuerpo con lujuria y sumamente excitado.

La ropa se hallaba desparramada sobre la arena.

Tamara pasó las manos por sus músculos fibrosos, aferrándose a ellos, pero dejó de hacerlo tan pronto sintió la lengua de él paseando por sus pezones, firmes y sonrosados, rindiéndose así al deseo. Un sutil gemido de gozo salió de sus labios. Ella acariciaba sus nalgas cuando percibió dos dedos acercarse a sus pliegues sedosos, que empezaron a jugar con su hendidura, tocándola sin decoro, produciéndole temblores. Se retorció de placer, quedando completamente a merced de sus manos. Con respiración acelerada buscó su apremiante erección para acariciarla en toda su dura longitud, curvando los dedos alrededor para facilitar la estimulación. Él creyó que se perdía en esa sensación, besándola con intensidad. Sin necesidad de más invitación, pues su cuerpo palpitaba por sentirlo en su interior, rodeó sus caderas con las piernas para facilitar la penetración. Él entró delicadamente

en sus profundidades soltando un suspiro ahogado mientras ella besaba su garganta. Se sentía completamente dilatada y su cuerpo convulso se retorció contra el de él. Poco a poco fue aumentando la cadencia de las embestidas, entrando y saliendo de ella con desesperación y frenesí. Sus acometidas la hacían gritar de gusto. Estaban fuera de control, al límite del placer. Ambos jadeaban, con los labios entreabiertos. Sus corazones latían al unísono, sus pechos se frotaban el uno contra el otro, pubis contra pubis, hasta tocar el clímax. Un sofoco orgásmico salió del interior de él mientras todavía la miraba con deseo.

Minutos más tarde y luego de recuperar el aliento y cubiertos de arena, volvieron a hacer el amor con movimientos lánguidos y aletargados. Fue justo en ese momento cuando Mateo supo que Tamara era todo lo que había estado buscando hasta ese momento.

FIN

## DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Esta historia se la quiero dedicar, además de a mi marido Marcos, a dos personas que han estado a mi lado de forma incondicional y voluntaria, estos últimos meses. Dos mujeres valientes y decididas que me han enseñado mucho. Sin ellas hubiese sido muy difícil, por no decir imposible, narrar esta novela. Su capacidad de enfrentarse a la vida y a las adversidades es ejemplar. Dos amigas que siempre llevaré en mi corazón y a las que animo a seguir luchando.

A mis dos Marías, *GRACIAS* por existir y hacerme una persona mejor.

Debo agradecer la colaboración desinteresada de Javier Piñeiro, de Ortigueira. Tú me aclaraste bastantes dudas que tenía sobre tu pueblo y, gracias a tus magníficas fotografías, me ayudaste en los momentos de menor inspiración. A todos los que no conocéis los acantilados de Loiba, os recomiendo que aprovechéis un fin de semana para acercaros hasta allí, disfrutar de las hermosas vistas, haceros una fotografía en el banco más bonito del mundo y degustar los menús caseros que prepara Javier en su restaurante.

Y a ti, querido lector, agradezco que me hayas elegido. Espero y deseo de corazón, que hayas disfrutado leyendo este libro. Si así ha sido, me encantaría contar con tu opinión en Amazon.

## Sobre la autora

Nacida un trece de septiembre en Porriño – Pontevedra. Diplomada en Contabilidad, ejerciendo dicha actividad durante 16 años en empresas del sector privado.

Su andanza por la escritura comenzó en la época de estudiante, quedando apartada durante unos años por motivos de trabajo y familiares.

Autora de los siguientes libros, todos ellos publicados en Amazon, tanto en versión digital como en papel:

- *Entre el miedo y el amor (septiembre. 2014)* Romántica/superación personal.
- *No me dejes ahora (diciembre 2014)* Romántica/policiaca.
- *Entre ángel y demonio (septiembre 2015)* Romántica/erótica.
- *Invisible (diciembre 2015)* Histórica/biográfica.
- *La sombra del dinero (febrero 2016)* Romántica/suspense.
- *Desafíos del destino (septiembre 2016)* Romántica/suspense.
- *No Todo es casualidad (Julio 2017)* Romántica/suspense.

También ha participado en el I Concurso de micro relatos – libro digital “Mis vacaciones Ideales”. En su blog se puede encontrar variedad de reseñas de libros que va leyendo, relatos propios y poemas.

Se puede seguir su trabajo de las siguientes maneras:

– Facebook:

<https://www.facebook.com/pages/SandraEC/800874709941208?ref=hl>

– Twitter: @SandraEstevezC

– Blog: <http://sandraestevezcalvar.blogspot.com.es/>

– Instagram: *sandraestvezcalvar*

– En su canal de Youtube, en las aplicaciones Wattpad, Pinterest, Goodreads y LinkedIn.